NOVELA ROMÁNTICA DE AMOR
PASIÓN Y DESEO.




Ana Carolina Zegarra

Romantic

# Tócame, vuélveme loca

Ana Carolina Zegarra



Primera edición en digital: abril 2018
Título Original: Tócame, vuélveme loca.

*www.romantic-ediciones.com*
Imagen de portada ©innervision
Diseño de portada: Olalla Pons
ISBN: 978-84-17474-02-7





## *Acerca del autor*



Ana Carolina Zegarra es una escritora políticamente incorrecta y ocasionalmente poetiza. Cursó estudios en la Universidad San Agustín. Ha publicado Make & Gum (Marcapasos, 2009), 21 Casas de Verano (2011) y poemas en revistas locales. Ganadora del premio nacional 'Abraham Valdelomar' y finalista en otros premios literarios. A su escasa edad es una prolífica, laureada, y talentosísima escritora de novelas eróticas y pseudo-románticas, que se abre paso como una de las promesas literarias de su país. También es profesora de inglés, madre de dos hijos (de cuatro patas), ama de casa y ufóloga aficionada. Dedica su tiempo libre a escuchar música (punk, rock alternativo, Celia Cruz, Iván Cruz, Artik Monkies, Tony Rosado), mirar películas, tantísimas que cree conversar con el difunto Andrecito Caicedo y comentarle las ultimitas.

No escribe para ser famosa, ni para hacerse millonaria, pues se hubiese dedicado a alguna otra actividad más lucrativa y aunque algunos libros suyos hayan sido tachados de vacuos y banales por sus colegas escribidores y pechofríos, las críticas no le quitan el sueño, pues no se considera una persona profunda (literalmente). Escribe porque siente deseos de hacerlo, porque cree que es lo mejor que sabe hacer, porque es su forma de expresarse, de contener la avalancha de imágenes e ideas que la acosan por las noches y no le permiten disfrutar de la paz de una salchipapa o un pollo a la brasa junto a su novio, porque la hace sentirse plena y satisfecha, porque escribir se adapta a la forma de vida que desea, pero sobretodo, para ganarse la vida.

Desde su debut con 'Prometida Por Conveniencia', sus libros han logrado posicionarse entre los más vendidos. Desde pequeña sintió inquietud por las ciencias; sin embargo, un día se sentó a escribir, le gustó y ya no quiso dejar de hacerlo. No se siente atraída a escribir poesía, aunque ha publicado una plaqueta de poemas pornográficos, pues se siente igual de hábil y capaz que sus coleguitas poetas arequipenses, a quienes acusa de preocuparse más de hacerse un nombre, antes que por escribir.

Es hija única y actualmente reside en Arequipa intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, profesora de inglés, y novia. Está comprometida con un talentoso, hermoso novio, follador, comprensivo, y aunque no comparten los mismos gustos y aficiones la ha apoyado siempre con cada uno de sus proyectos y a superar sus vicios y adicciones. Se describe a sí misma como una melodramática pluridiversa, llena de todo, romántica empedernida y en peligro de extinción.

Zegarra ubica la tensión de su obra en la pérdida de la juventud, en como esta se desplaza dejando a los adultos que seremos. Es un viaje, y no necesariamente uno bueno. Dentro de la cabeza de Carolina el conocimiento académico y las lecturas clásicas se entremezclan con bandas indie, combis y platillos voladores, chichasara, cine de autor, divagaciones, literatura y referencias a la cultura pop, que lindan casi con el autismo, y del que se nutre para escribir sus obras. Comprometida con su novio y con su profesión, ya no toma ni fuma, se siente un poco vieja después de su alocada supervida, y se compromete a tomarse más en serio el oficio de escribir.

Puedes contactarla en:

https://www.facebook.com/posera.tercermundista

A los que no permiten que
la realidad destruya sus fantasías.

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo como una nube en la luz;
si como muros que se derrumban
para saludar la verdad erguida en medio, pudiera derrumbar su cuerpo
dejando sólo la verdad de su amor, la verdad de sí mismo,
que no se llama gloria, fortuna o ambición, sino amor o deseo,
yo sería aquel que imaginaba;
aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos proclama ante los hombres la verdad
ignorada, la verdad de su amor verdadero.

LUIS CERNUDA.

# Menú de navegación

# PRIMERAPARTE

*AMOR*

Si no recuerdas la más ligera locura
en que el amor te hizo caer,
no has amado.

*W.Shakespeare.*

# Inoportuno

Lunes. Siete de la tarde. Hace un frío que pela. ¿Por qué hace un frío que pela? ¡Se supone que estamos en primavera! Aprovecho el color rojo del último semáforo que voy a encontrar de camino a casa para mirarme en el espejo retrovisor. Estoy horrible. El pelo se ha soltado de la trenza y rebeldes mechones rubios caen por mi cara. Parezco un mapache de tanto frotarme los ojos con las manos. ¿Quién demonios inventó el maquillaje de larga duración? El que dio el visto bueno no tenía ni idea. Seguro que fue un hombre, por su culpa mi piel resalta pálida bajo las feas sombras negras de debajo de mis ojos. En un último intento de recomponer mi aspecto, paso, sin mucho empeño, el dedo índice por el párpado inferior derecho y luego por el izquierdo. Con el pelo ya no hay nada que hacer salvo volver a peinarme, y como en este momento es algo impensable y voy directita al sofá, no me importa.

Verde.

Vuelvo a ponerme en marcha. Qué asco de tráfico. Menos mal que ya llego a casa.

Me acomodo frente al volante y tomo aire. Debo cambiar de actitud. No me sirve de nada seguir martirizándome después del trabajo. Como cualquier otro lunes la jornada ha sido una mierda, en realidad como cualquier otro día, así que debería haber aprendido a desconectar hace tiempo. De hecho, pensándolo bien…

¡Hoy es un magnífico día!

Es el último lunes del mes que tendré que soportar al gilipollas de Malcom. ¡Sí! Mañana se abre un mundo nuevo para mí. Después de dos años y medio es la primera vez que mi insoportable, maleducado, egoísta y pedante jefe se marcha de vacaciones.

—No dudes en llamarme cuando te sientas superada —me ha dicho al despedirme de él.

—Vete tranquilo, Malcom, estoy preparada —le he dicho con una fingida y complaciente sonrisa.

—Si tú lo dices. Estaré tirado en casa, así que no lo dudes —me ordena.

Capullo.

Se cree el mejor en su profesión y lo único que hace es deambular por las instalaciones con cara de pocos amigos. Sin entusiasmos, sin pasiones, desilusionado. No digo que en su época fuese una eminencia, incluso admito que ahora es de los mejores, pero ya pasó su momento, debería dejar paso a las nuevas y modernas mentes, o cambiar su actitud y adaptarse al progreso, dejar de refunfuñar tampoco estaría de más. ¿Por qué sino iban a obligarle a irse de vacaciones todo un mes? Pues porque no lo soportan. Pero e s demasiado respetado en el gremio como para deshacerse de él.

Miro por el retrovisor. Mis grandes ojos marrones brillan animados. Mañana no

estará revoloteando alrededor de mí, espiando con mala cara mis investigaciones. Le repatea que me dieran la oportunidad de llevar mis propios proyectos a los pocos meses de incorporarme en el hospital. En realidad, son escasos, aunque los suficientes para hacerle fruncir las cejas y arrugar la boca durante horas.

¡Que te jodan, Malcom! Es lo que tiene ser patóloga licenciada con la mejor nota de la promoción y con una especialización en infectología. Te abre puertas. Así que no voy a desaprovechar el momento. Es mi oportunidad para corroborar que puedo tomar las riendas del departamento. Tengo las ganas y las herramientas. Quiero demostrar mi valía de una vez por todas. Estoy harta de vivir bajo la sombra del arrogante y obsoleto Malcom Stump.

Me siento reconfortada.

Hay un hueco para mi *Ford Mustang* azul del noventa justo frente al portal. Cojo mis carpetas, mi bolso y toda la ropa que he recogido de la lavandería. Al cerrar la puerta no puedo evitar contemplar el aspecto de la fachada. Me encantan los pequeños ladrillos rojos y los mini rosales de las ventanas. Adoro Brooklyn. Hace tiempo que mis amigos intentan convencerme para que busque un apartamento en Manhattan. No puedo ocultar que me he visto tentada en más de una ocasión, pero al final, siempre desisto. He encontrado mi propio oasis y me niego a abandonarlo. Me encanta tomarme una taza de café con leche observando Prospect Park. Es mi pulmón en esta ajetreada ciudad y mi refugio en mi complicado trabajo.

Hago un auténtico ejercicio de equilibrismo para abrir la puerta de la entrada. Dejo las llaves y las carpetas sobre la sencilla mesita cuadrada del recibidor. Inesperadamente se me caen las perchas con las prendas recién planchadas. Apoyo el bolso junto a una de las finas patas de madera y empiezo a recoger el vestido de noche negro y el abrigo de paño gris que he usado durante casi todo el invierno. Un destello en el salón llama mi atención. Centro la vista en el pequeño punto incandescente y me sorprendo al descubrir que no es el único. Hay más, muchos más, uno detrás de otro a la altura del suelo. Me levanto lentamente y camino despacio sobre la tupida moqueta marrón. Logro ser sigilosa como un gato. ¿Qué está pasando? Es probable que lo más sensato fuese huir en dirección contraria o gritar algo típico cómo: ¿quién anda ahí?, o, ¡voy armada!, pero si algo me caracteriza es que la maldita curiosidad puede conmigo.

Asomo la cabeza por la puerta del salón. Todo permanece a oscuras. Tan solo las chisporroteantes llamas de las velas, colocadas en el suelo de forma estratégica para dar forma a un estrecho caminito, y la luz que desprende la también iluminada mesa, dan luz a mi atónito rostro. Y justo allí lo encuentro. De pie, junto a una de las sillas. Alto, delgado, vestido de forma impecable con un traje azul marino y una corbata de rayas celeste. Lleva el pelo engominado, recién cortado, y su color rubio claro parece más oscuro debido a la humedad de la gomina y la penumbra de la habitación. Me ofrece la más amplia y sincera de las sonrisas y de pronto me doy cuenta de que la escena es real. Está en mi casa, me ha preparado una magnífica sorpresa y por su rostro deduzco que guarda un secreto, "uno estupendo", seguro. Sin embargo, siento que ha elegido el peor de los días.

—¿Y tu coche? —atino a preguntar. Me irrita no haberlo visto y así prepararme

para la escena.

—He venido en metro.

Mal asunto. Eso significa que quiere quedarse a dormir. Mañana, como manda la tradición, lo acompañaré en coche hasta el trabajo. No sé si me apetece estar acompañada esta noche. O tal vez, lo que no me apetece es la cenita romántica.

—¿Cómo has entrado?

—Me diste una llave, ¿recuerdas? —Sorprendentemente logra mantener el tipo ante mis hoscas preguntas.

—Era para emergencias.

Y en ese mismo instante una punzada de decepción cruza su cara y, pese a disimularla con rapidez, logra que me sienta muy culpable.

—Era terriblemente urgente entregarte esto. —Me tiende una pequeña caja de terciopelo rojo mientras da unos pasos hacia mí.

—Lo siento, he tenido un mal día. —Me quito los tacones y les doy una patada para apartarlos.

Me acerco a él y, en proporción al asombroso despliegue, le doy un casto beso en los labios. Intuyo cuál es el motivo de tremenda sorpresa y no me siento preparada. No me apetece nada lo que depara la noche y quiero darle señales suficientes para que pueda meditarlo mejor antes de continuar.

—Pero vas a tener una magnífica noche —improvisa.

—No deberías haberte molestado. —Acaricio su mano.

—Si consigo verte sonreír una sola vez, sí.

Fuerzo una amplia sonrisa y él pone los ojos en blanco y una fea mueca que me hace reír. David siempre me hace reír. Es la persona más divertida que conozco. Cuando lo vi por primera vez iba enfundado en uno de sus cientos de trajes meticulosamente planchados, sentado tras la mesa de cristal de su despacho con sus gafas de leer puestas y un montón de papeles colocados con enfermizo orden, y jamás pensé que tuviese esa faceta divertida. O más bien esa loca personalidad que descubrí a los pocos minutos de hablar con él.

—¿No vas a cogerlo? —Vuelve a tenderme la caja.

—Supongo que prefieres cenar primero. Sé que solo lo has sacado para eliminar la horrible cara con la que te he recibido.

—Si te soy sincero, cenaré más cómodo si…

Con un sexy movimiento se acerca al equipo de música y, tras pulsar un botón, una dulce melodía empieza a sonar. Acercándose a mí con una tierna mirada y una delicada sonrisa abre la pequeña caja y me la acerca.

—Susana Levinson Isern… ¿Quieres casarte conmigo? —dice en perfecto español.

Mi mundo se desmorona en un segundo. Este no era el plan. Adoro a David. No es que no lo quiera, pero… no quiero casarme. Yo quiero centrarme en mi carrera y disfrutar de mi independencia. Sin duda, siento algo muy fuerte por él, llevamos juntos un poco más de dos años, pero… pero… no ha llegado el momento. Es especial y pasamos muy buenos ratos juntos, sin embargo, no estoy preparada para dar el gran paso. Y lo peor es que me temo que si no soy cuidadosa con mis próximas palabras le perderé, y no quiero perderle, es muy importante en mi vida.

—David, yo… No sé qué decir. —Aparto la vista del pequeño objeto—. No es un buen momento, he tenido un día terrible y no esperaba esta sorpresa tan agradable…

—¿Por qué no lo hablamos mientras cenamos?

Me acompaña hasta la mesa con la mano pegada a mi espalda.

Está impecablemente puesta. Arrugo la nariz al comprobar la perfección con la que ha doblado las servilletas. Bizqueo al ver los diferentes tamaños de copas y la variedad de cubiertos. ¡Por dios, estamos en casa!

Aparta la silla y me invita a tomar asiento.

¡Maldita sea, es mi casa!

De pronto me siento indignada. Invade mi espacio, mi intimidad, para preparar una sorpresa que no me apetece tener y una petición que yo ni siquiera quiero escuchar, y se supone que el protocolo dicta que debo sonreírle y agradecérselo. ¿Por qué? Yo quiero desnudarme y darme un baño caliente, cenar algo rápido frente al televisor y preparar el trabajo de mañana. No quiero tener que rechazar una proposición de matrimonio y dañar a un buen amigo.

Observo con atención el ramo de rosas rojas que ha colocado en uno de los lados de la mesa. Al menos, cuento veinticuatro. Me juego el anillo que no quiero ni mirar a que hay veintiocho, una por cada mes que ha pasado desde que salimos a cenar la primera vez. El ruido de su silla hace que desvíe la mirada. Sus azules ojos penetran en mi piel. Desafiándome. Rogándome.

—Susan, sé que nunca hemos hablado nada al respecto.

—No, no lo hemos hecho. Sinceramente me pillas fuera de juego.

—Por eso he preparado todo esto. Quería ofrecerte una velada romántica —titubea—, y pensé que estaríamos más relajados en la intimidad de tu casa.

Se lo esperaba, de algún modo esperaba ser rechazado, por eso esta encerrona en mi propia casa. Aquí no puedo huir ni abochornarlo con una escenita.

—Jamás imaginé que estuvieras interesado en el matrimonio.

—No, antes de conocerte.

Trago el vino de mi copa, arde en mi garganta. Necesito otra. David sonríe y vuelve a rellenarla.

—Cariño, entiendo tus dudas —suena terriblemente condescendiente—. En parte hasta comprendo que lo veas como una encerrona. —Muy listo—. Te conozco muy bien. En estos momentos tu cabeza trabaja a mil por hora intentando buscar una fórmula que te haga salir indemne de la situación y que a la vez no me reste de tu vida.

Apoya los codos en la mesa y se frota la frente. Bebe un pequeño sorbo de su copa y vuelve a centrarse en mí. Reconozco ese gesto, está nervioso, prevé mi contestación. Y, a pesar de eso, sus ojos reflejan esperanza. Tiene el mismo gesto que le observo las mañanas que ensaya sus discursos para una importante reunión de negocios. Esas en las que sabe que las probabilidades de financiación son escasas y aun así construye en su mente la imagen de su nuevo edificio.

—Escucha, esta cena está pensada precisamente para que tracemos un plan con tranquilidad, para que sopesemos los pros y los contras, pero sobre todo para que lo meditemos juntos. Somos un equipo. Sé que es difícil para ti. No tienes por qué contestarme hoy. —Bebe de nuevo, no sé si para meditar o para dejarme hablar—.

Sinceramente, creo que ha llegado el momento de dar un paso más en nuestra relación y he pensado que era la mejor forma de decírtelo.

—Nuestra relación funciona perfectamente tal como está.

Arrastra la cajita roja sobre el blanco mantel acercándola a mí.

Yo ni siquiera pretendo abrirla.

—Sí, pero quiero que sepas que necesito pasar el resto de mi vida contigo.

—Dudo que el matrimonio sea obligatoriamente algo positivo en una pareja. No lo veo necesario.

—Pues vivamos juntos.

Admiro su ímpetu. Es imposible que su orgullo no esté dañado y a pesar de todo, sigue mirándome con dulzura y paciencia. ¿Por qué no entiende lo que le digo?

—¿Juntos?

—Sí, múdate a mi apartamento.

—Me gusta esta casa.

Por primera vez noto el disgusto en su cara. No es que no le guste mi casa, está limpia, bien decorada y en una buena zona, diría él. Pero está acostumbrado al lujo y las comodidades de su caro piso en el centro.

—Elige tú el lugar, Susan, no me importa. —¡Vaya, qué sorpresa!—. Solo quiero despertarme junto a ti todas las mañanas.

Es bueno el canalla, muy bueno. Muerdo mi labio inferior y bajo la mirada. No cederá, cree poder convencerme y lo peor es que eso me cabrea. No me gusta detectar el tono indulgente de su voz, como si yo fuera una niña malcriada a la que le dan miedo los cambios. Si no desiste va a doler. Inevitablemente vamos a sufrir los dos.

—Sigo pensando que nuestra relación funciona bien tal como está. —Le sujeto las manos—. ¿Qué tiene de malo seguir como hasta ahora?

—No quiero seguir viéndote dos, o, con suerte, tres veces por semana. Seguir contándonos el día a día por teléfono o correo electrónico. Ambos trabajamos en exceso… Viviendo juntos podríamos dedicarnos más tiempo.

—Tú mismo has enumerado los motivos por lo que no me parece una buena idea. ¿Cómo podría funcionar?

—Funcionará.

—No estoy tan segura.

—Nos amamos.

Ha llegado el momento. Lo siento, David.

—¿Nos amamos? —Abre sus preciosos ojos de par en par y aparta sus manos de las mías.

—Al menos yo a ti, sí. —Está muy enfadado. Ya no hay vuelta atrás.

—¿Estás seguro? Quiero decir… nos gustamos, pasamos buenos momentos juntos, funcionamos muy bien en la cama y nos queremos. Hay fuertes sentimientos entre nosotros, ¿pero los suficientes como para comprometernos de una forma tan seria?

—Para mí, sí. —Se levanta con brusquedad, necesita espacio.

—¿Estás seguro de que me amas?

—¡Joder, Susan, por supuesto que sí! ¿Qué coño hago aquí entonces? ¿Qué se supone que hemos estado haciendo durante todo este tiempo?

—Pasarlo bien juntos.
—Ya veo.
Se dirige hacia el sofá y rebusca por los bolsillos de su maletín. Puedo verle la cara, está decepcionado y triste y a mí me parte el alma.
—David… nunca nos prometimos nada.
—Yo pensé que no hacía falta.
—No creí que fuera algo tan serio, perdóname, de verdad que lo siento.
A pesar de estar rota por el dolor he conseguido llegar hasta él. Lo abrazo con fuerza por la espalda. Apoyo mi ardiente mejilla sobre su dorso ligeramente inclinado y siento cómo se deshincha poco a poco.
—Te quiero, David. Te necesito a mi lado.
Se gira y me rodea con sus brazos. Tras un dulce beso en la frente levanta mi barbilla con un dedo y me mira con intensidad.
—¿Me amas?
—Ya te he dicho…
—¿Me amas de verdad? —me interrumpe—. ¿Con todo lo que ello implica?
Una pausa, en apariencia horrorosamente larga, expone ante él mi acopio de valor.
—No —me sincero—, tal y como me lo planteas, no.
—Bien.
Noto que se aparta. Sigue con su misteriosa búsqueda dentro de la elegante piel negra y cuando parece encontrar el dichoso objeto lo coloca sobre la palma de mi mano.
Mi llave.
—David, espera, esto no es necesario. Yo no quiero que te marches —sollozo—. Quédate, por favor —de pronto, necesito hacerle entender que podemos seguir igual que siempre.
—Ya nos llamamos —suena a despedida.
—¡No! —Corro tras él—. Podemos seguir como hasta ahora, somos felices.
—No, Susana, no. Yo no puedo seguir siendo solo tu amigo especial. Mis sentimientos por ti han crecido mucho más que los tuyos por mí y quedarme a tu lado solo me causará dolor.
—Quizá solo necesito más tiempo. —Lloro desesperada. Tal vez no lo ame como para casarme con él, en realidad no creo poder encontrar a nadie que reúna esas condiciones, pero sí le amo. A mi modo, pero le amo.
Se detiene y logro colocarme frente a él. Posa su fina mano sobre mi cara y limpia las lágrimas que se derraman por ella.
—Dame una oportunidad.
—Esta noche no puedo, entiéndelo.
—Jamás te he mentido, tú me conoces.
—Lo sé, aunque tenía la esperanza de haber calado un poquito más hondo en ese corazoncito tuyo.
—Eres muy importante para mí.
—¿Pero no el definitivo? —Suelta el maletín y me sujeta por la nuca. Me acerca más a él, hasta su boca. Me besa. Un beso duro, amargo, un beso de despedida.

Un fuerte golpe de la puerta hace que salga de mi ensoñación. Se ha ido y casi no he sido consciente de ello. Por el rabillo del ojo veo mi bolso y la ropa que traía tirada por el suelo. Lo recojo todo y lo dejo sobre el sillón que hay junto a la mesita del recibidor. El frío metal de la llave quema en mi mano. Con cuidado la deposito dentro de un cajón.

*«Solo para emergencias»*

¿Acaso no es esto una emergencia?

Apago todas las velas, recojo la mesa y tiro toda la comida que sería incapaz de comer sin sentirme miserable.

Ya puedo llevar a cabo mi plan: ducharme, cenar frente a la tele y trabajar. Y, ya muy entrada la noche, y si mis remordimientos me lo permiten, dormir.

En más de una ocasión me veo tentada a coger el teléfono y llamarle, pero la poca sensatez que conservo me recomienda que lo deje pensar. Necesita odiarme, aunque sea por unas horas, eso lo entiendo. Mañana, tal vez el miércoles, le llamaré. Intentaré quedar con él y hablar con más calma de la situación. Si de verdad me quiere, si de verdad me conoce, tendrá que darme otra oportunidad. Yo nunca me planteé dañarle, creía en lo nuestro tal y como estaba, y él debe respetar mis tiempos y aunque haya necesitado ponerse en su sitio y forzar la situación, sé que lo entiende.

## Entre nosotros

El día retrata a la perfección mi estado de ánimo. No hace frío pero el cielo está adornado con una ligera capa gris que a veces se difumina para dejar paso a unos intensos rayos de sol. Tal y como me siento yo. Envuelta en una extraña sensación de neblina. Triste y preocupada por David y, sin embargo, a ratos, feliz y satisfecha. He pasado la mañana revisando algunas investigaciones que Malcom ha descartado y he seleccionado una de ellas para un nuevo estudio. El equipo se muestra colaborador y contento. Creo que todos respiramos con tranquilidad por primera vez en mucho tiempo.

El sonido del teléfono me sobresalta.

—Despacho de Susan Levinson.

—¿Qué tal fue anoche? —la voz chillona y entusiasta de Nicole hace que apriete los párpados.

—¡Lo sabías! —exclamo, cerrando dos dedos sobre el puente de la nariz.

—Por supuesto que lo sabía.

—Maldita sea, Nicole, se supone que eres mi amiga, podrías haberme avisado.

—¡Dioses, Susan, es mi hermano y quería sorprenderte, qué esperabas!

—Sí —me rindo ante lo evidente—, supongo que tienes razón, discúlpame.

—¿Y bien?

—¿No has hablado con él?

—No me coge el teléfono.

—¿Has llamado a la oficina? —Soy consciente de que sueno preocupada, noto mi voz a punto de romperse.

—Estaba reunido —suspiro tranquila—. ¿Y bien?

—Creo que hemos roto.

—¡No! —grita—. ¿Qué ha ocurrido?

—Dije que no.

—¿Por qué? —Parece incrédula—. ¿Qué ha hecho?

—Ya hablamos en otro momento, estoy muy ocupada.

—¡Ah… no! —dice indignada—. Comamos juntas, tienes que contármelo todo.

—Ya he comido y preferiría aclarar las cosas antes con David.

—Tonterías, necesitas una amiga.

—¡Nicole, no! Hoy no, ¿de acuerdo? Hoy quiero estar sola.

Adoro a Nicole, pero a veces puede ser demasiado inquisitiva, y al fin y al cabo, es la hermana de David, no me apetece ser víctima de su censora mirada.

—Muy bien, si es lo que quieres. Si cambias de opinión, llámame. Pase lo que pase eres mi amiga.

—Gracias.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo y a los pocos segundos el teléfono vuelve a sonar. Seguro que lo ha

pensado mejor y quiere intentar persuadirme de nuevo.

—Despacho de Susan Levinson.

—Hola, soy Peter Gibson, lamento molestarla. Intentaba localizar al doctor Malcom Stump.

—Oh, lo siento, pero en este momento no se encuentra. Estará de vacaciones durante unas semanas. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Necesitaba su opinión sobre un caso. Hace un par de días encontramos un cadáver en Central Park y… bueno, hay ciertas anomalías que me gustaría comentar con él.

—¿Es usted forense?

—Discúlpeme, sí, de la policía científica —vacila, no sabe quién soy y si puede confiar en mí y se da cuenta que quizá ha hablado de más—, pero no es la causa de la muerte lo que me preocupa… es difícil de explicar.

—Mire, sustituyo al doctor Stump durante su periodo vacacional y soy su adjunta en el hospital. Además, mantengo contacto directo con él —miento, ni muerta pienso llamarle—, ante cualquier duda siempre podríamos localizarlo. ¿Por qué no me pasa por fax la documentación? Le echaré un vistazo y cuando tenga una idea clara sobre el caso le llamo para concertar una cita.

—Gracias, señorita Levinson, necesito confirmar mi teoría o me volveré loco.

Tras esta inquietante declaración mi curiosidad se multiplica. ¿Qué estará pasando para que un patólogo versado se ponga en contacto con nosotros? Con un café en las manos y mucha impaciencia espero el sonido del fax. Cuando las hojas empiezan a aparecer repletas de datos mi corazón vuelve a latir con energía.

Muy avanzada la tarde entro en la comisaría. Me dirijo al mostrador de información y una señora uniformada y con forzada sonrisa me saluda.

—Busco al señor Gibson, tengo una cita…

—¿Doctora Levinson? —la masculina y profunda voz del tal Peter llega desde atrás—. Estaba esperándola.

—Perdone mi tardanza, el tráfico, ya sabe. —Estrecho su mano.

Es joven, unos treinta y cuatro o treinta y cinco años. Tiene una bonita mata de pelo negra ligeramente rizada y su mirada, de un azul mucho más claro que la de David, es cariñosa y alegre. Es ese tipo de mirada que te deja ver de inmediato las virtudes del ser que tienes enfrente.

—Gracias por atenderme tan rápido. —Sonríe—. Si es tan amable. —Me indica la dirección con el brazo.

Aprieto contra mí la pesada carpeta. En este momento me arrepiento de llevar puestos unos simples vaqueros y unas manoletinas negras. Todo parece tan formal. Suerte que he tenido la idea de ponerme la americana gris que guardo en mi despacho para imprevistos.

—Doctora Levinson. —Vuelvo a la realidad.

—Llámeme Susan, por favor.

—En ese caso tendrá que empezar a tutearme.

Camina con largas zancadas a mi lado, pero curiosamente consigue mantener la

velocidad apropiada para que pueda seguirle el ritmo. Parece un tipo atento.

—Entonces… Peter —no me explico por qué la sonrisa que me dirige logra infundirme tanto calor y camaradería —… ¿qué es tan misterioso? Me muero de curiosidad.

—Como has leído en el informe no logro analizar correctamente la sangre del individuo. Al principio creía que las muestras estaban contaminadas, pero después pensé: ¿todas las veces? Además, en el ADN se observan síntomas de mutación y su aspecto físico es, cuanto menos, peculiar. Creo que me vendrá bien vuestra ayuda.

Llegamos ante una puerta claramente identificada. El depósito de cadáveres. Los pelos se me ponen de punta al instante.

—Creí que me enseñarías las muestras en el laboratorio —me tiembla la voz.

—Luego. Prefiero que compruebes tú misma lo que te digo. —Trago saliva—. ¿Eres forense no?

—Bueno, en realidad, no. Malcom, quiero decir el doctor Stump, sí. Él se especializó y trabajó en ello durante sus primeros años. Yo me lo he propuesto alguna vez, pero no es lo mío.

—Siento la confusión.

—No pasa nada. No es que no haya visto un cadáver, es solo que necesito hacerme a la idea. Yo soy más de microscopio… ya sabes.

—¿Y qué estudias exactamente en esos microscopios? —Peter suelta el pomo y apoya un de sus hombros en la puerta. Está claro que intenta relajarme, pero no piensa evitarme el mal trago.

—Depende del momento. Casi siempre enfermedades infecciosas, es mi especialidad.

Para mi sorpresa vuelve a mirarme con complicidad. Como si nos conociéramos de toda la vida. Hay algo en este hombre, tal vez la pose o tal vez la manera de hablar, que me hace sentir joven y confiada. Es como si ya fuésemos amigos. La puerta se abre de golpe y me invita a pasar. El lugar es frío. Huele a humedad, a desinfectantes y… a algo más. Algo que te incomoda y te hace saber que ese lugar no será agradable bajo ninguna circunstancia.

—Entonces estamos de suerte —afirma tras cerrar la puerta con cuidado.

Decidido, se dirige a otra puerta situada en el extremo izquierdo del pequeño despacho. Lo sigo sin mucho entusiasmo. Esta vez, al abrirla, soy plenamente consciente de que ya no hay vuelta atrás. El brusco cambio de iluminación daña mis ojos y mi cuerpo reacciona al intenso frío. Sin embargo, mi cerebro comienza a trabajar al cien por cien. No importa las condiciones, tenemos un posible caso de enfermedad infecciosa y hay que ponerse manos a la obra.

El cuerpo aparece ante mí. Grande, muy grande, si no recuerdo mal dos metros y tres centímetros de alto y ciento veinte kilos —ahora sé que de puro músculo—, desnudo y con la cabeza rapada. Me acerco a él y lo observo con detenimiento. Tal y como decían los documentos facilitados por Peter, sus venas se muestran casi a la perfección bajo la piel. No porque la piel sea traslúcida, pues parece todo lo contrario, excesivamente dura y colorada, sino porque parecen sufrir algún tipo de inflamación o, incluso, dilatación. Una gran cicatriz cruza su tórax en vertical y pequeñas incisiones marcan sus brazos y piernas.

—¡Guau! —consigo decir.

—Impactante —se acerca con un bisturí y se coloca justo a mi lado—, no quiero ni imaginármelo enfadado.

Con las manos protegidas con unos guantes blancos intenta hacer una incisión en uno de los brazos, queda claro al instante que ejerce una gran presión para lograrlo.

—¿Ves?, tal como explico en el informe. Prueba.

Me pongo unos guantes de látex y cojo el cortante utensilio. Verifico su teoría, el individuo posee una piel casi indestructible.

—Sabemos que la causa de la muerte fue por herida en el corazón. No logro identificar el objeto que la causó, pero si tenemos en cuenta la dureza de su piel, de su musculatura y por lo tanto de sus huesos, el impacto debió ser con una presión proporcional. Por lo que deduzco que el agresor debe ser de similares características.

Anonadada, lo contemplo poner en práctica su teoría. Intenta atravesar su inerte corazón con algo parecido a un punzón y fracasa en todas las ocasiones. Estoy comprobando *in situ* la anatomía casi indestructible de un hombre.

—Pero… ¿cómo es posible?

—Para eso estás tú aquí. —Me sonríe—. Stump no quiso darle importancia en el anterior caso, dijo que las muestras estarían contaminadas o el equipo estropeado. Y que lo más probable fuse que se tratase de un caso de experimentación farmacéutica o de drogas, que investigásemos por esas vías. Pero… ¿dos casos en una semana?

—Perdona, ¿dos?

—¿No lo sabes? —Niego completamente muda—. Vaya, pensé que Stump te habría informado.

Le sigo hasta un anexo de la sala y abre una de las portezuelas de aluminio que hay empotradas en la pared. Al instante se extiende ante mí una camilla tapada con una sábana. Al levantarla, el cadáver de un hombre decapitado se muestra blanco, helado, rígido. Lo estudio con atención. A diferencia del anterior, este es delgado y de estatura media. Su piel es clara, casi traslúcida y, sin embargo, no hay evidencia de venas en su cuerpo.

Observo atenta cómo Peter aplica el mismo procedimiento que ha realizado en el anterior cuerpo. Efectúa las mismas incisiones en las extremidades y obtiene exactamente el mismo resultado. Sin decirme nada, abre uno de sus párpados y me deja ver un iris color sangre. Me acerco.

—¿Cómo puede ser?

—No tengo ni idea. No hay signos de hemorragias ni agresiones por la zona. Lo único que sangró en este tipo fue su cuello. No hay ni una sola muestra más de violencia en todo su cuerpo.

Levanta uno de los brazos y me señala la mano. Los dedos están ligeramente deformados y las uñas tienen una forma y color parecido a las garras de un animal.

—El otro posee unas parecidas.

—¡Madre mía, Peter! ¿Qué está pasando?

—Los inspectores buscan alguna pista que les conduzca a ensayos clínicos de alguna farmacéutica, o a algún tipo de droga experimental, tal como nos sugirió tu jefe. Pero, en confianza, creo que no encontrarán nada. Hay demasiadas diferencias para tratarse de la misma sustancia, aunque demasiadas coincidencias para ser casos

aislados —habla en susurros, casi para sí mismo.

—¿Y qué sugieres?

—Quiero creer que tienen razón. No sé… ¿experimentos militares, nuevos tratamientos con demasiados efectos secundarios?, es lo más probable. Pero si es así, ¿por qué hay tantas diferencias? No he encontrado ninguna similitud en sus análisis, pero ambos se muestran ligeramente alterados. Sus cuerpos son exactamente igual de resistentes y su aspecto físico es, bueno… puedes observarlo tú misma. Algo en estos dos hombres altera su sangre y su anatomía y de lo único que estoy convencido es que el elemento causante es completamente diferente.

—Tal vez dos tratamientos.

—Es lo más probable. Sin embrago —levanta un ceja—, no hay nada que indique que estos dos hombres hayan padecido alguna enfermedad en toda su vida.

—Tal vez funciona bien, es decir… quizá logra su cometido, aunque el resultado final no sea el deseado.

—Por supuesto, es mi primera línea de investigación, pero algo me dice —guiña su ojo— llámalo intuición, que hay más.

—¿Intuición? —Me quito los guantes y los tiro a una impoluta papelera plateada que hay junto a la puerta—. ¿Tus jefes aceptan pagar la factura por una intuición?

—¿Quién ha hablado de jefes? —Se acerca a mí y me mira con picardía—. Había pensado que quizá podríamos investigar por nuestra cuenta, formar un equipo secreto, una unidad especial…

—Un momento, un momento —me coloco el pelo tras la oreja y tomo aire—, me estás diciendo que invierta tiempo y material por nada —resoplo—, sin hablar de las consecuencias que podría tener en mi carrera…

—Podrían ser muy positivas si logramos salvar a la humanidad de una nueva epidemia.

—Pero tú mismo reconoces que los agentes infecciosos son diferentes, ¿por qué pensar en una epidemia? Lo más probable es que la teoría de Malcom sea la correcta. Si quieres te echo una mano con los análisis.

—Susan —me interrumpe—, ¿y si la cuestión no es que los agentes infecciosos sean diferentes, sino que causan diferentes efectos? —Pasa los dedos por su pelo—. Estos tipos no eran normales, Susan. He estudiado a fondo cada parte de su cuerpo y su ADN. No son cien por cien humanos. Lo que sea que les provoca este cambio puede causar estragos en la humanidad.

Lo miro con atención. Su fina y perfilada boca está tensa. Sus ojos brillan de emoción. Hay algo que no me dice. Se guarda un as en la manga. Cree que hasta que no acepte trabajar con él no puede confiar en mí. Lo que él no sabe es que yo ya sé cuál es, he pensado brevemente en ello al leer el informe en mi despacho, y cuando he visto los dos cuerpos la teoría ha vuelto con fuerza.

—¿Y si no es una epidemia —trago saliva—, y si se trata de evolución? —susurro.

—Exacto. —Se acerca y coge mis manos—. ¿En serio quieres que los de arriba se enteren tan pronto?

Confusa, me dirijo con rapidez hacia la salida. Escucho sus pasos detrás de mí. Sin duda el caso es asombroso y la posibilidad de que algo esté provocando una

mutación de la especie tentaría a cualquier investigador a meterse de lleno. Pero extraoficialmente… sin apoyos financieros… con un compañero de trabajo completamente desconocido…

—Susan. —Me retiene por el brazo justo cuando ya estamos en la calle. El aire fresco del anochecer me sienta bien.

—¿Lo sabe Malcom?

—No. Mis conclusiones llegaron con el segundo cadáver, hasta entonces teníamos la misma opinión. Lo llamé y apareciste tú. La verdad es que me siento afortunado de haberte encontrado. He estado investigando un poco sobre tu trabajo y creo que tu especialización nos irá muy bien. Eres joven, con ganas de trabajar, con ilusión, tu mente es más abierta. —Arquea una ceja—. ¿Me equivoco?

—Los halagos no te funcionarán conmigo.

—Lo siento —mete las manos en los bolsillos y baja la mirada—, aunque lo decía en serio.

Estoy loca. Completamente loca. Podría exponer decenas de puntos en contra de lo que estoy a punto de hacer, pero en el fondo estoy de acuerdo con Peter y sería una imprudencia no investigarlo. Me doy la vuelta y empujo las puertas de la entrada.

—¡Vamos! —inclino la cabeza—. Quiero examinarlos con detenimiento.

## **“The Temple”**

No hay otra cosa en mi cabeza: mutante uno, mutante dos. Sobre mi cama se extienden un sinfín de fotos, informes y papelitos de caramelos. Durante todo el día he deseado llegar a casa y ponerme a trabajar en este insólito asunto y ahora que lo he conseguido, y llevo casi dos horas estudiando los datos que me ha facilitado Peter sobre los extraños seres que descansan en el depósito de cadáveres, estoy irritantemente perdida. Me gustaría poder comentar con él algunas dudas, pero hoy tiene una cena benéfica, así que me ha entregado todo lo referente a los asesinatos para que pueda ponerme al día.

Los dos casos son asombrosos. Mutante uno *(M1*) parece un tipo normal, dentro de la media, salvo por su piel singularmente fina y transparente, la cual me tiene muy intrigada. ¿Cómo alguien con tan frágil protección contra los elementos externos puede salir a la calle? Es más, ¿cómo alguien que posee el órgano aislante más defectuoso que he visto en la vida parece no haber sufrido ninguna enfermedad? Y, por otra parte, si M1 posee la piel del grosor de un párpado… ¿cómo debía ser su sentido sensorial? Sin duda, M1 vivía un infierno. Pero, entonces, ¿por qué no logramos hacer una incisión con el bisturí aplicando una fuerza común? Hay que ensañarse con él para lograr un leve corte. ¿Qué misteriosa combinación puede hacer que lo delicado sea, a su vez, inquebrantable? Por no hablar del color de sus ojos. ¿Rojos? Sin duda este pobre hombre, aún sin identificar, ha sufrido unos efectos secundarios terribles.

Sostengo la foto de *M2*, cómo no, de identidad desconocida. Contemplo con detenimiento las varices de sus brazos y piernas. Ayer intentamos, durante toda la noche, descifrar la causa de tan desmesurada inflamación en sus venas. De hecho, llamarlas varices no sería correcto pues su circulación parece inmejorable, no hay trombos, ni enfermedades cardiacas, ni colesterol… ni nada que se nos haya ocurrido investigar. Conclusión: ¿quizá estén tan desarrolladas por su estupendo funcionamiento? Derrotados, hemos decidido que lo investigaremos más adelante. Por ahora, *M1* se lleva el premio al mutante más irrebatible y nos centramos en su ADN.

Uff… necesito un respiro. Lanzo, frustrada, la foto sobre la cama. Me apetece un capuchino. Una hoja se pega en la palma de mi mano. Es la foto de lo que parece ser la tarjeta VIP de un local. Roja, con elegantes letras negras. *The Temple* pone justo en el centro. La dejo junto al resto de documentos y bajo a prepararme el capuchino. Ya con la taza humeante entre mis manos me siento en el alféizar y observo el frondoso paisaje que tengo justo delante. A estas horas hay muy poco tráfico y la ligera lluvia, que al parecer ha estado cayendo, hace brillar las verdes hojas de los árboles, reflejándose en ellas la maravillosa luz de la luna. Abro la ventana y respiro el fresco aroma. Es alentador. La imagen de la tarjeta vuelve a mi cabeza y durante el breve periodo de descanso no puedo dejar de pensar en ella. Al llegar de nuevo a la habitación lo primero que hago es coger la sencilla hoja y leerla con atención.

«*The Temple*»

Es lo único escrito en la tarjeta fotocopiada, pero justo en el borde inferior de la hoja, a la izquierda hay una pequeña anotación y una dirección. Sin pensarlo dos veces me ducho, me recojo el pelo en un improvisado moño y me pongo el vestido multiusos negro y unos sencillos tacones. No sé muy bien qué encontraré allí, así que creo que un atuendo neutro será lo más apropiado.

Tal vez si conozco el ambiente en el que se movía *M2*, según la anotación, logre entender mejor qué le pasó. Incluso puedo conocer a alguien de su entorno que me pueda dar datos de su vida o alguna pista que nos conduzca a las causas de su muerte.

Unas cuantas calles antes de entrar en Harlem, en un oscuro y estrecho callejón, se encuentra el local. Su aspecto exterior deja mucho que desear. El cartel luminoso es sencillo y poco atractivo. La fachada está deteriorada por la corrosión del tiempo y la puerta de acceso está compuesta por dos simples y oxidadas hojas de aluminio, controladas por dos grandes y fuertes porteros. A pesar de eso, la cola para entrar es numerosa, al menos la del lado derecho, porque la que hay en la otra dirección, perfectamente acotada con bandas de terciopelo negro, está prácticamente vacía. Tan solo hay dos hombres vestidos con elegantes chaquetas negras y caros vaqueros. Y ahí es donde me dirijo.

Por una milésima fracción de segundo pienso que venir hasta aquí ha sido un error. Un equipo experto de la policía habrá indagado por la zona e interrogado a todo aquel vinculado con *M2*, así que… ¿Qué puedo yo averiguar que ellos no sepan? La duda se esfuma al instante al escuchar el ajetreo de un grupo de chicas al entrar, tal vez yo consigo curiosear más a fondo. La policía intimida, eso dicen en las películas, yo solo soy una chica con ganas de pasar un buen rato.

Estoy frente a la masa de músculos con cabeza rapada y le regalo mi mejor sonrisa.

—Señorita, esta zona está reservada, si es tan amable. —me señala la cola que gestiona, con muy malas pulgas, su compañero.

Durante un instante me pierdo en el increíble parecido. La única diferencia notable que encuentro en el hombre que hay a su izquierda es la larga coleta azabache que menea sin parar cada vez que ofrece una negativa.

—¿Señorita? —Alguien se ha parado justo detrás de mí y el empleado se muestra más impaciente.

—¡Ah… disculpa! —exclamo despreocupada—. Por aquí debo tener mi pase.

Y empieza la escenificación teatral para colarse en un local más bien ejecutada de la historia. Rebusco sin parar en mi bolso. Me coloco el pelo una y otra vez intentado mostrar el inicio de una grave inquietud. Me acuclillo y continúo con el registro, esta vez esparciendo el contenido del pequeño bolso negro por el suelo…

—Madre mía, ¿dónde la habré puesto? —suspiro exageradamente, y vuelvo a colocar un mechón suelto de mi moño.

—Señorita, si es tan amable de retirarse.

—Espera un segundo, tiene que estar por aquí. —Abro la cartera—. ¡Maldita sea! ¿Dónde está la jodida tarjeta roja? —mi voz empieza a temblar—. Se va a cabrear, se va a cabrear —canturreo para mí misma.

Recojo con rapidez y me incorporo. Miro al único ser que puede permitirme entrar de forma inmediata con ojos suplicantes y fuerzo un puchero.

—Me la dio, lo juro, ayer mismo. Dijo: "nena, si quieres experimentar algo nuevo te espero aquí" —la voz ronca de mi cita ficticia me sale a la perfección—. Y ahora estará esperándome y no tendré más oportunidades, ¿sabes? Es muy difícil llegar hasta él y para una vez que se fija en mí —sollozo—. Quizá lo conoces y puedes avisarle…

—¡Vamos, Ed, déjala entrar! —grita alguien desde atrás.

No les miro, no quiero darles la posibilidad de distinguirme entre la multitud y que comprueben que he mentido.

—Sí, Ed, déjame entrar. Le diré a Paul que salga a hablar contigo. —Me la juego.

—¿Paul? Sí, eso sonaba muy de Paul. —Carcajea uno de los tíos que esperan—. Ed déjala entrar, ¿qué puede pasar? Aunque te esté mintiendo conseguirás haber ofrecido un excelente pastelito a tus invitados. Nadie te reprochará nada.

El tal Ed me mira inquisidor, pero al final las prisas de sus VIP por acceder al recinto y la insistencia de uno de ellos le hacen abrir la pesada puerta y echarse a un lado para dejarme paso.

«¡And the Oscar goes to Susana Levinson Isern!»

—Gracias, Ed.

Boquiabierta. Así es como estoy. El viejo antro se ha convertido en una lujosa discoteca. ¿Por qué nunca he oído hablar de este sito? No suelo pernoctar mucho por esta zona, pero… ¿ni un rumor?

Paso de largo por el guardarropa y bajo los cinco peldaños que conducen al sofisticado y amplio salón. A mi derecha una larga barra, atestada de gente, de un color negro resplandeciente, es iluminada por decenas de lámparas ultra modernas. Justo enfrente, un pequeño espacio, comparado con la magnitud del lugar, está equipado con bajas mesas de cristal y cómodas butacas negras que permiten un plácido descanso a aquellos que están agotados de tanto usar la gran pista de baile, delimitada —a su lado— por columnas de luz de múltiples colores. Y este sí es un gran espacio.

Entre dos bellezas morenas con escasa tela en sus vestidos pido un gin-tonic, que me preparan sorprendentemente rápido. Contagiada por la música empiezo a sentirme muy animada. Creo que lo mejor será dar una vuelta por el piso de arriba. La escalera luce majestuosa al fondo. Es ancha y está estratégicamente iluminada desde abajo por leds rojos. Los pasamanos son robustos y al tocarlos se aprecia la pulcritud del lugar.

El piso de arriba no me decepciona. Equipado con decenas de mesas rodeadas por sus respectivos sillones. Aquí la oscuridad es más patente. Hay varias parejas escondidas entre las sombras dándose el lote. Camino unos pasos más. Me apoyo en la barandilla y contemplo, sonriente, la despreocupada gente que baila en el piso inferior. Un taburete queda libre junto a una solitaria mesa. Lo aprovecho. Ya sentada y con mi copa en los labios soy más consciente de la situación que me rodea. No es que las parejas se estén enrollando bajo el cobijo de las sombras. ¡No! A mi alrededor existe una auténtica orgía. Chicas en ropa interior. Movimientos sinuosos. Jadeos. Parejas. Tríos. Más parejas. El contoneo de la chica que tengo justo a mi izquierda se vuelve cada vez más evidente. Sin poder evitarlo, observo a la exhibicionista pareja más de lo que me gusta reconocer. Por fortuna no soy la única que está sola. Hay más como yo. Incluso veo alguna pareja "aburrida" disfrutando de sus copas y de la música. Pero ninguno parece inmutarse por lo que sucede en el sillón de al lado. Ruborizada, cojo el bolso y me levanto. Ha llegado la hora de irse, no sé qué hago aquí.

Unas risas llaman mi atención. Un grupo compuesto por tres chicas y dos chicos sale de lo que parece ser una simple pared. No es posible. Abro los ojos intentando ver con mayor claridad. La chica pelirroja vuelve a reír y uno de los chicos, tremendamente guapo, la rodea por la cintura hasta estrujarla contra su torso. Voy hacia allí. Tengo que averiguar de dónde han salido. Extiendo la mano sobre el extraño revestimiento, afortunadamente no hay nadie cerca. ¡Vaya! Es impresionante. La pared no es una pared. Es una especie de panel totalmente opaco. Algo parecido a los paneles japoneses, aunque más consistente, es grueso y pesado. Debe estar sujeto de los extremos por algún marco o riel para lograr tensarlo de este modo.

—Hola, preciosa.

Doy un respingo. Aprieto mis manos en un nudo a la altura de mis muslos y busco con la mirada al propietario de la conocida voz. Está justo detrás, un poco demasiado cerca. Me mira intrigado. Su pelo negro con mechas rojizas es lo primero que llama mi atención. Lo segundo, la fina trenza que nace desde su nuca y se extiende hasta su pecho.

—¿No vas a saludarme?

—¿Nos conocemos? —¿Cómo me ha reconocido?

—Jamás olvidaría ese trasero.

—Si me disculpas…

¡Será grosero!

Aún no me explico cómo ha podido encontrarme. Sé que mientras estábamos en la cola de acceso no me ha visto la cara en ningún momento. Sin embargo, ya no hay marcha atrás. Ahora sabrá que todo era una estrategia para colarme y puede delatarme y hacer que me echen en cualquier momento. No es que me importe, creo que ha llegado la hora de irse, pero prefiero evitar un escándalo. Paso por su lado en busca de la escalera y un camarero me empuja sin querer. Involuntariamente me desplazo hacia él con tan mala suerte que choco contra su brazo. Él reacciona de inmediato en un alarde de portentosos reflejos. Me recoge entre sus brazos evitando que mi trayectoria hacia el suelo siga su curso.

Le miro. El verde de sus ojos penetra en mi cuerpo.

—Si querías un baile solo debías pedirlo.

—¿Perdona? —Ríe y mi enfado aumenta considerablemente.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Parecías desesperada por entrar.

—Estoy buscando mi cita.

—¿A Paul? —Se frota la barbilla—. Está abajo. Hemos estado hablando de ti hace unos dos minutos.

Noto que mis ojos se abren a la misma vez que mi boca. El sonido del bolso contra el suelo me hace ser consciente, de nuevo, de la necesidad de salir de allí.

Su esbelto cuerpo se cruza ante mí. La camisa negra se tensa sobre su musculosa espalda al agacharse y al instante me tiende el pequeño rectángulo negro.

—No te preocupes, hemos llegado a un acuerdo.

No puedo emitir ni una palabra. Es evidente que estoy nerviosa, he sido cazada. Aunque lo que realmente me tiene en ese estado, pero él no lo sabrá nunca, es su espectacular belleza y elegancia. Cómo un hombre con ese peinado macarra puede parecer elegante es algo que me intrigará el resto de la vida. Aunque, de momento,

observaré y admiraré su apabullante clase, muda e hipnotizada.

—Jura no haber invitado a nadie esta noche —prosigue su monólogo con el bolso aún en sus manos—, pero no te delatará.

—¿Por qué? —hablo al fin.

—Le he dicho que me gustas.

—¿Te gusto? —Consigo mover el brazo y recuperar el bolso para la inminente huida. ¿Le gusto? ¿A él?

—¿Te puedo invitar a una copa?

Sin esperar mi respuesta llama a uno de los camareros que deambulan por la sala. Me mira, sonríe y tuerce la cabeza con gesto inocente.

—¿Un gin-tonic? —No contesto, no puedo, estoy fascinada—. Sí, un gin-tonic para la señorita, lo de siempre para mí —le pide con amabilidad al joven.

Contemplo estática cómo toma asiento en una de las butacas y da unos golpecitos a su lado para invitarme. Ni una sola vez ha dejado de sonreír y ni una sola vez ha apartado sus verdes ojos de mi rostro.

—No temas, no voy a morderte, al menos, no hasta que me des permiso.

Miro alrededor. Los juegos sexuales siguen su curso con total normalidad. En la butaca más próxima dos chicas en sujetador mordisquean el cuello y el pecho desnudo de un fornido hombre. Con las feromonas fluyendo con libertad por el aire y acompañada de un sex-symbol no sé si puedo seguir aquí y salir indemne.

La imagen de David cruza por mi mente. ¡Mierda, no le he llamado!

—¿Tal vez prefieras entrar en el paraninfo?

—¿Paraninfo?

—¿Has estado alguna vez?

—No sé qué es eso.

Con el pulgar señala la falsa pared que tocaba cuando él ha aparecido. De pronto recuerdo el motivo por el cual estoy aquí. He venido a buscar información, ¿no?, pues qué mejor forma de hacerlo que hablar con un VIP. Decidido, una copa con él no me hará daño.

—Solo investigaba.

—¿Entonces nunca has sido invitada a entrar?

—¡No! —¿Quién se cree que soy? Aunque pensándolo bien… ¿una loca desesperada por entrar a un antro de lujurioso desenfreno?

Carcajea y vuelve a golpear el sillón para que tome asiento.

—Va, siéntate, solo quiero charlar un rato contigo.

—¿Qué hay ahí dentro? —suelto una vez sentada a su lado.

—No es fácil de explicar.

—No importa, lo entiendo. —Hago un exagerado barrido con la vista por el local—. ¿Tú has estado?

¡Mierda Susan, no seas cotilla!

Ha sido una estupidez. Por qué tiene que importarme a mí la vida sexual de este tipo. Bajo la mirada hasta las rodillas y al instante unos fríos dedos levantan mi barbilla con suavidad.

—Soy Daniel y me encanta el resplandor que desprenden tus ojos. —Intuyo sorpresa en su tono o tal vez admiración. No sé, no puedo pensar más allá de esa

mirada.

—Susan —jadeo como una boba. ¿Mis ojos resplandecen?

Intento bajar de nuevo la cara. No creo que pueda distinguir el rubor de mis mejillas con tan poca iluminación, pero por si acaso. Sus dedos lo impiden otra vez y sus ojos color esmeralda vuelven a atravesarme. El camarero interrumpe el incómodo momento dejando mi copa y el largo vaso de tubo de Daniel sobre dos posavasos.

—Dime Susan, ¿por qué estabas tan interesada en entrar esta noche?

—Me ha intrigado la cola de fuera.

—¿Es la primera vez que vienes? —Noto un ligero temblor en su voz.

—Hace unos días escuché hablar en otra discoteca de este lugar y aquí estoy. —Bebo un largo trago.

—¿Tú sola? —Parece incrédulo.

—Me aburría en casa.

—¿Y acostumbras a ir sola a muchos sitios? Esta ciudad no es un remanso de paz que digamos.

—¿No eres neoyorquino? —Si lo fuese estaría acostumbrado al ajetreo y conflictos de esta ciudad y sabría que las mujeres somos independientes y autosuficientes.

—No nací aquí, pero me mudé hace muchos años. ¿Dónde vives, Susan?

—No creo que sea prudente revelarte esa información.

Al reírse con fuerza no puede evitar reclinarse en el respaldo. Más tranquilo, se termina el contenido del vaso y vuelve a incorporarse para dejarlo sobre la mesa.

—No creo ser el mayor peligro de este lugar, aunque me ha gustado tu respuesta.

—Me alegra divertirte.

—Discúlpame, no es mi intención divertirme de este modo, Susan, pero intuyo que no sería prudente por mi parte hacer mi verdadera proposición, por lo menos no hoy.

—Soy soltera y moderna, puedo escuchar cualquier tipo de oferta, Daniel. —Doy un largo trago a mi gin-tonic—. ¿Por qué no pruebas?

¡Susana Levinson Isern acabas de decirle a este buenorro que estás dispuesta a acostarte con él! Estoy loca, no lo conozco de nada y peculiar es el mejor adjetivo que se me ocurre otorgarle en estos momentos. Bueno, no exactamente. Guaperas, sexy, atractivo, simpático y seguro de sí mismo también le pegan. Pero peculiar y misterioso están más presentes en mi catastrófico sistema de alarma. Además, ya he perdido la práctica, hace tiempo que salí del mercado y me siento torpe e insegura.

Daniel se muerde el labio inferior. Retira su ardiente mirada y la centra en algún punto en la lejanía. Cruza la pierna sobre la rodilla y entrelaza los dedos.

—Susan —dice solemne—, ¿tú sabes qué es este lugar?

—¿Lo sabe la gente que espera fuera?

—Unos sí, otros no.

—¿Y qué me diferencia de ellos? —Por fin aparece la vena policial que me ha traído hasta aquí.

—La mayoría no consigue entrar. El que triunfa debe identificarse. Si resulta que él o la afortunada no conoce las actividades lúdicas del *Temple* se le otorga una identificación que consiste en una pegatina amarilla perfectamente visible que le

prohíbe el acceso a esta planta.

—Yo no he tenido problemas.

—Se supone que tenías una tarjeta roja.

Ups. De pronto siento miedo. No de Daniel, sino del lugar. Tal vez debería haber meditado más la idea. ¿Y si me he metido en un lugar de dónde no sé salir? El repentino tono serio de Daniel ha despertado, por fin, todas las alarmas de mi interior. Es más, ¿y si Daniel no es tan inofensivo como parece? De hecho, me ha ofrecido entrar en ese misterioso lugar. ¿Y si intenta retenerme? Bien, ahora sí me da miedo. Me levanto con rapidez.

—Gracias por la copa.

—¿Te vas?

—Sí, creo que ya es hora de volver a casa.

—Puedes quedarte un poco más, no diré nada, ya te lo he dicho.

Le fulmino con la mirada y me alejo con pasos temblorosos. Su suave mano me atrapa por la muñeca. Cierro los ojos e intento controlar la respiración.

—Eh… no pretendía asustarte —dice con dulzura—, confía en mí.

—No te conozco de nada.

—Ni a nadie más aquí.

—¿Me amenazas?

—¡No! Solo constato la verdad.

—¡Suéltame!

—Tranquilízate. Mira… no llevas la pegatina… al verte todos piensan que estás dispuesta a jugar. Si sigues a mi lado todos creerán que me perteneces y no te molestarán.

¿Le pertenezco? ¿Jugar?

—¡Suéltame! —Forcejeo, pero no consigo librarme de su agarre.

—Al menos déjame que te acompañe hasta el coche.

—¡Estás loco! —Tiro con más ímpetu y él aprieta con más fuerza.

—Escúchame, por favor.

—Daniel, suéltala —una voz firme y profunda me sobresalta.

—Intento ayudarla…

—Lo sé, pero la señorita quiere irse.

Antes de que el nuevo hombre termine la frase, Daniel me suelta. Me alejo a toda prisa sin mirar atrás. Tropiezo varias veces en las escaleras, pero consigo mantener un buen ritmo. A pesar de mi desesperada huida logro distinguir a dos hombres trajeados, que antes no había detectado, vigilando el acceso a la planta superior. Decenas de puntos amarillos destacan en la oscuridad. Sobre solapas, sobre vestidos, sobre camisas… supongo que mi subconsciente necesita verificar la historia de Daniel. Al menos sé que no mentía. La señalización de la salida me conduce hasta una puerta similar a la de entrada, aunque situada a unos metros de distancia. La abro y la lluvia me sorprende. Lo agradezco. Miro el negro cielo y dejo que las gotas de agua resbalen por mi cara. Por fortuna, la salida da al otro lado de la manzana. Muy cerca de mi coche. Respiro aliviada y camino con paso más tranquilo, aunque la desagradable sensación de que me observan, me hace girar la cabeza en más de una ocasión. Indemne, me refugio en el calor de mi viejo Mustang. Es hora de volver a

casa. Debo descansar y recuperar horas de sueño para un nuevo día de trabajo, oficial y extraoficial.

Debo acordarme de llamar a David.

# Reencuentros

El día ha sido agotador. El ahora poco interesante trabajo se ha hecho interminable y la nueva y desconcertante investigación perturbadora. Parece ser que hemos llegado al punto y final de esta locura. No hay manera de seguir avanzando. Estamos estancados. No obstante, no me doy por vencida, y Peter tampoco, sea como sea, conseguiremos encontrar el hilo que deshaga la madeja. El intenso aire castiga mi cara y la mano que permanece fuera del bolsillo de la gabardina, sujetando la carpeta y la agenda, empieza a sufrir inicios de congelación. Me arrepiento de no haber cogido hoy el coche. Lamento no llevar mis guantes. Estamos a finales de mayo, ¿por qué hace tanto frío?

Mis pensamientos, incomprensiblemente, se dirigen con rapidez hacia el *Temple*.

¿Por qué pienso en el libidinoso lugar?

Los ojos verdes de Daniel me miran con intensidad desde el cuarto oscuro de mis fantasías. Me imagino rodeando su larga y fina trenza entre mis dedos…

¡Joder! De pronto siento calor.

Llevo dos días regañándome por tener estos sórdidos pensamientos. ¿Cuándo voy a olvidarme de este… hombre?

Toco con la mano afortunada la rígida tarjeta roja que guardo en el bolsillo. No me la había imaginado así. Pensaba que sería la típica tarjeta de visita de una empresa, pero no tiene nada que ver. Es parecida a una tarjeta bancaria, ligeramente más gruesa y no tan flexible, aunque con la misma banda magnética en la parte posterior. Sin duda, si la hubiese tenido en mis manos antes, habría previsto encontrarme con el lujo y la ostentosidad del lugar. Sonrío al recordar el movimiento de distracción que he tenido que hacer para llevármela. Peter estaba muy nervioso y enfadado por mi temeridad del miércoles así que no ha sido todo mérito mío. El lunes la devuelvo.

Unos metros antes de llegar a casa diviso unas piernas flexionadas. El muro divisor que hay entre mi casa y la del vecino oculta su torso y su cara. Alguien está sentado en mis escalones. La foto nítida de cuerpo entero de Daniel hace que sienta un extraño vértigo. ¿Y si es él?

*Increíble Susan deseando tener en la puerta de tu casa a un posible, ¿pervertido?*

Meneo la cabeza intentando centrarme.

*Es imposible que sea él, no conoce tu dirección.*

Hasta mis pensamientos suenan decepcionados ¡Estoy como una cabra! Lo más probable es que sea mi amigo Nacho, hace días que no le llamo. O Peter, quizá se le ha ocurrido algo sobre los mutantes de camino a casa, algo tan importante que no podía esperar a mañana, algo tan importante que no quería decirlo por teléfono. Acelero el paso e inclino el cuerpo para poder verlo con claridad.

—¡DAVID! —grito con voz de pito. Madre mía… es David.

—¿Te he asustado? —dice serenamente mientras se levanta.

—Un poco, no te veía con claridad. —Me muerdo la uña del pulgar y me doy cuenta de que me balanceo de un lado a otro como una niña.

—Estaba preocupado, es muy tarde y no coges el móvil.

—Me he enredado en el trabajo y la batería del móvil a muerto a media tarde.

—Te he llamado un par de veces al hospital.

—¿Ah, sí?

—¿Y el cargador de repuesto?

—Vamos pasa, hace frío —subo las escaleras y le invito a pasar a él primero—, lo tengo en el despacho.

—¿No estabas trabajando? —dice, aun en la penumbra del recibidor.

—Un trabajo externo.

—¿Dónde?

*¡Joder! ¿Qué es esto la santa inquisición?*

—Me acojo a la quinta enmienda. —¡Ups!, lo he dicho en voz alta.

—Lo siento. —Agacha la cabeza y juguetea con la punta del zapato sobre la moqueta.

¿Qué estás haciendo, Susan? No se merece ese tono. Llevas toda la semana sin llamarlo después de haber rechazado su proposición, te espera en la puerta de tu casa hasta las doce de la noche preocupado y helado, y has estado fantaseando con otro hombre desde hace dos días… muéstrale un poco de amabilidad.

Despacio me acerco a él. La bufanda beige le sienta de miedo. Contoneo suavemente mi cuerpo hasta encajarlo en su estático torso. La chaqueta de paño negra se siente rugosa en mi mejilla. Huele a limpio, a fresco. Cierro los ojos rememorando mejores tiempos. Tiempos en los que la palabra matrimonio o compromiso no lo estropeaban todo. Sus brazos me envuelven en un abrazo. Suspiro aliviada.

—Perdóname.

—No importa. —Besa mi cabeza—. Te he echado de menos.

—He estado muy ocupada y pensé que necesitabas tiempo a solas. —Omito información.

—Lo necesitaba. —Coloca mi pelo tras la oreja—. ¿En qué estás trabajando? —No hay acritud en su pregunta, solo curiosidad.

—Colaboro con la policía en un caso, por eso no estaba en el hospital.

—Vaya —silba—, así que ahora eres la agente Levinson.

Suelto una risita infantil. ¡Ay… si tú supieras!

—Es algo puntual, una tontería.

El silencio cobra presencia en la penumbra del recibidor, solo las farolas proyectan luz a nuestros rostros a través de los cristales que enmarcan la puerta de la entrada. Algo en mi interior se ha desconectado, tal vez la culpa, y parece que por fin vuelvo a respirar con normalidad. Creo que desde el lunes contenía el aliento en mi interior y la sensación de paz ahora que lo he soltado es demoledora. De pronto me siento muy, pero que muy cansada.

—Te apetece algo caliente, ¿capuchino? —susurro.

—No, gracias, estoy bien.

Levanto los ojos y lo miro a través de las pestañas. Tiene los ojos cerrados y respira profundamente. Su boca es una fina línea ligeramente curvada hacia arriba.

¿En qué pensará?

—¿Te apetece subir?

Abre los ojos y me mira. Su mirada es dulce, serena, pero la ligera sonrisa ha desaparecido. Me acaricia el pelo lentamente y me regala un casto beso en la frente.

—No creo que sea lo correcto.

—¿Te apetece o no?

—Siempre me apetece pasar la noche contigo, Susan, pero solo he venido a comprobar si te encontrabas bien.

Y de repente se aparta. No lo hace con brusquedad ni a modo de desprecio, es su mecanismo de defensa indicándole que debe alejarse antes de traspasar una raya que no quiere cruzar. Lo conozco lo suficiente como para saber que quiere mantenerse alejado hasta hacerme cambiar de opinión. Es un método de castigo y jamás me ha gustado. Porque con él también se autocastiga. Deja de disfrutar, de soñar, de vivir y, ¡tenemos que vivir! Nos hemos esforzado mucho durante años para conseguir lo que tenemos y día a día seguimos trabajando con esmero para mantenerlo. Y después, en nuestro tiempo libre, tenemos que disfrutar sin restricciones.

La maldita trenza del pecado vuelve a mi cabeza.

Vale, lo reconozco, echaría un polvo con Daniel ahora mismo.

El rojo tiñe mis mejillas y agradezco seguir con las luces apagadas. Soy mala, horrible, un monstruo, tengo ante mí al mejor hombre que podría encontrar…

—Es hora de volver a casa —interrumpe mis flagelantes pensamientos.

—Lo entiendo, gracias por venir. —No me siento con derecho a decir otra cosa.

David se abrocha hasta arriba el abrigo y se coloca la bufanda antes de coger el pomo de la puerta. La abre unos centímetros y se gira hacia mí con gesto sombrío.

—Susana —dice mi nombre en solemne español—, te amo y sé que eso no cambiará con facilidad, pero no puedo permitirme seguir jugando a este juego de universitarios. Tengo treinta y dos años y necesito formar una familia, quiero formarla, es hora de madurar. Lamento en lo más profundo de mi corazón que no quieras ayudarme a conseguirlo.

Cierra los ojos y respira hondo. Al abrirlos algo nuevo se muestra en ellos: dolor. Jamás lo he visto tan herido.

—Tengo que irme, un placer verte tan guapa.

—Lo siento…

Se marcha.

Doy un respingo y corro tras él. Veo cómo cruza la calle en busca de su *Camaro* negro. Algo en mi interior me suplica que vaya en su busca. Que lo abrace por la espalda y lo traiga de regreso a casa prometiéndole amor eterno. Sin embargo, mis pies se clavan en el suelo del portal.

—¡David! —Me mira por encima del coche. No puedo ver bien su cara, pero imagino que alberga esperanzas—. ¿Puedo llamarte para tomar algo? —Detecto el movimiento de su cabeza de un lado al otro—. El domingo, para hablar.

—Llámame cuando quieras, Susan.

Arrastra mi nombre con incredulidad. Está claro que no era la reacción que esperaba de mí.

Ya está, se ha ido. Cierro la puerta y apoyo la espalda en ella. Supongo que esto sí ha sido la ruptura oficial. Por mucho que me duela no puedo aceptar su propuesta, no sería justo para ninguno de los dos. Yo no quiero comprometerme con nadie a ese

nivel. No pienso como él. David, como la mayoría de personas, quiere regir su vida por clichés establecidos por la sociedad. Estudiar, trabajar, ahorrar, casarse, tener hijos… Bien, yo he seguido los tres primeros. He estudiado, mucho —ocho años de carrera y las especializaciones—, he trabajo y ahorrado hasta poder independizarme con cierta seguridad y ahora, ahora me toca elegir. Y elijo vivir lo que no viví en mi etapa adolescente. Me decepciona mucho que él no opine como yo, de hecho, pensaba que había encontrado a mi media naranja. Nunca me habló de esas necesidades. Me até a él porque pensé que ambos teníamos lo que queríamos y que éramos y seríamos felices siempre. Y ahora me abandona por una estúpida norma social. David se equivoca en una cosa, dice que ha llegado la hora de madurar, pero nosotros maduramos hace tiempo, las responsabilidades nos obligaron a hacerlo. ¿Qué tiene de malo que nos queramos de forma informal y espontánea? Solo quiero reír y jugar en mi tiempo libre.

¡Jugar!

Ahí está otra vez la imagen del pecado carnal. Sentado en un sillón rojo en mi rincón de las fantasías.

Subo las escaleras de dos en dos. Entro en el baño de la habitación y empiezo el ritual típico de una mujer dispuesta a tener una noche de juerga. Una noche salvaje.

He decidido ir en taxi. Un ligero pellizco en el estómago me advierte de que no he hecho bien, debería tener una ruta de escape a mano, pero el sentido de la responsabilidad me obliga a no conducir cuando pienso beber más de la cuenta. No tengo ni idea de dónde estaba ese sentido cuando he decidido regresar a este lugar. Tiro del bajo de la estrecha falda de licra roja y me dirijo hacia la cola VIP. Hoy es más larga, debe ser porque es viernes. Miro el escote de mi top y decido desabrochar un botón más. Ahora sí.

La cola avanza y yo con ella. Estoy nerviosa, aunque no creo que haya nada peligroso en este lugar, la gente entra voluntariamente y parece despreocupada una vez dentro. Además, siguen un estricto control de sus invitados especiales. Otro asunto es el nivel superior, se me antoja extrañamente desafiante. Desde la distancia que dan unos días de meditación estoy convencida de que Daniel nunca quiso asustarme. ¿Quiso seducirme y llevarme a un lugar misterioso? Sí, pero eso no es malo, ¿no?

Llego frente a Ed y le dedico una sonrisa.

—Vaya, qué grata sorpresa —¿Se acuerda de mí?—. Ahora podré comprobar mi teoría.

—¿Tienes una teoría?

—Sí.

—¿Y puedo saber cuál es?

—Que una guapa y sexy rubia se aprovechó de la impaciencia de mis invitados y me engañó. —Me guiña un ojo y cruza los brazos sobre su pecho.

—Lamento decepcionarte.

Le tiendo la tarjeta robada de *M2* y cuando la coge el miedo invade mi cuerpo por completo. Tal vez la banda magnética es un método de identificación. Quizá la pasa por un escáner o algo así, la otra noche no me fijé. Ed la mira, frunce la boca y,

juntando sus gruesas piernas, se aparta a un lado para darme espacio.

—Gracias, Ed. —Le sonrío juguetona al pasar por su lado.

Una vez dentro todo está tal y como lo recordaba: amplio, fastuoso, oscuro.

Voy hacia la barra y le grito a la camarera que me ponga un gin-tonic. El ambiente está que arde. La música a tope. La pista de baile repleta. El aire acondicionado a la perfecta temperatura. Risas y gritos por todos lados. Una amplia sonrisa se instala espontánea y perpetua en mi cara. Avanzo rítmicamente entre la multitud. No puedo dejar de buscar una trenza entre el mar de cabezas. Veo más de una, aunque ninguna es la que busco.

Alguien me coge de la mano y me levanta el brazo haciéndome girar trescientos sesenta grados alrededor de mi eje. Río con ganas. Estoy rodeada por varios hombres y mujeres, no tengo ni idea de quién habrá sido, pero todos me hacen sentir cómoda. Observo amplias sonrisas, ojos vidriosos, movimientos desenfrenados, sin duda podría pasar un buen rato con esta gente. Sin embargo, la necesidad de verle una vez más me obliga a despedirme. Agito la mano de un lado a otro y sigo mi camino meneando las caderas con descaro. Los silbidos y clamores llegan con fuerza, se agradecen, así cualquiera tiene un subidón de autoestima. Muerta de risa llego a un pequeño claro, veo un estrecho estante empotrado en la pared con varios vasos y copas encima, ese es mi destino. Dejo la copa en un hueco y cojo aire. Me giro para ver desde lejos el remolino de gente y uno de mis anteriores compañeros de baile hace señas para que regrese. Con el índice al aire le hago el típico gesto de "más tarde".

La música cambia. El "I´m sexy and I know it" crepita por los altavoces. Un coro de voces eufóricas le dan la bienvenida y los cuerpos comienzan a pasear de con ritmo provocativo. Doy un trago a mi bebida y al alzar la vista lo veo caminar hacia mí.

¡Me ha encontrado!

Me remuevo en el sitio planchando con las manos las inexistentes arrugas de la falda. Daniel se acerca con una sexy sonrisa y sus verdes ojos clavados en los míos.

Cielos, ¿qué hago? Su paso es firme y seguro. Sus hombros se mantienen rectos. Cada paso se une a una nota musical. Parece un anuncio de Martini. Esconde una de sus manos en el bolsillo del pantalón de cuero negro, y la otra acaricia de un modo muy sensual su barbilla.

¡Madre mía, es sexy y lo sabe!

—Hola.

—Hola —balbuceo.

—Has vuelto. —Asiento—. ¿Por qué has vuelto? —Levanto los hombros. No encuentro la voz ni las palabras. Qué vergüenza.

—¿Sabes? —continúa como si yo no estuviese muda y babeando como una mojigata—. No deberías estar aquí, este no es sitio para ti.

—¿Cómo lo sabes? —¡Bravo Susan!, me infundo coraje. Se supone que he venido a tirármelo o al menos a besuquearlo, estar muda no me ayudará a lograrlo.

—Lo sé. —Me tiende la mano—. Vamos, te invito a una copa y luego te acompaño al coche.

De la nada, un tipo enorme de pelo castaño y ojos color miel, aparece y apoya

una mano sobre el hombro de Daniel.
—Daniel —le saluda secamente.
—¿Qué ocurre? —Deben conocerse muy bien porque, a simple vista, yo no distingo ningún signo en su cara que indique que pasa algo.
Por primera vez el nuevo individuo me mira por el rabillo del ojo. Se acerca más a Daniel y le dice algo tan bajo que no logro escucharlo. Daniel le contesta y me mira varias veces. Hablan de mí. Mierda, me han pillado. Este debe ser el jefe de seguridad o algo parecido. Por su tamaño bien puede serlo. Daniel da un par de pasos hasta mí y me dice que va a buscar un par de copas. Genial, parezco a salvo. Espero impaciente que el castaño se marche. Bajo la mirada y centro mi atención en mis manos. Un aire cálido y electrizante me rodea de repente. La curiosidad me hace mirar. Lo tengo justo al lado, hombro con hombro.
*La curiosidad mato al gato, Susan.*
—Buenas noches, Susan.
Me tiende una gran mano y lo miro con los ojos bien abiertos.
¿Conoce mi nombre? ¿Qué quiere?
—Daniel me ha dicho tu nombre. —Más tranquila lo saludo con un ligero apretón de manos. Su piel suave y cálida contrasta con su evidente fuerza.
—Encantada de conocerte… me temo que Daniel se ha olvidado de hablarme de ti.
—Víctor.
—Hola, Víctor.
Sonríe y su bonita y sincera sonrisa hace que mi estómago de un vuelco.
¡Qué labios!
—Daniel me ha dicho que tomas una copa y te vas.
—Bueno… creo que yo no he aceptado esa sugerencia.
—Pero no tienes pase.
Lo sabe. Sabe que he entrado como habitual sin tener identificador. Pero esta noche lo tengo. ¡Sí! Lo tengo. Lo saco de mi bolso y se lo enseño. Él lo mira ceñudo e, intrigado, ladea la cabeza.
—Tú y yo sabemos que esto no es tuyo, ¿de dónde lo has sacado?
—Un tipo me lo dio el otro día.
—¿Quién? —Levanta una ceja y de pronto su voz me suena—. ¿Paul?
—Ajá.
—Paul dice que no.
—Quizá no hablamos del mismo, nunca consigo encontrarlo.
Se mueve ligeramente y se pasa una mano por el pelo.
¿Dónde está Daniel?
Y de repente lo tengo. Sé de quién es esa voz. Me muerdo la uña y repaso los botones de mi top.
—Te acompañaré a la salida —sentencia.
—Fuiste tú.
—¿Qué?
—Tú, me salvaste el otro día.
Tuerce su cuerpo hasta estar totalmente frente a mí. Muy cerca.

Hace mucho calor, el aire está viciado y el ambiente tenso. Sus claros ojos me miran impasibles. Soy incapaz de descifrar lo que piensa.

—Nunca has estado más a salvo que con Daniel.

Guau… qué contundente. Sin embargo, su lenguaje corporal ha cambiado. Ha agachado la cabeza y se mira los zapatos y ha guardado sus manos en los bolsillos del pantalón.

—Pero le exigiste que me soltara.

—Estabas asustada. Yo no quiero que mis clientes se sientan amenazados.

—¿Debía estarlo?

—No con él. —Vuelve a mirarme, el ámbar de sus ojos brilla con intensidad.

—¿Y contigo? —Muerdo mi lengua con fuerza, pero ya es tarde.

En ese momento, Daniel regresa. Me tiende otro gin-tonic que trago de una vez. Me mira extrañado. Pero Víctor… Víctor ya no me mira. Mírame Víctor, por favor, quiero ver tus ojos.

—Sácala de aquí —masculla.

Veo cómo se aleja. Hace el recorrido inverso al que yo he hecho hace unos minutos. Sus manos siguen ocultas en sus vaqueros negros y mantiene la cabeza ligeramente inclinada. ¿Qué ha pasado? Parece abatido. ¿Por qué me importa?

Miro a Daniel. ¡Joder, qué bueno está! Le regalo una sonrisa. Es el fruto del pecado, pero ahora me intriga mucho este tal Víctor.

—Vuelvo enseguida.

Salgo pitando. Grita algo que no logro escuchar con claridad. No sé qué estoy haciendo, pero necesito volver a ver esos ojos. Me muevo con destreza por la rebosante estancia. Inexplicablemente no tropiezo con nadie ni nadie me corta el paso, será una señal del destino.

*«Susan, tú no crees en esas cosas»*

Lo tengo justo delante, unos pasos más y podré tocarlo. Estiro el brazo para sujetarlo por el antebrazo y antes de poder rozarlo se gira de golpe, parándose frente a mí. La velocidad con la que me estoy desplazando y la sorpresa de su movimiento impiden que frene a tiempo así que es inevitable que choque contra su duro y ancho pecho. El impacto, y los vertiginosos tacones, hacen que tropiece y resbale. Estoy desparramada por el suelo, con dolor de culo y roja como un tomate.

*«Patético, Susan»*

—¿Te encuentras bien? —Víctor me habla muy cerca de la oreja mientras me agarra por los brazos para levantarme.

—Dame un segundo. —Cierro los ojos y respiro profundamente. El dolor de culo es intenso.

Recoge mi bolso y cambia de posición. De pronto tengo una extraña sensación de intimidad. Con su cuerpo casi consigue ocultarme por completo de los fisgones. Apoyo las manos en el suelo e intento levantarme. ¡Mierda! ¿Dónde está mi falda? Solo veo muslos por todas partes.

—Deja que te ayude.

Rodeándome con un brazo tira de mí hasta levantarme por completo. Estiro del bajo de mi falda y la coloco otra vez en su sitio. Y él sigue ahí, con su brazo por mi cintura y su nariz muy cerca de mi pelo.

—Gracias.
—No se merecen. ¿Estás bien?
—Nada irrecuperable salvo mi orgullo.
Sonríe y tras soltarme da dos pasos hacia tras.
¡No!
Para mi sorpresa, me siento abandonada. Anhelante.
—¿Y Daniel? —Ya estamos otra vez—. Debería estar a tu lado. —Frunce el ceño y lo busca con la mirada. Está enfadado.
—Vamos, te acompañaré hasta tu coche.
Empieza a caminar hacia la salida. Le cojo por el brazo y me mira por encima del hombro.
—He venido en taxi.
—¿En taxi?
—Sí.
—¿Tú sola?
—Sí.
—Maldita sea… ven.
Me tiende una mano y me aferro a ella sin pensarlo. No sé por qué, pero infunde un halo protector a mi alrededor que me resulta imposible eludir. Me lleva hasta una puerta situada cerca del guardarropa. La abre y me invita a pasar. La luz está encendida por lo que parpadeo para aclimatarme. Es una pequeña oficina. Austera e impersonal. Ni fotos, ni cuadros, ni alfombras… nada. Una mesa, una silla, un alto archivador y un par de estanterías. Todo de metal. ¡Ah! Y un teléfono, un ordenador y varias pantallas colgadas de una pared.
—¿Trabajas aquí?
—Ahora sí.
—¿Qué quiere decir eso?
—A veces estoy en otras ciudades.
—¿Hay más de estas?
—Sí, es una mina de oro.
—¿Y qué haces exactamente? —Apoyo mi culo sobre el borde de la mesa.
—Controlar.
—¿Al personal?
—Todo.
Se mantiene lejos de mí, junto a la puerta. Su gesto es inescrutable. Ahora, a la luz, puedo verlo mejor. Es perfecto. Labios carnosos y rosados, ojos marrones muy claros, pelo castaño oscuro y abundante, mandíbula cuadrada y firme, pómulos altos, nariz perfilada…
—Llama un taxi —interrumpe mi escrutinio.
—No quiero irme todavía. Además, no he hecho nada malo.
—Te has colado.
—Bueno, pues haré la cola fuera si es lo que quieres.
Se acerca lentamente y coge el teléfono.
—¿Y crees que te dejarían entrar? —Caigo en la cuenta de que no. Solo tiene que señalarme con un dedo y vetarme—. Llama. —Me acerca el teléfono.

—No necesito tu ayuda para eso —me enfurruño.

—Ya lo creo que sí. ¿A estas horas y en viernes? No encontrarás ni un taxi libre. ¡Llama! —Me tiende otra vez el auricular.

—Llevo móvil.

Tuerce el gesto y cierra los ojos. Su mano se cierra con fuerza alrededor del aparato. Se le está agotando la paciencia. Saco mi móvil y hago lo que me pide.

—Tardará máximo media hora —susurro.

—¡Mierda!

—¿Qué ocurre?

—No puedes estar aquí.

—¡Oye, qué te pasa conmigo! —Me incorporo para salir de allí. Necesito aire fresco.

Ante mi acto, él cruza su brazo por delante haciendo que me siente otra vez. Observo su ancho y contorneado bíceps. La camisa blanca lo marca a la perfección.

—No quiero que estés ahí fuera, ¿lo entiendes? —gruñe entre dientes.

—¡No, hay cientos de personas ahí fuera!

—Tú no sabes qué es esto.

—Los que tienen pegatina amarilla tampoco.

—Ellos no pueden subir.

—Pues ponme una porque me quedo.

Se muerde el labio y me mira furioso. No sé qué perra ha cogido con que no puedo estar aquí, pero eso provoca la reacción contraria en mí. Ahora quiero estar más que nunca. Por el caso y por curiosidad. Voy a cambiar de táctica, haré de niña buena a ver si consigo algo.

—Víctor… yo te buscaba para ver si querías tomar una copa conmigo, pero si tanto te molesto me iré, no te preocupes.

—Eso es precisamente lo que quiero que hagas.

—¿De verdad? —Pestañeo—. Bien. ¿Me dejas salir?

—No. —El bello se me eriza y un escalofrío recorre mi espalda—. No quiero dejarte sola ahí fuera. Esperaremos al taxi y luego te acompaño a la calle.

—¿Podemos tomar la copa aquí? Me muero de sed. —Me abanico con la mano y separo un poco la tela de mi apretado top para soplar dentro del escote.

—Ya estabas tomando copas con Daniel. —Me mira con intensidad, aunque el hecho de que trague saliva deja claro que no es inmune a mi movimiento.

—¿Es que una chica no puede cambiar de opinión?

Me gusta. Me gusta mucho. Su cuerpo tira del mío. La atmósfera es intensa a nuestro alrededor. Tengo ganas de besarlo, de tocarlo. Humedezco mis labios y acaricio su antebrazo por encima de la tela con la punta de los dedos. Al instante, su boca está sobre la mía. Cálida, sedosa, húmeda. Introduce su lengua en mi interior. La mía sale en su busca. Se enredan, juguetean… Gimo. Y su respuesta es apartarse.

¡Mierda!

Me mira con intensidad y es la mirada más penetrante que me han echado nunca. La sangre hierve por mis venas. Es increíble lo mucho que pueden cambiar las cosas en pocos minutos. Hasta hace un instante estaba dispuesta a pasar la noche con Daniel, un hombre sexy, elegante, provocador. Sin embargo, desde que he descubierto esos

ojos ambarinos no puedo dejar de pensar en abrazar a Víctor. Quiero tocar su duro pecho, repasar cada uno de sus músculos, aferrarme a su fuerte espalda y besar esos sensuales labios.

Coge mi cara con ambas manos y coloca las caderas entre mis piernas. Separa los labios y se pasa la lengua por encima de un modo sensual. Atrapo su labio superior, el mismo que le he visto morderse de forma inconsciente, con mis dientes y tiro suavemente de él. Su reacción no se hace esperar. El beso es más urgente que el anterior. Me tumba con cuidado sobre la mesa y pasa su mano por mi clavícula. La caricia desciende lentamente por el costado hasta llegar a la cadera. Jadea cerca de mi oreja cuando al inclinarse mordisqueo su cuello. Yo gimo. Suena tan erótico. Posa la mano en mi rodilla y la introduce lánguidamente por debajo de la falda. Aprieta el muslo. En respuesta clavo mis dedos en su espalda. Me encantaría hacerlo sin la camisa de por medio. Por desgracia, Víctor sujeta mis manos y las alza por encima de mi cabeza. Las mantiene sujetas por las muñecas con una mano mientras la otra vuelve a introducirse bajo mi falda. Asciende decidido por el interior de mi pierna, dispuesto a explorar con libertad. No importa, no lo detendré. Se frena en la parte superior del muslo. Noto el calor en lo más profundo de mi ser. Sus dedos están grabándose a fuego en mi piel a pesar de llevar medias. No veo el momento de que ese pulgar se mueva unos centímetros hacia arriba…

Inhala profundamente a la altura de mi cuello y succiona sobre la línea que separa el cuello del hombro. Suelta mis muñecas y aprovecho para rodear con mis brazos su cuello, invitándole a seguir. Por si no le queda claro subo mis piernas a sus caderas. Sin embargo, él se aparta con brusquedad. Dejándome con la boca abierta, el pelo enmarañado y una dolorosa frustración.

—El taxi estará a punto de llegar —dice, mientras me baja la falda.

## Un trayecto muy caro

El taxi está en la esquina. Caminamos en paralelo durante unos metros en rotundo silencio. Lo miro por el rabillo del ojo. Su rostro se mantiene impertérrito. El mío debe estar sombrío y enrojecido por la excitación de hace escasos minutos. Víctor acelera el paso y poco a poco me quedo atrás. Veo cómo golpea la ventanilla del taxista y le entrega algo cuando este la abre. ¿De qué hablarán? Al llegar, sujeta mi puerta y espera paciente a que tome asiento. La cierra y me mira fijamente a través del cristal.

Apresurada, pulso el botón automático y lo bajo. Abro la boca para decir algo, pero él se adelanta.

—No debes regresar, Susan.

—¿Nunca? —Niega con la cabeza—. ¿Ni esperando mi turno en la calle? —Vuelve a negar y atisbo lo que parece ser una sonrisa mal disimulada—. ¿Por qué crees que no me conviene lo que hay ahí arriba? No me conoces.

Se acuclilla junto a la puerta y apoya los codos en la ventana. Su mirada se dulcifica levemente y me sonríe con timidez.

—Hazme caso, lo sé.

—Solo es sexo.

—Es más que eso.

¡Uff! ¿Pretende disuadirme? Ni se imagina el efecto que han causado esas palabras en mi interior.

—Cuéntamelo.

—No.

—Por favor —me acerco más a él y apoyo mis manos en sus brazos—, déjame elegir.

—No. —Pestañeo atónita.

—No lo entiendo.

Se incorpora y da un golpecito en el techo. El taxista pone el motor en marcha y empieza a maniobrar para salir de la plaza del aparcamiento. Lo fulmino con la mirada cuando noto que ha llegado el momento de ser arrastrada hasta mi casa.

—¡No seré tan amable la próxima vez! —grita cuando ya nos hemos puesto en marcha.

¡Increíble! Será cabronazo. Es un cabrón hijo de puta. Un tirano engreído. ¡Cómo se atreve! Me hundo en el asiento y me abrazo enfurruñada como una niña pequeña.

—¿Adónde la llevo, señorita? —dice el taxista con marcado acento sudamericano.

—Brooklyn, Prospect Park West —le indico con sequedad.

El viaje se hace largo y tedioso. Ni siquiera escucho la radio, a pesar de que el hombre se empeña en mantenerla demasiado alta. Solo reproduzco una y otra vez las últimas palabras de Víctor. Puedo obviar todo el comportamiento anterior, pero…

¿Una amenaza? ¿Quién se cree que es, un matón de discoteca?

*Ay, inocente Susan, eso es precisamente lo que es.*

Me regaño una y otra vez por la temeridad de esta noche.

Al entrar en mi calle le indico al taxista dónde parar.

—¿Cuánto es? —pregunto por amabilidad porque puedo verlo en el monitor.

—El caballero ha pagado el viaje. —Me mira ceñudo por el retrovisor.

—¿Que caballero?

—El que estaba con usted.

Enderezándome en el asiento, lo miro estupefacta. ¿Víctor ha pagado?

—¿Le ha dicho mi dirección? —pregunto en perfecto castellano y él se gira sorprendido.

—¿Es usted española?

—Sí, contésteme, por favor.

—No tiene nada de acento. —Lo miro furiosa y noto que se pone nervioso—. No, me la dijo usted.

—¿Y cómo ha sabido qué cobrarle?

—Hemos llegado a un acuerdo.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—No sería cortés por mi parte. —Lo fulmino con la mirada—. Me ha pagado una suma importante, si sobraba podía quedármela y si faltaba debía regresar a por el resto.

—¿Cuánto?

Duda unos segundos, pero al final se rinde, supongo que se apiada de una pobre española a la que su cita ha desechado en un sucio callejón. Lo que él no sabe es que ese prepotente no era mi cita, es un tipo mal educado y engreído que me ha robado un beso sobre la mesa de su oficina. Bueno, más que un beso.

Me arden las mejillas de pura rabia. Quiero estrangularle ahora mismo.

—Cien dólares.

—¡Cien! —exclamo.

Noto que el bajito y calvo señor se estremece y descarto la idea de que me lleve de nuevo al club. Él no tiene ninguna culpa.

—Supongo que es su noche de suerte —mascullo y él sonríe discretamente—. Gracias.

Una vez metida en la cama, mi enfado se ha volatilizado junto al vapor del agua caliente de la ducha, repaso todo lo ocurrido y comprendo que en el fondo es lo que merecía. Me he colado dos veces engañándoles, descaradamente, en su propia cara. Qué otra cosa podía esperar. Estaré en la lista negra durante mucho, pero que mucho tiempo.

Me deleito con el recuerdo de su rostro. Con su cálido contacto… con el ardiente beso… Debo dejar de pensar en él o entraré en ebullición.

Abro los ojos, el despertador marca las once y media. Hace siglos que no dormía tanto. Me desperezo antes de levantarme. Estoy animada. A pesar de todo lo ocurrido estos días he conseguido dormir plácidamente. Bajo a la cocina y preparo un café con leche y una tostada. Sentada en el poyete de la ventana contemplo a los transeúntes

disfrutar de una tranquila mañana de sábado. El teléfono de casa suena, corro hacia el recibidor y descuelgo.

—Hola, cariño —dice mi madre.

—Hola, mamá.

—¿Te he despertado?

—No —carraspeo—, estaba desayunando. —Miro de nuevo el reloj—. ¿Ocurre algo?

—No podía dormir. ¿Te encuentras bien?

—¿Por qué lo dices?

—No sueles dormir tanto.

—Anoche salí —resoplo.

—Lo sé todo, tu hermana me lo ha contado —va directa al grano.

—¿Qué? —le grito.

—No la culpes, Laura está preocupada, eso es todo.

—Le pedí que no te contase nada hasta que hablase con David.

—¿Y ya has hablado con él?

—Sí, bueno… no. No de lo importante.

—¿Y a qué esperas?

—No quiero casarme, mamá —gimoteo.

—Pues no lo hagas, pero arréglalo con él. —Mi madre respira hondo—. Me gusta David.

—¿Y yo no te gusto? —le reprocho.

—Susana…

—Lo siento, hablamos en otro momento, ¿de acuerdo?, tengo prisa.

—Llámame.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Resoplo indignada. Mi madre y mi hermana siempre se alían en mi contra. Nunca he tenido una buena comunicación con mi madre, no nos entendemos. Ella siempre cree saber qué es mejor para mí y eso me irrita. Por eso decidí venir a vivir con mi padre a Nueva York un año después del divorcio. Él confía en mí. Me da libertad y respeta, sinceramente, mis decisiones. Voy a llamarlo. Hace mucho que no hablamos.

Me duelen los mofletes de tanto reír. Mi padre acaba de marcharse. Después de llamarle hemos decidido improvisar una sencilla comida en casa. Tenía el día libre, ya es raro, y hemos aprovechado para echarnos unas risas. Siempre es tan divertido… le adoro. Me siento en el sofá con las piernas cruzadas. Coloco el portátil encima y extiendo las carpetas de Peter en rededor. Me espera un duro trabajo. Peter contesta mi primer mensaje enseguida y, tras unos cuantos dedicados a las preguntas típicas de cortesía, vamos directamente al meollo: mutante uno y mutante dos.

Ocho y media, estoy muerta de hambre.

—Peter, ¿lo dejamos por hoy? —Le escribo.

—Sí claro, vaya no me había fijado de la hora. ¿Estás cansada?

—Muerta de hambre y con dolor de cabeza.
—Lo siento, no hemos hecho ni una pausa.
—No es culpa tuya, son los mutantes. —Me escribe montones de “jajajajaja”, le ha hecho gracia.
—¿¿Mutantes?? —Aparece enseguida en mi pantalla.
—Me divierte. ¿Hasta mañana?
—¡¡NO!! Mañana descansamos.
Le envío un emoticono de una cara sonriente y una de un beso. Es fácil tratar con Peter, es como si nos conociéramos de toda la vida. Dejo el portátil sobre la mesa de cristal que tengo frente al sofá y corro al aseo. No me había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba hasta ponerme en pie. ¿Qué voy a hacer esta noche? Medito mientras me lavo las manos. He quedado con las chicas y con Nacho, arrugo la boca, no me apetece nada. Voy a llamarles. Mientras preparo uno de mis sándwiches completos y un bol de fruta, hablo con Nicole. Parece apenada y un poco enfadada. No ha podido sacarnos información ni a su hermano ni a mí y no para de reprochármelo. Lo hace sin maldad así que no se lo tengo en cuenta.
—Tengo la cena preparada Nicole y quiero llamar a Nacho y a Rosa antes de empezar a comer, hace mucho que no hablo con…
—¡No importa! —me interrumpe—, están aquí conmigo.
Sé perfectamente lo que está pasando. La rabia me posee por unos segundos, pero consigo deshacerme de ella a tiempo. Al fin y al cabo, yo no he estado muy comunicativa esta semana.
—¿Conspirando contra mí? —intento sonar risueña.
—Por supuesto. ¿Qué esperabas?
—Paciencia, confianza… iba a hablar con vosotros esta noche.
—Sí, ya lo vemos —gritan los tres a la vez. Mierda, han puesto el manos libres.
—¿Podéis entenderlo?
—Claro —vuelven a decir con perfecta sincronización—, pero necesitas a tus amigos y hemos ideado un plan —dice Nicole asumiendo el liderazgo.
—¿Y puedo saber cuál es?
—Sí, mañana al mediodía, en tu casa.
—¿Ese es el plan? —Ya no puedo disimular la risa.
—Sí.
—De acuerdo, hasta mañana.
—¡Allí estaremos! —gritan.
—Tal vez yo no. —Todos carcajean—. Os quiero.

Mientras ceno, el arrepentimiento pinza mi estómago. ¿Cómo he podido hacerles algo así a mis amigos? Ellos solo quieren pasar un rato conmigo y apoyarme y animarme en estos duros momentos. Y yo los alejo de mí con una malísima excusa: “ha sido una semana muy dura de trabajo y quiero recuperar horas de sueño”. Sin escrúpulos, así es cómo me siento. Si se enterasen de mis salidas furtivas a esa lujosa y perversa discoteca… La imagen de Daniel asoma discretamente tras la puerta de mi cuarto de fantasías. ¡Ay Dios, Daniel! Anoche lo abandoné sin darle ninguna explicación. ¿Se

preocuparía por mí? No. Seguro que no. Víctor tuvo que pasarle las novedades.

¡Víctor!

¿Por qué he tenido que pensar en él?

Ahora tengo no solo su imagen en mi mente, no, tengo un vídeo a pleno color de él recostado en una butaca de piel roja pasándose el pulgar por el labio y mirándome intensamente. Es el amo y señor de mis fantasías y, para mi sorpresa, él parece saberlo.

Junto las piernas bajo la mesa de la cocina y aparto el plato. Ya está, se acabó la cena. Miro el reloj, es temprano, casi las diez. No creo que todavía haya mucho ambiente en el *Temple*. Aunque tal vez… mientras me arreglo… y llego… quizá necesito que el local esté más tranquilo para poder investigar mejor.

*¡No! Te han echado de allí, no eres bien recibida.*

Muerdo la uña de mi pulgar y me paseo indecisa por la cocina.

*Pero le debes cien dólares a Víctor, ¿quién se ha creído que es? O peor, ¿quién se ha creído que eres tú?*

Sí eso es, voy a ir a devolverle su maldito dinero y decirle cuatro cosas. Además, el lunes tengo que devolver el pase y no tendré más oportunidades. Corro escaleras arriba y me doy una ducha a toda prisa. Esta vez no me he lavado el pelo así que me lo recojo a un lado con una trenza. Rebusco en el armario. No sé qué ponerme. Quizá unos pantalones serían lo más apropiado. No quiero que piense lo que no es. Al final encuentro lo que busco. Me pongo los pantalones de cuero negro que creí que no estrenaría jamás y un chaleco a juego. Cojo los primeros tacones que veo, la casualidad hace que sean los rojos de charol. Me maquillo a toda prisa frente al espejo de mi cuarto y cuando me observo bien por primera vez me quedo con la boca abierta. Estupendo, he conseguido precisamente lo que no quería, voy pidiendo guerra descaradamente. Me siento en el borde de la cama. Necesito pensar. ¿Me cambio? No. ¡Claro que no! Así mataré dos pájaros de un tiro. Le pondré las cosas claras a ese pedante devolviéndole el dinero y encima le haré saber lo que se perdió anoche.

## Paraninfo

Al salir del coche tengo perfectamente memorizado y ensayado lo que voy a decirle. Voy a dejarle bien claro quién soy yo y quién creo que es él. Cuando termine me tomaré una copa e iré en busca de Daniel para pedirle disculpas. O eso pretendo. Seguramente no esté. ¿Qué probabilidad existe de que alguien salga todos los días y además siempre vaya al mismo sitio?

Mis pasos son firmes y rápidos de camino al callejón. Mantengo la cabeza bien alta, los hombros hacia atrás y la vista fija en mi objetivo. Sin embargo, en cuanto giro y diviso la entrada me desplomo.

¿Se puede ser más atractivo?

Por supuesto que no. Es alto, fuerte, ancho de hombros y estrecho de cintura. Luce un bonito y moderno corte en su pelo castaño, y lleva puesto unos vaqueros azul oscuro y una camisa blanca de la que destaca una corbata de rayas azul marino y grises.

Estoy petrificada. No puedo hacer otra cosa que contemplarlo. Por un instante pienso en retroceder y marcharme antes de que me vea, pero tampoco soy capaz de hacer eso. Tan solo puedo babear y aguantar la respiración.

Como si me hubiese presentido levanta los ojos de los papeles que está revisando junto a Ed y los clava en mí. Detecto ira en ellos, pero también algo más. Estoy convencida que la culpa la tiene el modelito que llevo puesto. En tres o cuatro zancadas lo tengo en frente, mirándome con sus llameantes ojos castaños.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dice entre dientes.

—Tengo… quería… decirte —las palabras se amontonan en mi interior incapaces de salir por mi boca.

—¿Qué debo hacer o decir para que lo entiendas, Susan? —Cierra los ojos y suspira con los dientes aprestados—. No puedes estar aquí.

—Te debo cien dólares —suelto de golpe.

—¿Qué? —exclama furioso.

Pasa las manos por su pelo y vuelve a cerrar los ojos. Parece ofendido o abrumado, no sabría decirlo con exactitud. Mira a Ed por encima del hombro y vuelve a mirarme a mí.

—No quiero tu dinero —sentencia con un tono muy bajo y amenazante.

—Ni yo el tuyo, puedo pagarme mi propio taxi.

Saco el billete del bolso y se lo tiendo. Me mira, mira el billete, a Ed y otra vez a mí.

—Guarda eso. —Insisto acercándoselo más—. ¡Guarda eso, joder!

Coge mi mano con fuerza y me arrastra con él. Cierro la otra en un puño arrugando el billete. Camina deprisa, me cuesta seguirle el paso. Se dirige hacia la puerta. Pasamos por delante de Ed, yo ni le miro. Agacho la cabeza y me limito a observar mis zapatos. El local no está muy lleno, solo son las doce menos cuarto, aunque ya se respira buen ambiente. Apoyado sobre el mostrador del guardarropa veo a Daniel.

—Daniel —susurro y Víctor para en seco. Me mira con el ceño fruncido y luego retoma la marcha.

Saludo con la mano levantada a Daniel un par de veces, pero él parece ignorarme, además con descaro. Estará enfadado, es lógico. Víctor abre la puerta de la oficina y espera pacientemente a que entre. Cierra muy despacio y se apoya en ella. Yo sigo caminando hasta situarme en el centro de la estancia. Justo delante de él.

Su respiración es agitada y la mía casi inexistente. Creo que no respiro adecuadamente desde que lo he visto en la calle.

—¿Por qué has vuelto?

—Ya te lo he dicho.

—Podrías haber enviado un mensajero. —Toma aire exageradamente—. ¿Por qué has vuelto?

Y en ese momento decido que debo decirle la verdad. No sé por qué, pero necesito ser sincera con él. Además, es jefe de seguridad o algo así, ¿no? Tal vez pueda ayudarme.

—Estoy trabajando en un caso y la víctima era uno de los VIP, pensé que podría averiguar algo…

—¿Es su tarjeta? —suena decepcionado, ¿o preocupado? Asiento con la cabeza y abro mi bolso para entregársela—. ¿Te gusta Daniel? —dice abruptamente.

Me quedo helada. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Hay alguna mujer en este lugar, mejor dicho… en el mundo, a la que no le guste? —contraataco, aunque es lo que pienso de verdad.

—No lo creo, pero yo incluiría a los hombres también. —Una sonrisa se dibuja en esa carnosa y rosada boca, y por desgracia para mí la oculta demasiado pronto.

—¿Es gay?

—¿Daniel? No, aunque ha tenido más de una proposición.

—Vaya… qué incómodo. —Pienso en toda la sexualidad que revolotea a su alrededor, no debe sentirse muy a gusto en esas ocasiones.

—¿Eres policía?

—¡No! Soy patóloga…

—¿Lo habéis identificado? —Se despega de la puerta y da un par de pasos hacia mí—. ¿Sabéis la causa de la muerte?

—Sus huellas no aparecen en la base de datos y no llevaba identificación ni ninguna tarjeta, salvo esta —le acerco la tarjeta roja—, pero sabemos que murió por herida en el corazón.

Coge la tarjeta y la guarda en el bolsillo del pantalón. Lo tengo muy cerca. Mi corazón late descocado. ¿Por qué me siento así en su presencia? Jamás me había pasado. Se coloca la corbata y baja la mirada un instante. Pasa la lengua por el labio superior y luego lo muerde brevemente.

—Las tarjetas son impersonales, no puedo ayudarte a identificarlo.

—¿Para qué sirve la banda magnética?

—Para acceder a las zonas restringidas.

Un gritito de asombro sale sin querer de mi interior. Los reservados. Me intrigan los reservados. Víctor me mira sorprendido. Se acerca a mí y me coloca un mechón rebelde de mi trenza detrás de la oreja.

—¿Por qué has vuelto? —susurra.
—Ya te lo he dicho.
—La policía estuvo hace unos días aquí… y tú no eres policía…
Mi mirada se enreda con la suya. Un embrujo invisible me envuelve y de nuevo necesito sincerarme. Nunca he sido pudorosa, ni he tenido remilgos en decirle a un hombre lo que quiero, pero con Víctor no se trata de eso. No se trata de decirle que me gusta y que quería verle, necesito decirle más. Todo. Es como si tuviese la habilidad de ver en mi interior y pudiese exigirme la respuesta correcta. Y me siento indefensa, cohibida, vulnerable. Y eso me intriga hasta el punto de excitarme.
—¿Por qué? —Pasa el pulgar por mi mejilla—. ¿Por Daniel?
—Me intrigan los reservados —susurro.
—¿Ibas a pedirle que te los enseñase?
—Iba a pedírtelo a ti.
Ya está, lo solté. Poco a poco noto que me deshincho como un globo, las piernas me flaquean y el acelerado ritmo de mi corazón resulta doloroso. Además, su penetrante mirada no ayuda. Por el gesto de su cara sé que le he sorprendido, lo que aún no sé si para bien o para mal. Ayer me besó. ¿A qué espera hoy?
—Susan, yo…
Cierro los ojos, no quiero escuchar su rechazo y, como un ingenuo niño jugando al juego del "cucú", tengo la absurda sensación de que si no lo veo no está. Una fuerte mano me sujeta por la espalda, otra se posa en mi mejilla y su duro torso se pega al mío. Y todo sucede a la misma vez que su suave y cálida boca toma la mía. Noto cómo su lengua acaricia mi labio inferior y sus dientes tiran de la delicada piel, así que respondo abriendo la boca para facilitarle el acceso. Justo lo que llevo deseando hacer desde que llegué. Con lentitud desplaza la mano que acaricia mi cara y mi cuello hacia mi brazo desnudo. Recorre la piel con las yemas de sus dedos hasta llegar a mi mano y entrelaza nuestros dedos. Al hacerlo, el billete que guardaba en el puño cruje entre nuestras palmas. Si lo ha notado no piensa decir nada al respecto. Se aparta un poco y consigo llenar mis pulmones de aire.
—Si te los enseño… ¿dejarás de venir?
Pestañeo. ¿Qué quiere decir?
¿De verdad quiere que después de esta noche desaparezca o me lo dice con una pizca de desilusión? Me cuesta mucho descifrar lo que piensa.
Vuelve a besarme. Esta vez es más intenso. Su mano en mi espalda evita que el impulso me haga dar un traspié.
—Contéstame.
—Quiero verlos —suspiro.
De pronto me suelta y empieza a caminar en dirección a la salida.
¿Cómo lo hace?
Si no me estuviese agarrando de la mano estaría desparramada por el suelo por culpa de la agresividad de sus movimientos y, sin embargo, él parece salido de una película a cámara lenta.
Al salir de la oficina observo que el local está mucho más lleno. El "Where have you been" de Rihanna suena a todo volumen. Muy oportuno. Disgustada frunzo el ceño y respiro profundamente.

*Muy bien, Susan, ahora un extraño te lleva a un lugar desconocido alentado por la sexy voz de una espectacular belleza y, para colmo, nadie sabe qué estás aquí. Muy prudente por tu parte.*

Me obligo a regañarme, es lo mínimo que puedo hacer tras dejar mi mundo a un lado y aventurarme a un mundo desconocido de la mano de un extraño.

Al llegar a la majestuosa escalera, Víctor se detiene a hablar con uno de los de seguridad. No sé qué dicen, pero ambos me miran. Emprendemos la marcha en rotundo silencio. Reviso las mesas en busca de Daniel. Me sabría mal que viese cómo entro con Víctor en los reservados sin antes haberme disculpado por mi comportamiento.

Nos detenemos frente al misterioso panel. El sistema es increíblemente sofisticado. Casi es inapreciable para el ojo humano. Seguramente el efecto perdería encanto con la iluminación adecuada pero aquí, en la oscuridad, parece un muro de verdad.

Víctor tienta uno de los bordes e introduce una tarjeta. ¿Será la mía? No, claro que no, él tiene la suya.

*¡Además tú no tienes!*

—¿Estás segura? —asiento—. Estás nerviosa.

—Solo quiero verlo.

Me mira fijamente y sonríe con picardía.

¿Creía que iba a ocurrir algo aquí arriba?

¡Oh, claro que sí!

Y ocurrirá lo que él quiera que ocurra porque para eso he venido.

—Pues vamos allá. —El panel se desliza automáticamente y un austero pasillo blanco se extiende ante mis ojos—. Bienvenida al Paraninfo.

Extiende los brazos en un amplio abanico cediéndome el paso. Los tacones de mis rojos zapatos resuenan a cada paso que doy sobre las impolutas baldosas blancas. Las paredes, también de color blanco, están desnudas a excepción de las cortinas, cómo no, blancas, que hacen de puertas. Cuando el panel se cierra tras nosotros la iluminación cambia de inmediato. Brillantes y potentes fluorescentes nos iluminan desde arriba. Doy unos pasos hacia una de las cortinas y Víctor me sigue. Está abierta dejando visible un reservado de unos veinte metros cuadrados, totalmente blanco, provisto de un gran sofá redondo, un mueble bar y un alto perchero de pie. También distingo una puerta con una maneta al fondo.

—El baño —dice Víctor leyendo mis pensamientos.

—¿Puedo? —Doy un paso para entrar.

—No, este no es el nuestro.

Vuelve a cogerme de la mano y me conduce lentamente por el pasillo.

¿Nuestro?

Hay muchas cortinas. A la derecha y a la izquierda. Unas abiertas y otras cerradas. A cada cierta distancia, las luces se van apagando dejando en penumbra nuestras espaldas. Ya al final, a la izquierda, veo un ascensor. Este lugar es increíblemente grande. Víctor pone su mano en la parte baja de mi espada y entramos en el interior.

—Vamos a la planta de arriba.

—¿Cuántas hay?

—Solo dos.

Mete de nuevo la tarjeta en una fina ranura y el ascensor se pone en marcha.

—Querías verlo.

—¿El qué? —jadeo.

—El Paraninfo. ¿Por qué estás nerviosa?

—¿Por qué ese nombre?

—Fuiste a la universidad, ¿no? —Levanta una ceja.

—Esto no tiene nada que ver con un salón de actos. —Carcajea y parece aceptar mi cambio de conversación.

—¿Segura?

—¿Te estás riendo de mí?

—Es un juego de palabras, nada más. —Intenta parecer serio, pero no lo consigue, y automáticamente me tranquilizo. También tiene debilidades.

En la planta superior me encuentro con lo mismo que en la inferior, salvo por una cosa: las cortinas han sido sustituidas por puertas y parece haber menos habitáculos.

Víctor abre una de ellas, la tercera creo, y me invita a pasar. ¡Madre mía! Esto no es un reservado, es un apartamento. Cocina americana, sofá frente a una pantalla de plasma, mesa de comedor con cuatro sillas…

—Este es el mío, ponte cómoda.

—Vaya… debes usarlo mucho. —Me muerdo la lengua, reproche Susan, hay reproche en tu voz.

—La verdad es que cuatro o cinco veces al año —levanta una ceja—, cuando el trabajo me reclama. Es una planta privada para empleados.

—Así que eso de no mezclar trabajo con vida privada no va contigo.

—¿Quién ha dicho que tenga vida privada?

—¿Solo trabajas?

—Tal vez sean la misma cosa para mí.

—Lo que he dicho. —Repaso la estancia con curiosidad, ¿cuántos ligues se habrá subido aquí?—. Debe resultar práctico.

Lo tengo delante, mordiéndose el labio superior y mirándome con intriga.

—¿Estás de paso?

—Sí.

—Ah… ¿y vienes mucho?

—Depende de la cantidad de trabajo —se acerca a mí clavándome la mirada—, estás un pelín desconcentrada, Susan. ¿Decepcionada?

—No me esperaba esto. —Bajo la vista ruborizada.

—¿Preferirías estar con Daniel?

—¡No! —le grito y me encaro a él. ¿Por qué me dice esto ahora?

—Lo buscabas, hace unos minutos lo buscabas por el salón.

—Quería disculparme por no despedirme de él ayer, eso es todo. Además, no creo que deba darte ninguna explicación.

—Te equivocas, Susan. Si le pides a un tío, a cualquiera de los que hay en este

lugar, que te enseñe un reservado vas a tener que darle explicaciones y mucho más hasta que él decida.

Su voz es fría, su pose amenazante. Por primera vez siento algo parecido al miedo a su lado.

—¿Qué intentas decirme?

—¡Que este lugar no es para ti! —Da un paso—. ¡Que no vuelvas! Querías verlo, ¿no? —se detiene delante de mí con las piernas ligeramente separadas y la camisa descolocada por la cintura—, pues esto es todo lo que hay.

—Es más grande de lo que pensaba —digo con fingida despreocupación y él aprieta los puños y los esconde al cruzar los brazos sobre su pecho.

—¿Quieres preguntarme algo? —suspira.

—Creo que no. —Extiendo el brazo y le vuelvo a ofrecer el billete de cien dólares.

Me ignora.

—¿Cumplirás el acuerdo?

—¿Es un local de intercambio de parejas?

—Pensaba que no tenías preguntas. —Mira mis movimientos con la mandíbula totalmente rígida.

—¿Lo es?

—No está prohibido.

—¿Es un local de BDSM? —Dejo el billete sobre el respaldo del sofá.

—No, no lo es. Es algo más complicado.

—¿Te gusta el BDSM?

—No veo por qué debería responderte a esa pregunta.

—¡Oh! —No sé qué otra cosa decir. De hecho, no sé el motivo de la pregunta. Tal vez es lo único que explicaría toda esa terquedad y oscuridad que se empeña en ofrecerme.

—¿Decepcionada?

—¿Te preocupa decepcionarme? —Baja la mirada y se muerde el labio superior.

—Sí. —Me he quedado muerta. ¿Acaba de admitir que le preocupa decepcionarme? De nuevo clava sus ojos en los míos—. ¿A ti te gusta?

—Solo quería curiosear, nada más.

—¿Crees que un hombre con esa tendencia dejaría que "solo curiosearas" —silabea enfatizando mis propias palabras—, después de provocarle tan descaradamente?

—¿Te provoco?

Vuelve a bajar la vista y a morderse el labio. Es su tic de indecisión. Me encanta haber descubierto algo tan íntimo de él y me envalentono. El señor impasible tiene dudas. Y le preocupa mi opinión sobre él.

—Continuamente. —Vaya, sufre el mismo síntoma que yo: la sinceridad.

—¿Y te gusta?

—Depende de lo que quieras provocar.

—Cuéntame qué te gusta exactamente, quiero hacerlo bien —digo todo lo sensual que puedo, mientras le pestañeo con ingenuidad. La combinación perfecta.

—Oh, Susan… ya sabes hacerlo muy bien. —Da un paso más, cierra los ojos y

suspira. Maldita sea, acércate de una vez.

—No sé a qué te refieres.

—¿Ah, no? —Me señala con el dedo—. ¿Y qué significa ese modelito?

—Quería ser discreta esta noche.

—¿Discreta? —Sonríe con picardía y me derrito. ¿Por qué no me toca de una vez? La expectativa me va a matar.

—Ayer viste más carne de la que merecías.

Abre los ojos sorprendido.

*Bravo nena, un dardo venenoso directo al blanco.*

Me gusta y no descarto pasar un buen rato con él, pero quiero que sepa que debe respetarme y que lo de ayer no fue muy caballeroso precisamente.

—Susan… hoy puedo ver más que nunca. —Pasa los dedos por su pelo—. Ni sospechas lo que puede hacer ese conjunto con la imaginación de un hombre.

—¿Me lo contarías en otro lugar?

—¿Estás proponiéndome algo?

—Bueno… te incomoda tenerme aquí, pero te gusta besarme. —Muerdo la uña del pulgar—. Tal vez en otro lugar…

—¿Así que me gusta besarte?

—Lo has hecho varias veces…

Antes de que pueda darme cuenta me eleva y me acerca a él. Rodeo sus caderas con las piernas y meto los dedos por su sedoso pelo. Me besa. Sus manos cubren toda mi espalda y presiona lo suficiente para hacer que mis pechos toquen su torso. El beso es ardiente, casi desesperado, y me cuesta mantener las manos quietas. Traslado mis caricias a su cuello, toco ligeramente el lóbulo de su oreja y hago descender mis dedos por debajo de su camisa descubriendo el tacto de su hombro y más tarde su omóplato. Tiene una piel tan suave.

No entiendo muy bien qué le ocurre. Tengo muestras evidentes de que le gusto, pero algo hace que retenga sus deseos. Tal vez es por este lugar, quizá es cierto lo que dice y de verdad se preocupa por mi seguridad. ¿Qué habrá querido decir con eso de que es más complicado que un local de BDSM? Borro esas ideas de mi mente. Ahora quiero disfrutar del momento. No sé cuánto durará este arrebato de testosterona y quiero aprovecharlo. Sujeto el nudo de la corbata con las manos y lo aflojo. El primer botón de la camisa, el que está más cerca del cuello, se resiste un poco, pero al final logro finalizar con éxito mi misión. Deslizo la punta de mi dedo corazón por la abertura acariciando una fina línea de vello. Se estremece. ¡Vaya! Le gusta. Traslada sus besos a mi cuello y dibuja un surco hacia mi escote. Mis dedos tiemblan, aunque consigo desabrocharle el segundo y el tercer botón. Noto que se aparta un poco de mí y me aferro a sus hombros. Sujeta mi cara con ambas manos y tras acariciarme la mejilla con la nariz y darme un pequeño beso en los labios cierra los ojos y respira. ¡Oh no, lo pierdo!

—Pensaba que solo querías curiosear —me susurra.

—Eso hago, llevo horas queriendo saber que se esconde bajo esta camisa.

—Susan —abre los ojos y me mira—… no deberías estar aquí.

—Eso ya me lo has dicho —acerco mi boca a su mandíbula y le doy un mordisco cariñoso—, por favor —le beso en la comisura de la boca—… déjame seguir con mi

vida.

¡Olé, olé y olé! Le acabo de decir a este hermoso ejemplar que mi vida no puede seguir adelante sin acostarme con él. ¿Se puede caer más bajo? ¿Acaso no me queda ni una pizca de dignidad? Apoyo la frente en la suya y contengo la respiración. Me está haciendo perder la razón antes que las bragas y en circunstancias normales esto me indignaría y me haría huir como un polvorín, pero, como todo lo que envuelve a este misterioso hombre, tengo la reacción adversa. Me excita. Sus reticencias me excitan mucho. Me aprieto más contra él y bajo la cabeza para poder besarlo. Él vuelve a sujetarme la cara con las manos y la aparta para poder verme.

—Joder…

—Suéltame —obedece de inmediato, clavo con firmeza los pies en el suelo—, si es lo que quieres me iré.

—Es complejo… este lugar… yo…

—No pasa nada —levanto una mano para detenerlo—, encantada de conocerte, Víctor.

Arrastro su nombre todo lo que puedo y al pasar por su lado camino de la puerta, golpeo deliberadamente su brazo con mi hombro. Todo tiene un límite y yo he llegado al mío. No pienso suplicar más. Mi madre me enseñó que lo bueno se hace esperar y que las señoritas se hacen de rogar, así que, por una vez, y sin que sirva de precedente, voy a hacerle caso. Antes de llegar a la blanca puerta de metal lo tengo delante. Entre la salida y yo. Su mirada es lujuriosa, su respiración agitada.

—¡Joder, Susan!

Se abalanza sobre mí y hace que le rodee con las piernas. Deshace mi trenza con destreza y mete los dedos por mi pelo. Su lengua busca la mía en el interior de mi boca. Gime y abre la cremallera de mi chaleco negro. Acaricia la piel que hay justo encima del encaje de mi sujetador y luego hace el mismo recorrido con la punta de la lengua. Camina y yo me agarro con más fuerza a su cuerpo. Se reclina hacia delante y mi espalda toca el mullido edredón. En algún punto del camino he perdido el chaleco y el sujetador, así que ahora mis pechos están expuestos a sus manos y a su boca. Y hace un magnífico trabajo con ellos. En mi vida habían tocado así mis pezones, por primera vez siento que soy capaz de llegar al orgasmo solo con esto. Se arrodilla entre mis piernas y se termina de quitar la camisa. Luego hace lo propio con mis estrechos pantalones y mis diminutas bragas.

De pronto tengo dudas. ¿Y si en este preciso momento decide echarse a atrás otra vez, y si me abandona aquí completamente desnuda y desesperada?

—¿Qué voy a hacer contigo? —Besa el interior de mi muslo—. Eres tan hermosa… no puedo evitarlo —lame la ingle—, necesito…

Y otra vez como si leyera mis pensamientos contesta a mis preguntas. Cierro los ojos satisfecha y me dejo llevar por sus besos y sus caricias. Escucho el ruido de su pantalón al caer y le miro. ¡Madre mía! Abro los ojos como platos ante semejantes vistas. Apoyando el peso en las manos se tumba sobre mí y mientras me besa se introduce en mi interior de una sola estacada. Casi no he tenido tiempo de asimilar su cambio de actitud y ya lo tengo dentro de mí. Su ritmo es posesivo y su boca demanda la mía con vehemencia, y yo estoy, increíblemente, encantada. Araño su espalda. Quiero tocarlo, dejar mi huella en su piel. Él me detiene. Sujeta mis manos por encima

de mi cabeza con dulzura. Chupo su oreja y luego tiro de su lóbulo con mis dientes. Gruñe y lo noto más adentro. Empuja más fuerte y aleja su cara de mí. Libera su agarre y con una de sus grandes manos aparta el pelo de mi cara. Me mira fijamente con esos profundos ojos dorados. Acerca la cara hasta mi clavícula y con pausados movimientos de su lengua recorre todo el hueso. Yo me aferro a su espalda y deslizo mis dedos por sus brazos.

—Intenta no tocarme, Susan.

Vuelve a alzar mis manos. Sus dedos rodean mis muñecas con firmeza.

¿Qué?

¡Va, no importa!, su lengua está creándole serios problemas a mi organismo.

Y entonces... baja y baja y baja hasta rozar el pezón izquierdo. Lo muerde y tira de él a la vez que su punta roma toma mi cérvix. Y el placer se traslada por todo mi cuerpo liberando una exótica energía. Grito su nombre y me dejo llevar por el orgasmo más impetuoso que he tenido jamás.

## Cuentas pendientes

En los cinco años que llevo viviendo en esta casa todos y cada uno de los días he desayunando sentada en el alféizar de la ventana, observando el inicio del día a través de los cristales. Acolché y tapicé con una tela estampada de florecitas azules y verdes el lugar y sustituí el estor por unos finos visillos de color crudo que mantengo, siempre, recogidos a los lados para facilitarme la tarea. Y hoy, por primera vez, estoy sentada de espaldas contemplando mi humeante café con leche. Me resulta imposible dejar de pensar en Víctor. Los sueños han interrumpido una y otra vez mi descanso. Unas veces despertaba acalorada y sudorosa por las ardientes imágenes de su cuerpo sobre el mío y otras asustada y nerviosa por sus duras palabras. Lo de anoche fue memorable en todos los aspectos. Agradezco las enseñanzas de mi madre, nunca creí que fuesen tan efectivas. Pero no todo es positivo. No. La despedida fue fría, amarga e incluso dolorosa. Soy consciente de que ambos buscábamos una noche de placer y la tuvimos, y de que nunca podré esperar nada más de él, entre otras cosas porque en unos días se irá de la ciudad. Sin embargo, algo en mi interior, una chispa que no creí que crecería tanto y tan rápido, necesita más. Quiero saber más cosas de él. Cuál es su apellido, dónde vive normalmente, su edad, su teléfono.

¡Maldita sea tendría que haberle dado mi número!

Desde que he despertado no dejo de debatirme entre volver o no a la discoteca. Le he prometido que no lo haría y fue muy insistente en ello mientras nos dirigíamos a mi coche. Ya he omitido otras veces sus peticiones y he vuelto a buscarle como una loca desesperada, sin embargo, esta vez tengo la sensación de que sería un grave error. Lo he llevado al límite y he logrado lo que quería y sé que hacerlo una vez más sería una estupidez. Además, conservo algo de amor propio.

Cierro los ojos para visualizar su esculpido torso, su carnosa boca, sus fuertes brazos… tuve tan poco tiempo para disfrutarlo. Me hubiese encantado pasar la noche con él, en su cama, manoseando todas y cada una de las partes de su cuerpo. Sé que tenía que trabajar y también sé que fue un polvo rápido. Un maravilloso polvo rápido. Pero mi lado romántico, el que se esconde tras una puerta blindada al fondo del pasillo de mi mente, se empeña en gritar que para él también fue especial. Menos mal que la cordura se impuso a tiempo y desde hace años soy capaz de silenciar esa chillona voz. No me gusta, es grave y ñoña y te obliga a cometer errores que, inevitablemente, te hacen sufrir. Me gusta más la primera puerta, esa siempre está abierta y lista para usar. Como ahora, con el sofá rojo de cuero ocupando el centro y Víctor recostado en él completamente desnudo.

Unos golpes en la puerta interrumpen mi fantasía erótica. ¿Quién será? Me dirijo hacia la puerta divagando en las posibilidades. Es pronto para que sean mis amigos…

¿Quizá David?

—Hola.

—Hola —digo boquiabierta.

—¿Te he despertado?

Niego discretamente. Está despeinado, la luz de las primeras horas del día me dejan ver su blanca y perfecta piel. Sus labios son más rosados de lo que esperaba y su cuerpo… ¡oh, su cuerpo!

—No quería asustarte.

—No lo has hecho —elevo la voz sin darme cuenta.

—¿Y por qué estás tan pálida? —Da un paso e inconscientemente retrocedo—. ¿Te encuentras bien?

Está aquí. ¡Ay Dios, estás aquí! Me tiemblen hasta las pestañas. ¡Está aquí!

—¿Cómo sabías dónde encontrarme? —susurro.

—He localizado al taxista que te trajo la otra noche. ¿Quieres que me vaya? —Se pasa la mano por el pelo y muerde su labio superior—. Sí, será lo mejor… no debería…

—¿A qué has venido? —Me acerco a él rogándole en silencio que no se marche.

—Estaba pensando en lo que hablamos anoche y… —Su semblante se pone más serio de lo que ya estaba y a mí se me parte el pecho en dos.

—No hacían falta tantas molestias, no volveré por allí, no te molestaré nunca más, te lo prometo.

Siento unas inmensas ganas de llorar. Estoy segura de que mi voz lo refleja con claridad. Jamás me he sentido tan vacía como en este momento. En unos segundos he subido a la cima y he descendido de golpe. La sensación es espantosa, por eso mantengo siempre los pies en la tierra.

—Susan… ¿quieres que me marche? —Vuelve a hacer lo de siempre: se toca el pelo, se muerde el labio. Está inseguro.

—No.

Sé que debería echarlo. Sé que tendría que esconderle mis sentimientos, pero no puedo, y menos cuando detecto un ruego oculto en su voz. No sé el motivo, pero cuando estamos juntos tengo la sensación de que se obliga a ser distante conmigo. Soy consciente de mi locura o tal vez sea desesperación, no lo sé.

He debido saltarme unos segundos porque cuando la realidad me golpea de nuevo su boca está sobre la mía y sus manos me sujetan por la cintura elevándome del suelo. La puerta suena contundente al cerrarse tras él. Me conduce por el pasillo con mis piernas rodeándole y mis manos sujetándole por la nuca para que no escape de nuevo.

—Oh, Susan… me has asustado —dice entre suspiros.

Me desabrocha la bata y besa la piel que hay entre mis pechos.

—Lo siento, lo siento… —Mordisquea repetidamente mi mandíbula—. No tengo derecho a estar aquí, pero…

—¡Chist! —Atrapo su boca con la mía para que se calle. Le quito la chaqueta de cuero y la dejo caer al suelo.

Llegamos a la escalera y antes de que pueda indicarle qué dirección tomar me recuesta sobre ella. Estoy estirada sobre los escalones con la bata completamente abierta y sin nada de ropa debajo. ¡Y con Víctor arrodillado frente a mí!

—Vaya, qué agradable sorpresa. —Besa mi barriga y juguetea con mi ombligo.

Ronroneo y él sonríe. Se quita la camiseta de licra negra y se inclina para besarme. Su lengua se introduce dulcemente entre mis labios. Le doy la bienvenida tal

como se merece y un gemido escapa de su garganta.

—Susan, he venido a hacerlo bien… pero —muerde mi labio—… eres irresistible.

Muerde mi barbilla y con el pulgar acaricia mi pecho. Me arqueo de gusto. Su mano desciende dulce pero decidida, y sin preámbulos se detiene en mi sexo. Roza suavemente mi clítoris y al instante introduce un dedo en mi interior.

—¡Ah! —gimo.

—Perdóname, cielo —susurra, mientras acaricia mi interior y se desabrocha los pantalones con la otra mano—. Te prometo que no será siempre así.

Y antes de poder procesar la frase, su erección sustituye su dedo. Grito y arqueo la espalda. Cierro los ojos y respiro hondo. Permanece completamente estático, permitiendo que mi cuerpo se adapte a la invasión. Inclina la cabeza y me besa. Al principio es un beso tierno, sensual. Muevo mis caderas y poco a poco se convierte en visceral y apasionado. Intento centrarme en el placer que recorre todo mi sistema nervioso. Me sorprende, la verdad. Casi ni nos hemos tocado y aun así mi excitación está en lo más álgido.

Sus palabras me perturban momentáneamente. Me ha llamado cielo. ¿Desde cuándo tenemos ese grado de intimidad? Y me promete que no será siempre así… ¿qué significa eso? ¿Siempre? ¿Va a haber más veces? ¡Oh, sí!

Sus movimientos son cada vez más rápidos, uno de sus brazos me rodea de tal manera que evita que los escalones rocen mi espalda. Sinceramente no sé cómo lo hace, pero tampoco me importa porque con el que le queda libre me regala un surco de caricias por todo el cuerpo que me están volviendo loca. Su mano recorre desde mi cuello hasta mi vientre, luego de derecha a izquierda, y de abajo a arriba. Desciende de nuevo por mi brazo y se detiene un instante en mi muslo, le da un apretón y sigue descendiendo…

—Ah…

Levanto las caderas en su busca. Ya no puedo más. Necesito liberarme de este cúmulo de sensaciones y no veo mejor forma que dejándome llevar por sus embestidas. Él lo capta de inmediato porque su cuerpo cae más sobre mí y tapa mi boca con la suya dejándonos llevar por la inmensidad del momento.

No soy totalmente consciente de cómo, pero ha invertido nuestras posiciones, ahora estoy tumbada sobre Víctor y él está estirado sobre la moqueta. Acaricio el fino y corto surco de vello de su pecho. Qué ímpetu, santo cielo. ¿Siempre será así? No, ha prometido que no. Un tanto decepcionada levanto la barbilla para poder mirarle. Tiene los ojos cerrados y los labios ligeramente apretados. Algo trama.

—Hola —susurro. Abre los ojos y fuerza una sonrisa.

—Hola.

—Bienvenido a mi casa, ¿te apetece tomar algo?

Ríe y al hacerlo el movimiento de su pecho me tranquiliza.

—Si les das la bienvenida así a todos tus invitados sorpresa…

—¡Oye! —me siento sobre su estómago y finjo un mohín—, tú no eres mi invitado, eres un acosador.

Abre muchos los ojos y se tensa. ¡Oh, no! Estamos jugando Víctor, pensaba que tú también jugabas.

—Era un broma —le digo arrepentida. Se sienta y me rodea con sus brazos ofreciéndome el más tierno de los abrazos.

—Lo sé. —Besa la comisura de mi boca y recorre mi mandíbula con la punta de la lengua.

—Serás…

Y ahí acaba todo. Seguramente, en otras circunstancias, esta ridícula broma hubiese continuado con fingidos puñetazos sobre su pecho, o en intensas cosquillas, o con dos o tres frases ingeniosas más… sin embargo, las sensaciones que siento con tan solo un ligero contacto de este magnífico ejemplar me hacen disolverme en la realidad.

—Creo que aceptaré un té, si tienes —dice sobre la piel de mi cuello.

—¿Te parece un buen momento para pedirme un té?

—Sí, querida, el mejor de los momentos.

Se levanta conmigo en brazos y me lleva hacia la cocina. Es increíblemente fuerte. Me deja sobre la mesa, abrocha la bata y coge la taza de café con leche que he dejado sobre la mesa antes de abrirle la puerta. La mete en el microondas y, mientras mi desayuno da vueltas dentro de la sofisticada caja, prepara todo lo necesario para hacerse un té. Abre con seguridad y destreza los armarios correctos, encuentra las cucharillas a la primera, pone el agua a calentar… ¿Cómo puede manejarse también en una cocina que pisa por primera vez? Me siento en la silla y lo observo con curiosidad. De vez en cuando su mirada se cruza con la mía y me sonríe. Creo que yo no le devuelvo el gesto ninguna vez.

No soy capaz de hacer otra cosa que no sea mirarle totalmente aturdida. Estoy fascinada. No es la sensación que debería sentir en estos momentos, es inapropiada, pero desde que conocí a Víctor todo se ha vuelto inapropiado.

—Aquí tienes, listo para tomar.

—Gracias. —Se sienta a mi lado e introduce y extrae la bolsita de té en repetidas ocasiones.

—Víctor, no me malinterpretes… estoy encantada… pero… ¿qué haces aquí?

—Necesitaba hablar contigo.

—Ya te dije que no volvería a tu local.

—No te creí —levanto una ceja—, no me confundas… hubiese estado encantado de volver a verte —me imita risueño—… pero no me gusta que vayas, así que tal y como sugeriste, he decidido verte fuera.

—No puede ser tan horrible, tú trabajas allí.

—Susan, no sabes nada de mí.

—Es cierto. —Agacho la cabeza y me centro en remover mi humeante desayuno. Duele admitir que tiene razón.

—Por eso he venido. —Vale, eso sí es interesante. Le miro sorprendida.

—Pensé que te ibas en unos días.

—No he dicho lo contrario, aunque no hay nada imposible en estos momentos.

—A veces me cuesta entender lo que dices.

—Me lo imagino. —Coloca un mechón de mi pelo tras la oreja y acaricia mi mejilla con el pulgar—. Solo dime una cosa, ¿quieres que me quede? Hoy, en tu casa —se apresura a especificar cuando ve mi cara de entusiasmo—. Me gustaría mucho

pasar el domingo contigo.

Yo solo puedo asentir. Tendría que preguntarle mil cosas y lo único que puedo gestionar es un leve movimiento de cabeza. La mano en mi mejilla y la calidez de sus ojos han hecho que yo ya haya abandonado el lugar hace tiempo. Floto. Estoy en mi particular nube desplazándome una y otra vez a su alrededor.

Dios mío, ¿qué me ha hecho este hombre?

—Ven —coge mi mano—, tenemos algo pendiente.

Decidido sube las escaleras y, literalmente me lleva hasta mi habitación. Es increíble la capacidad de orientación que tiene. Entramos y veo cómo echa un rápido vistazo al lugar, me sonrojo, no he hecho la cama y tengo toda la ropa de anoche tirada de cualquier manera. No suelo ser desordenada, pero he estado algo distraída en las últimas horas.

—¿Prefieres un baño ahora o más tarde? —No sé qué contestar—. Mejor más tarde, necesito hacer esto de una vez.

El qué, ¿sexo?, ya hemos tenido sexo, ¿a qué viene tanto misterio? Por un breve lapso de tiempo me estremezco. ¿Querrá enseñarme, de una vez por todas, los misterios que se esconden tras los paneles del Paraninfo? Si es así… ¿estoy preparada? No tengo ni idea, aunque tampoco me importa. Sea lo que sea no puede ser tan malo.

Con su mano entrelazada en la mía me lleva hasta el borde de la cama, se detiene frente a mí y me mira con esa mirada color caramelo que hace que mi sangre entre en ebullición. Sujeta mi cara con dulzura. Con los pulgares acaricia mis mejillas, la comisura de la boca, la mandíbula, desciende suavemente por el cuello… Se inclina para poder besarme. Sus labios acarician los míos, el cálido aliento de su boca roza mi piel y la punta de su lengua toca la suave carne de mi labio inferior. Es un beso sosegado, casi inofensivo, y a mí me basta para que mi interior se remueva inquieto y los dedos de mis pies se encojan.

Muy despacio, sus dedos acarician mis hombros por debajo de la seda negra de mi bata a la vez que su boca se traslada al lóbulo de mi oreja. Suspiro.

—Llevo queriendo hacer esto desde la primera vez que te vi —susurra en mi oído.

Con una mano deshace el nudo de la cinta que sujeta mi bata y en un segundo estoy, de nuevo, completamente desnuda. Víctor solo lleva puesto los vaqueros. Deseo con todas mis fuerzas tocarle. Quiero memorizar en mis dedos los surcos de sus perfectos músculos, de su perfecta piel.

—No —dice en cuanto nota mi contacto en su abdomen—, todavía no.

Besa los nudillos de la osada mano y la traslada cariñosamente a un lado de mi cuerpo. Yo solo puedo mirarle. No me importa lo que haga o diga, solo quiero sentir sus manos sobre mi piel y su boca invadiendo mi cuerpo. Quiero sentirlo a él dentro de mí.

—Eres preciosa.

Sus dedos descienden por ambos lados de mi cuerpo hasta posarse en mi cintura. Dibuja sensuales círculos por mi vientre mientras su boca inicia una dulce tortura hacia mis pechos… premeditadamente roza un pezón con la nariz.

—Ah…

—Sí, dolorosamente, preciosa. —Lame el otro.

—Ah…

—Llevo toda la noche maldiciéndome —su lengua desciende juguetona hasta el ombligo—, ¿cómo he podido perderme esto?

Lo tengo de rodillas frente a mí. Con su cabeza a la altura de las caderas. Provocando con sus exquisitas caricias y sus ardientes palabras mi agitado cuerpo. Levanto una de mis manos y enredo mis dedos por su sedoso pelo.

—Paciencia, cielo. —Y otra vez coge mi mano con cuidado y la lleva lejos de su cuerpo.

¿Por qué no deja que le toque? ¿Por qué me priva de…? ¡Ahh! Su lengua está entre mis muslos. No, esto no lo hemos hecho antes. Ahora sus manos sujetan mis nalgas con firmeza. Noto que nos desplazamos despacio. Rectifico, no noto nada, excepto su boca explorando mi entrepierna.

—Ay, Susan, no sé cómo vamos a solucionar esto.

La penetración hace que abra los ojos que no sabía que mantenía cerrados. Estoy tumbada sobre la cama. Víctor está completamente desnudo, apoyado sobre sus codos y mirándome con lujuria. No soy consciente de cómo hemos llegado a esta situación, pero me encanta. Esto es lo que quería tener desde que hemos entrado en la habitación. No puedo negar que está siendo mucho más intenso, hemos tardado más que nunca en llegar a este punto y sus manos y su boca han hecho un trabajo magnífico con mi sistema sensorial.

Me besa, esta vez con ímpetu. Gime y se introduce un poco más en mi interior. Agarra mi pecho y chupa un pezón. Me mira y sus ojos son puro fuego. Me rodea con un brazo por la espalda y rodamos por la cama. Ahora está tumbado sobre las arrugadas sábanas y yo estoy encima de él. La vista es maravillosa.

—No dejes que te bese —su voz es una mezcla entre un gruñido y un ruego. Acaricia mi espalda y después entrelaza los brazos a mis piernas—. Vamos Susan, acaba con esto.

Pongo mis manos sobre su duro pecho y empiezo a moverme. Quiero que me bese. Es increíble cómo su petición ha aumentado mi deseo. También me gustaría tocarlo con detenimiento, pero creo que no es el momento, detecto una súplica desesperada en su mirada. Aumento el ritmo, cierro los ojos y disfruto de la sensación de plenitud.

Oh, dios. ¿El sexo será siempre así con él?

—¡Arg! —gruñe.

Casi ni se mueve. Mantiene sus brazos presos entre mis piernas, la mandíbula tensa y la boca cerrada. Sin embargo, me mira, con la misma intensidad de siempre.

—Tienes que acabar con esto, Susan.

Sin pensar, aumento la velocidad de mis movimientos. Él acompasa sus caderas a las mías. Inclino mi cuerpo y le beso el esternón. Surco un camino con mi lengua hacia uno de sus pezones…

—¡Arg! —grita. Levanta las rodillas y con ello intensifica sus movimientos.

No deja de gemir o de gruñir o de gritar, no sé muy bien cómo describir el sonido que nace de su garganta, pero es un sonido visceral, lleno de ardor y de dolor, y es un sonido que me conduce directa al nirvana.

## Sexo impulsivo

Despierto, muerta de frío. Tengo la cabeza apoyada en el hombro de Víctor y él me rodea con su brazo. Duerme. Es guapísimo. Ahora que lo tengo tan cerca puedo estudiar a la perfección sus facciones. Acaricio con mucho cuidado el anguloso pómulo y desciendo despacio hacia su boca. Tiene los labios sedosos y son gruesos y rosados. Sigo mi furtivo recorrido deslizando mi dedo desde su barbilla hasta la base de su cuello, a la izquierda por todo el hueso de su clavícula y luego a la derecha. De nuevo en el centro, desciendo con sumo cuidado, no quiero despertarle, llego a su abdomen y después me recreo en el ombligo, lo rodeo varias veces y sigo el recorrido hacia abajo. Me detengo en la línea de la cadera y me entretengo con los marcados músculos de su pelvis. Antes de continuar con mi misión decido mirarlo. Tiene la vista clavada en mi rostro. Sus preciosos ojos examinan mi expresión con detenimiento. No ha dicho o hecho nada para detenerme y no parece estar molesto. Concentrado. Sí, así es como lo definiría: inquietantemente concentrado. Pestañea y me sonríe.

—¿Has terminado? —Niego intimidada por su sensual voz—. ¿No?

—No.

Debato entre seguir con lo que pretendía o hacer el recorrido contrario.

Se mueve de forma casi inapreciable y de pronto la colcha cae sobre nosotros.

¡Qué mono! Le observo una vez más. Ha cerrado los ojos. No parece muy cómodo con la situación, creo que tomo la decisión correcta si dejo de presionarle. Trazo un círculo con el dedo sobre la piel de su cadera y asciendo por el centro rodeando otra vez el ombligo, subiendo hacia su abdomen, su pecho…

Le doy un beso en la barbilla y sujeto su cara con mi mano. No hay ni rastro de barba. Me mira y acaricia mi nuca. Toca mi ceja con el pulgar y luego lo desliza por mi mejilla.

—Gracias —murmura. Y tengo la sensación de que pretende que eso sea una confesión.

—¿Por qué no has dejado que te tocara?

—Quería disfrutar un poco más de tu cuerpo.

—¿Qué significa eso?

—Anoche todo pasó muy rápido y luego te fuiste… hoy he llegado y no he podido reprimir mis impulsos…

—Me echaste —puntualizo.

—Correcto, y lo volveré a hacer.

—Me gustan tus impulsos.

—Sí, me he dado cuenta. —Acaricia mi espalda poniéndome el vello de punta—. Pero también te gusta que te toque. Solo quería hacerlo mejor.

—¿Te refieres a los preliminares? —Levanta una ceja. Supongo que le sorprende que sea tan directa. Las mujeres no suelen ser así, pero cuando una basa sus relaciones en el sexo aprende a pedir lo que le gusta.

—Sería un resumen acertado.

—Bueno… en cuanto a usted se refiere podré perdonarle. —Toma ya, hasta yo me sorprendo al escucharme, pero tengo la urgente necesidad de tranquilizarlo. No quiero que se marche.

—A mí me gustan. —Hace un puchero y se acerca para besarme, yo me retiro—. ¿Qué haces?

—¿Ya puedes besarme? —Sonrío.

Se abalanza sobre mí haciéndome caer sobre la espalda. Coloca una pierna entre las mías y me besa con pasión. Yo, ansiosa por sentirme libre, aprovecho las circunstancias para jugar con su pelo. Parece tan decidido a comerme la boca que creo que no se da cuenta de mis traviesas manos. Muy a mi pesar jadea antes de detenerse. Me mira y en sus ojos puedo distinguir ansiedad.

—Ay, Susan…

—Eres muy raro.

—Es cierto.

—¿Qué juego extraño era ese?

—No era un juego, Susan. —Se pone serio—. Si voy a quedarme debes prometer que harás lo que te pida.

—¿Por qué?

—No quiero hacerte daño.

—¿Cómo?

—Soy muy fuerte y me cuesta controlarme.

—No me has hecho daño ninguna vez.

—Porque me has hecho caso.

Vale, me doy cuenta de que no es fácil hablar con él de este tema. Parece muy reservado y yo no quiero espantarlo. No tengo nada que temer, de eso estoy convencida, de hecho, desde que le conozco intenta protegerme a toda costa.

*De él mismo, tonta.*

—¿Te apetece una ducha o un baño? —le digo.

—Elige tú.

Correteo al baño de mi habitación e inicio los preparativos para un prometedor baño. Recojo el maquillaje y las cremas que dejé ayer por medio. Saco dos toallas limpias y lleno de sales la bañera. Cuando regreso, Víctor sigue tumbado, pero el aspecto de mi habitación ha mejorado mucho. Ha doblado la ropa y la ha colocado sobre la cómoda y mi bata cuelga del perchero junto a su cazadora de cuero marrón. ¿Cuándo la ha traído?

Lo miro ceñuda.

—Veo que no has estado quieto.

—He bajado a beber agua, espero que no te importe.

Camino hacia él más relajada. En la mesita de noche veo un vaso lleno de agua bien fría.

—Gracias —le digo antes de dar un buen trago.

Se incorpora y se sienta detrás de mí. Sus piernas cuelgan por el borde de la cama junto a las mías. Piel con piel. Me abraza por la cintura y besa mi espalda. Vértebra por vértebra.

—¿Ese baño estará listo?

—¡Mmm! —Aparta mi pelo y besa mi cuello. Noto su sonrisa sobre la piel.

—¿Crees que podrás soportar unos cuantos minutos de preliminares? —Mordisquea mi cuello—. Quiero sentir tus manos en mi cuerpo.

Estoy en la cocina intentando decidir qué podemos comer. Víctor se ha quedado arriba hablando por teléfono y quiero sorprenderle con algo rico y rápido. Una tortilla, sí, eso estará bien. Pelo unas cuantas patatas mientras se calienta el aceite.

Lo del baño ha sido… ¿especial? He podido acariciarlo, hasta que él ha considerado oportuno, y él me ha tocado y saboreado hasta que mi cuerpo se ha rendido en sus manos.

El crepitar del aceite me saca de mi ensoñación. Echo las patatas y voy en busca de los huevos y de la lechuga para hacer una ensalada. Bato enérgicamente cuando recuerdo los movimientos de nuestros cuerpos bajo el agua…

—¿En qué piensas? —Me mira de reojo desde el fregadero. Está escurriendo la lechuga. Lleva puesto sus vaqueros y su camiseta de manga larga negra y tiene el pelo húmedo, es tremendamente tentador.

—Me has asustado.

—No lo parece.

—¿Vas a ayudarme?

—Claro.

—Eres mi invitado.

—No, soy tu acosador, al menos debería cortar lechuga para compensar.

—Estaba bromeando.

—Eso has dicho. —Se acerca y me da un beso en el hombro.

—¿De verdad has llamado a la compañía de taxis y sobornado a ese pobre hombre?

—No. —Besuquea mi cuello—. La verdad es que la otra noche le pagué para que se asegurase de que entrabas en casa y que me llamase para darme tu dirección.

—¿Y lo hizo? —exclamo horrorizada—. Debería denunciarlo por eso.

—No le culpes, puedo ser muy persistente. Además, no creo que él fuese consciente.

—Explícate.

—Le dije que si podía asegurarme que estabas sana y a salvo en el interior de tu casa le daría otros cien dólares. Por cierto —me da un beso en la cabeza—, tu dinero está sobre la mesita.

—¡No!

—Pero necesitaba una prueba —continúa como si nada—. Así que le hice decirme la dirección de tu casa con la excusa de saber si decía la verdad. También hizo una foto de la fachada con las luces del salón encendidas que me enseñó ayer antes de cobrar.

—¿Ayer?

—Sí.

—¡Madre mía! —Lo miro inquisidora—. ¿Y qué pretendías hacer con esa información?

—Sinceramente, comprobar que decía la verdad, pero él creía que era tu novio y

se supone que un novio sabe dónde vive su chica… improviso bien, ¿no crees?

—Eres un acosador.

—Cierto.

Me acoge entre sus brazos y besa mi cuello. Mete sus manos por debajo de mi camiseta blanca y acaricia mi barriga.

—¿Me perdonas?

—Estoy cocinando. —Le doy unas vueltas a las patatas y finjo desinterés.

—A veces se me olvida que no todo es trabajo.

—No finjas arrepentimiento, no lo estás.

—Tienes razón, aun así, ¿me perdonas?

Besa mi nuca y sube un poco más las manos en dirección a mis pechos.

—No te disculpes más —no me gusta oírle pedir perdón—, pero si no te llevas ese billete lo quemaré.

—Cielo, me disculparé siempre que sea posible cada vez que esté a tu lado.

Cierro los ojos y el aire se atasca en mis pulmones.

¿Qué hay detrás de esa declaración? Sea lo que sea parece afectarle mucho.

—No estoy enfadada, me gusta que hayas venido.

—Y eso te convierte en una mujer muy imprudente.

—¿Me estás regañando?

—No, agradezco que me hayas dado esta oportunidad.

—Seguro que tienes montones de oportunidades por allí donde vas —suspiro.

—No creas, no suelo ser muy sociable. Por cierto, si quemas ese billete te compraré algo caro e inútil.

Me da una palmadita en el culo y vuelve a su lugar de la encimera. Nos miramos varias veces sin decir nada, solo nos sonreímos. Justo cuando tenemos la mesa de la cocina preparada y estamos listos para sentarnos a comer, el timbre me sobresalta. Me había olvidado de que había quedado con mis amigos. Víctor se pone tenso y me mira interrogante.

—¿Esperas visita?

—Se me había olvidado.

—¡Mierda!

—No te preocupes, intentaré deshacerme de ellos. —Me levanto justo cuando el timbre vuelve a sonar—. También podemos improvisar una comida rápida, seguro que traen algo de comer.

—Me marcho en un par de días. —Me coge de la mano…

—¡Susan, abre! —grita Nacho desde fuera.

—Es un amigo —me apresuro a aclarar.

—Sabemos que estás aquí, no me obligues a sacar la llave de emergencia —amenaza Nicole.

Corro hacia la puerta. ¿Qué coño le pasa a esta familia con las llaves de emergencia? Me arrepiento profundamente de haberles hecho responsables de esa misión. ¿Acaso estoy ingresada en el hospital por atropello y necesito ropa?

—Es para emergencias —le digo nada más abrir la puerta—, no me obligues a cambiar la cerradura.

—Hola, cariño. —Rosa me besa antes de entrar.

Todos llevan una bandeja que desprende un maravilloso aroma a comida recién hecha y todos me besan en la mejilla al pasar por mi lado.

—Esperad —se detienen y me miran sorprendidos—, estoy ocupada, ¿podemos dejarlo para otro momento?

—¿Estás de broma? —chilla Nicole—. No vamos a dejarte sola ni un minuto más.

—Susana —dice Rosa en castellano y con mucha ternura—, tienes que salir de este bucle deprimente. Sé que debe ser muy duro, pero para eso estamos nosotros.

Si supiesen lo que he estado haciendo los últimos días me odiarían. Me entristece pensar que se están preocupando por mí cuando yo casi no pienso en lo que ha pasado. Si soy sincera, no he pensado ni en David. Ellos asumen que nuestra ruptura ha debido ser traumática, y no es que no lamente la pérdida de David, es que lo siento de otro modo. No me siento mal por negarme a casarme con él, y ha sido David el que ha decidido que lo que yo le daba no era suficiente, yo nunca le mentí. Soy incapaz de sentir los lazos que sienten otros. Soy incapaz de amar —si queremos respetar los términos establecidos—. Lo que lamento es que nuestros amigos tengan la rara necesidad de que sufra por ello. ¿No sería mejor alegrarse porque tu mejor amiga sigue adelante sin una herida en el corazón? Tal vez debería intentar explicarles la verdad. Quizá me sorprendo.

—Chicos, os lo agradezco de verdad y os prometí que hoy pasábamos un rato juntos, pero no puedo, tengo visita.

Los seis ojos que me miran están a punto de salirse de sus cuencas.

—¿Qué clase de visita? —dice al fin, Nicole.

—Un amigo.

—¿Un amigo? —Se miran comprobando de forma absurda que están los tres—. ¿Qué amigo?

Nicole se dirige decidida al salón y luego a la cocina en busca del “intruso”. Yo la sigo nerviosa, como una colegiala a la que han pillado infraganti sus padres. Nacho y Rosa me siguen a mí.

—Y bien, ¿dónde está?

Me quedo helada al ver que la mesa de la cocina está recogida y que Víctor no está por ninguna parte. Lo busco con la mirada una y otra vez, como si fuese a aparecer en cualquier momento.

—Dadme un segundo.

Corro escaleras arriba. No está en mi habitación, ni tampoco en el baño. ¿Dónde está? Me siento, algo mareada, en la cama. ¿Por dónde se ha ido? Yo estaba en la entrada… Froto mi cara intentando encontrar una explicación a una situación tan absurda. Después de unos segundos de incertidumbre decido que quizá Víctor no ha tenido tan mala idea, y sea cual sea la forma en la que ha conseguido huir, a mí me va a facilitar las cosas con la santa inquisición. Me levanto y veo la cazadora de cuero colgada en el perchero junto a mi bata. La cojo e inhalo el aroma a limpio y a perfume, recordándome a mí misma que no ha sido un sueño.

—Ya estoy aquí —les digo sonriente al entrar en la cocina.

—¿Y tu invitado?

—No hay invitado.

—Buen intento, Susan —dice el irónico Nacho.
—¿Podemos comer?

Las horas se hacen interminables. Nacho y Nicole no han parado de hablar de lo bueno y magnífico que es David, y de lo mal que lo está pasando, y de lo caro que le costó el anillo, y de lo mucho que me quiere. Rosa, de vez en cuando, se apiada de mí y me acaricia la rodilla o la mano ofreciéndome sonrisas de apoyo. No dice nada, supongo que no quiere meterse en medio del huracán. Ella siempre prefiere mantenerse al margen y sé por experiencia que es la más sensata de todos, por lo que supongo que no le está costando mucho ver que el día de "vamos a apoyar a nuestra amiga Susan" se ha convertido en "Susan, piénsatelo bien". A las siete escucho las primeras palabras que insinúan que ha llegado la hora de irse, pero hasta las siete y treinta y cinco no consigo cerrar la puerta. Me apoyo un instante en ella y suelto todo el aire que he estado conteniendo.

¿Dónde estará Víctor?

Recuerdo el comentario sobre lo caro que costó el anillo de compromiso y me invade la curiosidad. Abro una caja de madera que tengo en la mesa del recibidor y cojo la cajita roja. ¿Cómo será? Nunca me he atrevido a mirarlo.

Dos golpes en el marco de la puerta me hacen dar un respingo. ¡Víctor! Dejo la cajita en su sitio y corro a abrirle.

—Hola —susurro.

—¿Estás deprimida?

—¿Yo? —Lo miro perpleja—. No.

—¿Por qué no paran de decir que lo estás?

Se le ve tan serio, tan apenado. ¿Cómo sabe lo que han estado diciendo?

—Supongo que es más fácil para ellos. —Ladeo la cabeza—. ¿Cómo sabes eso?

—¿Te arrepientes?

—¿De qué? —Le cojo por la muñeca y tiro de él—. No te quedes ahí. —No se mueve.

—Contéstame.

—¡No! —No sé qué me está preguntando exactamente, pero no me arrepiento de nada.

—¿Te gustaría —se toca el pelo y se muerde el labio— volver con él?

—Me gustaría haber pasado la tarde contigo, me gustaría haber podido evitar que mis amigos entrasen, me gustaría saber por qué sabes todo eso y que cambiases esa cara, pero, sobre todo, me gustaría dejar de perder el tiempo en el umbral de mi puerta.

Pongo los brazos en jarra y espero ansiosa su reacción. Desearía conseguir todo lo que le he dicho, no obstante, lo que más me contentaría es que me besara de una vez.

Pasa lentamente sin mirarme y cierro la puerta. Hoy vuelve a hacer mucho frío y él se ha ido sin su chaqueta.

—Debes estar helado, ¿te apetece un té?

—Estoy bien.

—¿Por qué te has marchado así?
—Susan —se pasa la mano por el pelo y me mira—, yo no soy muy buena compañía.
—Ven, hablemos con tranquilidad.
Le cojo de la mano y le dirijo hacia la cocina. Prácticamente le obligo a sentarse y le planto una cerveza sobre la mesa.
—¿Mejor?
—Una cerveza parece perfecta en estos momentos.
—Bien. —Doy un trago a mi botellín—. ¿Por qué no eres buena compañía?
—No soy de la ciudad, me voy en unos días, no me relaciono con gente muy apropiada…
—Todo eso forma parte de tu trabajo, no de tu personalidad.
—Eso es lo que soy, Susan.
—¿Quieres decir que la gente que trabaja de noche no puede tener relaciones con gente diurna?
—Quiero decir que yo no puedo tener una relación y que no me ha parecido apropiado que te viesen conmigo.
—Vale —levanto las manos y luego apoyo el botellín en mi cadera—, imagínate por un segundo que soy estúpida y que me creo toda esa palabrería que me acabas de soltar, que yo sepa, tú y yo solo hemos quedado para pasar un maravilloso domingo entre adultos.
—No estoy seguro de que eso sea cierto.
—¿No? —Las mariposas revolotean por todo mi cuerpo.
—¿Tú quieres que todo acabe aquí? —Baja la vista—. ¿Quieres que me vaya esta noche y no volvamos a vernos?
—Yo no quiero que te vayas esta noche.
—Yo tampoco quiero irme, pero sé que es un error no hacerlo.
—¿Por qué?
—No puedo conciliar mi vida contigo.
—Tendrás que ser más claro, Víctor.
Habla tan bajito que no puedo asegurar si lo que escucho es correcto, pero suena a algo parecido a: «todavía no puedo»
—Te propongo una cosa —le digo sentándome en su regazo—. Hemos perdido un montón de horas por mi culpa y mis amigos me han dado un tostón terrible, y por lo visto, tú has estado por ahí fuera helándote, mientras me espiabas. —Meto los brazos por debajo de su camiseta y lo abrazo—. Así que encendamos la chimenea eléctrica y mientras tú entras en calor yo me entretengo jugueteando con tu cuerpo.
Besa mi frente y sonríe. Retira un mechón de pelo de mi mejilla y lo coloca tras la oreja.
—No puedo, tengo que ir a trabajar.
—Aún es temprano. —Mordisqueo su mandíbula.
—Empiezo temprano.
—Pensé que un jefe de seguridad tendría un poquito de margen.
—¿Por qué piensas que soy jefe de seguridad?
—¿No lo eres? —Acaricio su cuello con la nariz.

—Es un poco más complicado.

—Todo es muy complicado contigo.

—Es lo que te intentaba decir hace un minuto. —Se remueve en la silla, mi contacto empieza a afectarle, noto su erección—. Me ocupo de la seguridad, aunque no solo de la sala. Velo por el personal, los clientes y los locales. Además, me ocupo de mantener el anonimato de los VIP, de solucionar los conflictos entre clientes dentro y fuera del recinto… ¡Deja de tocarme, Susan! —Se aparta con brusquedad interponiendo las manos entre nosotros—. Por favor.

Pero es demasiado tarde. La contundencia de su rechazo ha llegado antes que su ruego, así que es inevitable que me asuste. Me levanto de inmediato. Tanto su voz como su violento movimiento me han dejado claro el peligro. No le había creído esta mañana, pensaba que se trataba de un juego, sin embargo, ahora sé que tiene razón. Algo en él no está bien y no se atreve a decírmelo.

—Eh —susurra mientras se levanta—. ¿Te he asustado? —asiento—. No tengas miedo —tiende los brazos hacia mí desesperado por tocarme y me lanzo a su encuentro como una tonta—, nunca tengas miedo de mí, Susan. Jamás te haría daño.

Su abrazo es firme y su voz serena, aunque sus palabras son contradictorias. Estoy muy confundida. No sé qué estoy haciendo ni cómo manejar estos nuevos sentimientos.

Pasamos mucho tiempo abrazados en mitad de la cocina. Sin decirnos absolutamente nada. Mantengo los ojos cerrados y mi cara oculta en su férreo torso disfrutando de lo que quizá sea mis últimos minutos con él.

—¿Volverás al *Temple*?

—No.

—Si alguna vez regreso a Nueva York, ¿querrás cenar conmigo?

—Sí.

—Eso está bien, te debo una invitación —Me río—. Siento haberte asustado.

—No te disculpes, no me gusta el tono de tu voz cuando lo haces.

—Eso es porque lo hago de corazón.

—Víctor, ¿contestarás con sinceridad una pregunta?

—No te mentiré.

—¿Por dónde has salido? —Se ríe.

—Por la ventana.

—Lo imaginaba.

—¿Estás metido en algo ilegal?

—Define ilegal.

—Asesinatos, drogas, armas, secuestros, prostitución… cosas así.

—A veces mi equipo y yo llevamos una pistola, según el local, pero nunca la usamos y siempre tienen licencias.

—No me gustan las armas, pero puedo soportarlo. —Vuelve a reír.

—Un golpe certero puede ser más letal que un arma, Susan.

—Nunca entiendo lo que me dices.

—Lo sé, cielo —besa mi cabeza dulcemente—, lo sé.

—¿De verdad tienes que irte?

—Creo que es lo mejor.

—No quiero que te vayas.

—He estado escuchando durante horas cómo has perdido la oportunidad de ser feliz con el que parece ser el hombre ideal mientras deseaba con todas mis fuerzas rodearte con mis brazos y poseerte durante toda la tarde. Hazme caso, no es buena idea que me quede.

—No significa nada, ya no.

—Tengo que irme.

Me suelta y tras darme un casto beso en los labios se da la vuelta y se dirige a la salida. Siento que las lágrimas van a brotar en cualquier momento. Lamento mucho que se vaya. Duele como nada antes había dolido. Abre la puerta y me mira por encima del hombro. Él también está triste, lo veo en la tensión de su boca y la caída de ojos.

—¡Víctor! —Entrelazo mis dedos con los suyos—. ¿Puedo pedirte una última cosa? —Se gira intrigado y asiente—. Bésame.

—Susan…

—Por favor.

Se acerca muy despacio. Todo lo cerca que puede estar sin tocarme. Se inclina y me besa dulcemente en los labios. En absoluto es reconfortante, es angustioso, lleno de ternura y cariño… ¿De amor? No, no puede ser, hace tan poco que nos conocemos, no puede sentir tanto en tan poco. De pronto suspira y se va. Y yo me quedo helada. Rota. No soy capaz de reaccionar. Solo quiero quedarme aquí de pie esperando que vuelva el tiempo que haga falta. Antes de que la puerta llegue al final de su recorrido, Víctor la empuja y entra en mi vestíbulo como un torbellino. Me coge en brazos y me apoya contra la pared. Su boca absorbe la mía y su lengua invade mi interior posesivamente. Es el beso más fogoso y pasional que me han dado en mi vida y mi cuerpo reacciona volviéndose gelatina. Adoro a este hombre.

—Gracias, Susan, por regalarme una mañana maravillosa.

## Heridas de guerra

Aun no puedo creer que Víctor se marchara tras esa enternecedora declaración. Es más, no puedo creer que se marchase después del arrollador beso. Durante mucho tiempo estuve sentada sobre la moqueta intentando decidir con cuál de sus dos últimos besos me quedaría para el recuerdo. Hoy, martes por la tarde, he tomado una decisión: recordaré los dos. El primero tiene el sabor de la despedida, pero también está lleno de sensualidad y adoración; el segundo es fuego, rabia y posesión. Y si sumamos los dos el resultado es Víctor. Y con el recuerdo de Víctor es con lo que quiero quedarme.

Si no se ha ido ya lo hará en pocas horas. No tengo su número de teléfono, ni su dirección, ni un email dónde escribirle, lo único que tengo es un lugar al que le prometí no regresar y donde no sé cuándo podría volver a encontrarlo. Tal vez debería hablar con Daniel… no, no puedo volver al *Temple*, se lo prometí.

—Susan, ¿estás lista? —Escucho preguntar a Peter.

—Sí claro, cuando tú quieras.

Parece intrigado por mi actitud, pero no comenta nada. Seguro que se ha dado cuenta de que no estoy nada centrada estos dos últimos días. Me cede el paso y cierra la puerta del laboratorio con llave.

—Se acabó por hoy, estoy agotado.

—Es duro combinar el trabajo con las investigaciones secretas. —Levanto una ceja y le sonrío, es fácil bromear con él, lo que quita mucha tensión a nuestra extraña investigación.

—¿Qué tienes pensado hacer mañana con tus mutantes?

—No tengo ni idea, tal vez los torture.

—No creo que suelten prenda.

—No me subestimes.

—¿Te apetece un copa?

—Es muy tarde y mañana tengo que estar temprano en el hospital, reunión de presupuestos.

—Otro día entonces.

—Sí, otro día nos emborrachamos y nos olvidamos de *M1* y *M2*.

Salgo a la calle con los restos de una sincera carcajada en mi rostro. Peter es genial levantando el ánimo. Me despido de él con un beso en la mejilla y voy hacia el extremo del parking en busca de mi coche. Según mi móvil son las once menos cuarto, suspiro, por lo menos hoy no es tan tarde como ayer. Espero poder dormir un poco, si no, mañana no seré persona. Guardo mi teléfono en el bolso y busco mi Mustang azul entre los pocos coches que quedan. El corazón me da un vuelco. Acelero. Me duelen los pies por culpa de los tacones así que me los quito a toda prisa y corro. Corro como si Víctor fuese a desvanecerse en la oscuridad. Solo es un bulto entre las sombras, pero sé que es él. Jamás podría confundir esa silueta. Mientras corro imagino mil y una forma de saludarlo: lo llamo antes de llegar, me tiro a sus

brazos, le beso amistosamente, le toqueteo sin parar, devoro su boca, menguo el ritmo y me hago la dura, lloro o mejor río.

No sé qué sería lo correcto, pero lo cierto es que sin darme cuenta estoy frente a él, descalza, con la respiración entrecortada por la carrera, la chaqueta colgando desaliñada de mi mano y sin atreverme a mirarlo. Esperando inconscientemente a que él me diga qué debo hacer.

—Sigo sin poder creerme que tengas este coche, no te pega nada.

—Las apariencias engañan —susurro expectante.

—¿No vas a acercarte a mí?

—¿Quieres que lo haga?

—No debería importarte lo que yo quiera, eres una mujer adulta, decidida y segura de ti misma, deberías tomar tus propias decisiones.

—Siempre lo hago, incluso ahora.

—¿Y has decidido mantenerte alejada? —suena decepcionado.

—He decidido que no quiero espantarte, no quiero que te sientas agobiado.

—¿Y por qué piensas eso?

—No sé, milagrosamente estás aquí en lugar de cualquier otro sitio, quiero respetar tus límites.

—No siempre tengo límites.

Le miro directamente a los ojos. Las largas pestañas resaltan el brillo de sus ojos. Tiene los labios húmedos y las manos metidas en los bolsillos de sus tejanos. Así, tal como está, apoyado sobre la puerta del conductor de mi viejo coche, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y el pelo revuelto por el suave viento, saltaría sobre él y me lo comería.

—Sigue tu instinto, cielo —dice con voz ronca.

Todo lo que llevo en las manos cae al suelo. Chaqueta, zapatos, bolso, maletín y carpetas. Todo amontonado sobre el asfalto. Y mi cuerpo pasa de cero a cien en una milésima de segundo. Me arrojo sobre él rodeándole con mis brazos. Sus manos me sujetan por el trasero y su boca me recibe con apetito. Está aquí.

—Hola.

—Hola. —Vuelvo a besarlo.

—Te he echado de menos.

—Pensaba que ya te habrías ido.

—Tenía asuntos sin resolver.

—Me alegro. —Vuelvo a besarlo y me aferro a él confirmando que es real—. ¿Cuánto tiempo tienes?

—¿Cuánto necesitas?

Me separo unos centímetros intentando descifrar su rostro. ¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

—Susan, no me iré hasta que tú y yo zanjemos lo que tenemos pendiente.

—¿Qué tenemos pendiente?

—Para empezar, te debo una comida, un té y una cerveza y tú me debes una tarde de domingo enterita para mí. Y montones y montones de preguntas.

—¿Te quedas hasta el domingo?

—Depende, si no pudieses pagar tu deuda… tal vez podría posponer el viaje otra

vez.

—¿Sugieres que haga trampas? —Le sonrío. No me puedo creer que esté diciéndome lo que está diciéndome. Se queda, por mí.

—No voy a mentirte, no puedo prometerte nada, mi trabajo es bastante imprevisible, pero la idea es aprovechar estos días libres contigo. Necesito hacerte unas preguntas… me gustaría conocerte mejor y saber si yo… —titubea, así que pongo un dedo en sus labios y luego lo sustituyo por un beso.

—Es complicado, lo entiendo. No hace falta nada más. Iremos poco a poco.

—Me gusta poco a poco.

—No es cierto. —Carcajeo.

—Sí lo es, pero eres una tentación demasiado grande, ya te lo dije.

—¿Quieres que baje? —le pregunto recordando sus extrañas peticiones de que no le toque.

—No, vengo preparado.

—¿Y cómo se hace eso? Si puede saberse.

Noto cómo su cuerpo se tensa. Cierra los ojos e inhala profundamente. Tema peliagudo. Lamento haberlo sacado. Vuelvo a besarlo fugazmente en los labios, sellándoselos con cariño, y apoyo mi cara en su hombro. Huele de maravilla.

—Poco a poco —musito en su oído y se relaja automáticamente.

—¿Has cenado? —Niego—. Trabajas hasta muy tarde, no deberías estar sin cenar a estas horas. Venga —da una palmadita en mi culo—, tú conduces, yo invito.

A pesar de que él no ha hecho ni un solo amago de soltarme, lo abrazo con fuerza, quiero permanecer así un poco más.

—Prefiero ir a casa, estoy cansada. Además, en honor a la verdad no te comiste mi tortilla por lo que no me debes esa invitación.

—Pues entonces… iremos a tu casa —acaricia mi pelo con sus largos y finos dedos— y te darás un baño mientras yo te preparo algo rico de cenar. Creo que es lo justo.

—Deberías bañarte conmigo, eso sí sería equitativo.

—Veremos qué podemos hacer al respecto —besa mi nariz y luego acaricia mi mejilla con la suya—, hoy iremos muy poco a poco.

El agua de la bañera está calentita y llena de espuma. Me he lavado el pelo y enjabonado todo el cuerpo y ahora, sumergida en el agua, rezo para que Víctor suba de inmediato. No hemos hablado mucho durante el trayecto, pero tampoco nos hemos tocado. Ha sido amable y cariñoso conmigo y, a la vez, ha sabido mantenerse distante. No tengo ni idea de lo que está tramando, pero sea lo que sea no quiere acercarse mucho todavía. Frunzo el ceño, molesta, y hago un feo mohín con mi boca. Mi madre me regaña siempre que lo hago, de hecho, creo que hace años que no lo hacía.

—¿De qué te ríes? —le pregunto al abrir los ojos y verlo de pie a mi lado con una sonrisa tan amplia que me deja ver sus perfectos dientes blancos.

—De esos bonitos labios. —Se inclina y me besa.

—¿Vienes a hacerme compañía? Me siento muy sola.

—La cena estará lista en unos treinta minutos, quizá algo menos.

—El trato consistía en bañarnos juntos.
—No intentes liarme, dije que veríamos qué podíamos hacer al respecto, y no creo poder entrar ahí y no tocarte.
—¿Por qué no quieres tocarme? —sollozo.
—Ya te lo he dicho, necesitas comer algo y yo quiero hacerte unas preguntas antes de… —Se pasa la mano por el pelo y mira al techo—. Te he echado mucho de menos, Susan.
Me gusta la promesa oculta tras esa frase. Tiene razón, debo comer, estoy cansada y un poco mareada. La falta de sueño y lo poco que he comido desde el domingo sin duda me están pasando factura.
—Prometo no tocarte, ni besarte. Podríamos aprovechar esta media horita para hablar —pongo un puchero y me siento haciéndole un hueco—, yo también te he echado de menos.
—¿Tú y yo desnudos ahí dentro, sin tocarnos?
—Por favor…
Durante unos interminables segundos medita sobre el asunto. No sé de quién se fía menos, si de él o de mí. A juzgar por el gesto de su cara debe estar haciendo un gran esfuerzo por mantener sus manos lejos de mi cuerpo. Cierra los ojos y suspira. Me mira y se muerde la esquinita del labio superior. Ya está, es mío.
—Dame un segundo.
No escucho nada. Para lo grande que es se mueve de una manera muy sigilosa. No sé si está en la habitación o en la planta inferior, es desconcertante. Más pronto de lo que creía está de vuelta. Se ha quitado la camisa de rayas gris y está descalzo. Sin apartar la vista de mis ojos se quita los pantalones y el bóxer y se introduce en el agua poco a poco. Tiene un cuerpo increíble. Me encantaría poder tocarlo, pero voy a portarme bien. Se sienta detrás de mí y rodeándome con un brazo me coloca entre sus piernas.
—Ven —dice con amabilidad.
Yo le sonrío como una tonta y me recuesto sobre su pecho. En verdad pensé que no nos tocaríamos, creía que charlaríamos uno frente al otro hasta que la cena estuviese lista y este cambio hace que me sienta muy querida. No sé por qué tengo ese sentimiento, es algo banal que hacen todas las parejas, lo raro sería hacer lo contrario, pero por extraño que parezca intuyo que para Víctor es un paso muy importante.
—Es la primera vez que hago esto —declara confirmando mi intuición.
—¿Bañarte?
—Eres muy graciosa. —Besa mi coronilla—. Bañarme con una mujer tan sexy sin intención de tocarla.
—Me estás tocando. —Me abraza más fuerte.
—No cómo me gustaría.
—Aún no hemos acabado.
Los músculos de su pecho se tensan bajo mi espalda. ¿Por qué sería tan malo improvisar?
—Relájate, no suelo romper mis promesas. —Me rindo antes de iniciar la batalla.
—¿Cómo es que tienes un baño tan grande? —Cambia de tema, pero la tensión de su cuerpo me indica que aún no se ha relajado.

—David es ingeniero. Me ayudó con la reforma.
—¿Lo hizo por ti o por él?
—¿Qué clase de pregunta es esa?
—Una, como otra cualquiera.
—No pienso contestar a esa pregunta, no es apropiada.
—¿Por qué no? —Parece divertirse.
—Es morbosa.
—Solo intento conocer tus gustos. —No digo nada—. Está bien, lo diré de otro modo. ¿Te gustan los baños relajantes?
—Sí —concedo—. Me encanta poder llenar la bañera al llegar a casa y relajarme en ella leyendo un libro y comiendo bombones.
—¿Bombones?
—A veces un cóctel, o champán.
—No es un mal plan.
—Me gusta tener momentos de soledad.
—Tienes unos amigos que se preocupan mucho por ti.
—Nos conocemos desde hace muchos años, son como de la familia.
—¿Rosa es española como tú?
—¿Cómo sabes eso?
—La escuché hablándote en español.
—¿Pusiste micros antes de irte?
—No —ríe—, hablabais muy alto.
—No es verdad.
—¿Cómo lo sabes?
—Sí —me rindo—, nació en Sevilla. Se mudó hace unos seis años, una buena oferta de trabajo, ya sabes. Es periodista. Yo la conocía de antes, sus padres se mudaron a Barcelona y se matriculó en mi instituto, casualidades de la vida.
—¿Eres de Barcelona?
—Sí, Nacho también.
—¿Por qué no tienes acento?
—Mi padre es neoyorquino y vine a vivir con él hace más de diez años.
—¿Se divorciaron?
—Sí.
—¿Por eso no quieres casarte?
—¿Qué?
—¿No crees en el matrimonio?
—¿Por qué tengo la sensación de que tus preguntas siempre giran en torno a David? —Lo miro desafiante por encima del hombro—. Si quieres, pregúntame algo concreto sobre él, ve directo al grano. Te recuerdo que solo tenemos unos días y no quiero perder tiempo hablando de David.
—¿Le amas?
—No.
—¿Por qué estabas con él?
—Es complicado. —Levanto las cejas. ¡Ja, chúpate esa!
—¿Volverías con él?

—Ahora no.
—¿Y cuando me vaya?
—No creo que te incumba. No nos hemos prometido nada, excepto buenos ratos juntos.
—Me gustaría saberlo.
—Tendrías que darme tu número de teléfono para poder informarte.
—¿Qué intentas decirme?
—Que a este juego estamos jugando los dos. Nos acabamos de conocer y, a pesar de que misteriosamente ambos sentimos algo muy fuerte el uno por el otro, hemos decidido mantener las distancias. Y si en algún momento decides subir de peldaño y necesitas un tipo de información que vaya más allá de este pacto de sexo y diversión debes dejármelo claro, porque entonces y solo entonces —remarco— yo también querré cambiar de nivel.
Se ha quedado estupefacto. Espero que no salga corriendo. Quizá lo he entendido mal y no era un ataque de celos. ¡Siempre me pierde la bocaza! Dime algo por favor, no me dejes en este horroroso silencio.
—¿Quieres cambiar de nivel? —susurra muy muy bajito.
—No me importaría.
—¿Sin conocerme? —Frunce el ceño—. ¿Sin preguntas?
—Tengo miles de preguntas, eres un tipo muy raro, pero sé que no las contestarás con facilidad. Así que quizá jugando a otro nivel me resulta más fácil descifrar tus misterios sin necesidad de incomodarte.
Aquí lo tengo de nuevo, todo ímpetu y lujuria. Sus movimientos son tan rápidos y precisos que casi no me doy cuenta de que cambia de posición. Está aplastándome contra su torso y colocando mis piernas alrededor de su cintura mientras me sujeta la nuca con firmeza para poder besarme a placer. El beso es salvaje, casi doloroso. Su lengua explora mi interior con fervor y sus carnosos labios presionan los míos sin tregua. No puedo moverme y creo que pronto me faltará el aire, me gusta. Me gusta tenerle así.
Mis brazos cuelgan a los lados de mi cuerpo y siento la imperiosa necesidad de tocarlo. De arañar su espalda con mis uñas. De apretar sus hombros entre mis manos. De sentir sus duros bíceps en la palma de mi mano. Sin embargo… dudo. No sé qué debería hacer. Aún no me ha explicado las reglas del juego y yo me siento muy perdida, y muy triste, porque de pronto me doy cuenta de que no conozco la manera de satisfacerle, de demostrarle lo que siento por él. «Sigue tu instinto», recuerdo que me ha dicho antes. Bajo mis, inconscientemente levantados brazos y retengo mis ganas de tocarlo. Su agresividad está siendo más patente que nunca y mi instinto dice que mantenga las manos quietas.
—Oh cielo… eres perfecta —sujeta mi cara entre sus manos—, no quiero perderte, no puedo…
Se levanta, el agua se desliza por nuestros cuerpos, y me lleva, atada a su cintura, hasta la cama. Se tumba sobre mí con las manos a la altura de mi cara. Estudiándome detenidamente.
—¿Quieres tocarme?
—Sí.

—Me alegra que seas capaz de contenerte.
—¿Te has dado cuenta?
—Sí. —Toca mi mejilla con el pulgar y de repente distingo preocupación en sus ojos—. ¿Te he hecho daño?
—Ha sido intenso, pero no, no me has hecho daño.
—Te sangra el labio.
—¿En serio?
—Límpiatelo, por favor —dice impaciente. Y lo único que se me ocurre es lamerme muy despacio los labios. Sus ojos se abren como platos y por un segundo deja de respirar.
—No me duele —digo inocente.
—Cielo, no tienes ni idea de lo que acabas de hacer.
Aprieta su erección contra mi vientre y el estómago me da un vuelco.
¡Madre mía!, tiene la mirada más aterradora que he visto nunca, y es muy sexy.
Las gotas de agua todavía resbalan por su cuerpo, su perfecta piel brilla en la oscuridad y sus labios están hinchados y húmedos, listos para ser mordidos.
—No me beses —ordena con rotundidad mientras sujeta mis muñecas por encima de mi cabeza. Es evidente que tampoco puedo tocarlo.
—Hummm.
Muerdo mi labio con fuerza, temerosa de lo que va a pasar a continuación. Estoy convencida de que no me hará daño, pero su agresividad supera en mucho los anteriores encuentros. Noto resbalar algo por mi barbilla… ¿agua? Sus manos oprimen con más fuerza mis muñecas…
—¡Ahhh! —grito al notar toda su erección en mi interior. Cierro los ojos sorprendida por su invasión.
—¿Paro? —gruñe.
Niego y de inmediato sale y entra con la misma intensidad. Una y otra vez. Sin tregua. Lo miro intentando descifrar qué ha provocado tal ataque de vehemencia. Pero pronto me pierdo en un remolino de sensaciones. Está tirando de uno de mis pezones con sus dientes… ahora lo chupa…
—¡Ahhh!
Insiste un poco más y después juega con el otro…
—¡Ahhh!
—Susan, cierra los ojos —lo miro, está al límite—, por favor ciérralos.
Obedezco. Y al instante suelta mis manos y reubica las suyas. Una en mi pecho y la otra sobre mi sexo. Noto sus sagaces dedos jugando con mi susceptible anatomía. Moviéndolos con destreza y sin descanso. Provocando llamas en mi interior. Invadiéndome con rudeza. Hasta que no puedo más. Ardo, y él arde conmigo.
No soy muy consciente de cuándo ha acabado todo. Estoy mareada y sin fuerza. Noto las piernas entumecidas y me hormiguean las muñecas. Y soy muy feliz. Víctor ha venido a verme. Me parecía increíble y he necesitado sexo salvaje para darme cuenta de que era verdad.
—Perdona —me susurra al oído antes de darme un beso en la sien.
—No te disculpes, por favor.
—Sí, Susan, he perdido el control.

—No creo que eso sea verdad. —Me giro para poder verle la cara—. Me has dado opción de detenerte.

—Gracias. —Levanto las cejas. Noto el rubor colorear mis mejillas—. Por no detenerme —besa mi frente—, por no tocarme.

—Dime una cosa. —Acerco un dedo con la intención de limpiar una gota de agua que cae por su pómulo, pero me contengo. Víctor besa la punta y termina de acercarlo con su mano—. ¿Ibas a dejar que te tocase?

—Sí.

—¿Y qué ha cambiado, qué te ha hecho ponerte tan… contundente?

—¿Contundente?

—No quiero herir tus sentimientos. —Sonrío.

—Me has provocado.

—¿Yo?

—Sí. —Sujeta de nuevo el dedo con el que he secado el agua, lo introduce en su boca, lo chupa y lo saca acercándolo a mi barbilla. Con cuidado hace que me frote la piel—. Te he hecho un corte en el labio, ha vuelto a sangrar.

Sonríe con ternura, aunque la sonrisa no llega a sus ojos. Y de nuevo recupero los sentimientos que tuve en la bañera. Me siento muy triste. No me habla claro, ni me explica las cosas como debería. Sé que algo oscuro se esconde detrás de este sexo agresivo. Sé que está relacionado con el *Temple*, con el Paraninfo, y soy consciente de que ha estado intentando alejarme de ese mundo, de su mundo. Sin embargo, ya es demasiado tarde, para él y para mí, y merezco saber cómo manejarme en estas situaciones. No necesito mucha información, respeto sus límites, pero sí me vendría bien alguna pista.

De pronto, Víctor se emborrona ante mi vista y unas autónomas lágrimas deciden deslizarse sin mi permiso. ¡Seré tonta!

—Eh… ¿qué ocurre? —Me abraza—. ¿Estás bien? —Parece asustado—. ¿Te he hecho daño?

—No.

—Cuéntamelo —suplica.

—No sé nada de ti —seco mis lágrimas—, me frustra no poder complacerte.

—Me complaces, y mucho. —Retira el pelo de mi cara y deja su mano cariñosamente sobre mi mejilla—. Nadie, jamás, ha apartado las manos de mí por propia iniciativa.

Acaricia mi sien con sus dedos y habla en un tono muy dulce, casi en susurros.

—¿Quieres saber por qué es tan importante para mí? —Sonríe—. Haces que me relaje. Puedo concentrarme en mí mismo, en controlar mi cuerpo, porque demuestras que has entendido lo significativo que es para mí. Y lo sorprendente es que no has preguntado el motivo, lo que provoca que me relaje aún más. —Posa un dedo en mi boca para evitar que hable y continúa—: Y en estos momentos, estando cerca de ti, es sumamente importante mi relajación. Si en alguna ocasión perdiese el control, si de verdad lo perdiese… no quiero ni imaginarlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras.

—Bueno… me dijiste que no practicabas el BDSM.

—No, no lo hago.
—¿Me dirás algún día a qué se debe toda esa agresividad sexual?
—Soy así, Susan, es mi condición natural. La mayor parte del tiempo soy un hombre normal, pero en ocasiones me descontrolo. El sexo es un catalizador y el mayor problema es que tú no puedes controlarme. Eso hace que me preocupe, por eso necesito intervenir en tus movimientos. Si me besas o me tocas en un mal momento no sé cómo reaccionaré al contacto. Nunca te haré daño premeditadamente, me atormenta poder hacértelo, pero sí puedo besarte más fuerte de lo necesario —toca mi labio herido—, más que antes, o apretar tus muñecas en exceso —acaricia mis muñecas—, más que antes, o… no quiero pensar en eso, ahora no.
—¿Y si consiguiésemos controlar esa fuerza? Podría ir al gimnasio. —Carcajea y yo sonrío al verlo.
—No es mi fuerza lo que me preocupa, son mis impulsos, reacciono como la pólvora. Para lo bueno y para lo malo. Por eso, si juntos evitamos impulsos indeseados, conseguiremos adaptarnos.
—Gracias por contármelo, me alegra que confíes en mí.
—A mí me sorprende que sigas aquí tumbada.
—Te gustaría que no lo estuviese.
—Egoístamente no, pero soy consciente de que te voy a complicar mucho la vida.
—O yo a ti, mira por todo el estrés que te hago pasar.
Pero Víctor ya no me escucha. Está acariciando mis muñecas. Las masajea con cuidado y luego besa una y otra vez la piel enrojecida. Cuando termina inclina la cabeza hacia mi pecho y con los párpados apretados lame uno de ellos. Gruñe algo entre dientes y la curiosidad hace que mire. ¡Vaya! Mañana tendré un buen verdugón en mi pecho izquierdo. Besa con mucho cuidado la zona que empieza a tener un tono morado y apoya la cabeza entre mis pechos.
—Estoy bien, heridas de guerra, no es nada.
—Solo te acariciaba.
—Ha sido un accidente, ya lo hemos hablado.
—Quiero que funcione.
—Iremos poco a poco.
—Esta noche quería ir poco a poco.
Me río con ganas ante sus tonos de niño malcriado.
—Lo tenía todo planeado y me había preparado a conciencia.
—¿Has hecho meditación antes de venir?
—Algo así.
—Cambia de modalidad, esta no te ha ido muy bien.
—Tú me has obligado a entrar en la bañera, ¡instigadora!
—¿Yo?
—Hasta ahí lo estaba haciendo muy bien.
—¡A qué precio! —Levanto los brazos para exagerar mi descontento.
—¿No te gusta que te cuide?
—No, si para hacerlo dejas de tocarme.
—Comprendo.

—Te lo digo en serio, puedo cuidarme solita así que si me dejas elegir…

—¿Crees que por hoy ya te he tocado bastante? —El humor ha vuelto progresivamente a su tono. Respiro aliviada.

—¿Puedo besarte?

—¿Quieres besarme? —Levanta la cabeza, ¿le sorprende?

—Desesperadamente.

—Después de cenar.

Y a pesar de todas las calladas hipótesis intentando encontrarle una explicación a su respuesta acepto su condición. Supongo que necesita un poco más de tiempo. Nada más.

## Bésame

La comida china a domicilio estaba deliciosa. Al bajar a cenar la encontramos sobre el felpudo, al parecer no oímos al repartidor llamar a la puerta y como Víctor había pagado con su tarjeta por adelantado, la dejó allí. Durante la cena hemos charlado de temas triviales y sin importancia. Ha sido divertido y liviano. Lo agradezco porque mi cabeza puede estallar en cualquier momento y mi cuerpo se desconectará en cuestión de minutos. Víctor recoge la cocina con rapidez. Se acerca a mí y se acuclilla posando su reconfortante mano sobre mi rodilla.

—Trabajas mucho.

—Es temporal, estoy trabajando en algo fuera del hospital.

—No vayas mañana.

—No puedo hacer eso, no he faltado ni un solo día.

—Mañana es un buen día para empezar.

—¿Me estás pidiendo que mienta e incumpla con mis obligaciones? —finjo reproche.

—Podríamos pasar el día juntos.

—Imposible, no en estos momentos, lo siento.

—Solo era una idea. —Besa mi rodilla—. ¿Te duele la cabeza?

—Sí.

—Ven, vamos a dormir.

Pasa un brazo por detrás de mis rodillas y otro por la espalda. Me levanta con agilidad y me lleva hacia la escalera. Apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos. Su torso es firme y acogedor al mismo tiempo, y yo me encuentro genial refugiada en él.

—¿Ves?, tu fuerza nos viene de maravilla en estos casos. —Ríe—. ¿Tienes que irte?

—No.

—¿Y el trabajo?

—Soy mi propio jefe, si me necesitan, llamarán.

—¿Eres el dueño? —Ríe otra vez.

—Ojalá, soy un guardián.

—Lo que yo decía, un jefe de seguridad, pero a lo esnob.

Creo que hemos llegado a la habitación porque se detiene. Lentamente me deposita sobre la cama y me tapa. Retira el pelo de mi cara y acaricia mis cejas, desciende sus fríos dedos por la mejilla y para en la comisura de la boca. Abro los ojos y absorbo el calor de su mirada. Siento un cosquilleo por todo mi cuerpo.

—¿Vas a quedarte a dormir?

—¿Te gustaría?

—Mucho.

—Supongo que eso implicaría un cambio de nivel.

—Sí, pero muy sutil, yo puedo soportarlo, ¿y tú?

—Ya sabes que soy muy fuerte, puedo con todo.

—No es cierto, no puedes besarme. —Me arrepiento nada más lo escucho salir

de mi boca, en mi mente no sonaba tan mal, aunque también es cierto que mi mente no está muy clara en estos momentos.

—Te dije después de cenar.

—Ya ha pasado mucho desde la cena.

—Sí, veintidós escalones y dos minutos de charla.

—¿Y por qué sigues hablando? —Pestañeo. Creo que no estaré consciente cuando se decida a hacerlo.

Vuelve a acariciar mi cara y se tumba a mi lado. Yo ajusto mi postura para quedar bajo su cobijo. Levanta un poco mi barbilla con dos dedos y me sonríe.

—Eres preciosa, podría mirarte sin pestañear durante toda la eternidad.

Cierro los ojos. Creo que mi corazón se ha saltado varios latidos.

—Duerme cielo, mañana tenemos muchas cosas que solucionar.

Me besa con muchísima ternura en los labios y luego los acaricia con la punta de sus dedos. Me siento estafada, pero el sueño vence antes de poder rechistar.

Huele deliciosamente bien a café recién hecho y tostadas. Me levanto de un salto recordando que ese olor que llega desde mi cocina se debe a que Víctor está en casa. Entro en la ducha y bato lo que estoy segura será un récord mundial. Me pongo unas medias, una ceñida falda gris, la camisa blanca de seda y los tacones negros a toda prisa. Compruebo mi aspecto en el espejo y decido recogerme el pelo a un lado con unas discretas horquillas. Un poco de rímel, colorete y el carmín rosa que uso los días que me siento un pelín adolescente. Bajo a saltitos las escaleras.

¡Voy a ver a Víctor recién levantado!

Me quedo petrificada en el umbral de la puerta. La mesa está lista y Víctor está de pie, junto a la encimera, untando de mantequilla unas tostadas. Lleva la camisa de rayas gris remangada y desabrochada, los vaqueros gris marengo perfectamente asentados en sus caderas y los pies completamente desnudos. Me mira y la línea de su boca se eleva hasta convertirse en la sonrisa más bonita que he visto jamás. Su pelo todavía está húmedo y la temprana luz que entra por el ventanal hace que algunos mechones destellen en tonos dorados.

—Has madrugado.

—Tengo hambre.

—Pues el desayuno está listo. —Hace una reverencia con el brazo extendido indicándome que tome asiento.

Camino sin dejar de contemplarlo. Ayer me timó, quiero mi beso. Me doy cuenta de que sin querer he vuelto a poner esa horrible mueca. Víctor me coge por el brazo provocando que nuestros cuerpos choquen al encontrarse. Inclina su cara y me besa. Lánguidamente. Saboreando el momento. Sus labios muerden los míos de un modo muy sensual y su lengua se introduce en mi interior poco a poco. Levanto mis brazos y acaricio su nuca. Paso mis dedos por su pelo enredando un mechón en uno de ellos.

Lentamente desciendo de nuevo por su cerviz, dibujo su clavícula y bajo hacia el esternón. Me detengo. No noto ningún cambio en él. Sigue inverso en el extraordinario beso que, para mi gusto, ha tardado mucho en llegar. Desplazo con calma mis dedos hacia sus costados y me aferro a su cintura, obligándole a pegarse

más a mí. Aparta la boca dejando que tome aire y muerde mi barbilla. En ningún momento ha movido sus manos de mi espalda, me mantiene erguida y fija en mi sitio, aunque no es un contacto carnal, se limita a ofrecerme estabilidad. Sin embargo, no se ha quejado de mi aventurada excursión por sus pétreos pectorales. Me crezco. Con mucho tacto muevo mis manos hacia atrás y recorro su espalda con la yema de mis dedos, trazando los surcos de sus músculos. Gime antes de volver a besarme. Esta vez detecto más pasión en él. Y me crezco de nuevo. Agarro la camisa y la hago resbalar por sus brazos. Su busto queda expuesto y vulnerable a mi ataque. Lamo el fino surco de vello que cruza su torso y muerdo el lateral de su trabajado pectoral. Emite ruiditos encantadores. Succiono el pezón y trazo un círculo a su alrededor con mi lengua. Aprieto los músculos de su espalda entre mis manos y araño con cuidado su piel. Él me devuelve la caricia pasando su lengua por mi cuello. Muerde mi lóbulo, un poco demasiado fuerte, y desplaza una mano a mi culo. Meto las manos por la cinturilla del pantalón y acaricio la piel que hay debajo. Retiene la respiración. Lo observo. Tiene los ojos apretados y respira pausadamente, pero parece estar bien, así que me lanzo a su boca y le beso posesivamente. Gruñe ante mi ataque, pero me recibe con anhelo. Levanta el bajo de mi falda y mete la mano para tocar mi muslo. Cuela un dedo por debajo de la media y luego lo sube por el interior. No puedo más, lo necesito. Tiro de la cinturilla de su vaquero, desabrocho el botón y bajo la cremallera. El deseo hace que muerda su labio inferior y me apodere de su lengua. Por primera vez mando yo y eso me estimula. Desabrocho los botones de mi blusa y pego mis pechos a su piel. Tiro de su pelo en un intento frenético de posesión. Quiero esa boca sobre mí y la quiero ya. Profundizo el beso y lo abrazo con toda la fuerza con lo que soy capaz.

—¡Basta! —su voz es ronca, desgarrada, casi ni lo reconozco. Me ha cogido de los brazos y de golpe me ha desplazado a varios pasos de él. Me suelta y se tapa la cara con un brazo.

Se marcha.

Oigo la puerta de la entrada, respingo. Cierro los ojos y lloro. Lloro porque estoy sola e insatisfecha, porque me siento rechazada, porque me doy cuenta de que soy una marioneta en sus manos y que no pretendo hacer nada para evitarlo, y, sobre todo, porque sé que lo debe estar pasando mal por mi culpa.

No comprendo el motivo, pero no me muevo. Permanezco plantada en el sitio esperando que regrese, porque regresará, ¿verdad? Sí, tiene que hacerlo, se ha ido descalzo y medio desnudo, no tardará mucho.

La puerta se abre y se cierra. Tarda mucho, debe estar haciendo algo. Quiero salir de la cocina e ir en su busca, pero mi mente no es capaz de darle la orden a mi cuerpo. Creo que solo soy capaz de llorar.

—¿Qué haces ahí? —Parece preocupado a pesar de que aún hay ira en su voz.

Veo sus pies aproximarse. Sus manos apartan el pelo de mi cara y levanta mi barbilla con el nudillo.

—¡Oh… Susan! —Me abraza y para mi propia sorpresa me asusto. Él se aparta con rapidez, pero antes seca mis lágrimas con los pulgares—. Lo lamento, no sabes cuánto lo lamento. No pensaba que estuvieses así.

—¿Y qué esperabas? —espeto con mucha rabia.

Retrocede con sus ojos clavados en los míos y se apoya en la encimera.

—Sinceramente, menos de lo que me has permitido estos días. —Se toca el pelo y muerde el lado del labio de siempre—. Susan, estoy aquí porque tú lo has decidido así, solo tienes que decirme lo contrario y desapareceré. Sé aceptar una negativa, no soy un acosador.
—Yo no pienso que seas un acosador, eres protector.
—¿Eso crees? —Levanta una ceja intrigado.
—Sí, y no quiero que te vayas.
Se da impulso para erguirse y se acerca con cautela. Mete las manos en los bolsillos y titubea un par de veces antes de hablar.
—Siento mucho que estés así por mi culpa, necesitaba un respiro y no he pensado en tu reacción. Después de lo de anoche he dado por sentado que te resultaría más fácil entender mi comportamiento.
—Y lo entiendo, sé lo que ha pasado. —Ladea la cabeza esperando una explicación a mi conducta—. Pero me duele tener que pagar un precio tan alto por mis errores.
Suspira y ahoga un lamento. Frunce los labios y niega contundentemente con la cabeza.
—No has hecho nada mal, yo he permitido esta situación, jamás te culparía. Sé lo difícil que es contenerse.
—Ni lo imaginas —resoplo.
—Sí lo imagino, cada vez que te toco, cada vez que te beso, con cada abrazo debo reprimirme. —Acerca una mano a mi cara—. ¿Puedo tocarte?
—Todavía no.
—¿Por qué no te sientas?
—No puedo.
Me mira perplejo, aunque no comenta nada.
—He estado pensando… si lo que ayer me dijiste… si de verdad sientes…
—Es verdad —me apresuro a confirmarle, quiero que lo tenga claro—, no sé qué ni porqué, pero necesito intentarlo.
—Entonces tenemos que arreglar este problema. He estado meditándolo… Susan, no trabajes esta tarde, necesito hablar contigo. Te lo contaré todo. O al menos lo importante y luego, si sigues queriendo que esté aquí, dejaré que me toques a tu antojo, buscaremos la manera, ya verás, funcionará.
—¿Todo lo que quiera?
—Si aún te apetece, sí.
—¿Es tan horrible?
—Depende de lo abierta que sea tu mente. —Da un pasito más hacia mí. Hay mucha ansiedad en su mirada—. ¿Puedo tocarte?
Asiento y al instante me rodea con sus brazos. Acaricia mi cara y mi pelo. Toca mis brazos y luego mi espalda, separa la tela de mi cuerpo y observa mi torso, parece comprobar que estoy sana y salva, se muestra tan angustiado…
—Cielo, pensé que te había herido —me abraza con fuerza—, estaba muerto de miedo.
Besa mis labios, mi barbilla y toda la piel que encuentra a su alcance. Cierro los ojos para absorber mejor todo ese calor que transmite, me fundo. De repente, toda la

tensión muscular que impedía mis movimientos se desvanece convirtiendo mis huesos en líquido. Víctor me coge en brazos intuyendo mi inminente caída y se sienta conmigo en su regazo.

—Está siendo muy intenso, debes estar destrozada. No vayas a trabajar, por favor.

—Quiero ir. —Necesito un poco de aire.

—Mi mundo es arrollador, Susan, por eso no quería implicarte.

—¿Por qué cambiaste de opinión? —Me acurruco mejor en su pecho y dejo que su cálida voz me acune.

—En mi apartamento, no conseguí mantenerme distante y venciste. Desde ese momento fui tuyo, sabía que no podría alejarte de mí ni una sola vez más y decidí que si teníamos que intentarlo quería hacerlo lejos del *Temple*, no podía arriesgarme a que volvieras, así que… vine yo.

—Hubiese vuelto. —Ríe.

—No tengo ninguna duda. —Besa mi cabeza—. Volverás, todo a su tiempo.

—¿Vas a llevarme?

—Ese será el plan de hoy, pero solo si no has huido antes.

—Es allí donde planeas que te toque sin restricciones.

—Eso lo decidirás tú.

Durante el viaje en coche hacia el hospital, Víctor me acribilla a preguntas. Se ha empeñado en acompañarme y empiezo a entender el motivo. Creo que intenta conocerme a una velocidad de vértigo para saber cómo enfocar la cita de esta tarde. Entre las preguntas personales se entremezclan otras, cada vez más continuas, sobre mi trabajo. Estoy segura de que ha estado cotilleando mis carpetas, pero no tengo pruebas, así que aún no diré nada. Entre pregunta y pregunta me obliga a comer la fruta que lleva pelada y cortada en un *tupper*, y se lo agradezco, porque prácticamente no he desayunado nada. Está tranquilo y risueño, supongo que el incómodo episodio de antes ha quedado en el olvido. Sin embargo, no ha vuelto a tocarme salvo en las ocasiones que sus dedos rozan mis labios dándome de comer. Me gustaría sentir su reconfortante mano sobre mi rodilla infundiéndome seguridad. Porque esto va a salir bien, tiene que salir bien. Me intriga lo que va a pasar esta tarde, tengo la certeza que sea lo que sea lo que descubra de él marcará un antes y un después en nuestra relación. Ni me planteo la posibilidad de renunciar a él, pero una pequeña parte de mí está asustada. Sus tiernas caricias, sus continuos cuidados y la expresión de sus ojos me dicen que no debo temerle, que es un buen hombre, pero sus palabras me advierten una y otra vez del peligro, y luego está el *Temple*… al fin y al cabo, conocí ese lugar por una posible implicación… No, no voy a ir por ese camino, puede ser terreno pantanoso y quiero tener la mente abierta cuando el magnífico ejemplar masculino que tengo al lado diga lo que tenga de decir.

—¿Por qué investigas fuera del hospital?

—¿Cómo sabes eso? —Lo miro de reojo y arrugo la frente—. Por cierto, ¿cómo me localizaste ayer?

—Mi trabajo me ofrece muchos contactos. ¿Tiene algo que ver con la víctima de

la que me hablaste?

—Creo que ya conoces la respuesta —le digo un tanto molesta.

—La policía ha vuelto al local, pensé que el caso estaría cerrado.

—Estudian un posible caso de experimentación. —Giro la cabeza para mirarle aprovechando un semáforo en rojo y sus ojos caramelo me seducen. ¿Podré decirle que no a algo?—. Tu local es el único hilo del qué tirar, supongo que siguen intentando encontrar una pista.

—¿Y qué hace una científica como tú implicada en eso?

—Peter y yo tenemos nuestras propias teorías.

—Estáis equivocados.

Lo ha dicho de una manera tan rápida y espontánea que creo que no lo he entendido bien. Le miro atónita y él agacha la cabeza en un intento desesperado de ocultar la rabia.

—¿Qué sabes tú de eso? —le grito.

—Bastante.

Mis ojos van a salir de sus órbitas. Doy un volantazo a la derecha y paro el coche en una carga y descarga que ha aparecido de milagro.

—Dime que no tienes nada que ver con esas muertes. —Creo que estoy a punto de llorar, o de desmayarme, o de gritar.

—No —su respuesta es rotunda y no deja lugar a dudas.

—No me mientas, Víctor, me destrozarías —mi voz tiembla al hablar, podría soportarlo todo menos eso, eso no.

—No.

—¿Has curioseado en mis documentos?

—Sí, necesitaba saber cuánto sabíais… cuanto sabías tú.

—Es un estudio privado, secreto, es algo entre Peter y yo, ¡No puedes mirar mis cosas!

—Te prometo que no volverá a ocurrir.

—Víctor… ¿qué sabes tú de esos hombres? —Rezo, rezo por primera vez en mi vida. Por favor, no, por favor, no…

—Sus muertes no tienen nada que ver con el *Temple,* ni conmigo, pero les conocía.

—¿Les has identificado, se lo has dicho a la policía?

—No.

—Tienes que hacerlo, hay que llamar a las familias y…

—Susan, no puedo hacerlo, es mejor así.

—Es un delito.

—No me importa.

—¿Qué hacéis entre esas paredes, Víctor?

—Lo sabrás, todo a su tiempo. —Se quita el cinturón y se acerca a mí con decisión, coge mis manos y besa mis nudillos—. Mira, no debería haber dicho lo que he dicho, todavía no. Voy a contártelo todo, lo prometo, pero antes debes conocerme bien. Saber quién soy y lo que hago, solo así podrás entender la verdad.

—¿Habéis experimentado con ellos, los habéis drogado?

—No, no hay ninguna relación entre sus muertes y yo, o alguien de mi equipo, te

lo aseguro, tan solo sé sus nombres y el motivo por el cual los estáis estudiando.

—Dímelo.

—Más tarde —roza mi barbilla con el pulgar—, a no ser… que decidas no ir a trabajar y pasar el día conmigo.

Dudo, dudo seriamente, pero necesito tomar distancia. Necesito trazar un plan.

¿Qué hago si resulta que Víctor…?

—No soy un asesino, solo soy diferente.

—Quiero ir a trabajar, llegaré tarde a la reunión.

Me incorporo a la carretera todavía en estado de shock. No sé cómo manejar esta situación y mi raciocinio grita incesante que me estoy equivocando, que tengo que llevarlo directamente a la comisaría, y a pesar de eso cada vez que lo miro siento la inmensa necesidad de abrazarle demostrándole que estoy bien y reconfortarme con su abrazo.

—¿Por qué dices que estamos equivocados?

—Os habéis centrado en lo positivo.

Y no dice ni una palabra más. Permanece sentado, rígido como una vara, mirándose las manos mientras se las toca sin cesar. Sin duda sabe que ha cometido un error y eso le inquieta. Tal vez me ha mentido para ganar tiempo o simplemente está preocupado por mi reacción. ¡Me va a estallar la cabeza! Es todo tan complicado… tan intenso. En estos momentos siento que me he metido en una corriente arrolladora y que no he sido instruida para nadar en ella ni para saber salir. ¿Dónde está mi madre cuando se la necesita? ¿No es ella la mujer de grandes soluciones? Solo tengo una opción, porque nadar contracorriente es inútil: dejarme llevar. Por primera vez desde que soy adulta voy a dejarme llevar por mis sentimientos, por el corazón. Debería hablar con alguien para que me echase una mano llegado el momento. Si esto resulta una farsa, si resulta que estoy en serios problemas... necesitaré una mano que tire de mí, porque Víctor me sujeta con mucha fuerza.

Ya en el parking del hospital estoy un poco más calmada, tengo toda la mañana para tomar decisiones. Cojo mis cosas del asiento de atrás y escucho cómo la puerta del copiloto se cierra. He de pasar por su lado para dirigirme a los ascensores y no tengo ni idea de cómo despedirme de él. Ha permanecido imperceptible todo el camino y no he tenido la necesidad de hablarle, por lo que ahora me pilla un poco desprevenida. No quiero parecer fría, pero tampoco afable.

—Susan —me llama cuando paso a su lado. Su voz es sosegada, melosa, dulce.

Me detengo frente a él, a poco más de un metro, y lo miro confundida.

—No sabes qué hacer, ¿verdad? —Muevo la cabeza de derecha a izquierda pesadamente—. ¿Ni qué decir?

—No —susurro.

—No te he mentido, nunca.

—Vale.

—¿Puedo tocarte?

Y no hay ni una pizca de ironía, ni dobles sentidos, ni de extraños juegos sexuales en su voz, tan solo la preocupación de un hombre que siente que se ha equivocado.

Asiento. En algún punto entre el «Susan» y el «no te he mentido» mi cuerpo ya ha decidido que sin el contacto de ese hombre no se moverá. Lo necesito como al aire.

Lo necesito para vivir. Y en ese preciso instante, justo en esa fracción de segundo me doy cuenta de algo fundamental y contundente en nuestra relación.

Le amo.

Sus brazos me rodean justo cuando la temible verdad empaña mi mundo y mis mejillas. No puedo amar, no a Víctor, no ahora. Lloro desconsolada, empañando su camisa. Él no dice nada. Se limita a acariciar mi pelo y darme tiernos besos en la cabeza.

¿Por qué?

¿Por qué siento esto por él?

¿Por qué justo ahora que todo puede desvanecerse? No puedo permitirlo.

Es un lujo inalcanzable.

Tengo que ser fuerte y borrar esa idea de mi cabeza. Es un error, un espejismo, un sentimiento nacido a contracorriente. Yo elegí no sentir ese tipo de atontamientos y ahora elijo sepultarlos. Al menos hasta poder analizarlos con más calma.

Lloro con más fuerza. Moqueando. Hipando. Sin aliento. Él persiste en su silencio, es mi paño de lágrimas, sarcástico que también sea el causante.

—Háblame —suplico.

—No puedo hacer nada para mitigar tu dolor, Susan, salvo esperar.

—¿Esperar qué? —Hipo, intentando sofocar las últimas lágrimas.

—Que confíes en mí. He sido un estúpido y me he precipitado, pero eso no me convierte en culpable. Permíteme explicártelo, no puedes dejarlo así… no, después de lo mucho que te has esforzado.

—Bésame, ¿puedes besarme ahora?

Se sorprende ante mi petición, pero lo disimula bastante bien. Seca la humedad de mi cara con sus manos y concede mi deseo. No es un beso tímido, no, es un beso salvaje lleno de codicia y pasión. Introduce la lengua con avaricia y me sujeta con posesión por la nuca. Aunque no me dejo engañar por las apariencias, controla muy bien la situación. Introduce una pierna entre las mías acercándome más a su cuerpo. Noto el calor volver a mis venas. Quiero tenerlo desnudo a mi antojo, y será esta noche. Nada va a impedírmelo. Jadeo sobre su boca ante el pensamiento.

—Susan —gimotea.

—Víctor —suspiro en su oído antes de tomarme la licencia de mordisquear el lóbulo.

—Soy un guardián, Susan. Mi trabajo consiste en proteger a gente como Toni y Lear —acaricia mi cara—, no lo olvides mientras tomas decisiones.

Toni y Lear, ¿así se llamaban mis mutantes? Le sonrío afligida y asiento. Acaricio sus antebrazos mientras me separo del muro que es ahora su cuerpo. Tengo que ir a trabajar, es importante que llegue a tiempo a la reunión.

—No lo haré, lo prometo.

Me alejo esforzándome por no mirar atrás. Limpio mi cara con un arrugado pañuelo de papel que encuentro por mi bolso y antes de llegar al ascensor la voz de Víctor me detiene.

—¡Susan! —Le miro por encima del hombro—. Por favor, toma algo para el dolor de cabeza.

Asiento tímidamente. ¿Cómo sabe que me duele la cabeza?

—¡Susan! —Vuelvo a mirarle intrigada—. ¿Tenemos una cita?

Río. Mi sonrisa ilumina su cara y por un instante todo parece estar bien. Las puertas del ascensor se abren y entro dándole la espalda. Si me giro correré a sus brazos y ahora necesito tiempo para pensar.

# La huida

Son las doce y media y he decidido salir a comer algo. Me sentaré unos minutos a solas en la cafetería de la esquina y meditaré sobre Víctor y las diferentes opciones que tengo respecto a él, mientras me tomo el sándwich especial y una coca cola light. Sí, eso haré, luego regresaré al trabajo y me sumergiré de nuevo en los informes que, al parecer, son de vital importancia para no sé qué mierda económica. A veces tengo ganas de gritar a los directivos, a los políticos, a los magnates que gobiernan el mundo: ¡señores, trabajamos para mejorar el bienestar de la humanidad, dejen de joder! Sin embargo, soy consciente de que si lo hago me sacan del juego, y yo necesito jugar. Quiero ser útil.

Al salir del ascensor saludo a un par de enfermeras de pediatría que suelen tomar café conmigo y a Jane, la recepcionista de turno en urgencias, es muy maja, tengo que preguntarle cómo está su hijo pequeño, hace un par de días se fracturó la muñeca. Corro tras ella y atravesamos juntas las puertas automáticas. Me cuenta un par de curiosidades y ocurrencias de su pequeño y nos separamos entre risas y gritos de despedida. Aligero el paso hacia el semáforo. De camino, situado entre dos coches estacionados, veo a un hombre con una cazadora de cuero roja y rayas negras en las mangas junto al bordillo. Está de espaldas, habla por teléfono mientras intenta colocar el casco sobre el sillín inútilmente. Sus movimientos son apresurados y bruscos y el casco se cae un par de veces, sin duda está nervioso. En este momento está agachado recogiéndolo, pero estoy completamente segura de que es él. Me acerco algo tímida y me coloco a un lado para contemplarlo con atención.

—Tienes que intentar solucionarlo. ¡No puedo llegar más pronto! Hago todo lo que puedo… ¡RETENEDLO!

Se gira con el casco en la mano y se queda petrificado al verme. Levanta la mano extendiendo dos dedos para pedirme unos minutos y con una sonrisa forzada se los concedo. ¿Qué hace aquí?

—Escucha, salgo en poco más de una hora —su voz ha bajado un par de tonos—, así que esta tarde estoy allí. Sí, calculo que, sobre las cinco, ¿podrás hacerte cargo hasta entonces? Ya sé que James no es fácil, pero debes intentarlo. —Me mira exasperado—. ¡Me pediste el trabajo, demuestra por qué te lo di!

Guarda el teléfono en el bolsillo interior de la cazadora y se deshincha. Expulsa todo el aire contenido y se acerca a mí con los hombros echados hacia delante y los ojos entreabiertos. Me abraza y hunde la cara en mi cuello.

—No te esperaba aquí.

—Ni yo a ti —digo muy seca—. ¿Te marchas?

—He venido a decírtelo.

—¿Ahora?

—No tengo mucho tiempo, es algo urgente.

—¿Huyes? —Estoy muy enfadada, pero mucho. ¿Se va? ¿Ahora? ¿Qué pasa con nuestra cita? ¿Dónde están todas esas explicaciones? ¿Y mi recompensa?

—No. —Está asustado, distingo muy bien dos sentimientos en él, el miedo y la duda, aunque sospecho que las distingo porque son las que él quiere que distinga.

—¿Y nuestros temas pendientes?

—Volveré en un par de días, antes si es posible.

—¡¿Y nuestros putos temas?! —grito todo lo que soy capaz remarcando cada palabra. Detecto a varias personas que se giran a mirarnos con cara de incertidumbre, pero pronto continúan con sus asuntos.

—Volveré —me abraza de nuevo esta vez con más fuerza—, no voy a abandonarte hasta que tú no me lo digas.

—Entiendes que no puedes revelar lo que has declarado hoy y marcharte —digo entre dientes—. ¿Comprendes en qué estado vas a dejarme?

—No voy a dejarte… es un paréntesis, úsalo para estudiarme y plantearte preguntas.

—No quiero hacerme preguntas, no sin tener respuestas. ¿Sabes a lo que conduce eso?

—La ciencia consiste en sustituir el saber que parecía seguro por una teoría, o sea, por algo problemático.

—¡No metas a Ortega y Gasset en esto!

—Tú haces eso todos los días, Susan, investigar, no dejes que te turben los prejuicios.

—Tú no eres un experimento, no eres algo ajeno, no puedo ser objetiva.

—Cielo —seca el inicio de unas lágrimas al brillar en mi lagrimal—, es mi trabajo y es un asunto muy importante, te lo aseguro. No tardaré nada, te lo prometo.

—Yo no puedo prometerte nada, Víctor. Sé que quizá no sueno razonable, pero si me dejas así, tal vez…

—Confío en ti —me besa—, decidas lo que decidas será lo mejor para ti y eso me basta.

—No quiero que te vayas —sollozo.

—Te compensaré.

—Tenía planes para esta noche, necesitaba tenerte… es la segunda vez que rompes tu palabra, empiezo a creer que lo haces para evitar que te toque.

—No puedes decirme esas cosas en medio de la calle, ¿quieres que nos detengan? —Aprieta una inesperada erección contra mi cadera.

—Dime algo, Víctor.

—No puedo, no tengo tiempo.

—No. —Me aferro a su cintura—. Dime algo que borre de mi mente todo este horror mientras tú no estés. Dime que era una broma, que ha sido un sueño.

—¿Quieres oír algo verdadero, algo incuestionable e irrefutable? —Levanta mi babilla y me besa de tal forma que se me ponen los pelos de punta. No es pura excitación y posesión lo que nace en lo más profundo de mi ser, es algo más arraigado, más puro, es devoción. Con su cálido aliento entrando en mi boca y sus manos arropándome con ternura me transmite lo mucho que se preocupa por mí, cuanto necesita saber que estoy bien. Sus labios acarician los míos en un último intento de no separarse. Sus dientes me rozan provocándome un jadeo y, de remate, besa la comisura de mi boca de un modo muy sensual. Surca con la nariz mi mejilla,

activando todos los puntos sensitivos de mi piel y roza con la lengua el espacio intermedio entre la oreja y el cuello.

—Te quiero —musita en mi oído muy lentamente—, y no permitiré que mi desafortunado comentario te haga arrinconar nuestros días juntos. Voy a encargarme minuciosamente de que olvides lo que te perturba y cuando vuelva… cuando vuelva, estaré completamente en tus manos. Haz conmigo lo que se te antoje, pero permíteme regresar, porque de lo contrario, me harás vivir un infierno.

No respiro y me he quedado helada, aunque es un hielo cálido porque mi sangre bulle por mis venas. Me quiere, ¿eso ha dicho, verdad?

—Susan, no soy un asesino.

Meneo la cabeza confundida. ¿Cuándo ha dejado de abrazarme? Está subido a la Yamaha R6 gris mate con el casco entre las piernas. Parece estar contrariado. Creo que he pasado demasiado tiempo procesando sus palabras y él ha interpretado equivocadamente mi silencio.

¿Me quiere?

—¡Espera! —exclamo, cuando el motor me trae de nuevo al presente. Me agarro a él con todas mis fuerzas y apoyo mi cara en su pecho—. ¿Dónde vas?

—Detroit.

—¡Detroit! ¿Llevas tu arma?

—Pensaba que no te gustaban las armas.

—Sí, si van a salvarte la vida.

—No me pasará nada.

—¿Me quieres? —le pregunto con valentía. Necesito oírlo otra vez.

—Sí. —Besa mi cuello aprovechándose de que le miro distraída—. Debo irme o perderé el vuelo.

—¿Puedo hacer una cosa antes?

Sonríe y sé que eso significa que sí. Bajo la cremallera de la chupa y después desabrocho los primeros botones de la camisa negra. Toco con cuidado su piel y deposito varios besos, el primero en el centro de su pecho, el último bajo su barbilla.

Inhalo el dulce aroma de su cuerpo, llenándome para el recuerdo.

—Hueles muy bien.

Respira con dificultad, así que no voy a presionarlo más. Busco un bolígrafo por mi bolso y como no lo encuentro saco mi lápiz de ojos. Deslizo la cremallera de la manga de la cazadora y luego remango la camisa. Víctor me mira con curiosidad en completo silencio.

—Cierra los ojos —le pido, y él lo hace al instante.

Marco en su antebrazo el número de mi móvil y debajo escribo en mayúsculas:

«Y YO A TI, NECESITO QUE VUELVAS»

Levanto un momento su brazo para comprobar mi obra y observo algo totalmente nuevo e inquietante. Su piel es más blanca de lo que creía.

¡No! Su piel, aquí a la luz del sol, es prácticamente traslúcida. A mi mente viene la imagen de *M1*. Coloco con premura su ropa y finjo serenidad.

—Míralo más tarde.

—Te echaré de menos, Susan.

—Ten cuidado. —Le sonrió.

Tras su marcha, cruzo la calle a toda prisa. Me siento con un sándwich y un refresco sobre la mesa y los miro fijamente. Mutante uno tiene la piel prácticamente transparente, a la vez que impenetrable, su musculación está exageradamente desarrollada, casi indestructible. Sus huesos son lo más común, anatómicamente hablando, que hemos encontrado, la única diferencia que podríamos destacar es que son sensiblemente más ligeros, ¡ah!, y que no muestran degeneración ni deterioro. Sí, eso lo descubrimos ayer, parecen los huesos de un recién nacido con el tamaño de un hombre adulto. Aún no tenemos los resultados de los nuevos análisis de ADN, pero las muestras sanguíneas desvelan un agente patológico que no conseguimos aislar. Nuestra mayor duda es saber si tal agente es patológico de verdad, tal vez es lo que está creando una respuesta inmunitaria constante provocando que el sistema evolucione y con ello, el resto del cuerpo.

¿Y por qué pienso ahora en todo esto? Porque Víctor es *M1*. Sí. Estoy segura. Es excesivamente fuerte, sorprendentemente ágil y su piel es extrafina…

Me he vuelto completamente loca. En mi intento de buscar una conexión entre ellos estoy viendo fantasmas. Es ágil, sí, como muchos, es fuerte, sí, como todo el que tenga esos músculos y tampoco he podido observar el brazo escrupulosamente.

Soy estúpida, he visto su piel muchas veces. Río, sin importar que me escuchen y empiezo a comer con renovado apetito. Va a volver pronto. Me quiere. Ha dicho que me quiere. Y ese es el pensamiento con el que voy a trabajar durante su ausencia.

El resto de la jornada laboral pasa volando. En principio pensé en llamar a Peter y decirle que iría, pero he pensado que voy a aprovechar la excusa y voy a tomarme la tarde libre. Nada más llegar a casa me meto en la ducha, me pongo una camiseta vieja y unos calcetines gordos. Pongo una lavadora y doblo la ropa que ya está seca. Al subir a colocar unas sábanas en mi habitación multiusos me fijo en la alta estantería repleta de libros y me entran muchas ganas de leer. Pero no de leer lo que leo últimamente, me apetece leer algo más visceral. Cojo la silla que tengo junto a la mesa de trabajo y rebusco por los estantes más altos. Ahí están, justo detrás de los libros viejos de medicina. El primero en salir es de Bárbara Words, "Bajo el sol de Kenia", me gustó mucho, aunque no es lo que busco. El segundo llama mi atención, una espalda color rojo sangre con alas negras tatuadas que parecen tener vida, "El ángel caído", es probable. El siguiente es más pesado, ojos verdes observándote tras un fuerte brazo… lo recuerdo, me lo envió mi hermana desde España y creo que no llegué a leerlo nunca.

¿Por qué no?

¿Por qué dejé de leer estos libros? Me encantaban.

¿Y por qué me apetece leerlos ahora? Será por…

Sí, necesito reencontrarme con estos sentimientos. Explorarlos de nuevo.

Me recuesto en mi butaca de leer y abro el "Libro de Jade", y allí me quedo, inmersa en las increíbles líneas hasta que el teléfono de casa me sobresalta.

¡Joder! Me molesta mucho que me interrumpan cuando leo. Cojo de mala gana

el que tengo sobre el escritorio y contesto con aspereza.

—Diga.

—Hola, preciosa.

—¡Víctor!

—¿Qué hacías?

—Mmm, leer.

—Bien, necesitas desconectar. Tienes el teléfono sin batería.

—¿Cómo sabes este número? No salgo en la guía.

—Tengo mis recursos.

—¿Estás acosándome? —Río como una boba.

—Protegiendo tu mente como ordenaste. Han pasado muchas horas y pretendo recordarte que hemos vivido muy buenos ratos juntos, que me atraes, que te atraigo, que sabes que no te he mentido ni te mentiré…

—¿Ya no me quieres?

—No voy a volver a decirte que te quiero. —Noto su diversión.

—¿Por qué? A mí me gusta.

—Un hombre como yo debe hacerse un poquito más el duro, nena.

—¿Nena? Muy bien, ¿quién eres y dónde está mi hombre?

—¿Tu hombre?

—Sí, al que no le importa expresar sus sentimientos.

—Creo que se quedó pegado en el suelo bajo tus altos tacones esta mañana.

—Lo siento. —Me pongo seria, no pensé que se sentiría así.

—No pasa nada, pero esperaré a que tú estés preparada, no quiero presionarte.

—¿Has leído mi mensaje?

—¿Cuál?, ¿el de un número que no funciona y unas palabras que no te atreves a decir?

—Sí, ese.

—Me ha encantado, gracias.

—¿Has solucionado el problema?

—Todavía no.

—¿Tardarás mucho?

—No lo creo.

—¿Llevas tu arma?

—No, no acostumbro a llevar armas.

—Pero…

—Está controlado, esta ciudad no es tan peligrosa como dicen.

—¿Y el trabajo?

—Nada que no se solucione con una extensa charla.

—La verdad es que lo que me preocupa es la suma de tu trabajo y las armas.

—Voy a tener que colgar, cielo.

—¿Dónde te hospedas? —digo con rapidez.

—En mi apartamento.

—¿En el *Temple*?

—¿Dónde si no?

—Ummmm

—Susan, es de uso privado y solo entro yo.
—¿No tienes invitados?
—Sé por dónde vas.
—No intento ocultarlo.
—Cielo, lo siento, tengo que colgar.
Y el molesto pitido del teléfono indica que lo ha hecho. Hago lo mismo malhumorada. Bajo a por unos yogurts y unos bombones de postre y continúo con mi interesante lectura.
Cuando suena el despertador de mi habitación levanto la vista del libro. No he pegado ojo en toda la noche, seductora vida la de estos seres. Ahora recuerdo porqué disfrutaba tanto con estos libros. No hay que pensar ni juzgar, solamente disfrutar de las preciosas palabras que narran una excitante vida con la que puedes fantasear, reír y llorar siempre que quieras. Voy a ponerme al día, con los antiguos y con los nuevos, tengo que volver a introducir esto en mi vida. Salgo de debajo de la manta y corro a apagar la molesta señal. Regreso y enciendo el ordenador. En pocos minutos he comprado el resto de la saga. Abro mi correo electrónico. Hay dos mensajes nuevos, uno confirmando mi pedido desde Amazon y otro de un remitente que no conozco. Leo.

Hola preciosa.
Lamento haber colgado tan bruscamente, una pelea en el VIP, no ha sido grave, pero sí muy ruidosa. Es tarde y no quiero despertarte. Me hubiese gustado decirte que:
1- Sí, duermo solo en mi apartamento, siempre.
2- Sí, a veces tenía "invitadas" (sé que esta es la forma correcta).
3- Te puedo adelantar que ni HOY, ni MAÑANA, ni NINGÚN DÍA DE LOS QUE ESTÉ AQUÍ, tendré "invitadas".
4- La próxima INVITACIÓN irá escrita a tu nombre (espero que la aceptes).
5- Cuando pienses en mí no pienses en nada que no tenga que ver con risas y sexo (quiero poder regresar a tus brazos).
6- Y no menos importante… TE QUIERO.
Descansa, hazlo por mí.
Pd: ahora mismo no podrías besarme ni tocarme, así que no te mando ni besos ni abrazos. Ya te los daré cuando te vuelva a ver.

Contesto de inmediato:

Hola, impulsivo.
Tendrías que haberme llamado, puse a cargar el móvil por si acaso. No he pegado ojo ni un minuto. Estoy absteniéndome para obligarte a venir a dormir conmigo cuanto antes. ¿No te doy pena? Me muero de sueño. ¿Vuelves hoy? A todos tus puntos solo tengo una cosa que añadir:
1- Y sí muy importante… ¿estabas pensado en sexo cuando has tenido el ataque impulsivo que me priva de tu contacto? Si es así… ¿era conmigo?
Ten mucho cuidado.

Tu trabajo va a torturarme el resto de mi vida y en consecuencia yo te torturaré a ti.

PD: aun no estoy preparada para despedirme con mayúsculas, pero sí lo estoy para aceptar tus besos y abrazos cuando vuelvas.

Corro escaleras abajo a preparar el desayuno. Lo engullo a toda velocidad y subo a vestirme. Me pongo lo primero que pillo, hoy no hay reuniones absurdas. Paro a mirar la bandeja de entrada antes de irme, ¡bingo!, ya tengo su respuesta:

Buenos días.

¿No has dormido?

Ahora mismo, tal y como imaginabas, estoy muy preocupado, lamento no poder estar allí para llevarte hasta la cama acurrucada en mis brazos.

1- ¿Con quién si no?

Yo sí tengo otro punto: ¿Acabas de decir que estarás preocupada por mí el resto de tu vida? Quizá soy muy ingenuo, pero creo que eso dice mucho más que una despedida en MAYÚSCULAS.

No vayas a trabajar y, si lo haces, hazlo con moderación.

PD: ahora el que no está preparado soy yo. Me has dejado abrumado y… diremos que apasionado.

No necesito pensar una respuesta, siempre es fácil hablar con él (incluso sin decir nada) La escribo a toda prisa. Voy a llegar tarde.

Buenos días, mi añorado impulsivo y ahora apasionado hombre.

Iré directa al grano, llego tarde.

1- ¿QUÉ HA PASADO CON EL PRECIOSA?, lo he echado de menos (como a ti).

2- Ha sido una licencia literaria, NO TE ABRUMES, necesito que tú estés preparado por los dos.

Tengo que irme, trabaja mucho para que pueda verte cuanto antes.

Pienso en ti A CADA SEGUNDO (¿Te conformarás con eso de momento?)

PD: guarda toda esa pasión para mí, por favor, me encantará ser tu invitada exclusiva durante un tiempo.

## Palabras mayores

En mi despacho, sobre la mesa de café, un enorme jarrón con un ramo de rosas de todos los colores espera ser olido. Como una adolescente, corro, me arrodillo y las contemplo embelesada. Jamás he visto un ramo de tales características. Es raro y enternecedor. Es Víctor. Apoyado en el jarrón hay un sobre. Saco la sencilla cuartilla amarilla del interior.

*Eres una mezcla de colores en la oscuridad de mi noche.*
*Gracias.*

Me llevo la mano a la boca reprimiendo un grito de entusiasmo.
¡Está loco, completamente loco!
Desearía poder llamarle o enviarle un correo, pero…
¡Un momento!
Sí, tengo su dirección.
Enciendo el ordenador y abro la cuenta personal de mi correo electrónico.
¡Tengo un mensaje!

Hola PRECIOSA:
Mis más sinceras disculpas por tan craso error, estoy muy liado y cada vez que saco mi móvil y te envío un mensaje alguien me mira con ojos curiosos. Creo que jamás me han visto tan "despistado". Me encantan tus licencias, todas, no te cortes por favor.
Creo que esto va a ser más complicado de lo que pensaba, estoy trabajando duro y haciendo todo lo que puedo, te lo aseguro. QUIERO VOLVER CUANTO ANTES.
Espero que tus pensamientos sean todos buenos, al menos hasta que regrese.
Me hubiese conformado con recogerte del suelo del templo y oler tu maravilloso aroma, lo demás ha sido un regalo inesperado.
Espero que te gusten mis flores, faltan las rojas, las guardo hasta que te despidas en mayúsculas.
Solo tú puedes tocarme, soy exclusivo para ti.
Que tengas un buen día.
(********)

PD: siempre estoy preparado.

Río con tantas ganas que sospecho que me puede oír todo el pasillo. Lo adoro. Me hace sentir tan bien… creo que se merece algo inolvidable. Y sé exactamente qué es. Le doy a responder y centro el cursor en la nueva página en blanco. En mayúsculas, negrita y todo lo grande que puedo elegir sin dividir la palabra escribo:

MAYÚSCULAS

Durante todo el día trabajo de un humor estupendo. A pesar de mi falta de sueño y la poca comida que ingiero estoy muy energética. Víctor es el culpable. Pienso en su comentario una y otra vez. Si está una cuarta parte de saltarín y risueño que yo, es normal que sus compañeros lo miren intrigados. A mí me miran como si fuese un extraterrestre. Hasta Peter ha dejado de preguntarme por el motivo de mi exaltación y ha optado por sonreír y mover resignado la cabeza. Lo único que ha empañado mi día han sido los instantes que me ilusionaba por tener un mensaje y no lo he tenido. Tampoco ha habido ni una simple llamada. ¿Estará bien? Seguro que sí, tendrá mucho lío, eso es todo.

Son las doce y media cuando aparco frente a mi casa. Alguien me espera de pie junto al primer escalón. Levanta la cabeza al oír el sonido de la puerta al cerrarse y la luz de la farola muestra su rostro.

—¿Daniel? —El cielo y la tierra se juntan para mí y dejo de respirar. La presión en mi pecho es insoportable. ¿Qué otra cosa puede hacer aquí Daniel si no es algo relacionado con Víctor?

Le veo cruzar la calle corriendo y llegar justo en el momento en el que mis rodillas flaquean. Dios mío, no.

—¡Susan! —exclama cuando me sujeta por los brazos para evitar mi desplome—. ¿Qué te ocurre?

Me sienta sobre el capó del coche y se coloca de tal forma que puede evitar que me caiga, observar mi expresión y hacer que no me sienta intimidada a la vez. Sopla sobre mi rostro intentando darme algo de aliento, lo miro agradecida. ¿Cómo ha podido darse cuenta tan rápido?

—¿Mejor?

—Dime qué haces aquí.

—Tengo un mensaje para ti. —Saca un sobre del bolsillo trasero de su pantalón y me lo tiende.

—¿Es de Víctor?

—Sí.

—¿Está bien?

—Un poco tarado, pero por lo demás… ¿Has pensado que traía malas noticias?

—¿Qué otra cosa podrías traer?, sabe mi email y mi número de teléfono, esto no era necesario.

—¡Joder, es cierto!

—¿El qué? —Frunzo el ceño y le arrebato el sobre de mala gana.

—Que eres su chica. —Sonríe con picardía y me ruborizo.

—¿Eso te ha dicho?

—Él no dice gran cosa.

Me incorporo de un salto y camino hacia mi casa. Necesito beber agua o quizá algo más fuerte.

—¿Te apetece tomar algo?

—No gracias, tengo que irme.

—Insisto, por favor. Así aprovecho y me disculpo por mi mala educación.

—No hace falta, eres la chica de Víctor.

—¿Eso qué significa? —Le miro por encima del hombro comprobando que me

sigue.

—Que nunca tuve ninguna posibilidad.

—Pasa. —Invito con la cabeza—. Tengo cervezas muy frías.

Duda durante unos segundos, pero al final acepta.

—Solo una.

Aprovecho que estoy a solas en la cocina cogiendo las cervezas para abrir el sobre. Es una estupidez, Daniel sabe perfectamente lo que pone, pero necesito esta falsa intimidad.

«Complicaciones. He estado desconectado durante horas, lamento no haber podido cumplir con mi parte del pacto, en cuanto pueda te llamo»

—¿Qué significa esto exactamente?

Daniel me mira por encima del hombro desde la esquina del sofá y sigue mi recorrido hasta que me siento en el sillón negro que hay justo a su lado.

—Trabajas con él, ¿no? —Levanta una ceja sorprendido por mi descubrimiento—. Desembucha.

— Justamente lo que pone. No podía hablar con nadie.

—¿Y cómo ha podido hacerte llegar este mensaje? —Su larga trenza rojiza se mueve cuando aparta su mirada de la mía. Tarda un par de minutos en volver a dirigir sus verdes ojos hacia mí.

—Ha estado incomunicado varias horas, sobre las ocho estaba de vuelta, pero tenía mucho trabajo por hacer… lo he llamado por casualidad para comentarle algo importante… No me ha dejado ni saludarle, lo primero que ha hecho al oírme ha sido darme estas instrucciones.

—¿Está herido?

—Nada incurable. —Aprieta los labios y cierra los ojos. Sabe que no debería haber dicho eso.

—Gracias.

Se levanta dejando el botellín sobre la mesa de centro. Me mira y me sonríe.

—Debo irme, gracias por la cerveza.

—Gracias a ti por cuidar de mí.

—Es mi trabajo.

Me quedo dormida en el sofá en algún momento de la noche. El sonido del teléfono me despierta a las siete de la mañana. Lo busco entre los cojines suplicando por lo bajini que no se corte.

—¡Hola! —digo con la voz agitada por el trajín.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—¿Estás bien? Suenas alterada.

—No encontraba el móvil.

—Te he llamado un par de veces.

—¿En serio? Estaba durmiendo, supongo que me ha costado volver al mundo

real.

—Perdona, sueles estar despierta a esta hora.

Sin duda es Víctor, aunque hay algo en su voz que no va con él. Cansancio, tristeza, dolor… no sé identificarlo, no le conozco tanto.

—¿Tú no duermes? —pregunto al caer en la cuenta de que siempre está disponible, siempre menos cuando está “desconectado”.

—Ahora mismo no tengo tiempo para dormir, alguien me espera con impaciencia.

—No quiero que hagas tonterías, yo estaré aquí.

—Bromeaba.

—Te noto diferente. ¿Qué ocurre?

—Nada.

—¿Qué pasó ayer?

—No pude disponer de tecnología moderna.

—¿Dónde te hirieron?

—¿Por qué preguntas eso?

—Hablé un rato con Daniel.

—Comprendo.

Su tono se vuelve frío, calculado, tal vez debería haber mantenido la boca cerrada, lo que menos quiero es meter en un lío a Daniel, pero necesito saber que se encuentra bien.

—No fue culpa suya.

—No he dicho nada.

—¿Cómo ocurrió?

—Una tontería, cuando me veas ya estaré como nuevo. ¿Le invitaste a entrar?

—No podía hacer otra cosa.

—¿Aceptó?

—No le dejé muchas opciones, la verdad.

No dice nada durante mucho tiempo. Conociéndole lo poco que le conozco, sé a ciencia cierta que ahora mismo no podría tocarle, seguramente no podría ni mirarle. Me juego el pellejo que sus ojos brillan como llamas y está rígido como una barra de metal.

—Háblame, por favor.

—No debería haber entrado en tu casa.

—Estaba en la calle esperándome, vete tú a saber cuántas horas, fue pura cortesía.

—¿Qué hora era?

—Doce y media.

—Susan —suspira, parece agotado…

—Estuve trabajando.

—¿Con los mutantes? —el filo cortante de sus palabras no escapan a mis oídos, e intuyo que ese doble sentido va dirigido a Daniel.

—Solo se tomó una cerveza. ¿Por qué te pones así? Es tu amigo.

—Sí, es mi amigo, y también es quien pretendía meterte en su cama.

—¡No!

—Por supuesto que sí. ¿Crees que invita a copas a todo el que se cruza por la calle?

—Quería sacarme de allí.

—Solo si no podía meterte en un reservado con él.

—Bueno, no lo consiguió.

—No, gracias a ti.

—¿Cómo te atreves? —le grito—. Para empezar ni siquiera te conocía. Además, tú mismo viste cómo intentaba alejarme de él.

—Por favor —se burla—, te hubiese tenido antes de que terminases de bajar la escalera.

Me muerdo los labios. Furiosa, muy furiosa, así es como me siento.

¡Menudo ataque de cuernos! Y encima sin motivos. No pienso soportarlo ni un segundo más.

—¿Has terminado?

—Contigo, sí.

—Cuando le llames, recuerda quién lo envió a mi puerta en lugar de ocuparse de sus asuntos en persona. —Escucho cómo toma aliento.

—¿Podemos hablar un momento con calma?

—Llego tarde al trabajo.

—No me dejes así, por favor.

—Tú has empezado.

—Estoy nervioso, perdóname.

—¿Es grave, verdad?

—No creas, aparatoso nada más. —Me sorprende que lo admita, supongo que se arrepiente de lo que acaba de pasar.

—¿Dónde?

—El estómago y un par de costillas.

—¿Dónde estás? —Miro la pantalla del móvil, número oculto.

—En el templo.

—Ufff —suelto el aire, no debe ser muy grave—… creí que estabas en el hospital.

—No ha sido necesario, soy fuerte. De hecho, ya estoy en activo.

—¿Tendrás cuidado?

—Siempre.

—Tengo que colgar, siento lo de antes.

—Y yo, cielo. Luego te llamo.

—¿Por qué no tengo tu número?

—No lo has pedido.

—Es cierto, pero tú tampoco has pedido el mío.

—Soy un hombre ingenioso.

—¿Has leído mi último mensaje?

—No he podido todavía.

—Bueno… cuando puedas. Debo arreglarme. Cuídate.

—Y tú. Te llamo más tarde.

## Mujer de recursos

Durante cuatro días espero la llamada o el mensaje que me notifique que Víctor regresa a Nueva York. Nunca llega. No es que no sepa nada de él, llama continuamente y si no lo hace, envía mensajes al móvil, al email, por mensajero… como experto acosador sabe dónde y cómo localizarme, y me encanta. Hemos hablado de muchas cosas, de todas las posibles excepto de la más importante. Pero no me afecta, acordé con él que no pensaría en ese tema hasta que pudiera explicármelo y voy a cumplirlo. Además, está haciendo un maravilloso trabajo para que olvide el asunto mientras tanto. En algunos momentos, pocos en realidad, pienso que tal vez todo es una estratagema para ganar tiempo. Que paulatinamente dejará de llamarme hasta que por fin desaparezca de mi vida y al final no importe si acudo a la policía o no, ya será tarde. Me pongo muy triste y nerviosa —incluso colérica— en esas escasas ocasiones, así que he decidido ignorarlas y esperar a ver qué pasa. Ya me castigaré a su debido tiempo si es necesario.

Hoy ha sido un día relajado y he conseguido llegar pronto a casa. He aprovechado para ir a la compra y hacer limpieza. Antes de cenar he hablado con mi padre y luego con mi madre. No hay ninguna novedad, excepto que mi hermana tiene novio oficial, por lo que he tenido que soportar a mi madre recordándome una y otra vez lo maravilloso que es David, inevitable pensar en él al colgar. ¿Estará bien? No lo he llamado todavía. Debería hacerlo, no se merece tal falta de consideración, además, tengo que devolverle el anillo.

El teléfono fijo suena y lo cojo antes del segundo timbre, últimamente siempre lo tengo a mano.

—¿Diga?

—¿Ya has cenado?

—Me pillas en ello.

—¿Te llamo más tarde?

—¡No! Casi he terminado. —Ríe a carcajadas.

—¿Te resultan insuficientes mis llamadas?

—Estás haciendo un trabajo ejemplar, pero me gusta oír tu voz.

—Te echo de menos —suspira—, no te puedes imaginar cuánto.

—Dímelo.

—Imposible. Estás comiendo y te necesitaría desnuda y en la bañera... o en la cama…o frente a esa chimenea de pega que tienes…

—Sería más efectivo si estuvieras aquí.

—No creas, el sexo a distancia puede ser una gran solución a nuestro problema.

—Yo no tengo problemas así que no tengo por qué sufrir restricciones.

—No, es cierto, tú eres el problema.

—He contratado un entrenador personal, que lo sepas —bromeo—, si no vienes no podrás disfrutar de mi recién adquirida superfuerza.

—No necesito que seas fuerte, necesito que seas resistente.

—Mmmm… no sé a quién debo contratar para eso.

—¿Quieres algo de Detroit? —dice riendo.
—A ti.
—Aparte de mí.
—A ti cuanto antes.
—Eres incorregible.
—¿Cuándo vienes?
—No lo sé, no quiero darte falsas esperanzas.
—¿Vendrás?
—Claro.
—¿Seguro? —En estos instantes tengo uno de esos momentos en los que la razón se impone y lo paso mal a pesar de oponerme rotundamente.
—¿Qué ocurre?
—Nada… han pasado muchos días.
—Lo sé y lo siento, no sé qué otra cosa decir Susan, yo también esperaba regresar antes.
—¿Desaparecerás?
—No.
—¿De verdad? Prefiero que seas sincero ahora que enfrentarme a la realidad más tarde.
—¡Joder, Susan, NO! —se enfurece—. ¿Qué más necesitas, qué quieres que diga para creerme?
—Es tan raro… todo lo que ha pasado…
—¡Para! —Noto un extraño sonido, un golpe seco acompañado de interferencias. ¿Qué está haciendo con el teléfono?—. No quiero seguir con esta conversación, te llamaré mañana.
—No cuelgues.
—Susan, he tenido un día de mierda y te necesitaba… te necesito a mi lado. Sin embargo, tengo que conformarme con esto. —Otro golpe—. Lo que menos me apetece es tener que justificarme. ¡Odio sentir tu preocupación y no poder abrazarte! —Otro golpe y luego más gritos—. ¡Odio que no me creas y odio no ser lo que esperas! ¡Dime que desaparezca, Susan, DÍMELO!
Las lágrimas descienden por mi cara desde el principio. Me siento muy culpable. No soy la única que está pasando por esto, él también. No debería presionarlo. De hecho, si lo pienso bien, él debe estar pasándolo peor. Sabe que me dijo algo que puede hacer que lo deje, o peor: que lo delate; sabe que estoy investigando un caso en el que, directa o indirectamente, está implicado; sabe que no es fácil para mí lo que me pide y sobre todo y por encima de todo es el único que se ha atrevido a manifestar sus sentimientos abiertamente. Él me quiere y si no está aquí es porque no puede, y en lo más profundo de mi corazón sé que eso es cierto desde siempre, aunque sea más fácil no reconocer la verdad. Nunca ha mencionado mi mensaje en mayúsculas, tal vez nunca le llegó o quizá no lo entendió y por eso no sabe que, aunque no se lo diga también tengo sentimientos por él. Si hasta ha dejado de expresarlos para no presionarme. Se limita a escribir asteriscos o a subrayar entre paréntesis un: (ya lo sabes).
—Te quiero —sollozo.

—¡No! —Doy un respingo—. No lo digas.

Cuelga y yo lloro.

Me encantaría hacer algo para mitigar su dolor y lo único que tengo a mi alcance es una fría dirección de correo electrónico. No quiero enviarle un mensaje, él hace tanto por mí… se preocupa tanto por mí… ha cuidado tan bien de mí incluso desde la distancia…

¿Por qué no le he pedido el número de teléfono?

De pronto se me ocurre una idea. Seco mis lágrimas y corro al ordenador.

Después de varios intentos consigo encontrar la dirección del *Temple* en Detroit, me sorprende descubrir el gran número de franquicias que hay por todo el país. Sin embargo, mis intentos de localizar un número de teléfono no son tan exitosos. Nada de nada. Ni en la red ni por teléfono. No obstante, tiene que haber un número…

Por primera vez en mi vida decido pedir un gran favor.

—Hola, Peter —digo nada más escucho cómo descuelga.

—¿Qué ocurre?

—Necesito un favor.

—Habla.

—¿Podrías tirar de algún hilo y localizar un número de teléfono?

—No creo que sea muy complicado, ¿qué tienes?

—Dirección y nombre de la empresa.

—Debería bastar. ¿Todo bien? —Parece preocupado.

—Sí, un tema personal, nada más.

Le doy los datos que tengo y espero impaciente su llamada. Doy vueltas por la casa, cojo un libro y lo dejo, pongo la tele y la apago, miro mi correo embelesada…

—Dime —exijo sin mala intención al descolgar.

—Es un número interno, no han podido localizar otro.

El Paraninfo debe tener líneas que les comuniquen con el bar o con la oficina.

—Servirá, muchas gracias.

Necesito tres intentos antes de que la voz de una mujer responda. Parece amable. Puede que me ayude.

—Soy Bibi, ¿qué necesitas? —Vaya saludo.

—Ho… hola Bibi, ¿podrías localizarme a Víctor? —Ay madre, el corazón me va a mil, nunca he hecho nada parecido.

—¿Víctor?

Y su pregunta genera en mí miles de dudas. ¿Habré llamado al lugar correcto? ¿Se enfadará? ¿Habrá más de un Víctor? ¿Cuál es su apellido? Si consigo que Bibi me ayude, ¿contestará el Víctor correcto? ¿Qué le digo?

—Sí, Víctor —me obligo a volver a decir.

—¿Quién eres?

—Mira, Bibi… es muy urgente que hable con él, de vital importancia, si me ayudas te deberé un gran favor.

—¿Víctor, eh?

—Sí, he perdido su número personal, ¿está ahí?

—Sí. Debe estar en el VIP.

¡Bingo, es el lugar!

—¿Podrías avisarle, por favor?

—Está muy ocupado, además esto es muy extraño…

—Bibi —se me enciende un bombilla—, si consigo hablar con él seguro que me lo agradeceréis.

Tras una pausa en la que Bibi parece meditar mi extraña afirmación, escucho un leve susurro y una más leve respuesta. Está consultando con alguien, pero no logro saber lo que dicen.

—Espera un momento —dice muy seria—. Esto es muy grande, seguro que tardo.

—Lo sé.

Mientras espero, me apiado de la pobre Bibi y de todo el que trabaja allí. Don impulsos tiene que estar que echa chispas por los ojos y espuma por la boca si mi comentario ha logrado convencerla. Espero que no haga nada estúpido, se arrepentiría de inmediato y se sentiría aún peor, estoy segura.

Por enésima vez miro el reloj que hay colgado en la pared de la cocina. Han pasado quince minutos, ¿dónde demonios está Bibi? Golpeteo con las uñas sobre la mesa. ¿Me habrá dejado tirada? Quizá debería colgar y volver a llamar más tarde.

—¿Hola? —dice muy bajito una mujer.

—¿Bibi?

—No, ¿eres Susan?

—¿Quién eres?

—Una amiga —tengo que pegar el auricular a la oreja para oírla—, me alegra que hayas decidido hacer esto, está como loco.

—No sé, ahora mismo tengo dudas —me desahogo con la desconocida para saber de qué va todo esto.

—Es el mejor de todos, confía en él.

—Tarda mucho.

—Bibi ha ido a buscarle, pero tal vez ha salido y no lo encuentra.

—¿Puedes llamarlo a su móvil?

—Imposible, lo ha roto.

—Vaya.

—Sí. —Hay un breve silencio y de repente parece agitada—. Encantada Susan, sé paciente, tu paciencia es fundamental.

Suena un ligero golpecito, como si hubiese dejado el teléfono sobre la mesa, y el silencio cobra presencia otra vez en mi vida. ¿Paciencia? ¿Más? Están todos como cabras.

—Mclise.

Contundente, arisco, inalterable así es como se muestra. Si esto sale mal al menos habrá servido para conocer su apellido. Por lo que veo no le han advertido de quien le espera al otro lado y eso me tranquiliza, no ha tenido tiempo para prepararse.

—Hola —digo con timidez.

—¿Qué coño... qué ocurre, estás bien? —Todo el hielo de su voz se ha derretido y ha sido sustituido por ansiedad y ternura.

—No. —Lloro, mierda, yo no quería llorar.

—Susan, por dios… háblame, ¿sabes lo que le estás haciendo a mi organismo? Háblame de inmediato, porque soy capaz…

A pesar de sus palabras, a pesar de la rotundidad de su voz sé que está desesperado y que mi comportamiento le provoca ese desasosiego incontrolable.

—Cálmate, estoy bien, solo necesitaba hablar contigo. Necesitaba pedirte perdón y decirte que no me importa. Que no importa lo que tardes o lo que hagas o lo que tenga que decirme, tan solo necesito que dejes de sentirte así por mi culpa y que hagas lo que tengas que hacer para que lo nuestro funcione. Lo que sea.

Suspira y aunque no puedo verle sé que se toca el pelo y se muerde el labio de las dudas.

—Dame un segundo. —Espero—. Ya está, estaba cerrando la puerta. —Espero otra vez—. Susan, yo no quiero eso de ti, no quiero ni tu sumisión ni tu precipitación. Quiero que te tomes todo el tiempo del mundo, que me conozcas y que escuches todo lo que tenga que decir y entonces, si tú quieres, subiremos de nivel. No voy a permitir que te lances a ciegas, ni que dejes tus decisiones en mis manos y, por supuesto, no voy a permitir que digas lo que crees que quiero oír. Tú mandas, cielo.

—Estabas muy enfadado.

—No estaba enfadado, estaba… impulsivo. —Inevitablemente río—. ¿Le hago gracia, señorita Levinson?

—Sí, casi todo el tiempo. —Río con más ganas y él me acompaña más tímidamente.

—¿Estás mejor?

—El motivo de mi llamada era hacerte sentir mejor a ti.

—Bueno… me lo cobraré cuando te vea.

—No, eso no basta. Quiero asegurarme de que estás en condiciones.

—Estoy más tranquilo, de verdad.

—Háblame, cuéntame lo que tenías planeado para mí.

—Imposible. Tengo que volver al trabajo. Además, eso volvería a ponerme frenético.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—Entonces si yo te dijese, solo por un casual, que estoy sentada a horcajadas sobre la silla de la cocina —hago que las palabras se deslicen con sensualidad—… vestida únicamente con tu cazadora marrón, bebiendo una copa de champán y comiendo los exquisitos bombones que me has enviado esta mañana, mientras espero que mi enorme bañera se llene de espuma y agua caliente… ¿causaría un indeseado estado de frenesí en ti?

—Solo si me dijeses que no estás sola. —Se hace el duro.

—Ya veo. Y si, solo por saberlo nada más, pasase muy lentamente la fría copa entre mis pechos haciéndola descender hacia mi vientre y, por casualidad, por supuesto, derramase unas gotas del delicioso líquido sobre mi ombligo…

Jadea con disimulo.

—¿Estás meditando tu respuesta?

—Ajá.

—Entiendo. Mientras espero, voy a limpiar con mi dedo los surcos de champán que resbalan hacia mi ingle, Ummm… es delicioso, deberías probarlo.

—Sabes, ahora mismo tú y yo tendríamos un serio problema, me siento muy afortunado estando tan lejos de ti en estos momentos.

—Muy feas palabras para una chica que intenta complacer a su chico.

—Viniendo de mí es más que un cumplido.

—¿Podría tocarte?

—En absoluto, en horas.

—Ahora hablamos el mismo idioma. Por dónde íbamos… ah, sí, ya recuerdo. Mientras hablabas, he decidido que el baño puede esperar, voy a tumbarme sobre mis recién compradas sábanas de satén y voy a humedecer mi mano con aceite de almendras. Oh, sí… está frío sobre la piel de mi pecho, pero es excitante… hace tanto tiempo que nadie toca mi pecho… rodeo el pezón…

—¿Aún llevas mi cazadora? —interrumpe impasible.

—Ah… ¿tu cazadora? No, la perdí en algún punto entre la cocina y la habitación.

—Me gusta esa cazadora, luego búscala por favor.

—¿Intentas distraerme? Porque no sirve de nada, mientras decías sandeces he humedecido toda mi piel y ahora está resbaladiza y perfumada.

—Lo lamento por tus sábanas nuevas, vas a estropearlas.

—Merece la pena créeme, estoy muy suave y muy húmeda…

—Deberías secarte, la humedad es peligrosa.

—¿De verdad? No tenía ni idea. Pensaba que era —gimo—… oh, sí, yo tengo razón, mi largo y sexy dedo lo está comprobando en este momento, la humedad es deliciosa.

—Para, por favor.

—No te enfades… solo intento complacerte y ofrecerte terapia.

—Me equivoqué, no funciona, es peor, mucho peor.

—Eso es porque no estás colaborando ni un poquito. Si tú quisieses desnudarte para mí…

—¡Susan, se acabó!

Y sé que habla en serio. Agacho la cabeza un tanto avergonzada. Como siempre, su rechazo me afecta más de lo que debería. Entiendo los motivos por los que no quiere jugar y si lo pienso fríamente no debería haber empezado. ¿Quién sabe lo que hará después de un calentón en un lugar repleto de mujeres sexualmente dispuestas?

—¿Estabas haciendo algo importante?

—No mucho, aún es temprano.

—Agradezco que estés pasando un ratito conmigo, necesitaba saber que estábamos bien.

—No debería haberte colgado antes, pero la situación ha podido conmigo. ¿Cómo has conseguido este número? —Parece un tanto divertido.

—Soy una mujer de recursos.

—Eso ya lo sabía.

—¿Dónde estoy llamando, la oficina, el bar, recepción?

—Oficina, es el teléfono interno de seguridad. Casi nunca se usa, todos tenemos móvil, se instaló para emergencias.

—Sin duda era una emergencia.
—Sí, lo era.
—Debería dejar que te vayas a trabajar.
—Creo que es una buena idea, estarán preguntándose qué ocurre.
—Llámame cuando tengas un descanso, no importa la hora.
—Lo prometo.

Ya a solas, en la oscuridad de mi cuarto, me doy cuenta de que Víctor no estaba tan bien como quería aparentar. Parecía el de siempre, pero porque yo deseaba que fuese así. Si analizo sus palabras, sus tonos y sus pausas con detenimiento puedo intuir su malestar. Tengo la sensación de que mientras hablamos tomaba decisiones, decisiones importantes. Parecía dubitativo e inseguro, y el hecho de que no quisiera jugar conmigo y me lo hiciera saber de un modo tan brusco no me cuadra con su forma de ser. Es cierto que estaba muy enfadado y supongo que mezclar ese impulso con la excitación no debe ser muy recomendable… ¡Joder, que no! Eso es lo que hace todo el mundo.

Me obligo a cerrar los ojos y dormir, tengo que descansar.

## Champán y bombones

El sonido del teléfono me despierta. El despertador marca las dos y media. ¿Habrá pasado algo? De inmediato recuerdo a Víctor. ¡Víctor! Busco entre las sábanas.

—¡Hola!

—Siempre haces que me preocupe —me regaña—. Un día tu corazón se saldrá de tu pecho.

—¿Qué haces? —Le ignoro.

—Hablar contigo.

—Muy gracioso, ¿dónde estás? ¿Ya estás libre o te has escabullido?

—Baja.

—¿Qué?

—Baja las escaleras de tu casa y abre la puerta.

Me pongo la bata a toda prisa y hago lo que me dice. ¿Qué me habrá preparado?

—Hola, preciosa.

Salto a sus brazos y él me recibe con total precisión, sin desequilibrarse, sin vacilar. Rodeo su cuello con los brazos y tomo su boca con desespero. Deja que actúe a mis anchas, disfrutando del momento, saboreándome también. Enredo mis manos en su pelo gozando del cosquilleo en mi piel. Él sujeta mis nalgas y aprieta su cuerpo contra el mío. Lo miro incrédula y acaricio su cara antes de volver a agasajarle con mis labios.

—Lo sabía, sabía que tramabas algo —le digo eufórica—. ¿Por qué no me lo has dicho? No voy a perdonarte. —Muerdo su labio inferior antes de iniciar una nueva invasión.

—Ha surgido de pronto, no estaba planeado —pronuncia entre jadeos. Consigue zafarse de mí y me deja en el suelo con cuidado—, ven vamos dentro.

Coge mi mano y tira de mí porque yo permanezco estática, observándolo. Tan alto, tan fuerte y tan guapo. Sus ojos color caramelo brillan en la oscuridad, su pelo despeinado por mi culpa le da un aspecto aún más sexy y esa americana de rayas diplomáticas negra le queda…

—¡Vamos! —Vuelve a tirar de mí.

Antes de traspasar el umbral se agacha y coge algo del suelo. Enciendo la luz del recibidor y espero a que entre y cierre la puerta. No veo el momento de quitarle toda esa ropa. Con una mano levanta una botella de champán, las gotas de agua resbalan por el cristal —debe estar muy fría—, con la otra me enseña una caja de bombones. La mueve de un lado a otro mientras camina sinuoso hacia mí.

—No sabía si te lo habías acabado todo.

—Sí, todo.

—¿Y no quieres más?

—Sí, todo. —Ríe ante lo que seguro es la imagen de una mujer más extasiada que ha visto en la vida.

—¿Has encontrado mi chupa? Me gusta, es chula.

—Y a mí.

—Estoy esperando que te la pongas.

—¿Ahora?

—Ahora —Vuelve a reír y yo emprendo lo que va a ser un sprint hacia mi habitación.

Al apoyar el primer pie en el segundo escalón un fuerte brazo me coge por la cintura y me eleva del suelo echándome sobre su hombro.

—¡Ay!

—Eres muy complaciente.

Me da un pequeño mordisco en el culo y me lleva en volandas hasta la mesa del comedor. Me deja sobre ella y desabrocha la bata. Vuelvo a estar desnuda, siempre duermo desnuda y no he tenido tiempo de vestirme, aunque creo que no le molesta lo más mínimo.

—¿Me esperabas?

—Siempre.

Chupa un pezón y tira de él. Acaricia con su nariz el surco que hay entre mis pechos subiendo lánguidamente hacia mi cuello. Mordisquea uno de los lados y luego el otro. Chupetea la oreja y con dos dedos sujeta mi barbilla. Me mira fijamente.

—¿Sabes qué va a pasar, verdad?

—Sí.

—¿Quieres seguir?

—Sí.

—Vas a tener que portarte muy bien.

—Lo entiendo.

—No te haré daño, pero tampoco va a ser indulgente.

—Confío en ti.

Clava su mirada en mis ojos y me besa. Duro, salvaje, excitante. Agarro el borde de la mesa para recordar que no debo tocarlo y echo la cabeza un poco hacia atrás. La presión de sus dedos en mi barbilla empieza a ser un poco molesta y sus labios se pegan contra los míos cada vez con más rudeza. Mueve la cabeza recolocando su postura y se reclina sobre mi cuerpo obligándome a encorvar la espalda. Suelta mi barbilla y termina su posesivo beso con un tirón de mi labio. Su lengua recorre mi piel dibujando el camino hacia mi vientre. Y allí se detiene, un largo e insoportable segundo en el que el cálido aliento de su boca estimula mi piel. Agarra mi cintura ejerciendo mucha fuerza con las dos manos y me tumba sobre la dura tabla de golpe. Abre más mis piernas con sus caderas y la erección que se esconde bajo sus vaqueros presiona entre mis muslos. Se quita la americana y descubro que la camiseta negra marca perfectamente los músculos de su pecho y brazos. Cierro las piernas acercándolo más a mí. Niega con la cabeza mientras coge mis muñecas y eleva mis brazos por encima de mi cabeza.

—No… —besa un pecho— me… —el otro—… toques.

Sujeto de nuevo el borde, ahora el del otro extremo, y asiento. El sonido de la cremallera no tarda en llegar y tras él, y bajo mi asombro, su lengua recorre mi sexo.

—Ah…

Traza un círculo alrededor de mi clítoris y cierra sus labios presionando la

sensitiva carne. Todo mi cuerpo se estremece y un gemido ansioso se escapa de mi garganta.

Y sin más dilación se introduce en mi interior. Su empuje es duro, directo, al fondo. Tal como había advertido. Aun así, grito sorprendida. Sus manos sujetan mis muslos impidiendo que me deslice sobre la mesa y entra y sale de mí sin piedad. Cierro los ojos en un intento de evasión. No quiero pensar en lo que está pasando, solo quiero sentirlo, sentirlo bajo mi piel, seguramente así será menos duro. Escucho su respiración agitada. Noto sus manos apretando mi carne, su cálida erección en mi interior llenándome por completo… no, ya no está… Grito al notar cómo arremete de nuevo, esta vez mucho más posesivo. Sí, eso es, tengo que centrarme en ese punto, en el placer que me produce su pene en mi interior. Su boca se cierra sobre mi pezón y tira de él, luego lo lame. Repite el proceso una y otra vez, alternando el derecho y el izquierdo. Presionando mis pechos con su boca y mordiendo los alrededores. Mantengo los ojos cerrados, no quiero verlo, tengo que encontrar la manera de soportarlo, incluso la estimulación de mis pechos está siendo devastadora.

—No abras los ojos, Susan, solo un poco más…

Se le quiebra la voz y se transforma en un brutal gemido. Sus penetraciones son más intensas y veloces y creo que en cualquier momento algo se va a romper en mi interior. Y de pronto, contra todo pronóstico, mi cuerpo empieza a fundirse. El placer nace de mis entrañas y se extiende a una velocidad de vértigo por todo mi cuerpo.

Arqueo la espalda echando la cabeza hacia atrás y dejo que Víctor haga su magia.

—Mírame —dice con dulzura.

Su cara junto a la mía, sus dedos acariciando mis labios y sus ojos transmitiendo admiración.

—¿Horrible?

—No precisamente.

—Ahora vas a tener que hacer exactamente lo que te diga, ¿de acuerdo? —asiento—. No puedes tocarme, cielo, todavía no, pero necesito llevarte a la ducha así que deja que te coja en brazos.

—Entiendo.

—No, no entiendes. Vas a estar muy cerca de mí y yo sigo muy excitado, así que te portarás muy bien y no intentarás nada.

—Estás asustándome. —Me mira horrorizado.

—Estoy aquí hasta que tú digas, Susan. Solo tienes que decírmelo.

—No me refería a eso.

—Bien. Necesito llevarte arriba —asiento con más contundencia y procede con muchísima facilidad.

Ni una sola vez le rozo y aun así está tenso y distante. Me deja en la ducha cuando el agua sale caliente y, tras quitarse la ropa, entra conmigo abrazándome por la espalda.

—Date la vuelta. —Obedezco—. Vamos a ver…

Acaricia mi cuerpo de arriba abajo. Sé exactamente qué está buscando, porque yo puedo verlo desde mi perspectiva. Lame mis pechos enrojecidos y los acaricia con suavidad.

—Manos a la espalda.

Se inclina y lame los lados de mi cintura donde círculos azulados empiezan a destacar. Roza con su mejilla mis costillas mascullando algo incomprensible. Yo aprieto una mano contra la otra para no rodearlo con mis brazos, necesito aliviar su pesar, pero una vez más, él restringe mis acciones.

Se arrodilla, y al ver los terribles cardenales de mis piernas apoya su cabeza en mi barriga.

—Lo siento, cielo, lo siento tanto…

—Estoy bien, en serio, sé qué haces todo lo que puedes.

—Deberías echarme de tu casa.

Tengo ganas de acurrucarlo contra mi cuerpo. De coger su cara con mis manos y decirle que deje de lamentarse y venga a la cama conmigo. Que me haga sentir como solo él me ha hecho sentir. Sin embargo, mis manos siguen estando sujetas a su petición y debo conformarme con expresarlo solo con palabras.

—No vas a ir a ninguna parte, vas a quedarte aquí intentado controlar esa fuerza por mí y vamos a ser muy felices.

—No sabes lo que dices, eres una inconsciente. —Besa mi ombligo y después lame mis muslos lentamente.

—Yo decido, ¿no?

—Sí, solo tú puedes decidir.

—Pues decido que me lleves a la cama.

—Volveré a hacerte daño.

—No lo harás, voy a atar tus manos. —Me divierte la idea y creo que a él también.

—Cielo, eso sería una gran imprudencia.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Incorporándose, me regala más caricias, intentando mitigar los hematomas. Me abraza y apoya la barbilla sobre mi cabeza.

—Dame unos segundos a solas —ruega.

—Sin problema, iré preparando ese champán.

Me enrollo una toalla al cuerpo y salgo del baño. El agua caliente le ha venido bien a mis músculos y de momento no los siento entumecidos. Busco entre mis cajones un camisón de raso rojo que guardo desde hace tiempo. Al ponérmelo, compruebo que tapa la parte superior de mis muslos, la que tiene un feo color lila; sí, esto ayudará un poco. Bajo a por dos copas, el champán y los bombones, y me siento en la cama con la espalda apoyada en el respaldo.

Víctor aparece por la puerta con una toalla atada a su cintura, colocando con sus dedos un par de rebeldes mechones de su cabeza. No me mira. Sigue preocupado. Se sienta en el borde del colchón y posa su mano sobre mi rodilla.

—¿Y la cazadora?

—Bueno —le ofrezco una copa y él la acepta— he creído que no era adecuada, en la improvisación reside la diversión.

—Esa cita no es exactamente así.

—No, pero así es más apropiada.

Ríe y se echa hacia atrás descansando la cabeza en mi barriga. Mira con

detenimiento el techo y luego me mira a mí.

—Tenemos que hablar.

—Sí, es necesario que lo hagamos, pero antes quiero beber champán contigo.

—No puedo volver a tocarte sin que hablemos antes, no puedo permitir que saques conclusiones erróneas.

—Te prometí no hacerlo.

—Cualquier mujer en tu situación lo haría. Tú lo harás si la próxima vez vuelvo a hacerte algo así.

—Es posible, pero entonces hablaremos. Víctor —suplico—… te he echado mucho de menos y quiero regocijarme con tus caricias. ¿Puedo tocarte un segundo?

—¿Cómo?

—Un abrazo.

Se levanta para dejarme salir y aprovecha para dejar su copa en la mesita. Coge la mía y la sostiene unos segundos sobre mis labios. El cristal está muy frío y quema la sensible piel de mi boca.

—Esto te ayudará a bajar la inflamación.

Rodeo con mis brazos su torso y, después de deshacerse del fino cristal, vuelve a tumbarse. Aprovecho la posición para apoyar mi cabeza sobre su pecho, huele tan bien…

—No importa lo que tengas que decirme, la decisión está tomada. Da igual que lo hagas ahora o dentro de unas horas, y como decido yo…

—No puedes saber eso con certeza, deja de decir tonterías.

—Sí lo sé —finjo un puchero—, deja de enfadarte conmigo y dame todo lo que es mío.

—He sido muy poco amable, ¿verdad?

—Víctor, no sabes nada de chicas.

En un arrebato me siento sobre su abdomen. Cierra los ojos y respira hondo, aunque no se queja.

—Perdona, ha sido sin querer.

—No pasa nada.

—Amabilidad es tu segundo nombre —continúo con mi exposición—, incluso en las situaciones como antes eres amable. El problema es que has elegido a un merenguito de laboratorio que necesita aprender algunos truquitos, nada más. Y te lo advierto, soy muy buena aprendiendo cosas. —Levanto una ceja arrogantemente.

—Señorita Levinson, finge usted muy mal. Me sorprende que con lo descarada y desvergonzada que es, no se atreva a pedirme un orgasmo como dios manda.

—No sé mucho sobre Dios, pero creo que él no quiere tener nada que ver con mis orgasmos.

—Pues yo sí quiero.

Se levanta y con un movimiento me tumba sobre la espalda. Se arrodilla entre mis piernas y con cuidado las dobla y las separa un poco más. Pasa su lengua por sus labios y luego sus dedos por mis muslos.

—No prometo mucho en mi estado, pero haré lo que pueda.

—Lo que puedas está bien —jadeo ante la expectativa.

—Ay, Susan —baja la cabeza y su húmeda lengua surca el interior de mi muslo

ascendiendo despacio hasta detenerse en la ingle—, si pudiese mostrarte todo lo que puedo hacer no dirías eso.

Su lengua roza el inicio de mi nalga y sus labios aprietan la carne convirtiendo la caricia en un lánguido mordisco. Hace de nuevo el recorrido, esta vez hacia arriba y de pronto su contacto desaparece. Arqueo un poco mi espalda esperando la misma maniobra en el otro lado, un segundo, dos, tres… el contacto de sus dedos sobre mi sexo me hace gemir de sorpresa. Acaricia con calma los pliegues de la parte más íntima de mi cuerpo y posa uno en el perineo. Los segundos parecen horas, quiero que mueva ese maldito dedo de una vez. Miro el techo desesperada, esta incertidumbre va a acabar conmigo, tomo todo el aire que soy capaz de guardar. El dedo se desliza un poco hacia delante, rozando el borde de mi vagina… la lengua roza el otro extremo, estimulando el botón del placer.

—¡Víctor, por dios!

Despega la boca de mi carne y me mira con expresión jovial. Su dedo sigue inmovilizado en el mismo punto, pero otros trabajan los alrededores.

—Me sorprendes, Susan, pensé que no querías involucrar a Dios en esto.

Da un lametón de abajo a arriba y mi centro gravitatorio desaparece. Su dedo se introduce por fin en mi interior y gira para tocar la pared superior.

—¡Dios, sí!

Noto cómo su cuerpo tiembla a causa de la risa. No me importa divertirle quiero que siga con esto y que lo termine de forma colosal.

—El suertudo al final se va a llevar todo el mérito. —Le miro amenazante.

—Cuando pueda voy a vengarme.

—Lo estoy deseando.

Saca el dedo y al instante vuelve a llenarme con dos. Los mueve de dentro a fuera y en círculos y lo hace fantásticamente bien. Las pantorrillas me tiemblan y las rodillas empiezan a flaquear.

—Cielo, siento privarte de esto —acaricia sus palabras con su lengua—, pero te debo un orgasmo en condiciones y no puede esperar.

Una vez más juguetea con su lengua libremente, dibujando círculos y saboreando mi piel. Sus labios muerden y tiran de mi carne y sus dedos, incesantes, arden en mi interior. Siento el placer recorrer mi columna vertebral a modo de corriente eléctrica.

Las piernas ceden concediéndole más espacio, rindiéndome a él.

—Víctor, por favor —jadeo—, déjame sentirte. Quiero tenerte en mi interior.

—Imposible, cielo. Disfrútalo por los dos.

Y tras sus palabras, notar su pulgar sobre mi vértice, y su lengua vibrando en sustitución de los dedos de mi interior, pierdo cualquier conexión con el mundo real y me elevo hacia algún lugar donde solo existe el placer lujurioso y la desinhibición absoluta.

—Preciosa, increíblemente preciosa —susurra en mi oído antes de desaparecer de mi vista.

Algo frío y pegajoso sobre mis muslos me hace abrir los ojos. Veo a Víctor sentado a mi lado aplicando una pomada en la zona amoratada. Masajea con mucho tiento y aun así el dolor empieza a ser patente. Repite la misma operación a los lados

de mi cintura y termina con ligeras caricias sobre mis pechos. Baja mi camisón y me tapa con la colcha.

Todo en riguroso silencio. Yo le sonrío agradecida por sus cuidados y cierro los ojos. Estoy muy cansada, debe ser muy tarde y los músculos de mi cuerpo han sufrido un tremendo desgaste. Me esfuerzo y abro los ojos al sentir el cuerpo de Víctor cerca del mío. Pega su pecho a mi espalda, posa una pierna sobre las mías y cruza el brazo por encima de mi torso para poder unir nuestras manos.

—Ssss… duerme cielo, es tarde.

—¿Cómo estás?

—Tranquilo.

—Gracias.

Y sin poder evitarlo caigo en un profundo sueño plagado de rosas, champán y cazadoras de cuero.

## Pruebas irrefutables

Despierto tal y como me dormí, pringada de crema y con las manos de Víctor extendiéndola con inagotable sensualidad. Mi estómago se cierra en un puño y el aire deja de entrar en mis pulmones. Dilato todo lo que puedo la apertura de mis párpados, quién sabe lo que soy capaz de hacer con él cuando lo vea desnudo y en mi cama después de un sueño tan… sensitivo.

—¿Tienes hambre? —Se tumba sobre mí sin rozarme, su aliento besa mi boca en un provocador intento de perturbar mi calma—. Hay café recién hecho, fruta y tortitas.

—¿Con nata?

—Adivina… a mí también me gusta la nata. —Su lengua abre mis labios y se introduce pesadamente en mi boca. ¡Sabe a nata!—. No lo puedo evitar, siempre tengo que probarla.

Abro los ojos impactada, creo que nadie, jamás, me había despertado así, de la manera más dulce y sexy que uno pueda imaginar.

—Toda una coincidencia, ¿no crees?

¿Cómo puede lograr hacer eso con las palabras?

¿Por qué todo suena tan seductor y pecaminoso?

Trago saliva. Tiene suerte de que no puedo tocarle sin previo aviso.

—¿Te has atrevido a chuperretear mi bote de nata? —Frunzo el ceño fingiendo indignación—. Eso es muy maleducado por tu parte.

—¿Vas a tener que vengarte? Me preocupa la acumulación de infracciones.

—Pues añade tu falta de desnudez —le regaño al observar que está completamente vestido—, me gusta que mis invitados se muestren tal como son.

Carcajea y mueve, con incredulidad, la cabeza de un lado a otro. Posa un pequeño beso en mi nariz y con un sencillo movimiento se incorpora.

—¿Qué hora es?

—No te asustes… las doce y media, oficialmente tienes un virus estomacal.

—¿Qué? —exclamo saltando de la cama—. Tengo que darme prisa… he de imprimir el informe… y llamar…

—¡Chist! —Pone un dedo sobre mis labios y me rodea por la cintura—. Estás enferma. He enviado un mensaje desde tu móvil a recursos humanos, era de madrugada, así que les has explicado lo mal que te encontrabas y que llamarías en cuanto pudieses.

—No puedo…

—Ya no hay remedio, lo superarán te lo aseguro. —Me da un beso en el cuello—. A desayunar.

—Voy a llamar al hospital.

—Ok. Estaré abajo.

Después de una breve charla en la que he reforzado la historia del virus estomacal y me he disculpado varias veces con la jefa de personal, y con Peter, estoy más tranquila. Bajo a la cocina y me siento frente a Víctor. Solícito, prepara mis tortitas y añade la leche caliente a mi café mientras yo lo miro encandilada. Es tan fuerte y a la vez tan ágil. Tan peligroso y a la vez tan complaciente. Y esa camiseta ceñida a su cuerpo deja muy poco a la imaginación de una mujer… ¿enamorada?

—¿Mejor?

—Estupendamente

—¿Preocupada?

—En absoluto.

—¿Indignada?

Levanta una ceja e introduce el tenedor en su boca. Degusta el bocado de tortita y cierra los ojos de placer. De nuevo al ataque, es insaciable, le gusta alimentar mi deseo.

—Todo lo contrario, tu estratagema me da dos o tres días libres, puede que los aproveche para ir de compras con mis amigas.

—Está bien ir de compras. —Come de nuevo la tortita del pecado—. ¿Quieres decirme algo? Te noto expectante.

—¿Está buena mi nata?

—Sí, mucho, deberías empezar a probarla. —Se limpia con el pulgar los restos de nata que acaban de quedar en sus labios y me tiende el dedo. Lo ignoro.

—¿Es todo innato o lo practicas hasta que te sale a la perfección?

—Un poco de cada. ¿Te molesta?

Noto en su voz la chispa de la diversión. Intenta reírse de mí y a ese juego podemos jugar los dos.

—Me molesta no poder jugar en la misma liga, es un poco injusto.

—¿En serio?

—Sí. Podría hacer que esa actitud presumida desapareciese con tan solo dos movimientos de mi cuerpo.

—Me siento muy intrigado en estos momentos.

—No te gustaría, créeme, tendría que tocarte.

Bebo despacio, mirándole por encima de la taza. Quiere jugar y yo quiero ser su juguete, aunque admito que no soy una mujer dócil y sumisa. Soy una guerrera, y si no fuese por su molesto mandato y porque su aura me atonta, ya sería mi prisionero.

—Ilumíname, por favor.

—Te besaría mientras mi mano aprieta tus pelotas.

—Vaya, interesante elección de palabras.

Bebe su café solo intentando disimular la risa. Esto se está poniendo muy interesante, ¿hasta dónde pretende llegar? La verdad es que me molesta un poco que me lleve hasta las cuerdas y que no me permita defenderme. Sería mucho más interesante poder explorar todo ese erotismo que emana por sus poros.

—¿Quieres probar?

—No, la verdad es que me preocupa la presión de tu mano sobre mis pelotas.

—Eso solo podría depender de ti —me mojo los labios con la lengua—, depende de tu comportamiento.

—Imagina que me porto muy, muy mal. —Hay un pequeño cambio en el tono de su voz, es algo más visceral, más estudiado.

—El baremo de lo que yo considero muy mal pueden ser muy dispar al tuyo.

—Supón que te hago lo que jamás permitirías que un hombre te hiciera.

Mi respuesta es inmediata, no pasa ningún filtro, y en consecuencia imprudente.

—En ese caso me gustaría poder apretar tus pelotas con la fuerza que tú aprietas mis muslos.

Deja la taza de café sobre la mesa y se reclina en la silla mirándome intensamente.

A pesar de querer bajar la cabeza y ver cómo la tierra se abre a mis pies, le sostengo la ardorosa mirada. Y lo hago porque mis palabras no pretendían ser hirientes, sino demostrativas. Tan solo intentaba poner un ejemplo. De pronto un mecanismo se conecta en mi cabeza y enciende una luz. Ahora lo veo todo claro. Pretende enfadarme. Todo este juego, toda la sexualidad de sus gestos y de su voz, acompañadas de premeditadas preguntas, han sido para llevarme hasta donde él quería. Confundirme y provocar una reacción colérica hacia él. Provocar mi rechazo. ¡Pues va listo! No sabe con quién se ha metido, soy terca como una mula. Y aunque estoy muy enfadada por su argucia, no voy a mostrárselo. No, yo no estoy enfadada por sus impulsos y va a tener que aprender a vivir con ello.

—¿Por qué intentas enfadarme? —pregunto con temple mientras como mi tortita.

—¿Funciona?

—En absoluto —miento—, te calé nada más entrar.

—Es frustrante.

—¿No enfadarme?

—Tu inconsciencia.

—Ya sabes que no entiendo gran cosa cuando te pones misterioso.

—Me temo que eso acabará pronto.

—¿Por qué intentas enfadarme? —repito muy despacio y un poco exigente.

—Era mi última baza para que me echases.

—Tienes muchas ganas de irte.

—No puedes estar más equivocada.

—Tus palabras son como signos de interrogación flotando por mi mente, es frustrante. —Guiño un ojo y termino mi desayuno.

—Dentro de unas horas, cuando conozcas la verdad será imposible dejarte marchar.

—Dijiste que yo mandaba, «tú decides, Susan», dices siempre. —Me levanto y más atrevida que nunca me siento en su regazo—. Por cierto, no me asustas.

Lo beso, me mira, sonríe y me besa. Pasa la mano por debajo de mi camisón y acaricia mi espalda.

—Siempre decidirás tú, eso no cambiará. Sin embargo… nunca hablé de rendirme.

—¿Me acosarás?

—Inevitablemente.

—Me gusta la idea. ¡Por cierto!, me debes unas rosas rojas.

—Y tú unas mayúsculas.
—Bien visto.
Me levanto para recoger la mesa y de inmediato me doy cuenta de que eso no es verdad. Él tuvo sus mayúsculas, dos veces, si mal no recuerdo.
—¡Tramposo!
—¿Yo? —Levanta las cejas y se apunta el pecho con un dedo.
—Te envié un correo y ayer mismo te lo dije por teléfono.
—Esas no cuentan, fueron inducidas por mí. Lo que digas mañana es lo que de verdad importa.

Sentada en la alfombra con las piernas cruzadas espero paciente a que Víctor, sentado en el sofá frente a mí, inicie la conversación. Ha llegado el gran momento. Estoy deseando escuchar lo que tenga que decir y dejar atrás todos los misterios y dudas. Como le dije anoche, la decisión está tomada, conozco lo bastante de su personalidad como para saber que quiero intentarlo una y mil veces. Todo lo que su pasado, presente y futuro añadan a nuestra historia tendremos que manejarlo juntos.
—¿En serio vas a sentarte ahí?
—Es mi método de concentración.
—Como quieras, pero me hace sentir…
—Deja de posponerlo.
—Tienes razón. —Me mira y elevada dos dedos—. Dos cosas. Primera: cuando no puedas seguir escuchando debes decirlo, podemos hacerlo poco a poco, no quiero que te agobies. Segunda: y te lo digo más en serio que nunca, si crees que debo irme me lo dices, no quiero que sientas miedo en mi presencia y a todos nos viene bien la soledad para valorar las cosas.
—Prometido. Empieza.
—¿Qué sabes de Toni y Lear?
—Lo que has visto en los informes.
—¿Nada nuevo?
—No, es difícil avanzar, salvo… bueno hemos descubierto un comportamiento extraño de las células madre. Coloquialmente hablando: se multiplican mucho y muy rápido.
—De acuerdo. Nos centraremos en Toni. Toni es, según tus informes, *M1*.
—Pensé que hablaríamos de ti.
—También quieres comprobar que no he matado a nadie —levanta las cejas—, todo a su tiempo. Conocía a Toni desde hace mucho y puedo explicarte lo que le pasaba. Como sabes, su piel es dura y sus músculos impenetrables…
Durante treinta o cuarenta minutos hablamos de lo que yo ya sé. Empiezo a inquietarme, ¿a dónde quiere llegar?, no entiendo nada.
—¿Pregúntame que me pasó el otro día en Detroit? —dice de pronto.
—¡Oh… Víctor lo había olvidado! —Llevo las manos a mi boca y me arrodillo para poder tocarlo. Él alza una mano y me detengo al instante.
—Estoy bien. —Se levanta la camiseta y me enseña su esculpido estómago—. Me apuñalaron.

Ladeo la cabeza y arrugo el ceño. Eso médicamente no es posible.

¿En el estómago?

No se movería como lo hace en tan poco tiempo, además, no hay puntos ni cicatriz.

—Juro que me apuñalaron, justo aquí. —Se toca el punto de carne que hay debajo de la última costilla—. Y me rompieron dos costillas. Toca si quieres.

Niego. Por primera vez no me apetece tocarle. ¿Bromea, verdad? Se incorpora y abre las cortinas de par en par. Vuelve a sentarse con la camiseta remangada hasta el codo y extiende el brazo derecho ante mí.

—Mira. —Obedezco y si no fuese porque no es la primera vez que veo esa piel me hubiese hecho gritar. Lo sabía, Víctor es *M1*.

—¿Desde cuándo? —pregunto de modo muy profesional.

—Mucho. Nuca has visto mi piel bajo luz intensa por eso pasaba desapercibida.

—Lo vi el día que te fuiste, pero me obligué a descartarlo. ¿Por qué? —Acuna mi cara y acaricia mi labio con el pulgar.

—En breve, primero tienes que comprobar que es real, que no te miento.

Saca un cuchillo de no sé dónde y me lo tiende por la empuñadura.

Lo miro estupefacta.

—Hazlo.

—¡No!

—Comprueba que es exactamente igual a la de Toni.

—¡No!

Y antes de que pueda reaccionar gira el cuchillo y se apuñala el brazo izquierdo. Grito todo lo fuerte que puedo. ¡Está loco! ¿Cómo ha podido hacerse eso? Me levanto a toda prisa para ir en busca del botiquín… vamos a tener que ir a urgencias yo no tengo hilo de sutura…

—Susana Levinson Isern, actúa como la científica que eres y analiza el experimento.

Lo miro irritada. ¿Pretende que me siente a ver cómo se mutila y que no diga nada?

—¡Susan!

Sorprendentemente no ha hecho ni un ruido que indique dolor, ni tan siquiera se ha movido. Tal vez ha sido un truco, una broma de mal gusto. Me obligo a mirar su brazo y compruebo que su acto de salvajismo ha sido real. Ya ha sacado el cuchillo y, aunque la herida es profunda, parece no sangrar. Me acerco a él y miro la lesión más de cerca. Es cierto, no sangra.

—Ha empezado a cicatrizar. —Lo miro curiosa por su afirmación—. Células madre, ¿no? —asiento—. ¿Muchas? —asiento otra vez—, ya sabes para qué son. Regeneración instantánea. En dos horas más o menos ni se verá la cicatriz, no ha sido muy grave, no estoy tan loco como parezco.

Me arrodillo a su lado y sujeto su antebrazo con mucho cuidado. No me lo puedo creer. Es milagroso. Sus dedos surcan mi cara en una caricia y coloca un mechón suelto tras la oreja.

—Siento haberte asustado, pero tenías que verlo —limpia el cuchillo en su vaquero y vuelve a ofrecérmelo— hazlo, no hay peligro.

Llevada por mi lado experimental lo acepto. Surco con cuidado la piel de la palma de su mano y no ocurre nada. Lo intento ejerciendo más presión y el resultado es igual que siempre, nada.

—Extremadamente fuerte, por eso he podido traspasar la piel y la musculación.

Igual que Toni.

—¿Por qué?

—Susan, porque… Toni y yo —acaricia mi mejilla con los nudillos y el pánico asoma a sus ojos de una manera horrorosamente dolorosa—… Toni era un vampiro.

La risa sale espontánea de lo más profundo de mi cuerpo. Lágrimas como puños mojan mis mejillas mientras me doblo intentando mitigar el dolor de mi estómago.

Víctor no se mueve. Me mira paciente esperando que me calme.

¿Vampiro? Un nuevo ataque de risa me golpea haciéndome toser. ¿Vampiro cómo? ¿Cómo Blade? ¿O más bien tipo Damon Salvatore? Imágenes formadas por mi imaginación cobran fuerza. Pasan ante mí todos esos personajes de novelas que tanto me han hecho reír y llorar, odiar y amar, pienso en Caleb, mi último descubrimiento…

—¿Me hablas en serio?

—Sí.

—Es surrealista, ¿cómo pretendes que me crea algo así?

—¿Tienes una forma mejor de explicar lo que acabas de ver o lo que llevas viendo desde hace días?

Levanta el brazo dejando frente a mí la herida. Es visiblemente más pequeña y menos profunda.

—La verdad es que no.

—Pregúntame lo que quieras.

—¿Cómo murieron?

—Toni fue atacado por Lear al salir del templo, temas territoriales. El equipo lo atrapó y fue juzgado, pero al parecer a alguien no le pareció bastante y lo mató. Fue otro vampiro, aunque todavía no sabemos quién.

—¿Lear era un vampiro?

—No. Un licántropo.

—Víctor, lo siento, pero no puedo tomarme esto en serio, ¿lo entiendes, verdad?

—Tú misma has comprobado las diferencias entre especies. Aunque de momento seguiremos centrándonos en Toni.

La ignorancia a mis palabras deja claro que sí lo entiende.

—En ti. —Levanto una ceja.

—Sí, en mí, me cuesta mucho asumir que he dado este paso.

—Víctor… yo soy una mujer muy pragmática y no puedes pretender que me crea esta historia.

El gran cuerpo de Víctor se mueve y se sienta en el suelo conmigo. Pasa los dedos por su castaño pelo y luego se muerde el carnoso labio superior. Temeroso, sujeta mis manos y acaricia los nudillos con los pulgares. Al verle, pienso seriamente en lo que me ha dicho, en lo que he visto, y abro un poco mi mente para hacerle un hueco a la teoría. La verdad es que, en un hipotético caso, encajaría bastante bien, pero…

—Susan, piensa en mí todas las veces que hemos estado juntos, en todo lo que

he dicho y hecho.

—Nunca me has mordido.

—No, nunca. —traga saliva.

—¿Muerdes? —No puede evitar reír.

—Sí, pero contigo he hecho una excepción.

—¿No te gusta la sangre de las rubias?

—No solemos discriminar.

—¿Has bebido desde que estás conmigo? —Una punzada incontrolable de celos nace en algún lugar de mi alma.

—¿Con tu pregunta quieres decir que admites la teoría?

—Pensé que podía preguntar cualquier cosa.

—Sí, he bebido, sobre todo en Detroit, tenía que cicatrizar cuanto antes —gruño silenciosamente sin entender el motivo. Él frunce el ceño.

—Toni tiene el iris ensangrentado.

—Eso no te lo puedo explicar con certeza. Es raro, la verdad, debería haber vuelto a su color habitual, supongo que al decapitarlo…

—¿Debería?

—Sí, Toni… nosotros… sufrimos varios cambios significantes cuando alcanzamos el estado máximo de… enardecimiento. Uno de ellos es ese, pero recuperamos la normalidad al instante.

—¿Por eso no podía mirarte?

—Sí. —Y su respuesta es un susurro, casi un lamento y a mí me parte el alma.

A pesar de ello consigo ocultar mis sentimientos y prosigo mi encuesta como si nada. Quiero saber la verdad sea cual sea.

—¿Daniel es vampiro?

—Sí, forma parte de mi equipo, es un *protector*.

—Cuéntame eso.

—Hace unas décadas decidimos que necesitábamos un lugar neutral. Un lugar donde poder conciliar nuestras ideas y resolver discretamente los conflictos. Las localizaciones han evolucionado con el paso de los años. Al principio fueron salones privados, o tabernas… hoy en día son los templos. *The Temple*. Allí nos juntamos, tanto vampiros como licántropos, es nuestro lugar de diversión, de alimento. Hay templos en casi todas las ciudades. Cada local está custodiado por los protectores. Ellos se encargan del buen funcionamiento del lugar y de la seguridad de los asistentes.

—¿Y tú?

—Yo soy un guardián, me ocupo de coordinar a los equipos y ayudarles en todo lo que necesiten.

—¿Y cómo se deciden los cargos?

—Por méritos. Normalmente los protectores se ofrecen voluntarios y el guardián de la zona decide si reclutarlos o no. Los guardianes… se eligen más por veteranía. Casi todos estamos desde el principio. Se nos eligió por nuestra edad y autocontrol básicamente.

—Así que según esta teoría tienes exactamente…

—Más de los que imaginas.

—¿Vas a decírmelo?
—¿Es imprescindible?
—¿Cómo se supone que te transformaste? —Dejo correr el tema de la edad, la verdad es que en todo este lío es lo menos importante.
—No lo sé. Un día abrí los ojos y me encontré con el cambio.
—¿Eso es lo normal?
—No. No conozco otro caso. Es posible que sufriese algún tipo de golpe o de accidente que me causase amnesia, pero dejé de hacerme preguntas hace mucho tiempo.
—¿Entonces no recuerdas nada de tu anterior vida?
—Sí, de mi pasado sí, aunque el tiempo ha ido borrando la mayoría de recuerdos.
—¿Sabes lo loco que pareces en este momento?
—Sí. —Agacha la cabeza y se centra en algún punto de la alfombra.
Cierro los ojos y respiro intentando ingerir toda esta extraña información.
¿Un vampiro?
No puede ser un vampiro. Pero… por otro lado… el nuevo tejido muscular que ha aparecido en su herida es una prueba concluyente de que, al menos, no es un ser humano como los demás.
—¿Por qué me lo cuentas?
—Mereces saberlo.
—¿Qué planes tienes?
—¿Respecto a ti? —asiento cuando veo que levanta la cabeza para poder estudiar mi expresión—. Susan —suspira—, no tengo planes. Esperaba estar en la calle ahora mismo o huyendo de la policía.
—Te libras porque aún no te creo.
—No es cierto, en el fondo sabes que es verdad, y me preocupa mucho tu reacción.
—Mejor así que corriendo delante de la poli.
—Soy muy rápido, la policía no me preocupa. —Aprieta mis manos infundiéndome apoyo mientras fuerza una sonrisa—. Susan, la otra noche decidí contártelo todo porque necesito que seas consciente del problema. No puedo mantener una relación contigo en estas condiciones. No quiero seguir dejándote esas marcas y que pienses que soy un maltratador o un sádico. Quiero que conozcas los verdaderos motivos y que aprendas a enfrentarlos.
—¿Quieres seguir manteniendo una relación conmigo?
—Me sorprende que seas tú quien haga esa pregunta —niega apesadumbrado.
—Podrías haberme mantenido al margen, eso te asegura la situación, me preocupa que diciéndome esto pretendas alejarme.
—Soy un vampiro, Susan. Mis instintos de posesión y protección no permiten que haga algo tan altruista, te quiero a mi lado y eso ya no puede cambiar. Mi motivación es justo todo lo contrario. No quiero que huyas de un agresor, quiero que entiendas la contención que supones para mí y por tanto lo mucho que me importas. Nunca —sujeta mi barbilla para unir nuestras miradas— te haré daño, puede que cometa deslices y sufras leves secuelas como las de anoche, pero jamás irá más lejos

de eso.

—En ningún momento he pensado que fueses a hacerme daño.

—Puede, pero ¿hasta cuándo? ¿Sin ninguna explicación, sin hablar sobre el tema? Hubieses empezado a sentir miedo y con ello a rechazarme.

—¿Y no temes que te rechace ahora?

—Por supuesto, pero ahora sabes la verdad y puedo obrar en consecuencia.

—¿Y si te pido que te vayas porque pienso que eres un psicópata?

—Eso no pasará, te intriga conocer la verdad y sabes que detrás de esta herida y esta piel hay información vital. Por eso decidí hacerlo de este modo tan agresivo, necesitabas verlo, de nada hubiesen servido las palabras sin una prueba categórica.

—Me conoces muy bien.

—Todavía no.

—¿Entonces crees que podría funcionar, quieres que lo intentemos?

—Cielo, eso sería la mejor noticia del mundo —acaricia mi nariz con su pulgar y luego lo deja en mis labios—, me encantaría poder sentir tus manos libremente por mi cuerpo, tus besos espontáneos, tu cuerpo…

—¿Y eso cómo podría pasar?

—Aceptando la verdad. —Pone mi mano sobre su pecho y la tapa con la suya—. Conociendo la verdad puedo pedirte que pares sin que te preguntes porqué, puedes preguntarme tus dudas cuando te plazca, aprenderás a entender mis reacciones y a actuar de un modo responsable, y, sobre todo, sabrás lo importante que es que obedezcas una de esas peticiones, por lo que yo podré vivir mucho más tranquilo.

—¿Así que no podía tocarte porque no te fiabas de mí?

—Lo has hecho muy bien, pero no, sin saber la gravedad que suponía un desliz no podías proceder con total sensatez.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Que sí, que quiero tocarte.

—No, Susan, así no. Debes creer. ¿Prefieres que sea un demente que un vampiro? Me sorprendes mucho.

—Necesito tiempo.

—No hay prisa, tómate todo el tiempo que quieras. No obstante, no me tocarás con libertad hasta estar convencido de que aceptas mi condición. Es mi única exigencia, no te pondré en peligro.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Muéstrame todas las pruebas.

—¿No prefieres tomarte el día libre?

—¿Estás loco? Cuanto antes acabemos con esto, antes podremos seguir con nuestras vidas, y quiero tocarte desesperadamente.

—Me asustas.

—Soy una mujer completamente inofensiva, lo prometo.

—Deberías estar aterrada, fuese cual fuese tu conclusión.

—Soy valiente.

—El miedo es la mejor arma del valiente Susan, solo debe aprender a manejarla

correctamente. Necesito que sientas miedo para que puedas comprender la importancia de lo que te digo.

—Nunca podré tenerte miedo. Lo he intentado desde el primer día que te vi y nada, ese sentimiento es anulado en tu presencia. Cuando estoy contigo, cuando pienso en ti, todo parece estar bien, siempre veo el lado positivo en tus actos.

—Acabas de hacer la declaración de amor más firme que podrías haberle hecho a un vampiro. —Sonríe antes de abrazarme.

—No, yo no… no pretendía…

—Chist… tu secreto está a salvo.

# SEGUNDA PARTE

## *LOCURA*

Ellos tienen razón,
esa felicidad,
al menos con mayúscula,
no existe.
Ah, pero si existiera con minúscula
sería semejante a nuestra breve
pre soledad.

*Mario Benedetti.*

## ¿De verdad?

Mi estómago produce un sonido poco femenino y coqueto, creo que ha llegado el momento de comer algo. Durante todo el día, Víctor y yo hemos estado hablando sobre esta especie de locura a la que llama raza. Parece muy convencido y seguro de lo que dice por lo que empiezo a dudar seriamente, no solo de si lo que dice es verdad, sino de que a lo mejor su locura va más allá de lo inimaginable. Aunque, en honor a la verdad, eso ocurre en muy pocas ocasiones. Tengo pruebas empíricas de que por lo menos hay tres personas (dos muertas) que sufren alteraciones muy significantes en su organismo. No se puede ser "humano" y sanar una herida de arma blanca en aproximadamente una hora y cuarenta y cinco minutos.

Lo miro. En este momento siento mucha ternura por él. Está sentado sobre la alfombra, junto a mí, rodeado de mis informes, celestialmente despeinado, hablando sin parar y gesticulando las manos con auténtica pasión. La tenue luz de última hora de la tarde entra por la ventana e ilumina un lado de su cara. Desde hace unos minutos no escucho lo que dice. Tan solo puedo pensar en lo suave y cálido que sentiría sus labios sobre los míos en estos momentos. Hace ya tanto tiempo que no me besa. De hecho, la última vez fue en la cocina esta mañana. Ni siquiera me ha besado tras mi torpe declaración. Busca algo en la carpeta amarilla, no quiero seguir con esto… quiero… no sé qué quiero, pero hablar de esto, no. Tengo muy claro todo lo que pretende que entienda. Tengo muy claro los síntomas, el diagnóstico y las diferencias. Lo que no tengo tan claro es cómo es él. Qué quiere Víctor, qué siente Víctor, qué piensa Víctor. Él se ha ocupado a la perfección de que así sea, de centrarse en datos médicos dejando a un lado lo personal. Supongo que piensa que así es más fácil para mí, y lo ha sido, pero ya no necesito más charla. Soy una chica lista, comprendo con rapidez.

Llevada por el anhelo, acaricio con el nudillo su iluminada mejilla. Inclina un poco la cabeza y deja que su cara descanse sobre mi mano. La molesta protesta de mi estómago interrumpe la magia del momento.

—¿Tienes hambre?

—Mucha.

—Lo siento, no me he dado cuenta de que no has comido nada en horas.

—Hemos estado muy ocupados. —Mueve la cara acariciándose con mi mano.

—¿Cómo estás?, aparte del hambre.

—Fascinada.

—Eres muy rara, ¿lo sabes verdad?

—No soy la única. —Sus labios se elevan dibujando una pequeña sonrisa.

—Vamos —coge mi mano—, te haré algo de cenar.

—No es necesario, creo que hay lasaña en la nevera.

Mantiene sujeta mi mano, aunque permanece estático. Veo cómo eleva el otro brazo en un amago de aproximarlo a mí, al instante rectifica. Está asustado. Veo el color caramelo oscuro de sus ojos y la tensión en su labio inferior.

—Hablas mucho —le digo.
—Necesito que me creas.
—¿Puedo preguntarte una cosa? —asiente—. ¿No vas a besarme nunca más?
—¿Bromeas? —Con las dos cejas levantadas y los ojos muy abiertos parece un adolescente sorprendido.
—Una manera de reclamar tu atención.
Mira nuestras manos entrelazadas y se muerde el labio más que nunca.
—Sigues teniendo permiso para tocarme.
—¿No tienes miedo?
—¿De ti? —resoplo—. Ya te he dicho que nunca.
Vale. Es mi turno. Hasta ahora hemos jugado con sus normas y hemos enfocado todo este lío a su manera. Y si mal no recuerdo ha dicho que necesita que tenga toda esta información para que yo pueda actuar en consecuencia y con libertad. Eso implica, según él, que a partir de ahora puedo tocarle con autonomía siempre que aprenda a entender su cuerpo. Pues bien, sé que este es un perfecto momento para empezar a practicar. Sin darle tiempo a reaccionar elimino la distancia que nos separa y me siento sobre sus piernas. Lo abrazo con fuerza e inhalo el increíble aroma a limpio. Con la cabeza descansando sobre su pecho no puedo verle la cara, pero por la repentina flacidez de su cuerpo y su pausada respiración me atrevo a asegurar que tiene los ojos cerrados y la cabeza reclinada hacia atrás saboreando el momento. Recorro con la punta de los dedos su antebrazo desnudo, trazo la palma de su mano y cada uno de sus dedos. Su piel parece tan normal… Traslado la caricia a su mandíbula y paso, despreocupadamente, uno de los dedos por su labio…
—A partir de ahora ya no sé cómo identificar los límites —musito—, Víctor bésame.
Abrazándome con fuerza apoya la mejilla sobre mi cabeza. Una de sus manos acaricia mi espalda por encima de la camiseta y la otra descansa sobre mi muslo.
—Aún no.
—¿Por qué no?
—No es buena idea.
—¿Pero por qué? Se supone que me has contado todo esto para que pueda entenderte, tienes que explicarme los motivos.
—Susan —medita—, llevo horas sin alimentarme y ni te imaginas las ganas que tengo de... sexo. Hoy he sufrido mucha ansiedad y también estoy eufórico por saber que ya no hay mentiras entre nosotros, prefiero tener la situación un poco más controlada. No creo que fuese apropiado un desliz en este momento.
—¿Entonces la sed y las emociones aumentan el peligro?
—Exacto.
—¿Bebes muy a menudo?
—Normalmente, no. Los guardianes somos bastante contenidos en todos los sentidos. Dominamos muy bien nuestro cuerpo por lo que nos resulta más sencillo controlar los impulsos.
—Tiene gracia que digas eso.
—Eso es porque no conoces a otro vampiro.
—Daniel parece manejar muy bien la situación.

—Daniel es un caso especial, él debería ser un guardián, pero prefiere mantener una residencia permanente.
—¿Hace mucho que os conocéis?
—Sí. Es un buen amigo, durante unos años viajamos juntos, quería ver en qué consistía el trabajo.
—El otro día no parecías muy amigo suyo.
—No me lo tiene en cuenta.
—¿Hablaste con él? —Me remuevo y lo miro sorprendida.
—Por supuesto. Él sabe que no debería haber hecho algo así.
—Me siento muy culpable. Estoy convencida de que solo aceptó para asegurarse de que me encontraba bien.
—¿Por qué dices eso?
—Casi me desmayé al verlo, si no llega a cogerme a tiempo tendría un buen golpe en el trasero.
—No sabía nada.
—Deberías controlar los celos, puedes confiar en mí.
—Susan —sujeta mi barbilla evitando que vuelva a apoyarme en su pecho—, no tiene nada que ver con los celos. Sé perfectamente que Daniel jamás cruzará esa línea y sé que a ti te gusta agradarle, pero nada más.
—¡Eh, a mí no me apetece gustarle!
—Todas las mujeres quieren gustar a Daniel, y tú también. La diferencia es que las demás lo hacen para sentirse más sexis y seguras de sí mismas y tú lo haces para provocarle. Quieres tener la oportunidad de pisotearle y tomar el mando. No me importa, en serio, si no lo hicieras, no serías tú misma.
—Quizá tengas un poco de razón, pero no me interesa para nada.
—Lo sé. —Besa mi frente y me acurruca en su pecho.
—Mira, mi reacción se debe más a mi naturaleza posesiva y protectora. Yo estaba fuera de la ciudad herido y sediento, desesperado porque no podía hablar contigo hasta que no solucionase ese tema y porque llevaba días sin poder cuidar de ti. Que él tuviese la posibilidad de verte y yo no, ya era malo de por sí, pero cuando supe que había estado en tu casa, en tú salón, bebiendo y disfrutando de tu compañía… eso me trastornó. Quería ocupar su lugar, comprobar que estabas bien, saber cómo había ido tu día, asegurarme de que te seguía interesando conocerme… y no podía, y me atormentaba saber que yo mismo había propiciado la situación.
—Sigo pensado que estabas celoso.
—Tal vez un poco —besa mi cabeza—, pero porque no sabía lo que sé ahora, tendré que disculparme con él. Daniel solo pretendía cuidar de ti, y tú…
No termina la frase y creo adivinar el motivo. Me conoce. No quiere pronunciar las palabras en voz alta para evitarme una situación incómoda. Pero tiene razón, le amo.
—Eres mi hombre especial, nada puede cambiar eso.
Empiezo a sentirme somnolienta. Los ojos me pesan y me falta fuerza para moverme. El dolor de estómago se ha extendido a la cabeza y de pronto tengo muchas ganas de desconectar de la realidad.
—Susan, tienes que comer, vamos cielo —dice levantándose conmigo en

brazos—. Me distraes con mucha facilidad, te calentaré esa lasaña y buscaré un analgésico.

—¿Por qué siempre sabes cuándo me duele la cabeza?

—Por la dilatación de los vasos sanguíneos.

—Eso explica muchas cosas. —Levanto la cabeza para mirarlo y le dedico un gigantesca sonrisa—. ¿Me hablas en serio, todo esto es verdad?

—Si lo sé empiezo con este dato. —Ríe con ganas y me oprime más contra él.

Víctor se las ha apañado muy bien para ofrecerme tiempo a solas discretamente y la verdad es que me ha venido de perlas. Ahora, sentada en el asiento del copiloto de mi coche tengo la mente más clara, y con ello, un montón de preguntas que hacerle. Nos quedan pocos minutos para llegar al *Temple* y tras llevar en silencio mucho tiempo las dudas se acumulan en el fondo de mi garganta. Hay cosas que me gustarían saber antes de ver lo que sea que quiere enseñarme ahí dentro.

—Víctor… ¿bebes sangre humana?

—Sí.

—¿Y cómo lo haces? —Me mira con una ceja levantada.

—Como imaginas.

—Y…

—Puedes preguntarlo Susan, de hecho, es la primera pregunta que deberías haber hecho. —Su rotundidad me anima.

—¿Matas al hacerlo?

—¿Cambiaría algo si lo hiciese? —Me mira consternado al ver que no respondo—. Me asustas de verdad, no puedes tomarte esto como un juego. ¿Cómo voy a confiar en ti si no te tomas el peligro en serio?

—Simplemente no creo que mates a nadie.

—No, no lo hago. Rara vez sucede que un vampiro mate a alguien al alimentarse, más bien sucede todo lo contrario —eleva la voz—. Pero sí podría abrazarte más de la cuenta y partirte una costilla y perforarte un pulmón, o empujarte demasiado fuerte y romperte el cráneo, y eso, sin duda, puede provocar la muerte.

—¿Quieres decir que la mordida de un vampiro causa más placer que dolor?

—¡Susan, por dios, ¿escuchas lo que te digo?!

—Sí, sí, la superfuerza y todo eso, lo entendí desde el primer día, tranquilo. —Agito la mano en el aire restándole importancia. No quiero que se preocupe por eso—. ¿Es placentero?

—Bastante —dice completamente vencido por mi despreocupación—. Al morder, inyectamos toxinas que estimulan al donante. Otorgamos placer y a cambio garantizamos la docilidad de la presa.

—Es un buen sistema.

—No es malo. —Levanta una ceja.

—No logro entender la diferencia que hay entre un guardián y otro vampiro, ¿dónde reside ese autocontrol al que haces referencia?

—Los guardianes somos capaces de posponerlo.

—¿Y los vampiros normales no?

—Yo soy tan normal como cualquiera —me reprende—, pero sí, tienes razón. La

sed debe ser saciada casi de inmediato, nosotros podemos elegir el momento. Salvo que estemos heridos o excesivamente excitados.

—¿Por eso evitas mi contacto realmente?

—Es uno de los motivos, tu seguridad es primordial, pero una cosa lleva a la otra. Tu contacto me hace desearte con más anhelo de lo que ya lo hago y con ello ansío morderte.

—A veces dejas que te toque.

—Cuanto más tiempo llevo a tu lado, más fácil resulta. Mi cuerpo está ligeramente aliviado, tu olor es menos turbador y mi piel se acostumbra a la tuya, además, casi siempre he llevado un vial conmigo.

—¡No! —exclamo.

—Sí, no es mucho, pero me concede unos minutos.

Pienso en sus impulsos carnales nada más verme, en los momentos que necesitaba a solas, en los desplazamientos furtivos por mi piso y todo encaja, por primera vez todo cuadra.

—Esto explica muchas cosas.

—Ayer fue la peor de las veces, lo siento de todo corazón, pero tenía demasiada prisa por llegar a tu lado como para prepararme… confié demasiado en mi propia sugestión.

—Lo de ayer fue extraordinario. Jamás había sentido tantísimo placer… un momento, ¿las toxinas también están en tu saliva?

—Solo contigo.

—Eres un tramposo.

Bizqueo al pensar en las reacciones de mi cuerpo contra todo pronóstico. La revelación de su magnífico don me hace pasar por alto sus palabras. Estoy ensimismada pensado lo que este hombre-vampiro-guardián puede hacer conmigo solo con besarme.

—Creo que ese pequeño defecto te complace muchísimo.

—Eres un descarado.

—Y tus hormonas también, así que deja de imaginar cosas porque no puedo tocarte en estos momentos —suelta las manos del volante y lo señala con un gesto de demostración—, estoy conduciendo.

Miro por la ventana y no soy consciente de que hemos llegado hasta que Víctor abre mi puerta. Se acuclilla y posa sus manos sobre mi muslo derecho. Lo miro aun un poco perdida en mis meditaciones y me obligo a sonreírle.

—Susan, podemos hacer esto otro día.

Atrapo sus manos bajo las mías y observo la sencilla y bonita imagen de confianza que transmiten.

—Quiero hacerlo hoy.

Se inclina y besa mis nudillos dulcemente. Levanta la mirada y la pena que distingo en sus ojos me parte el corazón. ¿Qué le ocurre? Hasta ahora he distinguido nerviosismo, vacilación, ira, e incluso a veces admiración, pero este sentimiento de hoy es nuevo en él. Creí que estaba contento por descargar el peso de su secreto.

—No me gusta tener que enseñarte lo que vas a presenciar, pero me da miedo que subestimes a los seres que hay ahí dentro, que me subestimes a mí. Tal vez desees

salir corriendo, hazlo, nadie te seguirá. Dejaré que asimiles la información durante todo el tiempo que necesites. No obstante, debes saber una cosa, ya nunca volverás a estar sola, Susan, siempre velaré por tu seguridad.

Acerco la mano a su mejilla y acuno su rostro.

—Confío en ti. Si esta noche tengo que salir corriendo lo haré sujetando tu mano porque a solas, en la oscuridad de mi habitación, necesitaré tu abrazo.

Se levanta a una velocidad inhumana alejándose del coche. Le sigo a toda prisa, aunque él ya ha aminorado la marcha.

—Me estás matando, cielo —se limita a decir mientras avanza varios pasos por delante.

Me espera en la esquina del callejón que nos llevará a su templo. Tiende su mano y la sujeto con fuerza. Con la otra suelta el moño que mantiene mi pelo bajo control y tapa sutilmente mi cuello con varios mechones.

—Así está mejor.

La cola para acceder al local empieza a ser importante. Ed y su clon siguen en sus puestos habituales. Trago saliva. Ed me va a fulminar con la mirada en cuanto me vea.

—¿Qué excluye a unos y a otros no?

—Normalmente siempre entran los habituales, suelen ser amantes sin privilegios, amigos o amigas y fuentes asiduas, para el resto es aleatorio, a no ser que algún VIP tenga alguna preferencia.

—Son como ganado.

—Algo así, pero beben, bailan y follan, no son degollados y colgados hasta desangrarse.

Abro los ojos y mis labios se separan de incredulidad. ¿Se habrá dado cuenta de lo que ha dicho? Mi intuición me dice que sí, que ha sido consciente y premeditado, por lo que muerdo mi lengua e ignoro el pellizco de desaprobación que ha causado en mi estómago.

—¿Cómo es posible que vuestra existencia no sea pública? No parece que tengáis miedo de mostraros ante los humanos.

—Eso es porque no recuerdan la agresión.

—¿Hipnotismo?

—Básicamente, sí. —Aprieto su mano con fuerza.

—No me harás eso a mí, ¿verdad?

—Si tú no quieres, no. Además, solo se usa para borrar ese preciso momento, ni podemos ni queremos alterar el libre albedrío. Fuera de este lugar no tenemos mucha relación con vosotros.

—Así que si no me muerdes no puedes manipular mi mente.

—Sí puedo, los guardianes estamos autorizados a usar nuestro don en ocasiones extremas.

—¿Me has mordido?

—Ya te he dicho que no. —Se detiene y me mira enfático—. Te quiero a mi lado y te quiero consciente y permisiva, por lo que jamás haré algo sin tu consentimiento.

—Mi mente es mi bien más preciado… no quiero olvidar lo que me has mostrado.

—De momento no hay motivos para que lo hagas y jamás, nunca, te morderé sin

tu permiso. Además, si alguna vez pasa quiero que lo recuerdes, créeme cuando te digo que me encantará saber cómo te excitas con ese recuerdo.

Tuerce la boca con una sonrisa perversa y tras levantar los hombros como si nada de lo que ha dicho tuviese importancia, empieza a caminar tirando de mí. De pronto, parece el ser más despreocupado y juguetón del planeta y yo, en contrapunto, la mujer más impactada y húmeda de la historia.

Víctor camina decidido, la cola es importante esta noche, se la salta sin pudor.

—Viene conmigo, Ed.

Ed se aparta para dejarnos pasar y me mira de arriba abajo. Distingo rencor en esa mirada. Pasamos sin detenernos por delante del grandullón y no puedo evitar sentirme como una niña traviesa.

*Sí, Ed, vuelvo a cruzar tus fronteras y esta vez lo hago de la mano de tu jefe.*

—Buenas, Ed —le digo en tono burlón—. ¿Qué tal va noche?

Víctor tira de mí haciéndome caminar más rápido. Por el rabillo del ojo distingo lo que parece ser una sonrisa en la boca del portero. Y me siento muy feliz.

—No provoques a Ed, está muy resentido contigo.

—Yo creo que no.

—No le gusta que se cuelen en su local.

—A mí me ha dejado pasar siempre.

—Eso empeora la situación, créeme.

Hay diversión en su voz y sé que me está tomando el pelo.

Empuja las puertas que separan la entrada del vestíbulo y la voz de Ricky Martin cantando el "Come with me" es lo primero que percibo.

Disfruto de la belleza del lugar. De su amplitud, de su exquisita decoración y de su estudiada iluminación y dejo que la música cale por los poros de mi piel.

"*Let´s stop talking about it. Just stop thinking about it. Let´s get crazy about it"*

Sí, Víctor y yo podemos tener un romance, pero no uno de esos en los que sufres y lloras por los rincones. No, uno de esos en que la pasión y la lujuria pueden hacer arder nuestro mundo y el de los demás, y eso me vuelve loca. Lo miro llena de deseo y luego me concentro de nuevo en el extenso espacio que tengo enfrente. Este lugar me encanta, es lógico que siempre haya tanta gente, la atmósfera de su interior te hace sentir bien.

—Ed no es un vampiro, es un licántropo —elevo un poco la voz divertida ante la idea.

—Baja la voz, te escucho perfectamente —vuelve a colocar un mechón de mi pelo—. ¿Cómo lo sabes?

—He tenido dos muestras a plena disposición. —Guiño un ojo.

—Toni y Learn —corrige—, aquí son muy sensibles y tienen una audición extraordinaria. —Besa mi mano—. Me tranquiliza que nos reconozcas con tanta facilidad. Ante problemas, corre, no te fíes de ninguno.

—Pero sois compañeros… un equipo.

—Somos enemigos mortales, Susan, los pactos se pueden romper en cuestión de segundos.

—Algún vínculo se habrá creado.

—Es posible, pero yendo a por ti me eliminan a mí, así que corre.

—¿Y los vampiros?

—Si no queda más remedio… intenta que sea Daniel.

—Qué triste.

—No creas, es peor sentirse traicionado. De este modo solo puedes llevarte alegrías, ni una decepción.

—¿Mclise, tienes un segundo?

La alta y esbelta pelirroja enfundada en un conjunto de cuero con escote de vértigo llama mi atención.

—¿Es imprescindible?

—Será breve.

Víctor busca algo o a alguien con la mirada y cuando lo localiza su cuerpo parece recuperar un poco de flacidez. Camina, llevándome tras él, hacia los escalones que separan el guardarropa de la sala. Se detiene justo en el borde y me acerca a su cuerpo de un tirón. La pelirroja se ha quedado unos pasos rezagada, esperando a mi hombre, la miro por encima del hombro con mala cara con la esperanza de que entienda el mensaje.

—¡Daniel!

A un lado de la pista un grupo de hombres hablan animadamente. La cabeza de Daniel asoma tras el cuerpo de un hombre tan alto como él, aunque considerablemente más ancho. Coloca la mano en su hombro a modo de disculpa e inicia su recorrido hacia nosotros.

—Será solo un momento —dice Víctor repentinamente cerca de mi boca. Estrecha su brazo alrededor de mi cintura e introduce una mano bajo mi pelo para acariciar mi nuca. Yo, agradecida por el contacto, echo la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y abro mi boca esperando la suya. Su lengua es la primera en rozar mis labios, se introduce en mi interior acariciándome. Nuestros labios se unen perezosamente y no puedo evitar gemir de alegría. Muerdo su labio superior vengándome por la agonía que me ha hecho pasar durante horas y paso mis brazos por detrás de su cuello. En estos momentos solo somos Víctor y yo. No soy consciente de dónde estamos ni de si hay alguien alrededor, bueno, sí, de alguien, sí.

*Es mío guapita.*

Víctor succiona mis labios con fervor, pero aparta mis brazos de su cuello con sumo cuidado. Mantiene sus dedos entrelazados a los míos y a pesar de mis intentos por mantenerlo junto a mi boca, sus labios van poniendo fin a nuestro fugaz encuentro.

—Vuelvo enseguida —susurra en mi oído—. ¿Daniel?

—Ve tranquilo.

Víctor asiente y se marcha junto a mi peor enemiga. Me cae mal y no puedo evitarlo, tengo que saber quién es y qué ha habido entre ellos.

—Es Helenna Frye, trabaja con nosotros —dice Daniel como si eso consiguiese tranquilizarme.

—Hola, Daniel.

—Hola, Susan. ¿Te apetece una copa?

—Por qué no.

El camarero coloca nuestros vasos sobre unos sencillos cuadraditos de papel

blanco y desaparece eficiente.

—No está muy lleno esta noche.

—Es temprano.

—Disculpa por lo de la otra noche, intenté que no te llamara.

—No pasa nada, tampoco me sorprendió.

Le miro de reojo y me compadezco de él. Está en desventaja y eso no es justo.

—Daniel, lo sé todo.

—¡No! —grita eufórico.

—Me temo que sí.

—¿Y estás aquí? —Levanto los hombros ante lo obvio—. ¿Así que es verdad, eres tú?

—¿Yo qué?

—Qué injusta es la vida, me pregunto qué habrá hecho este hombre para merecer una preciosidad como tú.

—Eres un ligón implacable. —Río.

—Sí, aunque contigo no me sirve de nada.

—Nunca tuviste ninguna oportunidad.

—Hubo un instante, un brevísimo instante, que te tenía.

Nuestras manos se rozan al dejar los vasos sobre la barra y el cuerpo de Daniel se tensa. Me mira fijamente y pone cara de susto, pero sé que está fingiendo.

—Dorados como el sol, preciosos. —Tuerce la boca—. Se acabó la charla.

—¿Daniel? —Los brazos de Víctor me sujetan desde atrás y besa mi cabeza.

—Estábamos pasando el rato, no te pongas puntilloso.

—No toques.

—Ha sido un accidente.

—No toques —remarca cada sílaba. Los miro perpleja.

—Susan, te daría dos besos antes de irme, pero quiero conservar mi cabeza unas décadas más.

—Mejor nada de besos, eres un hombre sabio —declara Víctor mientras apoya la barbilla sobre mi cabeza.

Daniel levanta la mano agitando el aire y desaparece entre la gente.

—¿Qué era eso? —pregunto ofendida.

—Recordábamos normas de conducta.

—Yo tengo amigos, ¿sabes?

—Imagino.

—¿Imaginas?

—Sí, imagino, no he dicho nada de tus amigos.

—¿Pero sí de los tuyos?

—Los míos son diferentes, todavía no pueden tocarte.

—Los signos de interrogación invaden mis neuronas de nuevo, Víctor, pensé que ya se habían acabado los misterios. —Frunce el ceño y coge mi mano.

—Vamos.

## Vampiros

Nos detenemos en la escalera que lleva hacia el piso superior y por consiguiente al Paraninfo. Víctor se acerca a uno de los vigías y habla unos segundos con él. Licántropo.

La música no me deja oír la conversación, así que me aferro a su mano y me arrimo con disimulo a su cuerpo.

—¿Dónde está Zac? —dice Víctor.

—En la Cuatro A.

—De acuerdo.

—¿Quieres que tramite una? —pregunta el fornido moreno de pelo rizado mirándome con sutileza.

—Todavía no.

¿Una qué? ¿Una tarjeta? Víctor tira de mí y juntos subimos la escalera. Daniel está apoyado en una de las mesas altas hablando con una pareja, nos mira y me guiña un ojo. Le sonrío, es inevitable sonreírle. Observo cómo Víctor pasa su tarjeta roja por el clandestino panel y al instante se abre. Una vez dentro, las luces se encienden iluminando el blanco e inmaculado pasillo.

—¿Qué hacemos aquí?

—Sacarte de dudas.

—Eso, ¿qué significa?

—Tienes que creerme y solo así lo harás de verdad.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. ¿Quiere morderme? Solo eso podría hacerme creer su historia al cien por cien. No quiero que lo haga. Ha dicho que no lo haría. No tengo la información necesaria. Debería preguntarle un montón de cosas antes de…

¡Oh cielos mi subconsciente ya da por hecho que todo es verdad!

—No te pasará nada.

—Pero yo… Víctor, yo no…

—Recuerda lo que te he dicho antes de entrar, mira —señala hacia la entrada, Daniel está apoyado en la pared corrediza—, en cuanto des un paso la puerta se abrirá y podrás irte.

Antes de poder reaccionar, Víctor se detiene ante una de las cortinas blancas. En la pared, por encima de nuestras cabezas, un número y una letra plateada indican que es la Cuatro A. La cortina está corrida ocultando el interior. Víctor la agarra y la desliza hacia un lado.

El grito que ansío no llega, se queda preso en mi interior oprimiendo mi alma.

Una mujer con la piel tan blanca como la nieve yace sobre la cama. Sobre ella un hombre delgado, de piel oscura y pelo muy corto acaricia uno de sus pechos mientras hunde su cara en el delicado cuello. Tarda bastante en notar nuestra presencia, o a mí me lo parece, o tal vez no le importe nuestra intromisión a pesar de parecer el acto más íntimo que he visto nunca. Cuando por fin lo hace, levanta la vista y me dedica

una intensa mirada. Roja, ardiente, pasional. Se incorpora unos centímetros separándose del cuerpo que se contonea suplicante para él. Dirige la vista a Víctor y le sonríe.

—Buenas noches, Zac —dice con absoluta tranquilidad el cuerpo que tengo al lado.

—Me alegra verte amigo, ¿buscáis compañía?

—Esta noche no, gracias.

—Como quieras.

La cabeza del tal Zac se mueve y me encuentro con sus rojos ojos de nuevo. Me sonríe exageradamente y con ese gesto muestra su perfecta dentadura. Retengo todo el aire en mis pulmones al distinguir los largos colmillos y la fina línea de sangre que se desliza por la comisura de su boca. Doy dos pasos atrás y la cortina vuelve a cerrarse.

Veo a Víctor, aunque no parece real. Él me mira fijamente, aunque no dice nada.

Doy otro paso atrás.

Es cierto. Todo es cierto.

Tapo mi boca con las manos y me obligo a respirar. Me centro de nuevo en ese hombre que ahora se me antoja un extraño y contemplo cómo se muerde el carnoso y rojo labio superior. Suspira y traslada la vista al fondo del corredor. Me giro instintivamente. Daniel, el moreno de ojos verdes y larga trenza abre la puerta. La oscuridad que hay tras ella y el sonido de la música me asustan. Doy un nuevo paso atrás, aunque en realidad no sé dónde voy.

Víctor pasa los dedos por su sedoso pelo y se mira los zapatos.

¡Cielos, no, mírame!

Miro a Daniel que sigue en absoluto silencio vigilando la puerta. Tampoco me mira, al igual que Víctor mantiene su vista en algún punto de suelo. Inconscientemente hago lo mismo en busca de respuestas.

Es cierto, todo es cierto.

El silencio que hay en ese austero pasillo me está partiendo en dos. He visto lo más impactante e increíble que alguien podría ver y necesito que me lo expliquen.

¡No! Ya sé lo que necesito saber para entender la imagen. Necesito contacto físico, que alguien me haga saber que estoy despierta, viva, que es real.

Me abrazo. Tengo frío.

Víctor me mira inquieto. Supongo que esperaba que a estas alturas hubiese salido corriendo. Sin embargo, el exterior se me antoja peor, allí no hay nadie que me arrope. No hay nadie que me haga sentir a salvo.

—Ahora no. —Escucho decir a Daniel.

Una mujer protesta, pero Daniel parece ignorarla. Lo miro y para mi sorpresa me guiña un ojo. Cielos, Daniel es un vampiro. La rigidez de mi cuerpo es incontrolable. Víctor da un paso hacia mí completamente perdido. Sé que necesita abrazarme y sé que no lo hace porque no quiere asustarme. No tengo miedo. De verdad que no. Mi reacción no se basa en el terror, sino en la comprensión de un hecho imposible.

Vampiros y licántropos… ¿en el mundo?

¿Desde cuándo?

¿Qué he hecho yo para merecer esta información?

¿Estoy capacitada para aceptarla?

Vuelvo a mirar a Víctor. Sus ojos caramelo me transmiten todo lo que yo necesito saber. Sigue siendo él, mi hombre, mi Víctor. Nada ni nadie puede reconfortarme salvo él. Sea lo que sea.

—Abrázame… ¿Por qué no me abrazas? —le grito desesperada.

Llega a mí tan rápido que no soy consciente de sus movimientos. Pasa un brazo por mis piernas y me eleva. Apoyo mi cuerpo en su duro pecho e inhalo su reconfortante aroma. Él besa mi cabeza y empezamos a movernos.

—Eres un cabrón con suerte. —Escucho hablar a Daniel a lo lejos.

Desde que Víctor me ha cogido en brazos mantengo los ojos cerrados. Solo quiero saber que estoy con él, que me abraza. Es cierto, todo es cierto, ya no hay ninguna duda. La mano de Víctor acaricia insistente mi pelo desde hace un buen rato. Creo que estamos sentados en algún lugar, no me importa, solo me interesa tenerlo a mi lado. Algo cubre mi cuerpo, seguramente una manta, y lo agradezco. Hago acopio de toda mi voluntad, Víctor necesita que le diga algo, ni imagino el tiempo que llevamos aquí en silencio, aunque con ello he tenido tiempo suficiente para volver a centrarme. No me asusta esta nueva realidad, ahora no, he podido recordar todo lo que hemos hablado y todo lo que yo ya había decidido antes de conocer la verdad y sé que en el fondo le creía. Sabía que eran seres especiales. Reconozco que la escena ha sido impactante, una cosa es leerlo e imaginarlo y otra presenciarla a tiempo real. Sin embargo, después de reproducirla una y otra vez en mi mente he decidido que era la imagen más sensual que he visto en mi vida. No tenía nada de terrorífica. Así que va siendo hora de dejar de esconderme y preocuparme por Víctor.

—Hola —susurro.

Estamos sentados en el sofá de su apartamento. Tiene la cabeza apoyada en el respaldo y la vista puesta en el techo. Está serio, muy serio, y no responde.

—Podrías haberme avisado.

—No habría resultado igual de efectivo —dice áspero y frío.

—¿Querías asustarme? —intento ser dulce, no le estoy reprochando nada solo quiero entenderle.

—Debía hacerlo.

Me deshago de la manta y me incorporo. Coloco una rodilla al lado de cada uno de sus muslos y me siento sobre sus piernas. Sujeto su cara con ambas manos obligándole a mirarme.

—¿De verdad pretendes que te deje?

—Ya te dije que esa no es una opción para mí, pero no podía consentir que arriesgases tu vida por no aceptar la gravedad del asunto.

—Pues déjame aclararte que lo que he visto ahí abajo ha sido muy sexy.

—Estás completamente loca. —Un extremo de su boca se eleva sutilmente y sé que ha recobrado el buen humor.

—¿Vas a besarme? —Levanta una ceja.

—No lo sé.

—Llevas todo el día torturándome —lloriqueo—, creo que me merezco un beso.

Sigue sin estar convencido de que estoy aquí conscientemente. No puede mirarme directamente y casi no me toca. Ha llegado la hora de hacer lo que nunca he hecho.

—Víctor, deja de preguntarte los motivos, no tienen importancia. Lo que de verdad importa es que nos hemos encontrado, tú y yo, me da igual lo que seas, ¿eres un vampiro? muy bien, yo, patóloga clínica. Me da igual. No importa lo que hagas o lo que me enseñes, jamás, nunca, te tendré miedo. Eres mío. No sé por qué siento esto, pero desde que te conozco sé que somos el uno para el otro, que estamos destinados, y quiero seguir a tu lado pase lo que pase. —Cojo su barbilla y le bajo la cabeza hasta verle bien los ojos—. ¿Tú no? Porque si tú sientes lo mismo debes dejar de hacer esto, confiemos el uno en el otro, hagamos que funcione.

—¿Ni después de todo esto vas a decirlo?

—¿Quieres oírlo?

—La verdad es que creo poder soportarlo.

Se acerca a mí y sus labios succionan los míos. Pone una mano en mi nuca y su lengua invade el interior de mi boca. Jadea y se aparta de golpe.

—Yo sí lo sé.

—¿El qué? —gimoteo en busca de sus labios.

—El motivo de tus sentimientos.

—Vale. Bésame.

—Mereces saberlo, luego seré todo tuyo.

Suspiro agotada. No quiero hablar, quiero besar, tocar, ser tocada, hacer el amor… sí hacer el amor.

—Los vampiros nos emparejamos de por vida. Podemos no encontrar jamás a nuestra pareja, pero si lo hacemos, se enlaza a nosotros con la misma intensidad que nosotros a ella. Mi olor te invita a confiar en mí, mi cuerpo crea sustancias que te causan placer, entre ellas mi saliva, mis sonidos, mi voz… todo te ayudan a entender que eres mía.

—¿Me estás diciendo que esto que siento no es real?

—No. Te explico que lo sientes más y más rápido porque yo te incito a ello. Pero si no te atrajese como tú a mí, no funcionaría. El sentimiento ha de ser mutuo.

—Me gusta que me hagas sentir más y más rápido.

Atrapo su boca arrebatadoramente y tiro de su pelo para evitar que se mueva. Sus manos se introducen por debajo de mi blusa de satén negra y suelta los clips de mi sujetador. Sus dedos surcan sinuosamente el camino hacia la copa de uno de mis pechos y acaricia la receptiva piel. Suspiro y muerdo su labio. Le he echado tanto de menos hoy, he necesitado tanto sus caricias y sus besos, he ansiado tanto sentirlo en mi interior que creo que con cualquier caricia me desharé en sus manos.

—Gracias, gracias por quedarte esta noche.

—¿Dónde quieres que vaya? —Beso su cuello fascinada con que aún permita que le toque—. El exterior parecía un abismo sin ti.

—Me he sentido tan solo… nunca me había sentido tan abandonado.

—Eso es porque no me abrazabas —confieso mi propia realidad.

Se levanta y me tumba en la cama. Se arrodilla a mi lado y me besa con lentitud. Se quita la camiseta negra que trajo ayer desde Detroit —parece que ha pasado un

siglo— y la tira al suelo. Se inclina de nuevo y mordisquea mi mandíbula hasta acabar chupando mi oreja.

—Víctor…

—Dame un momento, cielo.

Se aleja y resoplo frustrada. Escucho cómo abre la nevera y trastea por la cocina.

¿Estará bebiendo? Como no sé qué otra cosa hacer, me desnudo y me tumbo de lado a esperarlo. Aparece descalzo, luciendo su firme torso y con el botón del pantalón vaquero desabrochado. Contengo la respiración y aprieto los muslos. Es mío. Y según me ha dicho, solo mío.

—¿Te has alimentado?

—Sí —dice ignorando mi desnudez por completo.

—¿Por qué te escondes?

—¿Quieres verlo?

—Forma parte de ti, ¿no? Quizá sería útil tener un vaso a mano, así podría tocarte.

—Susan, no me preocupa la sed, me preocupa romperte un hueso.

Se tumba a mi lado y veo que saca un par de esposas del bolsillo trasero.

—Soy todo tuyo, sujétame al cabezal.

—¡¿Qué?!

—Te lo prometí. No me detendrán, pero si las rompo será el momento de parar.

—¿Ese es tu plan, atarte? Pensaba que esta opción era imprudente.

—Lo he meditado y no me parece tan mala idea, es sexy —Levanta una ceja— . ¿Quieres tocarme libremente sí o no?

—Acepto.

Estoy impaciente y nerviosa. Me siento sobre su abdomen y paso los aros por sus muñecas y luego por el cabezal de forja negro. Al inclinarme muerde mi pezón. Grito sorprendida, pero al instante recoloco mi postura para que pueda morder el otro.

Ya está, lo tengo prisionero y la imagen es puro pecado.

—Si sigues mirándome de ese modo tendré que romper las esposas y con ello mi promesa.

—Pues cierra los ojos. Eres mío y quiero contemplarte.

Poco a poco recorro el contorno de su cara con las yemas de mis dedos. Acaricio sus labios y deslizo mi dedo desde la barbilla a la base del cuello. Me tomo el lujo de lamer el recorrido que acaba de hacer mi dedo y saboreo su exquisito sabor.

Cierra los ojos, pero no se queja.

Con mis uñas surco la piel de sus hombros y bajo despacio por todo el brazo.

Acaricio las palmas de sus manos y luego cada uno de sus dedos. Parece tener una piel tan normal. Sigo mi exploración rozando las marcadas clavículas con mis pulgares, agasajo su pecho apretando mis manos sobre sus duros músculos. Me gustaría tanto lamer uno de sus pezones… lo hago. Es mío, ¿no?

Víctor gime y echa hacia atrás la cabeza, pero sus manos siguen quietas. Desplazo mi lengua formando un círculo alrededor y continúo hacia su ombligo. Gruñe cuando le muerdo, pero el metal de las esposas no hace ruido. Sujeto sus

caderas con las manos y lo miro fijamente. Tiene los ojos cerrados y parece estar muy concentrado. Sé que está haciendo esto para complacerme y también sé que si yo llevo necesitándolo todo el día no puedo ni imaginar cómo ha debido pasarlo él. Sin embargo, quiero tocarlo, y mucho, aunque no quiero que sea angustioso, tendremos muchas más ocasiones. Miro la erección que presiona bajo el pantalón y tomo una decisión. No voy a torturarle más con mis caricias, pero esto me lo merezco. Empujo la cinturilla hacia abajo y con su ayuda consigo dejarlo completamente desnudo. Eso es, aquí es donde pretendía llegar desde hace días. Me agacho y soplo sobre su ingle preparándole. Lamo la punta de su gran erección y luego desciendo hacia la base. Levanto la vista para comprobar cómo está y lo veo mirándome fijamente. Alentada por el calor de sus ojos introduzco su pene en mi boca, con calma, disfrutando del codiciado momento.

—Susan…

Retrocedo y mientras lo hago acaricio su aterciopelada piel con mis labios y antes de que abandone mi cavidad por completo vuelvo a introducirla, esta vez más al fondo.

—¡Susan!

Lo miro, tiene los ojos cerrados y los puños apretados. La tensión de sus brazos es evidente y las esposas lo sujetan a duras penas. Sin embargo, no se han roto, y esa era la señal, así que repito el movimiento esta vez acompañándolo de mi lengua. Jadea. Aprieto más mis labios y aumento el ritmo sorprendida de que hayamos llegado tan lejos. Dobla las rodillas y tira de sus sujeciones. No quiero mirarle, quiero concentrarme en saborearle y en estar atenta al crujido del metal. Sus piernas me rodean con fuerza, en estos momentos soy su prisionera jamás podría zafarme de esa presión. Acaricio de nuevo la sedosa punta mientras tomo aire y de una embestida se introduce en mi boca. Aprieto mis labios en su base y jugueteo una y otra vez haciendo círculos con mi lengua. Sus piernas desaparecen de mi cuerpo y el sonido del metal al romperse hace que interrumpa mis movimientos.

Me incorporo temerosa de haberlo estropeado todo. Las esposas cuelgan del cabezal, pero Víctor no está.

¿Dónde está?

Una pesada mano cae sobre mi espalda obligándome a inclinarme. Estoy a cuatro patas y el calor de su cuerpo llega abrasivo desde atrás. Una mano acaricia mis nalgas y separa mis piernas. Los largos dedos de Víctor tocan el vértice de mis muslos…

—¡Ahh! —grito al sentirlo dentro de mí.

Se queda quieto mientras sus manos acarician mis caderas y mi abdomen. Noto su lengua desplazarse por mi columna vertebral mientras un brazo me rodea con fuerza por la cintura.

—Yo te sujeto —dice sobre la piel de mi espalda—, confía en mí cielo, yo te sujeto.

Me levanta y me apoya contra su pecho. Aparta mi pelo y besa mi cuello con languidez. Cuando mi cuerpo se estremece empuja, fuerte, duro. Echo la cabeza hacia atrás en busca de apoyo y me dejo caer en su hombro. Un gutural sonido se escapa desde lo más profundo de su garganta y presiona sus labios contra mi yugular. Empuja de nuevo. Gimo. Me sujeta con más fuerza.

—Tiene que ser así, ¿vale? —asiento—. Eres demasiado complaciente. —Empuja contundentemente y empieza de nuevo con un ritmo frenético.

Mi cuerpo es invadido de la forma más posesiva que podría haber imaginado nunca. Los agresivos movimientos hacen que pierda el control de mi organismo, pero no me hace daño, no, todo lo contrario, el calor nace desde mis entrañas y se extiende a cada poro de mi piel. Creo que voy a estallar en cualquier momento.

—Eso es Susan, siéntelo, es todo tuyo, solo tuyo —susurra en mi oído.

Y tras sus palabras me dejo llevar y el éxtasis se expande por todo mi ser. Víctor grita mi nombre cautivado por el orgasmo y al instante mi cuerpo vuelve a reaccionar sucumbiendo a su propio placer.

—¿Te he hecho daño? —pregunta mientras me tumba sobre la cama.

—No.

—Me encanta tu boca. —Me besa lujuriosamente y yo lo recibo rodeándole por la nuca—. No podía hacerlo de otra forma, lo siento.

—No lo sientas, ese eres tú y me encanta.

Muerde mi labio y tira de él. Se coloca entre mis piernas y posa una mano sobre mi pecho.

—Me tienes fascinado, de ningún modo pensé en tenerte aquí esta noche y menos desnuda.

—Eso es porque te quiero.

—¿Me quieres? —grita entusiasmado—. ¡Me quiere! —Se arrodilla y mira al cielo con los brazos ligeramente elevados—. ¡Dios mío, Susana Levinson me quiere!

—Bueno sí, ya basta, no hagas que me arrepienta.

—Se te ha escapado. —Ríe completamente feliz—. Reconócelo. —Me mira con un brillo en los ojos que me hace reír a mí también.

—Sí, se me ha escapado, pero ha sido por culpa de tus triquiñuelas vampíricas.

Cae de nuevo sobre mí, con el codo a un lado de mi cuerpo y la otra mano colocando el pelo que tapa mi frente.

—Y yo a ti —musita antes de darme un besito en la punta de la nariz.

—Lo sabías hace tiempo.

—Sí, pero quería oírlo después de que conocieras la verdad, antes no servía para nada.

—Pues ya lo sabes, te amo con toda mi alma.

Me besa y baja despacio la mano hacia el vértice de mis muslos. Acaricia el pequeño botón y luego introduce un dedo en mi interior.

—Eres un regalo, Susan. Llegas justo cuando ya no te esperaba. —Muerde mi barbilla—. Te amo desde que te subí en ese puto taxi. Verte marchar ese día me partió en dos. —Tira de mi pezón—. Toda la eternidad no será suficiente para agradecerte que no me dejarás alejarte de mí.

Introduce otro dedo y los gira en mi interior. Me agarro de las sábanas y arqueo la espalda.

—¿Qué quieres que hagamos, Susan? —Muerde mi pezón.

—Quiero hacer el amor contigo, ahora.

—Veremos qué se puede hacer. —Vuelve a morder mi pezón mientras saca los dedos de mi interior e introduce su erección. Despacio, con mucho cuidado y

sosiego—. Esto es muy malo para mí, Susan… aumenta mi sed y mis ganas de marcarte.

Mueve las caderas sinuosamente y le rodeo con las piernas. Pero entiendo el mensaje y levanto los brazos por encima de mi cabeza. Me mira y sonríe. Coge una de mis manos y la acerca a su boca para depositar un beso en la palma. La coloca sobre su nuca y se acerca para besar mis labios. Sus movimientos son tan sensuales que creo que podría pasarme así toda la noche.

—Es tu noche, te lo prometí.

Paso lo dedos de la otra mano entre los mechones de su pelo y acaricio sus labios con el pulgar. Atrapa mi dedo entre sus labios y muerde. Sus movimientos se notan ligeramente más intensos. Más arraigados a mi cuerpo. Acaricia mi muslo y cuela sus dedos por mi nalga. No… no puedo estar toda la noche. Su pulgar presiona mi clítoris y de pronto el mundo desaparece dejándome a solas con todas mis sensaciones y emociones. Quiero gritar. Quiero que el mundo sepa que soy completamente feliz. Que estoy perdidamente enamorada de un vampiro.

## Hombres Lobo

El aroma a flores me despierta. Abro los ojos con pereza y la piel de mi cara se estira al no poder controlar una enorme sonrisa. Levanto los brazos para desentumecer los músculos y algo suave y delicado resbala por mi piel hasta caer sobre la sábana. Son pétalos rojos, montones de pétalos esparcidos sobre la cama. Apoyo el peso sobre mis codos y, al incorporarme, la sábana resbala y deja ver una gigantesca rosa entre mis pechos. La cojo y hundo la nariz en ella. Es enorme. Nunca había visto una rosa tan grande. Su olor es intenso y su tacto aterciopelado, es sublime. Levanto la vista y centro la atención en el hombre que me observa desde los pies de la cama. Alto, fuerte, con el pelo mojado y el pecho desnudo. Lleva puesto un pantalón de algodón negro que se aferra a sus caderas de una forma muy sexy y una toalla blanca descansa sobre sus hombros. No se mueve, ni pestañea, tan solo me observa con esos ojos color caramelo con los que puede traspasar mi piel. Las mariposas de mi estómago revolotean inquietas y ni tan siquiera me ha hablado. Cierro los ojos e inspiro otra vez el delicioso aroma de mi rosa. En estos momentos todo parece un sueño, me parece increíble que Víctor sea un vampiro y, sorprendentemente, me parece más increíble que le ame. La puerta secreta de mis fantasías se abre y me veo salir de puntillas con un sexy camisón. Camino a hurtadillas por un pasillo interminable y abro la puerta de la cual creía no poseer llave. Y allí está él, desnudo sobre la butaca roja con una copa de champán en la mano. Sí. Puedo hacerlo. Puedo amarlo perfectamente. De hecho, creo no tener más remedio. Quiero disfrutar de él el resto de mi vida.

—Eres un romántico —le digo mientras gateo hacia él.

—Lo prometido es deuda.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Importa? —Levanta un ceja.

—No mucho, aunque me intriga.

—Estoy rodeado de seres muy rápidos y eficientes.

—¿Los usas para tus recados?

—Sí, si saben cómo ayudarme, solo Julián sabe dónde compra esa comida china tan deliciosa.

—¿Le pediste a un empleado que nos trajera la cena?

—Es un compañero, nos ayudamos. —Mueve los hombros con despreocupación—. ¿No quieres dormir un poco más? Son solo las cuatro. —Tiro de la toalla para acercarlo a mí.

—No sin ti. —Le beso y él me abraza, aunque no se mueve—. ¿Ocurre algo?

—No. —Inicia un nuevo beso y yo me incorporo para aferrarme a su cuerpo.

Brazos y piernas enredados en un duro bloque de carne.

—Ven a la cama conmigo —susurro.

Está muy serio y a la vez tierno. No tengo ni idea de lo que le debe rondar por la cabeza. Por un instante pienso que va a negarse a hacerme compañía en la cama, pero tras deslizar su mano hasta la base de mi espalda se inclina y me tiende sobre el lecho

de pétalos. Mete una pierna entre las mías y apoya su peso sobre los codos. Muerdo su mandíbula y araño con cuidado la piel de sus brazos. Víctor cierra un segundo los ojos y al abrirlos de nuevo veo el fuego que guarda en su interior. Arden en llamas, casi se han vuelto rojos. Recuerdo a Zac la noche anterior y todo vuelve a encajar en mi saturada mente.

—¿De verdad existes? —le pregunto al oído.

—¿Tú qué crees? —contesta presionando su erección contra mi entrepierna.

—Vaya… ¿así que tengo mi propio Edward Cullen?

—Algo parecido —lame mi cuello—, aunque sin brillos y con muchísimo menos glamur.

—Daniel posee muchísimo glamur. —Jugueteo con su oreja.

Víctor gruñe. No es un gruñido provocado por el placer, ni siquiera podría describirlo como un gruñido humano, es un ruido animal y posesivo, y como todas sus peculiaridades, me excita.

—No hables de Daniel cuando estás desnuda en mi cama.

—¿Celoso?

Saca la cabeza de entre mis pechos y me mira con las pupilas dilatadas y los labios estirados en una tensa línea. Me gusta ponerlo celoso, es erótico. Gruñe de nuevo y al hacerlo puedo entrever lo que parecen dos colmillos. ¿Qué le ocurre? Nunca lo había visto así. Aunque nunca antes sabía lo que sé ahora. Atrapa mi boca entre sus labios y me besa con ardor. Bajo mi sorpresa, sus colmillos no me rozan ni una sola vez.

—No —dice sobre la piel de mi cuello—. Pero no es bienvenido en mi cama.

—¿Vas a morderme?

—No.

—¿Nunca? —Soy consciente de que sueno más decepcionada que aliviada.

—Mmmm, no lo sé.

—Pero bebes sangre —constato lo que ya me ha dicho.

—Soy un vampiro —reafirma él.

—¿Morderás a otras?

—No, si tú no quieres. —Atrapa mi pezón entre sus dientes y tira de él.

—¿A otros? —digo sofocando un grito.

—Está un poquito preguntona, señorita Levinson.

—Es que no termino de creérmelo, pareces tan… normal.

—Eso es porque te he enseñado mi lado más normal. —Vuelve a mirarme, es consciente de que sus ojos no son como siempre—. Y déjame añadir que en mi opinión no es normal en absoluto.

—¿Qué pasaría si me dejaras ver el lado menos normal?

—Te divertirías…

—Quiero verlo —le interrumpo.

—Déjame acabar. —Me da un tierno beso en los labios—. Te divertirías, es una vida entretenida, pero yo sufriría mucho.

—¿Por qué?

—Porque no estás preparada, no quiero espantarte. —Acaricia el contorno de mi pecho.

—Eso es contradictorio, además, ¿cómo sabes si estoy preparada o no?
—Es impactante.
—¿Más que ver cómo desangran a la gente?
—Si te muestro mi verdadero yo, puede que pienses que soy un monstruo, un mutante —mordisquea mi hombro— es pronto.
—No es justo que uses eso en mi contra. —Levanto la pierna y la coloco sobre su espalda.
—Perdona, no ha sido malintencionado. —Acaricia mi cara con cariño y toma aire exageradamente—. Olvida todo lo que he dicho, estoy intentando poner excusas cuando la verdad es que soy yo el que no está preparado. Me obsesiono pensando que quizá no te gusta lo que ves, que si lo ves todo…
—¿No confías en mí?
—No termino de creérmelo —me imita—, no puede resultarte tan fácil.
Traslado las manos a su cara y lo acaricio con los pulgares.
—He visto tus colmillos —le confieso.
—Lo sé, pero no me refiero a eso. Hay mucho más detrás de estos ojos y esta dentadura. —Levanta el labio y me enseña unos pequeños caninos más afilados de lo normal.
—¿Qué te ocurre?
—Te deseo. —Levanta una ceja.
—¿Y por qué hablamos?
—Porque has mencionado a Daniel y estoy intentando calmarme.
—Era una broma, me gusta provocarte.
—No me importaría jugar en otras circunstancias. —De repente caigo en la cuenta.
—¿Qué deseas de mí exactamente?
—Todo.
La promesa impresa en esas palabras me hace arquear el cuerpo en busca del suyo. ¿Será tan placentero como dice? Tal vez podría pedirle que lo hiciese… No, todavía necesito más información. Aún no puedo tomar una decisión tan importante.
—Víctor… ¿puedes quitarte esos pantalones y acabar con esto de una vez?
—Si lo hago vas a tener que mantener tus manos quietas.
Inmediatamente las subo por encima de mi cabeza y bajo mi pierna de su espalda.
Sonríe y sin ningún tipo de preámbulo baja hacia el vértice de mis muslos y posa un carnal beso sobre mi sexo.
—Preocupantemente obediente.
—Complaciente, diría yo—musito.
—Podría morderte aquí —vuelve a besarme—, y hacer que lo olvidaras.
—No hagas eso, por favor. —Los dedos de mis pies se encogen al sentir sus labios sobre mi carne.
—Es tentador, pero tranquila, solo fantaseaba.
—No quiero que hurgues en mi cabeza.
—Ya te lo he dicho, si algún día lo hago —atrapa la sedosa piel entre sus dientes un segundo— será porque tú quieras recordarlo. —Saca la lengua y me lame con

parsimonia.

—Víctor. —Arqueo la espalda—. ¿Es muy importante para ti?

—Sería exquisito. Aunque te prometo que puedo vivir con una negativa.

Me relajo y dejo que obre su magia en mi cuerpo. La idea de que me muerda todavía me resulta extraña. No me preocupa que lo haga sin mi permiso, pero sí el hecho de que pueda sufrir por no hacerlo. Parece sincero cuando dice que no lo necesita y la verdad es que esta es la primera vez que menciona algo parecido, tal vez está más ansioso de lo habitual, de ahí su tenso comportamiento. Noto sus dedos recorrer el interior de mi muslo…

Un pitido continuo resuena de repente por el apartamento.

—Mierda —masculla.

Víctor, afectado por la interrupción, se levanta a toda prisa y se dirige hacia la mesita del comedor. Con un mando apaga lo que parece ser un sistema de alarma mientras llama a alguien con el teléfono móvil.

—¿Qué ha sucedido? ¿Estáis seguros? ¿Dónde?

Antes de tenerlo de rodillas a mi lado se ha puesto una camiseta y unos zapatos de deporte.

—Vuelvo enseguida, cielo. —Me da un casto beso en los labios—. Intenta dormir un rato.

—¿Qué pasa?

—Un problema en un reservado —se incorpora y me echa la sábana por encima—, por favor, no salgas de aquí.

Nada más cerrar la puerta me pongo en pie. Me visto a toda prisa y me dirijo a la puerta con la esperanza de que no la haya cerrado. ¡Bingo! Asomo la cabeza discretamente, el pasillo está a oscuras, ¿qué habrá pasado? Quizá tiene que ver con el vampiro de piel oscura y ojos rojos…

La puerta del ascensor se abre y la esbelta pelirroja vestida de cuero se convierte en un borrón al correr hacia mí. Me escondo tras la puerta y respiro aliviada cuando pasa de largo. Movida por una curiosidad morbosa más que científica salgo a la negrura. El frío del suelo en mis pies y el absoluto silencio me ponen los pelos de punta. No hay nadie. La luz del ascensor al final del pasillo me invita a seguir adelante. Entro y pulso uno de los dos botones, el de abajo, por un momento creo que no se moverá, pues no tengo tarjeta VIP, pero bajo mi asombro la puerta se cierra y un ligero respingo me advierte de que he iniciado el descenso. Tiene lógica, el que baje solo puede hacerlo si ha subido con su pase rojo.

Antes de que el ascensor abra su puerta por completo las elevadas voces de varias personas me incitan a pensar unos instantes. ¿Estoy actuando correctamente? Víctor no quería que saliese de su apartamento.

—¿Qué coño has hecho, Logan? —pregunta Víctor.

—¡Joder, Mclise, no es asunto tuyo!

—¡¿Que no es asunto mío?! —Escucho un golpe seguido de un quejido.

—¡No! —Parece más el lamento de un animal que el de una persona—. ¡Es mi puto problema!

—Y el de ella, ¿no crees? —los gritos del que creo es Daniel me obligan a salir de mi escondite.

El pasillo está iluminado y todas las impolutas cortinas cerradas.

Todas, salvo una. De forma inconsciente mis pasos me dirigen hacia allí.

—¡Basta! —brama Víctor de nuevo—. ¿Dónde coño está Frey? No nos queda tiempo.

—¿Tan grave es?

—Se nos va, Daniel. Hay que hacer algo.

A dos o tres metros del reservado apoyo la espalda contra la pared. Me obligo a respirar rítmicamente y espero a tener controlado el pulso.

—¡Daniel, yo no puedo… Joder… date prisa!

La desesperación de Víctor me impulsa a dar los pasos que me faltan y lo que observo nada más centrarme en el umbral de la puerta me clava en el suelo. Víctor sostiene la cabeza de una mujer con cuatro largas y profundas heridas en su torso. Daniel corre hacia ella mordiéndose su propia muñeca, o eso creo, porque no logro distinguirlo con claridad, y tras él, lo que parece ser una bestia enorme y despiadada. Antes de que Daniel toque el suelo con su rodilla, la bestia intenta apresarlo por detrás, pero un bulto increíblemente rápido lo empuja contra la pared.

—¡No la toques! —exige el feroz animal—. ¡No te atrevas a poner tu asqueroso olor en ella!

Víctor lo sujeta ejerciendo presión en su cuello con un brazo y con el otro presionando su pecho. La bestia, más clara ahora ante mis ojos, mide al menos dos metros, posee letales garras y una prominente dentadura con las que intenta herir a su agresor.

Daniel ofrece el espeso líquido bermellón que brota de su muñeca a la bellísima morena de melena rizada. Los guturales rugidos del animal me sobresaltan.

—¡Voy a matarte, cabrón! —Daniel ni se inmuta, sigue alimentando a la víctima con su propia sangre—. ¡Es mía!

—Cállate, hijo de puta —exige Víctor—. Te advertí, Logan, te advertí de lo que pasaría si volvías a tocarla.

—¿A ti qué coño te importa? ¡Es mía!

—¡Eso no te da derecho a dañarla!

Vuelvo a fijarme en la aterradora escena. Víctor parece tener dificultades para mantenerlo inmovilizado. Tiene una pierna más avanzada que la otra y las rodillas ligeramente flexionadas. Le gruñe y la bestia le contesta. En ese instante se gira y cruza la vista con la mía. Sus ojos son de un rojo intenso, como los de Zac, y sus colmillos, más largos que los que yo he vislumbrado minutos atrás, son pequeñas dagas preparadas para dañar. Gruñe y niega con la cabeza. Bajo la vista intimidada por su notable enfado. Una sombra cruza la habitación profanando gritos.

¿Daniel?

Un enorme bulto cae al suelo. Víctor está boca abajo con la cara pegada en el suelo y la rodilla del gigante sobre su espalda. Daniel intenta liberarlo a base de patadas porque la bestia parece haberse convertido en una bestia de verdad. Más alta y ancha, con más garras, más dientes, más fuerza… Daniel cae de culo a mi lado y ni aun así me muevo.

El animal se dirige hacia la mujer y la rodea con sus fuertes brazos emitiendo un ensordecedor lamento. Mira a los dos vampiros que ya corren hacia él y, bajo mi asombro, la estampa contra la pared que delimita la estancia. El cuerpo inconsciente de la preciosa desconocida cae al suelo sin que nadie pueda hacer nada. Los dos vampiros cuelgan de los hombros del despiadado animal y un grito de dolor surge de su garganta. Trozos de carne caen al suelo a una velocidad de vértigo. La sangre empieza a teñir el inmaculado blanco, una mata rojiza de pelo pasa por mi lado y corre hacia la morena que yace en el suelo…

—¡Frey! —la voz de Víctor suena lejana en mi cabeza—. Ocúpate de Susan.

El brillante rojo se acerca despacio a mí. Incapaz de moverme solo me queda gritar.

—¡Aléjate de mí!

—Susan, tranquila —susurra ella—, voy a llevarte arriba.

—¡No! —La miro fijamente—. ¡Aléjate de mí!

Víctor y Daniel tienen al monstruo bajo sus rodillas mientras le esposan las muñecas. Víctor me mira de reojo y le hace un ligero gesto a Daniel con la cabeza. Desaparece, pero yo solo puedo mirar a Víctor, sentado sobre la espalda del extraño hombre muerde repetidamente su cuello. La pelirroja aparece a su lado y le ayuda a dar la vuelta al cuerpo inerte. Le posa una mano en el hombro, pero él no la mira, se concentra en los ojos de su presa.

—¿Susan? —Miro la mano que Daniel me ofrece—. Vamos, preciosa, te acompaño arriba y nos tomamos unos gin-tonics.

—Aléjate de mí —le murmuro, no soy capaz de gritar a Daniel, a él le conozco.

—Susan… es mejor que salgamos de aquí, Víctor estará más tranquilo.

—La ha matado, esa bestia la ha matado.

—Vamos, nena, necesito un trago en buena compañía. —Pone una inofensiva mano sobre la mía y es como si me clavase un puñal.

—¡No me toques! —Toda la fuerza y entereza de las últimas horas se esfuman y entro en pánico—. ¡Aléjate de mí! ¡Vete! —gimoteo—. ¡Márchate!

Cierro los ojos intentando tranquilizar el ritmo de mi corazón, quiero desmayarme, pero el shock no me permite ni hacer algo tan sencillo. Quiero irme de aquí… que alguien venga a buscarme y me lleve a un lugar seguro.

—Cielo, mírame —la voz suplicante de Víctor parece un murmullo lejano.

—No quiero que se acerquen a mí —sollozo. Abro los ojos y veo que Víctor y Daniel mantienen las manos levantadas con gesto inofensivo.

—Todo ha pasado, no hay nada que temer.

—Esa chica… esa pobre chica. —Me ahogo en mi propio llanto.

—Se pondrá bien —dice Daniel totalmente convencido.

—Pero…

—Susan —me interrumpe Víctor—, déjame llevarte arriba, por favor.

La voz entrecortada de Víctor y el latente desasosiego de su mirada hacen que lo mire de verdad por primera vez. Ya no hay sangre en sus ojos, ni desgarradores colmillos, solo está Víctor. Mi Víctor. Mis rodillas ceden y todo el peso de mi cuerpo se desploma sobre mis manos. La cortina de pelo rubio me ofrece un pequeño espacio

de intimidad permitiéndome ocultar los temblores.

—Ya estoy aquí —me susurra Víctor mientras aparta mi pelo y me recoge entre sus brazos—, ya estoy aquí…

Durante el camino de vuelta a su apartamento solo soy consciente de sus suaves besos y de su fuerte abrazo. No puedo contar con exactitud qué ha pasado bajo el amparo de sus paredes, únicamente tengo el vago recuerdo de una cálida ducha aun en sus brazos y del sabor de un humeante líquido descender por mi boca, tal vez una infusión. Ahora soy consciente de los brazos de Víctor sobre mi espalda y de su duro pecho bajo mi cara. Unos labios rozan mi cabeza ofreciéndome otro beso y, al instante, un profundo suspiro. Es el mismo cántico que llevo escuchando desde que Víctor cerró la puerta.

Beso, suspiro, beso, suspiro…

Mis ojos empiezan a ceder al cansancio. Beso, suspiro, beso, suspiro…

—Te amo, Susan. —Beso, suspiro.

## Huevos con beicon

Víctor está sentando a la mesa de la cocina, en el punto exacto donde me tiene a la vista, con una taza y un plato de huevos con beicon frente a él. Saco mis piernas de la cama y busco mi ropa. No la encuentro, pero a los pies de la cama hay una camiseta negra, un pantalón vaquero y un conjunto de ropa interior de encaje blanco. Todo con etiqueta. Me visto lo más rápido que puedo y tras peinarme con los dedos me acerco a la mesa. En cuanto me ha visto alzar la cabeza se ha puesto en pie y ha preparado un café con leche y unas tostadas. Todo está sobre el mantel individual que hay delante del suyo. Tomo asiento algo intimidada por el silencio de Víctor. Está leyendo el periódico mientras da pequeños sorbos a lo que seguro es un café solo. Muerta de hambre doy un bocado gigante a la tostada untada con mantequilla y mermelada de arándanos.

¿Qué puedo decirle para romper este incómodo mutismo?

Le miro por encima de mi taza. Está tan guapo cuando se enfurruña. Tiene los labios ligeramente fruncidos y el pelo revuelto. De vez en cuando aparta la vista de su lectura y se cruza con mi mirada, pero me ignora a la perfección. Estiro la pierna por debajo de la mesa y rozo su pantorrilla con mi pie descalzo. Me mira un instante y cambia de página. No ha apartado la pierna, sonrío un poco más confiada.

—¿Por qué yo no como huevos con beicon? —Intento romper el hielo.

—Te gustan las tostadas —dice categórico.

—Y los huevos con beicon.

Deja el periódico sobre la mesa y se dirige hacia la nevera. Observo cómo coge un par de huevos y un paquete de beicon y coloca una sartén sobre la vitrocerámica.

—No es necesario, solo pretendía romper el silencio. Las tostadas son perfectas.

A los pocos minutos tengo frente a mí un plato idéntico al suyo. Se sienta de nuevo y antes de que pueda empezar a comer le cambio el plato. El suyo debe estar frío y en el fondo yo no lo quería. Me mira extrañado, muy serio, imperturbable.

—¿Estás enfadado por lo de anoche?

—No estoy enfadado.

—Lamento haber bajado, debería haberte hecho caso y quedarme aquí.

—Bueno, eso ya no tiene remedio, quizá haya sido mejor así.

—¿Qué pasó?

—Come, tengo trabajo que hacer y quiero acompañarte a casa.

—¿Puedo tocarte? —le digo mientras tanteo de nuevo su pantorrilla con mi pie.

—Nada me haría más feliz.

Clava sus ojos en los míos, ¿es sorpresa eso que atisbo en ellos? ¿Por qué se sorprende de que quiera tocarle? Siempre quiero tocarle. Me levanto a toda prisa y me siento en su regazo. Lo abrazo con fuerza apoyando la cabeza sobre su pecho. Necesito sentirlo, saber que es real. Desabrocho uno a uno los botones de su camisa gris permitiéndome el lujo de tocar su piel con la punta de los dedos. Paso los brazos por debajo de la tela y acaricio su espalda mientras beso su torso de piedra. Víctor me

deja actuar en libertad, aunque no me toca. Mi piel ansia sus caricias, necesita nutrirse de cálidos roces. No quiero que siga enfadado. Me quito la camiseta y pego mi cuerpo al suyo. Se pone rígido, pero no se aparta.

—¿No vas a abrazarme?

—No me gustaría perderte. Susan.

Sus palabras me asombran tanto como me dañan. ¿Pretende dejarme? Tal vez por eso no me toca. ¿Tan imperdonable ha sido mi error? Y si no es así, ¿qué le obliga a hacerlo?

—¿Qué significa eso? —Le sujeto la cara con ambas manos.

—Estabas tan asustada…

—¿Te parezco una mujer asustada ahora mismo? —Le beso y muerdo su barbilla.

—No. —Atisbo algo parecido a una sonrisa.

—Entonces no hay más que hablar, bésame.

—¿Y cuándo salgas ahí fuera y veas a Daniel o a Frey? Ellos forman parte de mi mundo Susan, son como yo.

—Todo sigue igual, nada puede cambiar mis sentimientos por ti. Ayer me asusté, es cierto, pero supongo que puedo permitirme un pequeño colapso después de todo lo que he descubierto.

—No quería que nos vieses así tan pronto.

—Lo sé y lo siento.

—Cuando te olí deseé salir de allí de inmediato, casi pongo en peligro a Daniel.

—No volverá a pasar te lo prometo, haré lo que me pidas.

—¿De verdad no vas a salir corriendo? —Niego y le doy un besito en la línea del cuello, se estremece—. ¿No te asustan mis cambios?

Le contesto del mismo modo. Una diminuta expresión de alegría se dibuja en su cara. Acaricia mi pelo y lo coloca detrás de la ojera. Se acerca a mi boca y me besa lentamente. Roza mi espalda con sus dedos y con destreza desabrocha el sujetador.

—¿Vas a comerte los huevos? —Levanto las cejas y sonrío con picardía—. Eres una perturbada, ¿lo sabes verdad?

—Es posible.

De un manotazo tira los platos al suelo y me sienta sobre la mesa. Estira de los tirantes del sujetador hasta quitármelo por completo y lame uno de mis pezones.

—Dímelo, cielo —murmura sobre la piel de mi cuello.

—¿El qué?

—Necesito oírlo, dímelo una vez más. —Atrapa mis labios con su boca y me besa con vehemencia.

—Te quiero, ¿es eso lo que quieres oír? —jadeo.

Mete las manos por la cinturilla del vaquero y tras recorrer con los pulgares la piel de mis caderas lo desabrocha. Sus largos dedos penetran por debajo del encaje acariciando la fina línea de vello de mi entrepierna y haciéndome contener el aire.

—Sí —suspira—. Tienes que aprender a decirlo, necesito que reafirmes tus sentimientos en momentos como este, necesito saber que sigues siendo mía en cuerpo y alma.

Enredo mis dedos en su pelo y tiro ligeramente de él para que me mire. Sus

profundos ojos marrón claro brillan llenos de deseo. Humedece sus labios con su sensual lengua de un modo provocador.

—Te amo, siempre seré tuya —confieso sin ningún tipo de miedo o pudor.

De inmediato, Víctor se levanta y se recuesta sobre mí haciéndome apoyar la espalda sobre la mesa. Se deshace de mis pantalones y mis bragas, y luego se desnuda él.

Abre mis muslos con sus caderas rozándome con su erección. Chupa uno de mis pezones y luego tortura el otro. Sus manos amasan mis muslos y mis nalgas y, de vez en cuando, unos dedos rozan la sedosa piel de mi sexo.

—Eres preciosa. —Acaricia mis pechos con suavidad y luego lo prolonga hasta la ingle.

—Me gusta que me toques.

—Y a mí tocarte.

Introduce su lengua en mi boca y juntos danzamos en un apasionado beso. Víctor roza tenuemente toda mi piel. Luego hace el mismo recorrido con su boca hasta que finalmente ambos, boca y dedos, se unen en mi sexo. Arqueo mi espalda en busca de más y no me decepciona. Sus dedos estimulan mi mundo interior mientras su lengua destruye mi entereza. Mis sensaciones fluyen libremente provocando una intensa oleada de placer.

Grito el nombre de Víctor reclamándolo. Cierro los ojos complacida cuando su erección se introduce en mi cuerpo lentamente, centímetro a centímetro. Él rota sus caderas despacio y se detiene el tiempo necesario para provocar que el siguiente movimiento sea más intenso. Esta vez es todo muy tranquilo. Despacio. Una lenta y dulce tortura que hace que me vuelva adicta. Toma de nuevo mi boca y aprieta mis pechos entre sus manos a la vez que sus pulgares miman mis pezones. El calor invade mi cuerpo instándome a fundirme entre sus brazos. Me resisto. Quiero más.

—Déjate llevar, cielo.

Abrazo su cintura con mis piernas y araño sus brazos. No quiero que acabe. Me gusta esto, me gusta hacer el amor con Víctor.

—Vamos, Susan, confía en mí, siéntelo.

Retrocede y al instante me invade de nuevo con exagerada lentitud. Mi mente cede a la fuerza arrolladora de mi cuerpo y explosiono con la fuerza de un volcán.

Abro los ojos y contemplo al espécimen que me ha regalado la vida. Me sonríe con verdadero cariño, mientras acaricia mi cara y coloca los mechones rebeldes de mi pelo. Lo siento grande y duro en mi interior.

—¿Otra vez? —Levanta una ceja.

—Sí —suspiro.

Repite el relajado proceso anterior y poco a poco el calor retoma posiciones. Me arden las mejillas y las piernas empiezan a flaquear, pero nada ni nadie hará que prescinda de otro orgasmo como el de antes. Víctor se incorpora y, como si pudiera leer mi mente, me agarra por los muslos. Se deleita saliendo y entrando de mi cuerpo de un modo calmado, dejándome sentir toda su larga erección. Traslada una mano sobre mi pubis y acaricia con el pulgar el pequeño y sensible botón del placer.

Joder…

—Víctor.
—Mmmm.
—Siéntelo conmigo.
Abre sus ojos y los posa en los míos. Fuego, hay puro fuego en ellos. Sus manos se cierran sobre mis caderas y sus movimientos se vuelven ligeramente más intensos. Lo observo con atención, casi nunca deja que lo mire llegados a este punto, pero hoy parece no importarle. El poder de sus movimientos amenaza con hacerme sucumbir de manera inminente. Los ojos de Víctor se han teñido de un rojo intenso y sus colmillos se han desarrollado hasta rozarle el labio inferior. Poseída por el exquisito placer del orgasmo echo la cabeza hacia atrás y dejo que mi cuerpo reclame lo que le pertenece.
—Creo que podría obligarte a hacer esto todo el día —le susurro en el oído.
—No opondré ningún tipo de resistencia.
Me atrae más cerca de su cuerpo y me abraza. Acaba de tumbarme en la cama y él se ha estirado justo a mi lado. Me encanta poder tenerle tan cerca y distinguir su maravilloso aroma a limpio.
—¿No tenías que trabajar?
—Me da igual.
—¿Qué hora es? Me confunde no tener ventanas por las que entre el sol. —Le doy un beso en el cuello.
—La una y media, más o menos.
—¡La una y media! —Me siento de golpe—. Madre mía, me van a matar.
—Estás enferma, ¿recuerdas? —Tira de mí y me acurruca de nuevo a su lado.
—Eso no hace que me sienta menos culpable.
—Susan, regálame un día más, por favor.
—Que trabaje no significa que no vuelva a tu lado.
—Hazlo por mí, estaré más tranquilo si sé que te has hecho completamente a la idea.
—Lo pensaré. —Acaricio su brazo—. Tal vez si esta noche me ofreces otra sesión de perturbador sexo a cámara lenta.
—Esta noche tengo que estar en la sala.
—¿Así que tú sí puedes trabajar?
—Logan está retenido, no puedo arriesgarme a que los licántropos crean que no estoy después de lo que ha ocurrido con Toni y Learn.
—Por eso estabas aquí.
—Sí. Intentábamos descubrir al culpable. Con la muerte de Learn y con Logan encerrado puede haber una reacción desmedida por parte del clan.
—Parecen muy fuertes.
—Lo son, pero yo soy el máximo representante de los acuerdos y estoy en la ciudad, eso debería bastar para serenar el ambiente.
—Pero él atacó a esa chica…
—A veces que haya un motivo no importa.
—¿Qué ocurrió?
—Logan es un salvaje. No es la primera vez que pega a Emy. Al parecer las sanciones de su clan no son suficientes para detenerlo. La última vez se le fue bastante

de las manos y tuvimos que intervenir, le advertimos que tomaríamos represalias severas si volvía a ocurrir. —Pasa sus dedos por mi brazo en una dulce caricia—. No consentiré que nadie trate así a una mujer y menos en mis templos. Lo de hoy ha sido brutal, no solo le ha pegado, la ha atacado.

—¿Cómo os habéis enterado? —le interrumpo ávida de información.

—Emy ha pulsado el botón del pánico. Hay uno en todos los reservados.

—Nunca lo habría imaginado.

—Muchos de nosotros invitamos a humanos a esos recintos, no podemos menospreciar sus vidas.

—¿Tú has invitado a muchas humanas?

—No estamos hablando de mí.

—Ahora sí.

—¿Por qué te interesa? Yo no te he preguntado por tus conquistas.

—Cuéntame más sobre Emy. —Cambio de tema, no quiero hablar de mis aventuras sexuales. Él me mira con el entrecejo arrugado, pero lo deja correr.

—Cuando Logan se ha dado cuenta de lo que Emy hacía, ha perdido el control y la ha atacado en su forma animal. Creí que la perdíamos.

—¿Por qué Daniel le ha dado de beber sangre?

—Es curativa. Frey no venía con las reservas y no podíamos demorarlo por más tiempo.

—¿Almacenáis vuestra propia sangre?

—Es mejor así. Los licántropos son muy territoriales y prefieren no conocer al donante.

—Entiendo.

—No les caemos muy bien.

—¿Por qué le has gritado a Daniel que tú no podías hacerlo? —levanto la vista para observar sus ojos cuando responda—, te referías a darle tu sangre, ¿verdad?

—No hemos definidos límites.

—¿Qué quieres decir?

—No sabía si te molestaría. —Entorno los ojos—. También somos un poquito territoriales.

—Ya veo. ¿Debería molestarme?

—Eso debes decidirlo tú.

—¿A ti te molestaría que fuese donante de sangre?

—Si es con jeringuillas y tubos, es posible que… ¿a quién pretendo engañar?, me molestaría muchísimo.

—Y si la ofreciese a un vampiro en una situación límite… a Daniel, por ejemplo.

Víctor aprieta los dientes y arruga la boca.

—¿Por qué te empeñas en meter a Daniel en nuestra cama?

—No sé, no conozco a otro, ha sido una casualidad. ¿A Helenna?

—¿Quién te ha dicho su nombre de pila?

—El innombrable. —Sonrío.

—Me moriría de envidia —confiesa al fin.

—¿Solo envidia?

—Me enfadaría, gritaría, le daría una paliza a Daniel, que por cierto empieza a

merecérsela, y seguramente, descontrolado, te mordería.

—Aunque te dijese que no.

—Susan, si le das tu sangre a otro vampiro, tu negativa no tendrá ningún valor para mi lado impulsivo.

—Creo que eso define bien tus límites.

—Eso espero.

—Por mi parte me parece bien que ayudes a los demás, así que si te ves en la tesitura no tendrás ningún problema al respecto.

—Lo tendré en cuenta, pero tus límites carecen de valor para mí hasta que lo experimentes.

—¿Y si eso no pasa nunca?

—Pues actuaré bajo mi criterio.

—¿Y de qué sirve definir límites si haces lo que te da la gana?

—Me ayuda a conocerte.

—¿Qué va a pasar con Logan?

—De momento estará una temporada encerrado, los líderes de la ciudad tomarán una decisión en unos días y se actuará según su sentencia. Por mi parte, ha recibido una buena paliza, a ver si la próxima vez se acuerda de mí antes de ponerle una zarpa encima.

—¿Lo matarán?

—No lo creo.

—¿Has entrado en su mente? Estabas muy concentrado.

—Así he conseguido apaciguarlo, aunque no es fácil con ellos, tienen el mismo don y saben protegerse.

—No entiendo cómo Emy le ha permitido llegar tan lejos.

—Susan —acaricia mi pelo—, no todas las mujeres saben enfrentarse a una realidad tan dura, ella lo ama y no ve otra salida que perdonarlo y creer en sus promesas.

—Aun así, tiene que haber algún modo de hacerle ver…

—Emy y Logan están enlazados, son pareja desde hace unos años, dejarle sería igual de doloroso.

Medito un segundo sus palabras. Es cierto, es difícil afrontar que el ser que amas y se supone que te ama te daña sin importarle lo que te pase. Además, si a los licántropos les sucede lo mismo que a los vampiros y se emparejan tan entregadamente, deberá ser muy duro para ellos tomar la decisión de abandonarse. Imagino que Emy lo ha debido pensar en más de una ocasión y la pena y el dolor le han resultado insoportables. Pero, sin duda, muerta tampoco podría amarlo. Y, por supuesto, estar muerto no es una opción.

—Mejor soportar el dolor de tu alma que no sentir nada.

—Me gusta oírte decir eso.

Víctor atrapa mi barbilla y me besa con tanto amor que creo que me va a estallar el pecho. Sí, desde luego, estar muerto es mucho peor.

# Marcada

No hemos salido del apartamento en toda la tarde. Hemos hablado, reído, dormitado y practicado sexo hasta la saciedad. Pero el hambre aprieta y las responsabilidades también. Así que después de una sencilla cena a base de pizza y cervezas, estamos fregando los platos codo con codo. De vez en cuando le doy un culazo o le meto mano, qué le voy a hacer, es mío y mis caricias están siendo bien recibidas durante todo el día, así que no voy a desperdiciar la oportunidad. Lo miro de reojo mientras seca una copa. Estoy muy orgullosa de él. La verdad es que ha sabido llevar este asunto de una forma excepcional. Tanto, que no me he planteado ni un solo segundo alejarme de su compañía.

Con sutileza he ido recopilando información, llegará el momento de hacer preguntas directas, pero por ahora prefiero esta técnica menos agresiva. Él parece más relajado y yo no me agobio con temas trascendentales. Mi seguridad no me preocupa y ayuda saber que Víctor no me presiona en ningún aspecto, parece no esperar nada de mí, así que iré paso a paso y con tacto. Para empezar, he decidido mover ficha esta misma noche y demostrarle mi nivel de compromiso. Creo poder asegurar que me ha traído hasta aquí, no solo para mostrarme su mundo —como él dice—, sino para mostrarme ante él. Dice que son un poco territoriales, y visto lo de anoche con el licántropo y la regañina que le ofreció a Daniel por rozar mi mano, un poco debe significar muchísimo. No le he preguntado, pero imagino que, si las leyendas son ciertas, necesita dejar una impronta en mí, una marca, para que los demás sepan que le pertenezco. No ha dicho ni dirá nada, lo sé, pero como por ahora no pienso permitirle que me muerda y me deje sin sangre, voy a tirarme a la piscina y hacer algo que pienso le gustará.

Doblo el trapo y le doy una palmadita en el culo poniendo fin a nuestro trabajo.

Me sonríe y me da un casto beso en la frente.

—¿Lista para bajar al infierno?

—Lo de ahí abajo es cualquier cosa menos el infierno, Víctor.

—Quizá es que te gusta el ambiente del inframundo —dice picarón mientras levanta la camiseta que me ha prestado para tocarme el culo.

—Eso también es posible.

—¿Nos duchamos juntos o por separado? —Mordisquea mi oreja.

—Si quieres trabajar, separados. Aunque yo lo haré cuando volvamos. —Me fijo en su expresión desconcertada.

—Tenemos tiempo.

—Ya —levanto los ojos intentando parecer indiferente —, pero prefiero que perciban tu olor en mi piel.

Abre tanto los ojos que creo que se le van a salir de las órbitas. Lo he dejado sin palabras, lo que significa que no me equivocaba. Me muerdo la uña del dedo gordo y levanto una ceja desafiándole.

—¿Te parece mal?

Su boca apresa la mía con rudeza. Me sujeta por la cintura y me sienta en la encimera colándose entre mis piernas. Al hacerlo, su erección roza mis muslos. Está más que feliz con la idea de que tanto vampiros como licántropos huelan su esencia sobre mi cuerpo.

—Eres muy lista.

—Observadora, nada más. —Se aprieta contra mí.

—¿Observas cómo me has puesto?

—¿Te molesta?

—¿Pretendes decirme algo con tu sugerencia? —Coge mi cara presionando demasiado fuerte la mandíbula y me besa impetuoso.

—Quiero que te relajases ahí abajo —tomo aire—, me imagino que preferirías hacerlo de otro modo, pero como de momento eso no es posible…

—Susan —mordisquea mi cuello— tengo más ganas que nunca de hundir mis dientes en tu frágil cuerpo. ¡Joder! —Succiona la piel de garganta—. Me has puesto a mil.

Me quita la camiseta y atrapa un pezón entre sus labios tirando con fuerza de él.

Jadeo y lo atrapo por la nuca, acercándolo más a mi cuerpo.

—Suéltame. —Lo hago de inmediato, no solo porque sea nuestro acuerdo, sino porque su tono me da un poco de miedo.

Se quita los pantalones de chándal y su erección se libera amenazante.

—Lo estaba haciendo muy bien, cielo, y mira lo que has provocado. —Introduce su gran miembro en mi interior con brusquedad, cortándome la respiración—. Concéntrate, Susan. Si me tocas, explotaré.

Rodea mis muñecas con sus manos y las sostiene contra el mueble que hay sobre mi cabeza mientras inicia su agresivo baile de posesión. Pienso en mis teorías sobre *M1* —mejor dicho, Tony—. Si la fina y resistente piel es como yo creía, cualquier roce debe significar una tortura. Comprendo, al fin, su necesidad de evitar mi contacto.

Después de horas sin ver este otro lado se me había olvidado cuánto me gusta.

Cierro los ojos y abro las piernas instintivamente.

—¡Mírame! Tienes que reconocer los efectos que tienes en mí.

Obedezco. Sus ojos son rojo sangre y me muestra íntegramente los colmillos. Tan de cerca, puedo distinguir la hinchazón de sus venas bajo la piel de sus párpados inferiores.

—¿Eres capaz de besarme con esos colmillos?

—No sin herirte —su voz está rota, parece gruñir con cada palabra.

—Pues contrólalos y bésame.

La presión de sus manos aumenta considerablemente, pero obedece. Me besa largo y tendido hasta que juntos alcanzamos la cima del placer.

—Me vuelves loco —dice, mientras me eleva por el culo y me lleva hacia la cama.

—Mmmm.

—¿Eres consciente de lo que acabas de hacer? —Besa mi sien—. No respondas o tendré que volver a cobijarme en tu interior, eres una descarada imprudente.

—Sabía que te gustaría. —Beso su hombro antes de que me deposite en el borde

del colchón e hinque una rodilla en el suelo frente a mí.

—Susan… no puedes negarte a expresar tus sentimientos en voz alta y luego decir cosas como esa —besa mi rodilla—, es absurdo y turbador.

—Ya te he dicho en voz alta lo que siento por ti —murmuro.

—Sí, aunque nunca lo has hecho con seguridad, esperas hasta que te empujo.

—Me cuesta… hasta ahora pensaba que era incapaz de enamorarme, tan solo quería tener un gesto significativo para que confíes en mis sentimientos.

—Podría haberte mordido. —Coloca un mechón tras mi oreja—. No te estoy regañando, cielo, es solo que estoy fascinado, me has hecho el mejor regalo de mi vida y deseaba anudarte a mí con toda mi alma.

—Ya estoy anudada a ti.

—Me conoces muy bien, ¿tan sencillo resulto?

¿Por qué parece ignorar mis rotundas declaraciones, tanto le cuesta reconocer que lo acepto?

—Me fijo, solo es eso, quiero complacerte en todo lo que esté a mi alcance.

—¿Te duelen? —Acaricia la sombra morada que empieza a resaltar en mis muñecas.

—No mucho —las besa con dulzura—, estabas disculpado desde antes de empezar.

—Tenemos que bajar, son casi las once y media…

Trastea por los cajones de una cómoda negra y regresa inmediatamente a mi lado.

—Déjame ver. —Lame con pesadez los verdugones y me abrocha un reloj de correa ancha plateada.

—No es necesario Víctor, a mí no me importa.

—Pero a mí, sí.

—Piensa que es otro modo de marcarme. —Levanto una ceja.

—A mí no me gusta que mi novia luzca ese tipo de marcas.

—Nadie pensaría que eres como Logan, te conocen.

—Tal vez prefiero que piensen que me controlo más que ninguno de ellos.

—¿Me estás usando para garantizarte un puesto laboral? —Finjo indignación.

—Todo lo contrario. Si lo dejo me vendrá bien que crean que soy frío y poderoso.

—¿Estás pensando en dejarlo?

—Pienso en muchas cosas estos días.

—¿Por mí?

—Desde que te conozco todo es por ti.

Me falta el aire. Bajo la vista al notar el beso sobre el dorso de la mano. Sin darme cuenta ha colocado en la otra muñeca una pulsera de cuero negro entrelazado en un aro plateado.

—El reloj es de vuelta. —Me besa y se levanta en busca de su ropa.

—¿Qué es esto?

—Lo compré en Detroit, es una tontería, pero pensé en ti cuando la vi y creí que te gustaría.

—Me encanta, gracias.

—No se merecen. Vístete, tienes que pavonear mi olor por la sala.

—¡Ya voy, ya voy!

Me visto con la misma ropa del día anterior y recojo el pelo en un moño informal. Aplico un ligero maquillaje, pues mis mejillas ya están bastante sonrojadas y me calzo en mis tacones.

—¿Qué quieres que haga cuando estemos abajo?

—Que te diviertas.

—¿No estarás conmigo?

—No, cielo, tengo mucho que hacer, llevo horas sin salir de la cama.

—¿Alguna norma?

—Que disfrutes.

—¿No te preocupa mi bienestar? —me sorprende ese cambio tan radical.

—Cariño, en cuanto salgas ahí fuera ningún ser sobrenatural se atreverá a ponerte una mano encima, llevas mi nombre tatuado en la piel —besa mi frente—, y de los humanos te sabes encargar tú solita.

Víctor saca su móvil y se concentra en la pantalla. De repente me siento inquieta e insegura. No es lo mismo estar refugiados en su apartamento que salir a la realidad.

¿Qué haré sola toda la noche? Ahora sé que no solo hay humanos ahí fuera.

¿Será verdad que no tengo que preocuparme por los seres inmortales que se pasean libremente por la discoteca? Quizá debería irme a casa y descansar.

—Para —el tono categórico de Víctor me sobresalta—. Deja de pensar, todo va a ir bien.

—¿Y si están molestos por mi comportamiento de ayer?

—Necesito que estés aquí hoy. —Me confina entre él y la pared del ascensor—. Susan, saben que eres mi debilidad, no hay nada más importante para nosotros que nuestra pareja, si te marchas, pensarán que te asusta mi mundo y lo usaran contra mí. —Hunde su cara en mi cuello—. Solo hoy, cielo, deben saber que eres fuerte.

—Os tomáis muy en serio esto de las relaciones.

—Me gusta este feo puchero tuyo. —Muerde mi labio.

—Te echaré de menos. —Acaricio su espalda por encima de la camisa negra.

—No andaré muy lejos.

En la sala inferior aún me tiemblan las piernas al recordar el apasionado beso del ascensor. Víctor sujeta mi mano mientras se dirige a la barra. Le dice algo al camarero y me sonríe de oreja a oreja.

—Pásalo bien, en un rato vengo a ver cómo lo llevas.

—¡Víctor! —Tiro de él—. No tengo pegatina.

Ladea ligeramente la cabeza y acuna mi cara con su cálida mano.

—¿Nos vamos?

—¿Qué?

—Cielo, no tienes por qué pasar un mal rato. —Se acerca y me rodea la cintura con un brazo—. Solo pídemelo y te llevo a casa.

—Pensaba que era importante estar aquí.

—Tú lo eres más y soy muy bueno inventando excusas.

—No. —Tomo aire y enderezo la espalda—. Es solo que no quiero tener ningún problema con Ed.

—Susan, puedo percibir tu agitación y no me gusta.

—Necesito unos minutos para aclimatarme, nada más.

—No quiero que esto sea una imposición.

—En serio, lo entiendo y quiero estar cerca de ti, además he estado aquí sola otras veces. —Muerdo mi uña, pero noto mi pulso más relajado.

—Bien —me besa—, solo tienes que preguntar por mí y estaré en camino, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Ah, y tú no necesitas pegatinas.

Lo veo desaparecer por el guardarropa, seguro que ha ido a la oficina. ¿Qué tendrá que hacer esta noche? Espero que nada peligroso. El camarero deja un gin-tonic en la barra y le doy un largo trago. No para de entrar gente y la sala empieza a estar animada. La música sube de volumen sutil y progresivamente y ya hay varios grupitos dispersados por la pista. Me deleito otra vez con el esplendor del lugar y le hago una señal al camarero para que rellene mi copa. Va a ser una noche larga.

A los quince o veinte minutos, Víctor aparece acompañado de Helenna. La pelirroja no va ataviada de cuero, pero el vestido de seda dorado deja muy poco a la imaginación. ¿Qué tipo de indumentaria es esa? Se supone que está trabajando, no de marcha. La miro ceñuda y a pesar de que me ignora creo que se da cuenta.

—¿Todo bien? —dice sobre mis labios.

—Deberías implantar uniformes para el personal. —Ríe con ganas al comprender mi mal humor.

—Vamos a ver a Logan. Diviértete, por favor. —Asiento sin poder apartar la vista de mi archienemiga.

—¡Joder, tía, qué callado te lo tenías!

Busco con la mirada la voz de pito que me ha traído de vuelta. Es Sharon, y Kate está a su lado. Son dos enfermeras del hospital. No trabajamos en la misma planta, pero las conozco bien, almorzamos juntas muchas veces. Es lo que tiene ser sociable, nunca sabes a quién te vas a encontrar y te va a sacar de un apuro.

—¿Desde cuándo vienes por aquí? —dice Kate—. Nunca te habíamos visto.

—Y lo que es aún más importante —grita Sharon—. ¿Cómo has conseguido que míster increíble te dé un beso?

—Me alegro de veros chicas. —Les doy dos besos a cada una—. Empezaba a sentirme un poco sola.

—Hemos venido en grupo. —Señala a otras dos chicas que conozco de vista.

—¿Os importa si me uno a vosotras? Víctor tiene trabajo.

—¿Víctor? —Kate le da un codazo a Sharon—. ¡El buenorro tiene nombre, tía!

—¿Lo conocéis?

—De vista nada más, a veces anda por aquí. Se rumorea que es un jefazo.

—Es jefe de seguridad.

—Está cañón —dice Kate como si fuera lo único importante.

—Vamos a tener que almorzar juntas, queremos detalles.

Con el comentario de Sharon una idea cruza por mi mente. Se supone que estoy

enferma. Las miro un tanto nerviosa. ¿Debería decirles algo? No. Trabajan en otro departamento y, además, si se llegasen a enterar de que no he ido a trabajar, no creo que me vendiesen de ese modo, todos hacemos trampas de vez en cuando.

La noche cobra otro rumbo para mí. Me uno al grupo y juntas bailamos durante largo rato. Luego nos sentamos y bebemos a un ritmo considerable. Es ahí cuando me doy cuenta de que Sharon lleva una pegatina roja y las demás, amarilla.

—¿Sharon, quién te ha invitado al VIP? —le pregunto como quien no quiere la cosa.

—Ah… bueno —titubea.

—Un tal Zac, está buenísimo, aunque es un poco siniestro —contesta Kate.

—Déjalo ya, Kate.

—Está enfadada porque hace mucho que no viene a verla.

—Tal vez hoy es tu día de suerte —no puedo evitar sonar sarcástica—, ayer andaba por aquí.

—¿Le conoces?

—De vista.

La noche avanza y yo cada vez estoy más relajada y más contenta, o mejor dicho, más borracha. Sudo de tanto bailar y la gente se agolpa a mi lado sin ningún tipo de cuidado. Ahora mismo me metería en la bañera con una fría copa de champán… Pienso en el cuerpo desnudo de Víctor y me obligo a cambiar de tema. No lo he vuelto a ver y no sé si sigue con doña escote exagerado. La música da un cambio brusco y varias parejas se forman a mi alrededor. Las chicas y yo nos disponemos a buscar un lugar donde descansar cuando alguien me aferra por la muñeca. Solo con ese gesto, sé que no es Víctor.

—¿Bailas, preciosa?

—No creo que sea buena idea, Daniel.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—Nena, tengo claro el mensaje, hueles a sexo y a Víctor escandalosamente.

—No puedes decir esas cosas mientras sonríes —le regaño agarrándome a sus hombros.

—Pues ha funcionado, te tengo tal y como quería.

—Quieres recibir una paliza, no me cabe la menor duda —le digo cuando suelta mi moño y coloca mi pelo tras mi oreja.

—Me gusta pelear con Víctor, tiene un buen gancho, pero no, me conformo con bailar con su chica.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Suéltala.

—¿Helenna y Víctor han estado alguna vez juntos?

—Deberías preguntarle a él, ¿no crees?

—Eso es un sí. —Sonríe.

—Susan, no somos seres precisamente jóvenes, tenemos una larga historia a nuestras espaldas, mucha de ella insignificante.

Me acerca más a su cuerpo y toca la piel de mi cuello.

—Daniel…

—Es un jodido hijo de puta con suerte, podría haberte tenido en mi cama.

—No estés tan seguro.

—Luego me habría matado, pero ya te habría probado.

—No soy uno de esos trofeos que te gusta exhibir.

—Eso ya lo sé. —Levanta mi barbilla con la ayuda de su nudillo—. ¿Ya no me tienes miedo?

—Nunca te he tenido miedo, ayer sufrí exceso de información, eso es todo.

—Me alegro mucho por vosotros, Víctor es un buen amigo y sé cuánto te necesitaba.

—¿Cuántas veces se ha enlazado? —suelto de sopetón. Daniel es un buen canal de donde obtener información.

—¿Qué? —Me mira confuso.

—Víctor me ha contado ese rollo de las conexiones especiales.

—Nena, por lo que veo, Víctor no te ha contado una mierda, vas a tener que preguntarle más y follar menos.

—¡Daniel!

—¿Qué? —Pone los ojos en blanco y se aproxima a mi oído sensualmente. Este hombre es un crack, seguro que liga a su antojo—. Susan —desliza mi nombre por su lengua como si fuese algo pecaminoso— nosotros solo nos enlazamos una vez.

Levanto la cabeza a la vez que tomo unos centímetros de distancia y le miro a los ojos.

—Bromeas. —Niega discretamente.

Me aprieta un poco más contra su cuerpo haciéndome girar.

—Solo una vez.

—¿Y qué pasa luego?

—¿Cuando? —Giramos de nuevo, pero no soy muy consciente de nada más, ahora solo pienso en Víctor.

—Cuando se rompen las parejas.

—Susan… habla con Víctor.

Coge mis manos y me saca de la pista. Nos dirigimos a una de las columnas, la que está más cerca de la escalera, si no recuerdo mal la misma donde hablé con Víctor la primera vez. Apoyado en ella, con los brazos enlazados en el pecho y un pie apoyado en un taburete está mi vampiro.

—¿Qué le has dicho? —Escucho que le pregunta a Daniel.

—Nada que no deba saber.

—¿Daniel?

—No puedes lanzarla al ruedo sin prepararla, Víctor.

—Está más que preparada.

—Respecto a ti, no.

Y tras soltar esa bomba se va. Me quedo rígida como un palo esperando que alguien me explique lo que acaba de pasar. ¿Qué significa eso de que solo se emparejan una vez? La connotación de las palabras de Daniel dejaba claro que era un tema serio.

—Ven aquí —me acuna entre sus brazos—, estás pálida y helada. ¿Qué te preocupa?
—Nada, estoy bien.
—¿Quieres subir?
—No, estoy con unas amigas.
—De acuerdo —me besa—, hazme llamar si necesitas algo.
—¿Por qué me has enviado a Daniel?
—Daniel toma sus propias decisiones, Susan.
—¿Y qué acaba de suceder?
—Cuéntamelo tú, yo me he limitado a ver cómo te soltaba el pelo y te acaricia el cuello.
—Te estaba provocando.
—No, Susan, te tanteaba, no se fía de mi juicio.
—Dice que está contento por nosotros.
—No es a ti a quien cuestiona, piensa que no lo estoy haciendo bien.
—Yo creo que lo haces muy bien.
—¿Sí?
—Sigo aquí.
—Eso es cierto, se lo recordaré la próxima vez.
—Dame un beso, quiero que esas chicas se mueran de envidia. —Señalo al grupo de enfermeras.
—¿Pavoneándote? —Me sujeta por la nuca—. Qué inapropiado por tu parte.
—La verdad es que quiero poner mi olor en ti.
—Me escandalizas, cielo. —Atrapa mi boca y me besa de tal forma que creo que no ha pasado desapercibido para nadie.
—¿Estás con Helenna?
—No, Frey vigila el Paraninfo. —No me doy cuenta de que suspiro aliviada hasta que Víctor transforma su boca en una gigantesca sonrisa—. ¿Celosa?
—En absoluto.
—Yo sí.
—¿Daniel?
—Todo el mundo, ellos pueden verte y yo no.
—Estás muy gracioso.
—En realidad, estoy excitado. Cada vez que pienso en que todos huelen —Traga saliva y me roza con el bulto de su bragueta—… Tengo que irme.
—¿Huyes?
—¡Y sin mirar atrás!

## ¿Y cuándo muera?

Son casi las seis de la mañana cuando, destrozada, decido quitarme un tacón y masajearme el pie. Prácticamente no queda nadie en la discoteca, los camareros recogen, hay gente desperdigada en varios sillones, un pequeño grupo ríe camino al vestíbulo, otros dan los últimos pasos de un baile ya completamente descoordinado y los vampiros han desaparecido, al menos los que yo conozco. Miro hacia arriba y creo poder asegurar que el VIP está vacío, seguro que están todos dentro, en el Paraninfo. Para–ninfo.

Por primera vez veo el macabro motivo de la elección de ese nombre y no tiene nada que ver con salones de actos. ¡Seré tonta! Me río yo sola ante las variadas composiciones creativas que puede llevar a cabo y el camarero que está detrás de la barra me mira de soslayo.

—Paranormales, y con mal gusto —susurro poniendo los ojos en blanco.

El chico de la barra sin duda me ha oído, veo una amplia sonrisa en su cara y me observa con disimulo. Este debe ser otro de los del club del chiste.

—Bienvenida —dice dejando frente a mí una copa de champán.

—Gracias.

Alguien me coge por las piernas y la espalda y me eleva. Víctor. Apoyo la cabeza en su pecho sin todavía haberle mirado y cierro los ojos relajada.

—Hola cielo, ¿cansada?

—Ajá.

—Pues a casa. —Besa mi frente con cariño y empezamos a movernos.

Se hace con el control de mis dos zapatos con imperiosa facilidad y me cubre con lo que debe ser un abrigo. Al instante, las bajas temperaturas del amanecer me golpean en la cara.

—Hoy vuelve a hacer frío —me dice al oído.

—¿Dónde vamos?

—A tu casa.

—¿Por qué?

—Tienes que descansar.

No dice nada más, ni yo tampoco, pues debo haberme quedado dormida porque soy consciente de que hemos llegado cuando mi espalda toca el colchón de mi confortable cama. Percibo, más que veo, cómo Víctor se desnuda y se tumba a mi lado, cubre nuestros cuerpos con el fino edredón de primavera y me envuelve con un brazo hasta adaptarme a su cuerpo.

—¿Víctor?

—Mmmm —farfulla entre mi pelo.

—¿Qué pasa si yo muero?

—¿Daniel, verdad? —su tono es tan bajo y apacible que me obliga a cerrar los ojos y a aferrarme a su antebrazo.

—No me ocultes cosas, por favor.

—Pregúntamelas.
—Ya lo he hecho.
Su nariz roza cariñosamente la línea de mi cuello mientras sus dedos surcan mis brazos
—Solo nos enlazamos una vez y es para siempre, es cierto. Así que cuando mueras tendré que seguir con mi existencia tal y como la había vivido hasta conocerte, con la diferencia de que al menos podré recordar y soñar con todos los momentos que me regales.
—Suena terrible.
—A mí no me lo parece.
—Deberías enamorarte de nuevo.
—Eso no se puede programar.
—¿En serio, nunca antes…?
—Nunca, solo tú, y siempre será así.
—¿Y no se podría hacer algo?
Inexplicablemente mi comentario le hace gracia. Besa mi coronilla y me abraza con más fuerza.
—Duerme cielo, tenemos tiempo para hablar.

Nada más abrir los ojos veo a Víctor en el interior del baño. Lleva una toalla atada a la cintura y los músculos de la espalda se marcan por la presión que ejercen sus brazos sobre la encimera del lavabo. Apoyo el peso sobre los codos para poder contemplarlo mejor. Deja caer la cabeza hacia delante y su tronco se hincha de aire. Pasa una de sus manos por su mojado pelo y, con un gesto rápido y contundente, echa la cabeza hacia atrás llevándose algo a la boca. Me destapo y pongo los pies en el suelo. Al instante, el sonido del cristal al caer sobre la porcelana y romperse hace que vuelva a mirarlo.
—¡Mierda! —Creo entenderle.
—No tienes por qué esconderte —le digo cuando llego a su lado. Abro el puño en el que se ha convertido su mano y veo los restos de los cristales rotos—. Deja que te ayude anda.
Con cuidado, sacudo su mano sobre un pañuelo de papel y recojo los pequeños trozos de vidrio que aún quedan en el lavabo. Acerco su mano al chorro de agua y me aseguro de que no quede ninguno sobre su piel. Durante todo el proceso me mira de forma penetrante.
—¿Estás bien?
—Solo se me ha caído el vial —dice impasible.
Conozco esa expresión y no tengo ganas de tonterías. Tiro a la papelera la bola de papel y me planto con los brazos en jarra frente a él.
—Veo que no estás de humor, así que mientras terminas bajaré a desayunar; no tardes, me apetece una ducha.
Levanto una ceja y, exagerando desdén, inicio mi marcha.
—¿Te das cuenta de lo ridícula que resulta esa pose en bragas?
Con que esas tenemos, ¿eh? No está de buen humor, pero pretende jugar a provocarme… la típica maniobra de distracción, pues no sabe con quién se ha metido.

Tengo hambre y mal despertar, así que se prepare. Lo miro por encima del hombro, tuerzo la boca fingiendo premeditación y con absoluta indiferencia me quito las bragas y se las tiro. Mi yo interior levanta el puño de la victoria cuando cruzo el umbral. Acelero el paso en busca de un sencillo pantalón de algodón blanco y una camiseta vieja. No me da tiempo a ponerme ninguna de las prendas, Víctor se sienta en el borde de la cama colocando el codo sobre la rodilla, mis bragas cuelgan de su dedo y las agita en el aire.

—Ven.

—No.

—Por favor…

—¿Qué quieres? —Hago un mohín cuando llego a su lado.

—Ven. —Me atrapa por la cintura y me sienta sobre sus muslos—. Mensaje captado. —Esconde su cara en mi cuello y acaricia mi espalda—. Lo siento, estaba distraído y me has sobresaltado.

—¿Y por qué es tan importante?

—Es una debilidad, no me gusta.

—Interrogantes a la vista.

—Hay momentos que mi contención precisa de tanta concentración que dejo de estar atento al cien por cien. Es un riesgo que no capte un cambio en tu respiración o un movimiento.

—Aquí estamos a salvo.

—Eres vulnerable y un blanco fácil en mi mundo, es el precio que me negaba a pagar, pero… aprenderé a manejarlo.

—Confío plenamente en ti y tus capacidades.

—Demasiado amable para ser la chica de un guardián.

—¿Por qué te preocupa tanto que te vea beber?

—Porque aún no has preguntado.

—Ya me has dicho lo que necesitaba saber.

—No. —Atrapa mi barbilla y me obliga a mirarle—. Tienes que hacer las preguntas correctas, las que te preocupan. ¿Por qué no lo haces?

—No quiero inquietarte —le digo la verdad—. Prefiero averiguar poco a poco, que pienses que no me importa nada en exceso.

—Susan… solo yo puedo contestarte con absoluta certeza, ni Daniel, ni nadie puede saber cómo me siento ni cuáles son mis expectativas, haz las preguntas.

—¿Ahora?

—Sí.

—Prefiero vestirme y comer algo.

—Vístete.

Se levanta en cuanto yo lo hago y desaparece. Al rato regresa con una bandeja repleta de comida, la coloca en el centro de la cama y golpea uno de los lados para que me siente. Obediente lo hago. Le doy varios bocados a una tostada y bebo el dulce zumo de naranja.

—Haz las preguntas.

—Gracias, está todo buenísimo.

—¡Susan, haz las malditas preguntas! —Bajo la vista y muerdo una pera—. Bien,

te ayudaré —dice resignado—. ¿Cada cuánto necesitas beber, Víctor?

Me mira con los ojos muy abiertos esperando mi confirmación. Asiento discretamente.

—Buena pregunta, Susan —se responde con retintín—. Depende de la época, no siempre se tiene el mismo apetito. Por lo general, los vampiros deben alimentarse al menos una vez al día, a lo sumo cada cuarenta y ocho horas. Sin embargo, en algún caso, se consigue una abstinencia de hasta una semana más o menos.

—¿Los guardianes? —murmuro.

—Sí, todos los guardianes somos capaces de largos periodos de abstinencia, aunque no somos los únicos.

—¿Cómo lo hacéis?

—No lo sé, simplemente podemos, supongo que se debe a la fuerza de voluntad o autocontrol.

—¿De dónde la sacáis?

—¿La fuerza de voluntad? —Inclina la cabeza a un lado y arruga la frente.

—La sangre —suelto a toda velocidad casi de modo inentendible. Parece tomar todo el aire de la habitación de golpe y cierra y abre los ojos antes de contestar.

—Del Paraninfo, tú misma lo has visto. —Ya no usa un tono rotundo, parece estar complacido—. A veces hay quien tiene donantes fijos o amantes y ya no viene, también recurrimos a bancos de sangre y, en escasas ocasiones, hay asaltos en plena calle.

—¿Cazáis animales?

—Por lo general no, tan solo se consideraría en caso de auténtica necesidad.

—¿En qué época te encuentras ahora?

—Digamos que es una época muy activa.

—¿Por mi culpa?

—Eres la causante, no la culpable.

—¿Cuándo lo haces? Estos días estás siempre a mi lado.

—¿Cuándo hago el qué? —Bajo la cabeza y me concentro en mi café con leche.

—¡Susan! —Le miro—. Haz las preguntas bien.

—¿Cuándo y dónde has mordido a alguien desde que estás conmigo?

—En Detroit tuve que alimentarme abundantemente a causa de la grave lesión, desde que he llegado he consumido pequeñas pero frecuentes dosis de los viales que tenemos como reserva. De ese modo puedo controlar mejor la situación.

—¿Por eso estabas tan irascible por teléfono?

—Me sentía fatal, era como si te hubiese traicionado, sin embargo, ni siquiera sabías que esto era posible y debía recuperarme cuanto antes, y para colmo, Daniel en tu casa…

Le da un malhumorado mordisco a una manzana y aparta la vista.

—Tenemos que redefinir los límites.

—No son negociables. —El color caramelo de sus ojos me traspasa.

—Sabes que no me importa.

—Pero a mí sí, ayer te dije que no lo haré mientras tu consentimiento no venga dado desde el absoluto conocimiento.

—¿Y si te vuelven a herir?

—Si eso pasa, elegiremos la mejor de las opciones.
—¿Es por la relación entre el mordisco y el placer?
Poco a poco me siento más cómoda haciendo preguntas. Incluso podría entender que Nicole disfrute con ello. Doy mi último trago de café con leche y termino con la pera.
—Sí.
—¿Qué ocurre si no quiero experimentar? —Roza mi mejilla con la punta de sus dedos.
—Nada, absolutamente nada.
—Parece cruel.
—Confía en mí, es mejor que vivir solo. Prefiero tenerte a mi lado, aunque sea de este modo que no haberte encontrado.
—¿Y qué pasa si accedo?
—Eso tendrías que decirlo tú tras probar. —Sonríe, la idea le hace feliz—. Creo que por mi parte está claro.
—¿Y si luego no quiero repetir? —Ríe muy seguro de sí mismo.
—Tú mandas. —Deja el corazón de la manzana sobre un platito y se limpia la boca.
—Y si decidiese ofrecerte mi sangre sin que me mordieras… podría extraérmela y ofrecértela en viales como los que tienes.
—No permitiré que nos hagas eso.
—Podría ser una buena solución.
—No me privarás del placer de tu cuerpo, Susan. Eso sí que no podría soportarlo.
—Pero tú estarías mejor y yo no correría…
—Mírame. —Levanto la cabeza un poco intimidada por la gravedad de su voz—. ¿No correrás qué? —Avergonzada bajo la cabeza de nuevo—. ¡Susan, mírame! ¿No correrás qué?!
—Peligro —digo, cuadrando los hombros y mirándolo fijamente—. No quiero transformarme.
Víctor aparta la bandeja, se pone a cuatro patas y mientras me besa tiernamente en los labios me obliga a caer de espaldas poco a poco. Cuela una pierna entre mis muslos y aparta el pelo de mi cara con cariño.
—Has necesitado veinte preguntas para llegar al quid de la cuestión. Cielo, eres muy exigente contigo misma. —Vuelve a tomar mi boca apasionadamente—. No deberías preocuparte tanto por mi ego. ¿Acaso no te llega alto y claro el mensaje? —Repite la operación, estoy sin aliento y sin embargo él parece inalterable —. Tú mandas, me rindo a ti sea como sea.
—¿No te molesta que no quiera ser como tú?
—Es tu vida y tu cuerpo.
—Pero para ti sería más sencillo que fuese inmortal.
—Dame un poco más de tiempo y estará todo bajo control, solo necesito reajustar mis movimientos a los tuyos.
—¿Y cuándo muera?
—Te evocaré todos los días.

—Pero si me transformara…
—¿Tú quieres convertirte en vampiro?
—¡No!
—¿Y cuál es el problema?
—¿Tú quieres que lo haga?
—No, en contra de tu voluntad.
—¿Si bebes de mí me transformaré?
—No lo sé. —Lame mi cuello.
—¿Cómo qué no lo sabes?
—El vampirismo no es una ciencia exacta, cada organismo reacciona de una forma distinta. Por lo general se requiere de un intercambio mutuo en repetidas ocasiones, sin embargo, a veces ocurre solo tras varias succiones o excepcionalmente a la primera o incluso nunca. Son pocos a lo largo de la historia, pero hay quien parece inmune.
—Entonces… si no quiero sufrir la transformación no debería dejarte beber ni una sola vez.
—Correcto, no deberías arriesgarte. —Acaricia mis labios con su pulgar—. Lo estás haciendo muy bien cielo, no dejes de preguntar.
Cierro un instante los ojos. Haciendo un rápido esquema con todos los datos nuevos y los antiguos creo tener las cosas bastante claras. Ahora bien, ¿tengo claro lo que quiero? Por un lado, me muero de ganas de saber qué se siente al ser mordida por Víctor incluso puedo afirmar, a pesar de parecerme horrible, que mataría por probar su sangre. Pero por otro… la posibilidad de convertirme en vampiro no me resulta muy atractiva, o al menos no del todo. También se me plantea el problema de lo que es mejor para él. No creo que sea muy justo hacerle vivir con tan dolorosa y frustrante situación. Jamás habla de ello, pero para nada debe ser tan fácil como quiere aparentar.
—Víctor, ¿te das cuenta de lo que me dices?
—Ilumíname. —Mordisquea mi barbilla.
—Me pides que mantenga una relación contigo sabiendo que vas a ansiar mi sangre a cada minuto, que además no vas a saciarla con nadie porque te limitarás a tomar sangre embolsada y para rematarlo, si yo decidiese dejarte o simplemente muriera, sufrirías para siempre porque no serás capaz de romper el vínculo que nos une. —Acuno su cara en mi mano—. Te amo demasiado para permitir eso.
—Susan, tú tienes el mando, has hecho las preguntas correctas y yo te he contestado con sinceridad, haz lo que creas más conveniente, o mejor, simplemente haz lo que te haga feliz. Todo lo que has dicho es cierto, pero te aseguro que nada cambiará porque me dejes ahora. Así que, si tengo que sufrirlo y me permites opinar, te diré que prefiero hacerlo a tu lado antes que solo.
—Eso es coacción. —Sonrío con reserva.
—Tú mandas, pero yo puedo jugar mis cartas.
—Soy feliz a tu lado.
—Pues entonces, definitivamente, prefiero que elijas lo que te hace feliz.
—Me siento egoísta y culpable.
—¿Quieres que te cuente un secreto? —susurra en mi oído rozándolo con

sensualidad—. Cuando entraste en el *Temple* por primera vez pasaste justo por mi lado. No pude verte de frente, ni tan siquiera me crucé con tu mirada, sin embargo, algo en ti llamó mi atención. Tu forma de caminar, tu cuerpo, tu olor… Observé en las sombras cómo te movías, tu seguridad, tu extroversión, tu risa, y sin darme cuenta me imaginé rodeándote con mis brazos. Ni siquiera fue un impulso sexual en primera instancia, tan solo quería sentir tu calor, que me llenases. Desde ese instante, desde ese preciso momento, ya no tuve opción, aunque me hubiese salido con la mía y no hubieses regresado, aunque me hubiese marchado de aquí lo antes posible, aunque me hubieses ignorado, los síntomas habrían sido los mismos porque jamás tuve elección.

—¿Por qué resulta tan incontrolable?

—Es así y punto, no pretendo comprenderlo ni cambiarlo.

—Me asusta.

—Cielo, no voy a fallarte.

—Lo prometes.

—Lo prometo.

Respiro hondo. Me ama incondicionalmente y hagamos lo que hagamos no puede cambiarlo. Resulta irracional, pero le creo, y le creo porque yo me siento exactamente igual. Mi antiguo yo dudaría seriamente de mis intensos sentimientos pues vería una posible manipulación por parte del ser extraordinario que tengo delante. Pero ese yo ya no existe, él lo ha transformado y lo ha convertido en algo mejor. Ahora soy capaz de amar y dejar que me amen y me siento muy dichosa.

—¿Puedo decirte una cosa? —asiente—. Te amo —muerdo mi labio—, y no dejaré que la culpabilidad y la condescendencia me alejen de ti, así que si tú asumes las consecuencias de mi decisión no me opondré.

—Repítelo. —Río, sé perfectamente lo que quiere.

—¿Hay rosas?

—Puede.

—TE AMO.

Introduce su lengua en mi boca impregnándome del calor y la pasión que siente por mí y lentamente nos fundimos en uno.

## Tentador

El sábado lo pasamos casi íntegramente en la cama. Se ha convertido en nuestra mesa para comer, en nuestro centro de reuniones —donde hacemos montones de preguntas personales—, y en nuestro cómodo nido de amor. Ahora casi a las nueve de la noche, Víctor duerme. La verdad es que no sé cómo aguanta el ritmo, es normal que esté agotado.

Surco su mandíbula con el nudillo y beso su barbilla.

—Deja de tocarme a hurtadillas —murmura sin abrir los ojos.

—Eres mío, puedo hacer lo que me plazca. —Mordisqueo el lóbulo de su oreja.

—Eso es cierto. Te has duchado sin mí.

—No quería despertarte.

—Y yo quería darte espacio.

—¿Nunca duermes? —Me tumbo recostando mi cuerpo sobre el suyo y paso los dedos por su pelo.

—Tengo el sueño ligero, me gusta saber por dónde andas.

—Acosador…

Muerdo su labio inferior e intento iniciar un beso. Abre los ojos y levanta un brazo hasta poder acariciar mi hombro con la punta de sus dedos. Su iris refleja unos diminutos destellos rojizos. ¿Ansiedad, excitación, sed?

—¿Quieres que me aparte?

—No.

—Pero tienes sed. —Acaricio el surco ligeramente azulado de sus ojos.

—No es sed, es anhelo.

—Explícamelo.

—Siempre me apetecerá tu sangre, lo que me pasa ahora no tiene nada que ver con mis necesidades físicas, sino con las emocionales.

—Dijiste que no era un problema.

—Dije que lo aceptaba.

Se sienta y atrapa mis labios entre sus dientes. Aferro sus bíceps en un intento de retención, sé que no debo tocarlo.

—Cielo, estoy bien, aún tengo el control.

—No, no estás bien. —Paso las uñas vigorosamente por su fina pero resistente piel. Se estremece—. No puede estar bien.

—Susan —busca mis ojos hasta mirarme de frente—, ¿cuándo te pido que no me toques sufres?

—Es frustrante, a veces excesivamente duro porque codicio con toda mi alma disfrutarte, pero no, no sufro, lo entiendo.

—Es lo mismo.

—Pero tú te alimentas de ese modo, es diferente.

—Yo puedo alimentarme con cualquier tipo de sangre, la tuya me produce placer igual que a ti acariciarme.

—Entiendo. —Bajo la cabeza y muerdo mis labios.
—Susan, ¿cuál es el verdadero problema?
—No hay ningún otro problema.
—Cielo —me rodea con los brazos—, si no quieres arriesgarte a una trasformación no vamos a hacerlo, deja de pensar en ello.
—Me gustaría poder tener algún dato más concreto.
—Te apetece probar, ¿es eso?
—A veces me lo planteo.
—Ya conoces los riesgos.
—Dices que la probabilidad es mínima por hacerlo una vez.
—Pero la hay.
—No quiero ser un vampiro, eso sí lo tengo claro.
—Pues deja de pensar y disfruta de lo que tenemos.
—¿Estás bajo control? —asiente y al instante lamo la línea marcada entre sus pectorales.
—No sé si tanto —jadea.
Mordisqueo uno de sus pezones y me sujeto a los músculos de su espalda intentando disolverme en él. Una de sus manos baja hacia mi culo y la otra acaricia mi muslo. Es cierto que me siento tentada, me gustaría descubrir qué sensaciones me depararía la experiencia, sin embargo, no quiero pagar tan alto precio. La inmortalidad sí, pero a cambio de qué, de dependencia, de control, de anonimato… no, no quiero vivir así. Deslizo mi mano por su columna vertebral y succiono su cuello. Es una pena, porque sé que la experiencia me haría tocar el cielo con las manos.
—¿Qué estás pensando?
—Nada. —Me arrodillo y atrapo su boca.
—No mientas. —Mete una mano entre mis piernas y toca la humedad de mi sexo.
—Imaginaba en el maravilloso orgasmo que me harían sentir tus colmillos.
En menos de cinco segundos mi espalda golpea la pared y el pecho de Víctor me aprisiona con la misma fuerza que lo hace su boca. Un punzante dolor nace en mi labio a la vez que un gutural sonido sale del interior de su cuerpo penetrando en el mío. Sus manos desenredan mis piernas de su cintura para depositarlas en el suelo y finalmente alejarse de mí.
Respiro con dificultad. Me mira desprendiendo llamas.
Lo tengo a varios metros de distancia, casi en el otro extremo de la habitación, y aun así percibo con claridad el rojo sangre de sus ojos.
En un nanosegundo se pone los pantalones.
—¡Joder, Susan, no puedes decirme esas cosas!
—Lo siento.
—He estado cerca —lamenta.
—No volverá a ocurrir.
—No es cierto, disfrutas excitándome. —Se pone la camisa.
—Me excita excitarte. ¿Qué tiene de malo? —Se abrocha los botones con rapidez—. No te vistas.
—Nada si no te estuviese explicando que me encantaría beber tu sangre.

—No te vayas.
—¡Oh sí, claro que sí!
—Me portaré bien, no te vayas —suplico.
—¿Te he hecho daño? —Muevo ligeramente la espalda comprobando los daños.
—No.
—Límpiate el labio, te he cortado.
—¡Oh!
—¡Sí, oh! —Limpio la sangre con el dorso de la mano de un modo poco femenino y automáticamente da unos pasos hacia mí—. ¿Qué tal los muslos?
—Bien. —Bajo la vista y veo unos finos arañazos.
—¿Seguro?
—Acércate más.
—Límpiate de nuevo el labio, sigue sangrando. —De forma inconsciente saco la lengua y lamo la herida—. ¡No puedo creer que hagas eso!
Se acuclilla y esconde la cara entre las manos. Pasa los dedos por su pelo…
Ya estamos con el tic de las dudas.
—Debe ser profundo, no para de sangrar —masculla levantándose.
—Tu saliva es curativa, ven a cerrarlo. —No quiero que se vaya y haré y diré todo lo que se me ocurra para retenerlo.
—¿Lo estás haciendo adrede? —pregunta—. Quieres que te obligue a tomar una decisión, ¿es eso?
—¡No quiero que te vayas!
—Lo único que me retiene aquí es mi necesidad de comprobar que no estás malherida, ¿entiendes la gravedad del momento, Susan?
—Entiendo el esfuerzo y lo agradezco, pero quiero que te acerques, no me gusta la distancia entre nosotros, no en momentos como este.
—¡Mierda!
Se frota los ojos y esconde de nuevo la cara entre las manos. Antes de que vuelva a acuclillarse noto su erección bajo los pantalones. ¿Me estaré pasando?
Quiero evitar este distanciamiento cada vez que ocurra algo parecido, quiero que aprenda a afrontarlo con mi apoyo y este me parece tan buen momento como otro cualquiera para empezar las prácticas, además, estoy ansiosa por acabar lo que habíamos empezado. Por otro lado, tal vez una parte muy pequeñita de mí quiere que lo haga. Si él toma la iniciativa podré sentir sus colmillos bajo la piel y descubrir las prometedoras sensaciones de las que habla sin poder debatirme entre lo que quiero y no quiero.
—¡Susan, huelo tu excitación!
—Ven y lame mi labio hasta que deje de sangrar. ¡Tú eres el responsable tú lo curas!
—Ahora mismo te empujaría contra la pared y te haría mía tan profundamente que no podrías…
Se incorpora y camina muy despacio hacia mí. Por un momento creo que va a hacer lo que le he pedido y después cumplirá su amenaza. Se detiene a dos o tres pasos de mi encendido cuerpo. Me deja observar los efectos que tengo sobre él: ojos bañados en sangre, azules venas resaltando en sus párpados y largos colmillos

preparados para complacerme. Trago saliva. Levanta un poco las manos y me muestra las pequeñas garras que nacen en sus dedos. Se agacha, coge los zapatos y, tras mirarme furioso, gira y se va.

Me deshago de la toalla que envuelve mi cuerpo, que por cierto, no entiendo cómo ha logrado mantenerse en su sitio, y me pongo un chándal azul marino. Abro la puerta de la calle y tras taparme la cabeza con la capucha y encender mi IPod cruzo la calle dirección al parque. Empiezo a correr. La noche es oscura, pero no hace demasiado frío. Adelanto a varios corredores y tomo la curva que me llevará hacia el campo de béisbol. En lugar de rodearlo por el exterior, como suelo hacer habitualmente, decido cruzarlo y dirigirme al lago. Empieza un nuevo tema. Solo con escuchar los primeros acordes, mi enfado cobra fuerza. ¿Cómo se atreve a abandonarme en esas circunstancias?

—Pierde el cielo equilibrio, cae derrumbado encima de ti —tarareo.

¿Qué pretende que haga? Yo también tengo impulsos y necesidades y odio que me deje sola en este estado.

—Burbujas de sangre hirviendo caen dentro de ti, que alguien le grite al viento: ¡Puedes contar conmigo! ¡Puedes contar conmigo!

Solo era una invitación, podría haberla rechazado y a otra cosa, pero irse y dejarme sola, excitada, enfadada y… y… culpable.

¡Joder! lo he llevado al límite y en un lugar donde no hay recursos con los que poder saciarse.

Llego al caminito que lleva directo al lago y lo veo sentado en la orilla. Dejo de correr y, con las manos sobre las rodillas, suelto una gran bocanada de aire, no estaba muy lejos. Me quito los auriculares y apago el reproductor. Vuelvo a tomar aire, necesito coraje extra para enfrentarme a esta situación. Camino hacia él hasta llegar a una distancia prudente.

—Puedes venir.

De acuerdo, parece el de siempre. Sigo unos pasos más hacia delante, me agacho y lo abrazo por detrás apoyando mi cara en su espalda. Todo mi enfado se ha esfumado al verle.

—Perdóname, he sido una imbécil.

—No te has lavado las manos ni la boca.

—¿Qué? —digo atónita—. He salido a toda prisa.

—Te ruego que tengas más cuidado la próxima vez.

—¿Sigues enfadado conmigo? —hablo sobre su camisa después de darle un beso entre los omóplatos.

—Sí.

—No me gusta que discutamos. —Lo abrazo con fuerza—. No me gusta que te alejes de mí cuando discutimos, es casi doloroso.

—Es el vínculo que nos ata, a mí me pasa lo mismo.

—¿Entonces entiendes mi reacción?

—No, soy yo el de los impulsos ¿recuerdas?, tú debes controlar la situación.

—Víctor… yo estoy totalmente descontrolada desde que te conozco.

Sujeta mi cintura con un brazo y tira de mí hasta que quedo sentada sobre sus

piernas.

—Susan, te he mentido. —Lo miro sorprendida mientras baja la capucha del chándal y coloca el pelo que hay pegado en mi frente hacia atrás—. Esto no va a ser fácil. Cuando hablamos del tema no conté con los efectos que tendría nuestro enlace en ti.

—Eso no es mentir, es no valorar todos los datos. Volveremos a plantearnos la situación. —Acaricio las sombras de sus ojos—. ¿Has bebido?

—No tengo nada aquí.

—Bueno, es una emergencia…

—No muerdo bichos.

—Podrías… no sé… tú dijiste que a veces…

—Susan, me sorprendes.

—Es de noche y no hay mucha gente.

—Cielo, no quiero que malinterpretes mis palabras, respeto tu decisión, pero ¿te das cuenta de lo difícil que me resulta entenderte? Dices que no puedo saborearte porque no quieres convertirte en vampiro y, sin embargo, te importa muy poco el futuro de los demás.

—Me has dicho que no infringes dolor.

—Pero podría transformarlos.

—Bueno, sí…

—Lo normal sería que rechazaras cualquier acto, si los motivos son los que dices. —Pasa el pulgar por mis labios—. ¿Por qué no quieres ser un vampiro?

—No me apetece sacrificar tanto.

—¿Y por qué no te importa que los demás lo sacrifiquen aun siendo completamente ajenos a lo que les ocurre?

—Es lo que hacéis.

—Nosotros no solemos elegir a gente al azar y si lo hacemos, aunque no tiene por qué ocurrir nada, es por motivos extremos. Nos alimentarnos de gente a la que ya hemos informado con anterioridad y conocemos su opinión. Como ya te he dicho, es importante para nosotros vincular la succión con el placer, preferimos saber que el que es atacado no siente miedo. Son consentidos, borramos de su memoria el momento de la succión para salvaguardar nuestra identidad, pero en su día tomaron su decisión. Susan… la mayoría de las veces mueren sin haber alcanzado la trasformación porque no toman nuestra sangre. Nuestra sangre se ofrece en muy pocas ocasiones, a no ser que sea para salvar la vida de alguien somos bastante recelosos al respecto.

—Tendría que pensármelo con más calma.

—Yo no quiero que cambies de opinión, no se trata de eso, no te entiendo, nada más.

—Me importas tú más que ellos.

—No quiero beber de otro cuerpo. —Esconde su cara en mi cuello.

—¿Y si te dejase hacerlo una vez? ¿Aceptarías mi permiso?

—¿Y si te transformas y me odias el resto de nuestras vidas? —Besa mi sien—. Pueden ser eternas.

—¿Qué propones?

—Tendré más cuidado y tú dejarás de hacer comentarios sexis que impliquen sangre y olores. —Acaricia mi mejilla con la nariz—. Me gustaría besarte.

Arrugo los labios y le pongo morritos.

—No, imposible, tienes restos de sangre y la herida se abrirá en cuanto presione tu labio.

—Podrías…

—Ni se te ocurra decirlo, ¿qué acabamos de acordar? —Pone los ojos en blanco.

—Tengo una idea.

Me alejo unos pasos y me arrodillo en la orilla. Recojo en mi mano un poco de agua del lago. Está helada. Enjuago repetidamente mi boca y luego floto delicadamente mis labios. Los seco con la sudadera y al girarme me encuentro con el enorme cuerpo de Víctor.

—Ya está.

—Se abrirá la herida.

—No hay hemorragia, puedes hacerlo.

Me abraza por la cintura y junta su nariz con la mía.

—Puedo hacerlo.

—Puedes hacerlo. —Acuno su cara entre mis manos y le sonrío—. Confío en ti.

Cierra unos segundos los ojos y tras inhalar profundamente, acerca su boca a la mía. Levanto ligeramente la cabeza y me concentro. No voy a tocarle ni moverme ni un milímetro. Aprieto los párpados y relajo la respiración. Su cálida y húmeda lengua surca mi labio superior con excesiva calma. Se está poniendo a prueba. Repite el proceso en la otra dirección y se detiene en la comisura, su aliento acaricia la sedosa piel de mis labios.

Cambio el peso de mi cuerpo, presa de la impaciencia. Me arrepiento, no quería moverme y él notará hasta la más mínima… su lengua pasa sensualmente por mi labio inferior provocando que las mariposas de mi estómago revoloteen inquietas. Lo humedece una y otra vez con sumo cuidado. De vez en cuando me roza con los labios y al instante vuelve a empezar. Dibuja diminutos círculos de saliva sobre el lado rasgado para luego secarlo con sus propios labios. ¡Madre mía! Creo que podría perder el centro de gravedad solo con esto, en cualquier momento mis rodillas fallarán. Su lengua traspasa la barrera de mis dientes y sin darme cuenta nos hemos enredado en un pasional beso. Inmoviliza mi nuca con una mano y mi cadera con la otra obligándome a mantener distancia corporal. No me importa, bastante tengo con permanecer con las manos quietas. Tras un largo y reconciliador beso apoya su frente contra la mía y suspira.

—Te has aprovechado de la situación.

—¿Yo?

—Atrévete y niega que te has regodeado.

—He usado todo mi valor en curar ese corte.

Me alegra ver que ha recuperado el humor. Nos cogemos de la mano e iniciamos la vuelta a casa. Paseamos despacio bajo el oscuro manto de la noche. No soy capaz de ver ninguna estrella en el negro cielo.

—Susan, voy a dejarte sola esta noche —interrumpe mi escrutinio celestial.

—¡No!

—Tengo que trabajar y tú necesitas recuperar tus horarios y meditar.
—Puedo acompañarte y dormir en tu apartamento.
—Volveré mañana por la mañana.
—Por favor…
—Cielo, lo necesitamos.
Le miro de reojo. Está sediento y vete tú a saber qué más, necesita poner un poco de distancia entre nosotros, lo comprendo.
—Ven antes del mediodía.
—Te invito a comer.
—¿Dónde?
—Ya lo pensaré esta noche.
—¿Qué me pongo?
—No te pongas nada, lo decidiremos juntos.
—Prepararé algo rápido por si acaso.
—Me parece una excelente idea.
Ambos nos reímos relajados. Me acompaña hasta la puerta y tras una despedida formal e inofensiva se marcha. Lo observo caminar hasta donde alcanzan mis ojos. Le he ofrecido el coche, pero se ha empeñado en coger el metro. Sonrío. Es mío.

## David Sandler

Llevo una bata de raso negra que compré los días que Víctor estuvo en Detroit. Es corta, cubre un poco más que mis glúteos y tiene una pequeña apertura a cada lado. Si la observas de frente no parece muy especial, sin embargo, por detrás, la cosa cambia. La seda ha sido sustituida por finísimo encaje, que dibuja mi silueta desde los hombros hasta terminar en punta al inicio de trasero. Contemplo mi premeditado recogido en el espejo y tras dar el visto bueno me aplico un poco de brillo de labios. He preparado unos espaguetis a la carbonara por si al final no salimos y he hecho un poco de limpieza general. Eso sí, todo de prisa y corriendo pues acabar de leer "El libro de la Sacerdotisa" era máxima prioridad. Termino de recoger el baño y me pongo dos gotitas de perfume. Suena el timbre. Miro el reloj, las once treinta y tres, Víctor. Bajo las escaleras de dos en dos. Abro la puerta y cuatro ojos azules y dos cabezas de pelo rubio platino me miran consternados. Mierda. Los hermanos Sandler.

—¿Qué hacéis aquí? —interpelo, mientras me suelto el pelo a toda prisa. Tal vez la larga melena logre tapar mi espalda.

—David quería recoger sus cosas —dice Nicole aturdida.

—Si es buen momento, claro.

Lo miro y él me sostiene la mirada. Siempre tan correcto.

¡Oh David cuánto lo siento! Lamento no haberme preocupado por él ni un solo día, es un buen hombre y me quiere y yo le quiero, debería haberme esforzado, al menos, por conservar su amistad.

—Claro, pasad —me echo a un lado—, estoy esperando una visita, pero sube, recoge tranquilo.

—Gracias.

Cuando David, con su bolsa de viaje en la mano, desaparece de nuestra visión, me planto frente a mi amiga con los brazos en jarra. Va tan fina y elegante como siempre. Anchos tirabuzones de pelo rubio caen por sus hombros, espeso rímel negro riza sus pestañas y un vestido rosa palo de manga larga y cuello barco la hacen parecen muy, pero que muy joven.

—¿Cómo se te ocurre? —murmuro.

—Está destrozado, necesitaba una excusa, pero no se atrevía a venir solo —me contesta en el mismo tono.

—Estoy esperando a alguien.

—¿A quién?

—Tendrías que haberme llamado.

—Habrías inventado cualquier excusa. —Me mira de arriba abajo—. ¿A quién esperas y desde cuándo abres así la puerta? Mi hermano se ha quedado sin aire.

—¿Cómo están Rose y Nacho?

—Esperando una llamada tuya.

—No me regañes, Niki… sabéis que os quiero y que he estado un poco ocupada.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?
—El hombre para quien te has puesto eso. —Me apunta con el dedo y lo mueve de arriba abajo y de abajo arriba.
—No hay ningún hombre.
—Susan —se acerca y me sonríe—, que no quieras casarte con mi hermano no significa que no me quieras a mí. Somos amigas. ¿Quién es el hombre? —grita.
—Calla —espeto—, te va a oír, no quiero dañarle.
—Tal vez necesita un empujón para dejarte ir e iniciar una nueva vida.
—Así no.
—¿Y si aparece don misterioso? —Guiña un ojo—. ¿Cómo se llama?
—Voy a hablar con él.

Subo las escaleras a toda prisa. Tengo que ayudar a David, debe irse cuanto antes. No quiero que se encuentre con Víctor, ni por su bien ni por el bien de Víctor. Pueden saltar chispas y no arriesgaré la seguridad de mi guardián. ¿Pero qué digo? Si alguien corre peligro aquí es David. Acelero el paso y cruzo el umbral de mi habitación. Está en el baño. Atrapo el albornoz que dejé antes sobre la cama para llevarlo a la secadora y cubro mi escasa vestimenta con él.
—Hola —digo, asomando la cabeza por la puerta del baño—. ¿Necesitas ayuda?
—No, ya casi estoy.
—David, siento no haberte llamado, he tenido mucho trabajo.
—No pasa nada, Niki dice que tampoco la llamas, supongo que necesitas tiempo.
—David, no.
Me mira con el ceño fruncido.
—¿No qué?
—No necesito tiempo, no cambiaré de opinión.
Aprieta los botes que sujeta entre las manos y suelta el aire. Agacha la cabeza y sigue con su empresa. Primero mete la colonia, luego el champú.
—Me gustaría ser tu amiga.
—No quiero ser tu amigo.
Cierra la cremallera del neceser y pasa malhumorado por mi lado. Sin darse cuenta, me empuja y me clavo el pomo de la puerta en el costado. Me quejo en silencio, vaya, me he hecho daño de verdad.
—David, por favor…
—¿Por favor? —exclama—. ¡Por favor tú, Susan! —Mete el estuche en la bolsa y se acerca a mí—. ¡Deja de comportarte como una adolescente y céntrate!
—Estoy muy centrada. —Levanto la barbilla—. No me grites.
—¿Hasta cuándo vas a seguir con esta farsa? —Va hacia el armario y saca un par de camisas—. Vas a cumplir treinta años, por el amor de dios, ya has demostrado lo divertida y liberal que eres.
—¡Cállate! —Mete de golpe las camisas en la bolsa de tela y da dos zancadas hasta mí—. No te acerques más.
—¿Por qué? —Da otro paso.
—David, detente.

—¿Quieres hacerte la dura, Susan? —Me atrapa por la cintura y me rodea firmemente con un brazo.

—Suéltame.

—¿Intentas ponerme a prueba? —Besuquea mi cuello—. Está bien, acepto. Me olvido de la boda. ¿Quieres más tiempo? Pues coge el que quieras.

—Lo nuestro ha terminado, nada volvería a ser como antes.

—Intentémoslo. —Tira de mi labio inferior con sus dientes y luego lo atrapa entre los suyos.

—No me toques, por favor —exijo y aparto la cara.

—No te resistas, lo pasamos bien juntos. —Atrapa mi barbilla y vuelve a intentar besarme.

—¡No! —Le esquivo.

—¿Intentas ponerme cachondo? —Chupa mi oreja.

—No estoy jugando, David.

—Yo tampoco. —Me mira lleno de ira—. Vas a zanjar esta niñeada tuya de una vez, quiero recuperarte y quiero hacerlo ahora mismo. —Mete la mano por debajo del albornoz y acaricia el interior de mi muslo.

Oh, no. Ahora no. ¡No, no, no! Este, David, no. Lo veía en sus ojos, desde que he entrado en el baño he notado esa mirada. Hacía tanto tiempo que no me enfrentaba a esto.

—David, Niki está abajo.

—Me da igual.

—Suéltame, estás perdiendo el control, ¿te das cuenta?

—No me importa —escupe las palabras muy cerca de mi cara.

Las lágrimas empiezan a brotar y poco a poco descienden por mis mejillas. Las piernas me tiemblan, aunque David me soltase no podría echar a correr. Cómo siempre. Completamente paralizada por el miedo. Completamente a su merced.

—Pronto llegará un amigo —me atrevo a decir como último recurso.

—¿Un amigo? —Abre mi albornoz y recorre con el dedo la piel que el escote de la seda deja al aire. Un escalofrío recorre mi cuerpo—. ¿Por eso te vistes como una fulana?

—No soy una puta.

—Sí, si lo eres, me has tenido engañado y cogido por los huevos durante mucho tiempo y ahora pretendes que me olvide de ti. —Me estruja contra su cuerpo—. Me perteneces, cambié por ti.

—No cambiaste, mírate.

Atrapa mi boca con sus dientes y sujetándome la cabeza con la otra mano me fuerza hasta penetrarme con su lengua. Le propino todos los puñetazos que puedo, pero él parece no inmutarse. Así que le muerdo la lengua. El sabor a óxido llega justo cuando se aparta y casi de inmediato su mano cruza mi cara. Víctor. Solo soy capaz de pensar en lo que hará cuando vea lo que seguro será un buen moratón. Lloro. No por David, ni por el dolor, sino por mi vampiro. Tengo la posibilidad de llamar a Nicole, pero sé que no lo haré. Jamás lo he hecho. Le miro con todo el odio que soy capaz de reunir.

—Vete de mi casa.

—Me has mordido.
—VETE DE MI CASA.
—Susan, ha sido un lapsus, perdóname, sabes que lo tenemos solucionado. —Acaricia mi cara—. No volverá a pasar.
—No, no lo hará. Márchate.
Cruzo los brazos por debajo de mi pecho y espero a que termine de recoger sus cosas. Por favor, que no aparezca Víctor, por favor…
—Susan lo siento, no sé qué me ha pasado. ¿Ves por qué te necesito... lo ves?
Se acerca de nuevo a mí y deja la bolsa en el suelo. En la mano lleva una cazadora de cuero marrón.
—Deja eso.
—¿Esto? —La levanta.
—No es tuya.
—¿Cómo qué no? —La mira intrigado.
—Te he dicho que espero a un amigo, es suya.
Me fulmina con la mirada y la deja caer al suelo. Vuelve a atraparme entre sus brazos. Vuelve a forzar un beso que no devuelvo. Pero esta vez no puedo pegarle, sus brazos atrapan los míos contra mi cuerpo.
—Yo soy el único.
—No. De hecho, tú ya no eres nada.
Me empuja y caigo de culo. Se abalanza sobre mí obligándome a tumbarme. Atrapa mi cuello con su fina y refinada mano ejerciendo la presión precisa para que le tema. Con sus otros cinco dedos surca el interior de mi muslo y los introduce por debajo del albornoz. Cada uno se siente como cuchillos sobre mi piel. Trago saliva.
—Voy a darte un poco más de tiempo, vas a tranquilizarte, a distraerte, a calentar braguetas… lo que quieras. Yo también cometo errores. —Me besa—. Cuando vuelva, estarás preparada.
—¿Te estás viendo? Lo prometiste.
—Lo sé y lo siento. No volverá a pasar, pero sabes que te necesito a mi lado para controlarlo. Lo logramos juntos, hemos sido felices, cielo.
—No me llames así. —Lloro.
—Sabes que es por tu culpa, tú me has dejado.
—Estás loco.
—Cielo…
—¡No me llames cielo! —grito, expulsando todo el aire que queda en mis pulmones.
—Chicos, ¿necesitáis ayuda ahí arriba? —grita su hermana desde abajo.
—¡Niki, ya bajo, espérame en el coche, por favor!
¡No! ¡Nicole, no te vayas! Cierro los ojos, quiero desaparecer. ¿Por qué ahora? ¿Por qué me hace esto justo ahora? Nosotros nos queríamos, éramos felices…
—Abre los ojos. —Obedezco sin pensar.
—Pensaba que me amabas.
—Irónico, yo pensaba lo mismo de ti.
—Mi corazón no te perteneció en ningún momento.
—Eso es porque no tienes.

—Sí tengo y le pertenece a otro. —Su mano se cierra más fuerte en torno a mi cuello. Cierro los ojos y evoco la imagen de Víctor.

¿Dónde estás? Ahora sí te necesito.

El sonido de un claxon me sobresalta. Al parecer a David también, pues me suelta y, tras coger su bolsa, se marcha dando un portazo. Toso un par de veces acurrucada en el suelo y no me permito ni un segundo más. Me levanto y me miro en el espejo. ¡Madre mía! Mi mejilla es de un tono lila y el cuello… Víctor no puede ver esto bajo ninguna circunstancia, lo va a matar.

Me pongo un vaquero, una camiseta y las deportivas, y un pañuelo en el cuello. Sin pensarlo, me cuelgo al hombro una pequeña mochila con la cartera, las llaves del coche y las gafas de sol. Apago el móvil y lo dejo sobre la mesita de noche, me llamará una y otra vez y no quiero estar tentada a cogerlo. Tras escribir una nota la cuelgo en la puerta de la entrada. Intuyo que no tendría problemas para entrar, pero confío que así le resulte más convincente mi extraña desaparición. Cierro con llave y releo el mensaje:

«Mi padre tiene un problema, he tenido que ir a echarle una mano. Nada grave. No te preocupes. Nos vemos mañana».

Servirá. Seguramente se enfade, pero me dará tiempo. Mañana ya pensaré otra excusa. Me siento en mi viejo Mustang y giro la rueda del volumen al máximo. La música retumba en los cristales. Así está bien, no puedo oír la voz de David en mis recuerdos ni mis reproches por ser tan estúpida. Acelero a fondo cuando entro en la autopista y dejo que el coche decida por mí.

# Incapaz de huir

—¿Susan?

Oigo una lejana voz.

—¿Susan?

Una voz familiar y reconfortante.

—¡Joder! —Pasos—. ¡Susan! —Una mano en la rodilla—. ¿Me oyes? —Unos dedos levantan mi barbilla—. Oh, cielos, Susan. ¿Qué ha ocurrido? —Me quitan las gafas de sol.

Ha atardecido. La luz es tenue y ligeramente anaranjada. El olor a naturaleza es más intenso por la caída de la temperatura. Me concentro en contemplar la vieja cabaña donde mi padre solía traerme a ver espectáculos de marionetas cuando pasábamos días de vacaciones en la ciudad. He dado vueltas y vueltas con el coche y no sé muy bien cómo y cuándo he acabado en Central Park. Estoy sentada en las escaleras de piedra que dan paso a un puente de madera que cruza una pequeña parte de los jardines de Shakespeare. Me encanta este lugar. ¡Era tan feliz cuando venía!

—Susan, háblame —unos dedos tocan mi mandíbula—, deja que te coja, te llevaré a casa.

—¿Cómo me has encontrado, Daniel?

—Eso no es lo importante. —Se sienta a mi lado—. Tienes que dejar que te lleve a casa.

—Víctor, no puede saberlo.

—Nena, Víctor pondrá la ciudad patas arriba si no apareces pronto.

—Lo matará.

—Lo hará de todas formas.

—¡No digas eso!

—Y yo le ayudaré. ¿Te has visto?

—No es nada.

—Susan. —Coge mi mano y la aferra cariñosamente—. Hay que curar esos hematomas.

—Hazlo tú, ahora.

—¿Quieres que me mate a mí? —Levanta una ceja. El brillo verdoso de sus ojos me hace sonreír—. Está muy nervioso, sabe que pasa algo. Deja que cuide de ti.

—Pretendía desaparecer hasta estar bien.

—Tiene a un equipo buscándote, ahora mismo es imposible mantenerse oculto en la ciudad por mucho tiempo.

—Ayúdame a salir de aquí, unos días nada más —niega contundente—, no quiero que me vea así.

—Sería muy doloroso para él que desaparecieras.

—Guárdame el secreto, por lo menos hasta que me encuentren.

—Nena, ya te hemos encontrado.

—¿Tú formas parte del equipo?

—Es mi superior y mi amigo.
—Pensé que te caía bien.
Besa los nudillos de mi mano uno a uno y luego acaricia mi mandíbula.
—Te aseguro que tu lugar está a su lado, te sentirás mejor, ya verás.
—Prométeme que me ayudarás a controlarlo.
—Haré lo que pueda. —Se incorpora—. ¿Vamos?
Recojo la mochila del suelo y me levanto. El mundo se mueve a mis pies.
—Eh… te tengo —susurra en mi oído cuando me abraza, evitando que me caiga de bruces—. ¿Confías en mí?
Asiento. Qué más puedo hacer. Está aquí y necesito ayuda. Se cuelga la mochila en el hombro y me coge en brazos.
—Nena, apoya la cabeza y cierra los ojos, vamos a ir un poco rápido.
Noto el viento golpear mi cara con fuerza. No quiero calcular a qué velocidad vamos, desde luego no es humana. A veces disminuye el ritmo, habrá gente, a veces lo aumenta.
—¿Dónde me llevas?
—Donde me digas. Víctor está en tu casa.
—Pues al *Temple*, tendré tiempo para arreglar un poco mi aspecto.
—Nena, eso —roza mi mejilla con extremo cuidado—, no tiene remedio. ¿Has comido?
—No.
—Pues comerás.
Entramos en la discoteca. Las luces están encendidas. Nunca la había visto así. Parece mucho más grande. Es sorprendente que no nos encontremos a nadie. Cruzamos los reservados y subimos a la zona de apartamentos. Daniel abre la puerta que está frente a la de Víctor.
—No sé si esto será lo correcto.
—Es mejor así.
Me deja en el sofá. El apartamento es exacto al de Víctor, a excepción de la decoración. Daniel tiene algunos muebles más y son de diseño, lo ha decorado a conciencia. Hay auténticas obras de arte en las paredes y exquisitas esculturas sobre los muebles.
—Te gusta el arte.
—Sí. ¿Estofado y tarta de manzana?
—Solo tarta. ¿De quién son las fotografías?
—Un pedazo enorme de tarta para la señorita y un buen vaso de leche.
—Blanca no, por favor.
—¿Café?
—Muy caliente.
—Son mías. —Pita el microondas.
—¡Guau!
—Gracias.
Coloca sobre la mesita de cristal una bandeja con el café con leche humeante y al menos tres raciones de tarta.
—Dame un segundo.

Se aleja y yo me lanzo sobre el plato. Estoy muerta de hambre.
—Está en camino —dice, dejando el móvil sobre la mesa.
Lo miro por encima del trozo de tarta. Lleva una camisa blanca con delgadas rayas granates y unos pantalones pitillos borgoña. La fina trenza cae por el hombro izquierdo y a sus mechas rojas ha añadido alguna verde.
—¿Y si me maquillo? —Niega y arruga los labios—. ¿Podrías prestarme el baño para una ducha?
—Se perderá cualquier rastro.
—Prometiste ayudarme a sosegarlo, además también se perderá el tuyo.
—Entiendo qué quieres decir.
Desaparece en un borrón y reaparece de inmediato.
—Todo listo, te acompaño.
—¿Siempre eres tan rápido? —Me bebo el café con leche de golpe sin quitarle mis ojos de niña mala de encima.
—Y aun así con ganas de jugar… ¿Quieres probar? —Me coge de nuevo en brazos—. Podría esforzarme y terminar antes de que llegue.
—Creo que ya puedo caminar. —Intento zafarme de sus brazos.
—Si te caes en mi presencia me corta una extremidad.
—¡Qué exagerado!
—Literalmente, me lo acaba de comunicar.
—¿Qué sabe? —Me dejo caer de nuevo sobre su pecho.
—Te he encontrado desorientada y hambrienta y te he traído discretamente a mi apartamento.
—¿Por qué discretamente?
—No le gustaría que te viesen así y menos conmigo. Podrían pensar que prefieres acudir a mí o incluso que él tiene algo que ver… por eso no he pedido que abran su apartamento. Ha sido una suerte no encontrarse con nadie.
—Comprendo.
Me deja en el suelo del baño. El blanco de los sanitarios resalta con el negro de las baldosas. Tengo toallas preparadas y una temperatura ideal en el ambiente.
—Gracias.
—No hay de qué. Estaré fuera preciosa, llámame si necesitas algo.
—¿Daniel? —Me mira por encima del hombro—. ¿Qué debería decirle?
—La verdad.

Tras lavar mi cabeza y mi piel a conciencia, decido dejar correr el agua por mi cuerpo. A pesar de lo mucho que me preocupa la reacción de Víctor, ansío verle. Necesito su abrazo y su apoyo. Cierro los ojos e intento imaginarme la situación, sin embargo, múltiples imágenes de David lo impiden. Estallo en llanto. Pensé que jamás volvería a pasar por este horror.
La puerta se abre y dos golpecitos resuenan.
—¿Puedo entrar?
Ya está aquí. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Me sorprende que no esté ya a mi lado. ¿Por qué me pide permiso?

Me demoro más de la cuenta en responder intentando encontrar una lógica a esa pregunta. En nada se parece a lo que yo imaginaba.

—¿Susan?

Ahora caigo, él no sabe lo de mis hematomas, debe pensar que estoy así por su culpa, por lo de ayer, o por su condición, o vete tú a saber. A veces es tan inseguro.

—Sí —me limito a contestar con la voz entrecortada. Enjugo mis lágrimas y en un intento absurdo de ocultarle mi aspecto me pongo cara la pared.

Abre la mampara y espera unos segundos. La tensión me invade y mi muro de protección se derrumba haciéndome caer y llorar desconsolada. De inmediato, los brazos de Víctor me rodean y me besa una y otra vez la nuca.

—¿Qué pasa, cielo? —Lloro con más fuerza al escuchar la amargura de su voz.

Él me deja. Espera paciente que descargue lo que sea que me oprime. Noto su ropa en mi espalda, sus piernas rozan mis caderas, sus pequeños besos masajean mi nuca y mi espalda, pero lo que más noto, lo que más agradezco, son esos fuertes y firmes brazos arropándome. Esos brazos que jamás me harán daño.

Poco a poco recupero el aire. Mis sollozos dan paso a largas y entrecortadas respiraciones y los temblores dejan de sacudir mi cuerpo.

—¿De qué tienes miedo? —su voz es tan apática que es como si me hubiese preguntado: ¿Qué he hecho?

—Ya no tengo miedo. —Beso la mano que sujeta mi torso.

—Cuéntamelo.

Me muevo y él abre su abrazo para que pueda girarme. En cuanto echo el pelo hacia atrás y desplazo mi cuerpo para mirarle, me sujeta la cara con ambas manos. Sus ojos son rojos como la sangre y las venas de sus párpados de un azul más intenso que el atardecer.

—¿Quién?

—Víctor…

—¿De quién coño son esos dedos? —pregunta, mientras levanta mi barbilla y examina mi cuello—. ¡Daniel! —exclama severo.

—No tengo ni idea —grita el interpelado desde el otro lado de la puerta.

—Víctor. —Vuelvo a llorar…

—Ni se te ocurra protegerle.

Se aparta un segundo para que pueda terminar de girarme. Está de cuclillas con la ropa y los zapatos empapados. Aparta mi pelo y acaricia la mejilla sana. Su furia retrocede un poco y sus ojos recuperan algo de normalidad.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. —Respira profundamente.

—¿Nos vamos? —Asiento. Apaga el grifo y me envuelve en una toalla. Me carga en sus brazos y yo me deleito con su aroma.

Ya en su apartamento se sienta en el borde del hidromasaje conmigo en su regazo y lo llena. Me introduce lentamente en el agua espumosa y caliente y, tras desnudarse, se une a mí. Pasa mis piernas por encima de las suyas y se acerca hasta tenerme a pocos centímetros de distancia.

—¿Mejor? —asiento—. ¿Dejas que intente hacer algo con eso? —Señala mi cara.

Pasa su lengua pausadamente por el moratón de la mejilla y luego desciende hacia el cuello sin esperar mi respuesta. Me sorprende esa actitud. El Víctor que yo conozco hubiese esperado mi consentimiento por temor a asustarme, debe estar tan preocupado y necesitado de cuidar de mí que ni se habrá dado cuenta que admite que no le tengo miedo. Su lengua sube de nuevo y baja al instante.

—No servirá de mucho, la hemorragia es bastante grande.

Me mantengo inmutable en mi sitio. Me encanta notar su boca sobre mi piel, pero me hiere que sea bajo estas circunstancias y no quiero alterarle más con burdas palabras o innecesarios movimientos.

—Oye —dirige mi mirada hacia la suya sujetando mi barbilla con mucho cuidado—, háblame.

—Te quiero —Lloro—. Sí tengo corazón y es todo tuyo.

—Chist, claro que tienes corazón, tienes dos. —Lloro con más fuerza—. Cielo, deja de llorar, nunca te he visto llorar de este modo —gruñe—. Voy a explotar si sigues así.

Sorbo por la nariz y limpio las lágrimas con mi mano.

—Ya está, tranquilo.

—No me refería a eso. —Me besa con cariño.

—Más.

—¿Más? —Levanta una ceja.

—Mucho más. —Me besa tan suavemente como antes.

—No puedo darte más, estoy furioso.

Lo abrazo y apoyo la cara contra su pecho.

—Necesitaba soltarlo, ya estoy bien.

—Yo lo soltaré cuando me digas qué ha ocurrido y te deje durmiendo en mi cama.

—No quiero que vayas a buscarle.

—Tú no, y puede que yo tampoco, pero la bestia no opina lo mismo y voy a dejarle vía libre.

—Prométeme que te quedarás conmigo toda la noche o no te contaré nada. —Medita un buen rato—. Sabes que soy capaz —vuelvo a amenazar.

—De acuerdo, así podré planificarlo.

Le dejo pensar de ese modo. Él necesita vengarme y yo sé cómo retenerlo. Todo controlado.

—¿Salimos?, tengo frío.

Me mira sorprendido, como si no entendiese por qué se le ha escapado ese dato.

Me arrulla con una toalla y me lleva hasta la cama. Antes de ponerme un pijama gris, detiene su mano en un punto de mi espalda.

—Mierda. —Lame el lado derecho de mi cintura.

—¿Qué ocurre?

—Tienes otro golpe aquí. —Lame de nuevo.

—Me golpeé con el pomo de la puerta.

Termina de vestirme para dormir y me tapa. Se tumba a mi lado con el codo clavado en el colchón y el peso de su cabeza sobre la mano.

—¿Ha sido David? —No digo nada—. Detecté su aroma en tu casa.

—¿No viste la nota?
—Una nota no me detendrá si pienso que pasa algo raro. Vi la ropa tirada por el suelo y su olor y el de otra persona, eran recientes.
—¿Cómo puedes reconocer su olor?
—Guardas su ropa en tus cajones.
—Ya se lo ha llevado todo. Él y su hermana vinieron a recogerlo todo a media mañana.
—¿Ha sido él? —asiento—. ¿Desde cuándo?
Cierro los ojos. No quiero recordar esos días. Forman parte del pasado y no volverán a ocurrir.
—¿Cuántas veces, Susan? —exige.
—Eso no importa.
—No, es cierto, con una única vez que te toque me autoriza a decapitarlo, pero me gustaría saber durante cuánto tiempo has soportado esta vejación. Se escapa de mi lógica pensar que se lo has permitido… o tal vez explique tu comportamiento…
—Mi comportamiento contigo no tiene nada que ver con David.
—Y, sin embargo, encontrabas normal que te infringiese daños.
—Te equivocas, porque tú nunca me has infringido daños.
De repente tengo calor. Salgo de la cama y voy a por un vaso de agua. Al volver está sentado a los pies y me sigue con la mirada.
—Explícamelo.
—Lo que David ha hecho no tiene nada que ver con lo que tú haces. Él quiere dañarme —me toco la cara—, golpea premeditadamente y con fuerza. Él quiere matarme. —Toco la garganta—. Pierde los papeles y no sabe trazar una línea de seguridad. Se enfurece tanto que deja de importarle lo que tiene alrededor, solo quiere liberarse de su propio horror. Está enfermo. Tú —me acerco a él— haces el amor conmigo, me acaricias, me besas, te preocupas por mí. No hay odio ni maldad en tus actos e intentas contenerlos. ¿Cuándo has dejado una marca como esta en mi cuerpo? —Le acaricio el pelo—. ¿Cuándo? Nunca, jamás lo harás. Y lo sé desde el primer momento. —Acaricia los finos arañazos de mis muslos—. ¡No! —Levanto su barbilla—. Ni se te ocurra pensarlo. ¿Sabes qué marcó la diferencia? No fueron las disculpas, ni las promesas, ni los cuidados posteriores, de esas cosas ya había tenido suficiente, fue que no me mentiste. Planteaste un problema y su solución y yo decidí cómo actuar al respecto. Víctor… si algo me aportó la agresividad de David, fue saber diferenciar tu bondad.
Me rodea por las caderas y esconde la cara en mi vientre.
—Tiene suerte de que aún no sepa dónde vive.
—No lo hagas, no merece la pena.
—Me gustaría borrar esas horribles marcas de tu cuerpo.
—Hazlo.
Levanta la cabeza y me mira.
—Hazlo —repito.
Aparta mi cuerpo con cuidado y se levanta. Va a la cocina y se sirve un vaso hasta arriba de lo que parece sangre. Por primera vez veo cómo sacia su apetito. Y es como si estuviese bebiendo zumo. No me afecta lo más mínimo.

—¿Qué haces?
—Cumplir mi parte del trato, alguien tiene que hacerlo.
—No era un comentario sexy, era una petición. Duele. —Oprimo la cara contra la palma de mi mano.
—¿Mucho? —Al instante le tengo al lado.
—Sí.
—Buscaré algo para el dolor.
—No quiero algo para el dolor. —Trazo círculos por los cuadritos de su abdomen.
—¿Por qué?
—Necesito hacerte mío de un modo irrefutable, y para ti ese es el modo.
—Yo ya soy tuyo sin la necesidad de intercambiar sangre.
—Es por mí. —Le rodeo la cintura y acaricio su pecho con la nariz—. He estado pensando… y después de lo de hoy… quiero quedarme contigo para siempre, vivir donde tú vivas, ir donde tú vayas.
Levanta mi barbilla y me sonríe.
—Hoy no. Estás confusa y asustada, no dejaré que me utilices de escudo. Tú eres fuerte y saldrás de esto.
—Pero es una decisión tomada desde la calma, ayer me di cuenta de que nada era tan importante cómo dejar que me ofrezcas todo lo que tienes. Hasta que te conocí me resultaba imposible expresar mis sentimientos, pero era porque no los tenía, nunca he sentido nada parecido a lo que siento por ti. Quiero que dure para siempre.
—Escúchame —besa mi sien—, aunque te creyese y pasara por alto todo lo que me dijiste ayer mismo no podría hacerlo. Estoy demasiado furioso, irascible y posesivo como para ofrecerte mi sangre sin lanzarme sobre ti, y como sería casi imposible no lastimarte en estos momentos, voy a mantener las manos y los colmillos quietos.
—Quiero que te lances sobre mí —muerdo su pezón—, nada me complacería más.
—Cielo, no voy a tocarte esta noche.
—¿No? —Me irrito—. ¿Y por qué me abrazas desnudo?
Ríe y me estruja contra su cuerpo.
—¿Qué has cenado?
—Tarta de manzana.
—Daniel y su tarta de manzana… me visto y te preparo algo.
—No quiero cenar, ni que te vistas.
No me hace ningún caso y sin soltarme de la mano se pone unos pantalones de pijama negros y me prepara una sopa. Nos sentamos en el suelo del saloncito sobre la alfombra de pelo corto color crema y miro absorta la espiral azul que nace desde el centro.
—Habla.
—¿Por eso me sientas en el suelo?
—Cuéntame qué ha pasado o salgo a buscarlo.
Vale, él también sabe jugar a ese juego. Me muerdo el labio, aparto un mechón de mi cara y sin querer rozo el golpe de mi mejilla. No puedo evitar un quejido. Víctor

se levanta como una flecha y regresa con un bote de pomada.

—Estoy a punto de ir a por un par de viales —dice, cuando, al notar sus dedos, cierro los ojos presa del dolor.

—Eso no sería necesario si dejases que descorchase mi propia botella.

—Deja de bromear.

—¡Ay!

—Perdona —suplica aflojando la presión.

—No has sido tú. —Le miro exigente.

Bebo lo que queda del caldo y me preparo para narrar los hechos. Víctor se debate entre salir de allí o seguir escuchándome a cada palabra. Paso por alto lo de los besos, pero no es tonto, sé que en algún momento los ha encajado en la ecuación.

—Podrías haber llamado a su hermana —reprocha.

—Me paraliza, logra que pierda la conexión entre mi mente y mi cuerpo.

—¿Qué te hizo para que le tengas tanto miedo?

—No duró mucho, pero fue intenso. Cuando empezamos a salir me di cuenta de que tenía un problema grave con el control de la ira. Explosionaba cuando menos lo esperabas. Pequeñas salidas de tonos con los camareros, destrucción de objetos, empujones innecesarios en las discotecas, gritos injustificados al personal que trabajaba con él… Pronto me encontré con el primer juicio por agresiones que viví a su lado. Una pelea en un centro comercial con otro hombre. Me lo explicó todo, él y su familia, y lo entendí. David tenía razón en un primer momento, pero sus problemas hicieron que perdiera los nervios causándole graves lesiones en un brazo y en la cara. Luego hubo más, unos eran temas pendientes, otros nuevos. En medio año no te podría decir en cuantos líos se metió. La mayoría los tapaba con grandes sumas de dinero, la gente es fácil de comprar. Yo intentaba hacer cualquier cosa para ayudarlo. Un día, sin esperarlo, me tocó a mí. Fue sin querer, me crucé entre él y un aparcacoches y me llevé un puñetazo en el ojo. Me sacó de allí, me llevó al médico y lloró a mi lado hasta quedarse dormido. La segunda me apartó de un empujón y caí sobre una mesa de cristal, pasó lo mismo, salvo que esa vez también lloré yo. No sé cómo dejé que llegase tan lejos, ni siquiera sé cómo pasó, pero de repente me convertí en el blanco de su ira. Cada vez que se frustraba, cada vez que no podía terminar una bronca con alguien… allí estaba yo.

—¿Por qué seguiste con él? —Se inclina y apoya la cabeza en mi regazo regalándome un beso en el muslo.

—Una noche —trago saliva— me enfadé mucho con él. Le recriminé sus actos, le grité y le insulté, le dije que le dejaba. Me sujetó por el cuello hasta hacerme perder el conocimiento. Cuando desperté me había desnudado y metido en la cama, quiso hacer las paces…

—No lo digas, puedo imaginarlo.

—No es lo que crees. —Cierro los ojos y evoco los dolorosos recuerdos—. Evidentemente me negué, al principio no se lo tomó bien y empezó de nuevo con los gritos… Lloré, lloré tanto que no fui consciente de cuándo empezó a besar mi cuello y a llorar él también. Se quedó dormido de puro agotamiento.

Le miro amorosamente y acaricio su pelo. Está de espaldas a mí, con un brazo por debajo de mis piernas y con el otro acariciando mis muslos por encima del pantalón. La escena es curiosa. Resultaría más veraz que las posiciones estuviesen invertidas. Me enternece saber que él también necesita mi consuelo así que inclino mi cuerpo y beso su frente.

—A la mañana siguiente se presentó en su apartamento con un psicólogo y un amigo abogado. Me juró que no volvería a pasar, que necesitaba mi ayuda para solucionar su problema. Me convenció. Es un buen hombre con una grave enfermedad, y me quiere, sé que me quiere. Redactó un documento que me protegía de cualquier circunstancia. Alejamiento pactado, indemnizaciones… todo lo que te puedas imaginar, no sé si algo tiene valor jurídico, pero nos sirvió para establecer unos parámetros.

—Mis puños en su cara sí tendrán valor.

—No digas eso, no quiero que te conviertas en un matón.

—No soy un matón, soy algo peor y voy a dejar que lo vea bien antes de que muera.

—Víctor no, por favor, tú no eres así.

—Soy un guardián —dice, como si eso justificase su ansia de venganza.

—Dijiste que no eras un asesino.

Me mira de reojo. Rojo y azul es todo lo que distingo en su bello rostro.

—Bueno… me conformaré con una paliza. —Paso los dedos por su pelo y continúo:

—Funcionó. Durante más de un año y medio nos fue de maravilla. Su familia era feliz, él era feliz, yo era feliz. No se metió en ningún lío, era un nuevo David y todos agradecían que le hubiese ayudado. Por supuesto nadie sospechó jamás que había llegado tan lejos y yo nunca estuve interesada en contarlo. David lo había logrado y yo estaba muy orgullosa de él. Hasta hoy.

—¿Y el cabrón se pregunta por qué no quieres casarte con él?

—No tiene nada que ver. Si lo hubiese amado habría aceptado, confiaba en él plenamente.

—El otro día dijiste que era mejor sentir la pérdida que no sentir nada.

—Eso era porque aún no había sincronizado mis pensamientos con lo que siento por ti. Pase lo que pase no te dejaré.

—Me decepcionas, pensé que eras más sensata.

—L´amour —canturreo.

—No bromees. Sabes que necesito que tengas la capacidad de huir.

—No me harás ningún daño.

—No estoy tan seguro de eso. Anoche…

—Anoche no pasó nada, además, cuando me vuelva fuerte como una roca no habrá quien me pare.

—No sabes lo que dices, estás en estado de shock.

—Estoy más lúcida que nunca.

—Ni te imaginas cómo me gustaría hacerte perder la cabeza ahora mismo.

—¿Quién te ha dicho que no puedas hacerlo?

—La sensatez.

—¿Qué puede ser más sensato que tu pareja te reconforte con placer?

Atrapo su oreja entre mis dientes y lamo de un extremo a otro. Víctor produce un raro sonido a la vez que se gira y me abraza por la cintura.

—No voy a arriesgarme a poner una solo marca más en tu cuerpo, no me lo perdonaría.

—A pesar de lo que intentas aparentar estás más controlado que nunca, serías más que capaz de hacer el amor lentamente conmigo.

—Eso es lo que tú quieres creer. —Besa mi barriga.

Peino su pelo con mis dedos. Tengo la batalla perdida, es un cabezota, más que yo, y no conseguiré nada salvo alargar este toma y daca, y yo lo que quiero es descansar y sentir su calor. Nada más.

—¿Al menos me abrazarás mientras duermo?

—Siempre.

## Intercambios

Víctor entra en el baño y se sienta en la tapa del inodoro. Apoya los antebrazos sobre las rodillas y mira mi reflejo en el cristal.

—Hay algo que deberías saber.

—Adelante. —Aplico un poco más de maquillaje.

—Peter Gibson.

—¿Qué pasa con él? —Me giro desconcertada.

—No puedes seguir viéndole.

—¿Por qué? —Me apoyo contra el mármol del lavabo.

—Tenemos que solucionar ese tema lo antes posible, habéis llegado demasiado lejos.

—No dirá nada.

—No sabrá nada. —Levanta las cejas mirándome autoritario.

—Es muy perspicaz, podría ayudaros.

—No necesitamos ayuda, necesitamos anonimato.

—Pero podríamos intentar encontrar una cura…

—¿Quién ha dicho que la queramos?

Miro mis pies descalzos. Me ilusionaba pensar que podía hacer algo útil por ellos, me apasionaba la idea de conocer la causa y procedencia de sus transformaciones. Peter y yo podríamos haber hecho un gran trabajo con todo lo que sé ahora. Podríamos haber avanzado de un modo incalculable la industria farmacéutica. Usando la sangre y la saliva de esta extraordinaria especie habríamos conseguido alargar la vida y paliar el sufrimiento del ser humano. Estoy convencida de que la magnitud del descubrimiento dejaría a Peter patidifuso, lo suficiente como para mantener la boca cerrada durante toda la vida. Ese hombre es puro ciencia y estadísticas.

Una absurda alarma rechina en mi cabeza.

¿Será por eso que estoy aquí, para deshacerse de un problema?

—¿Lo tenías planeado desde el principio?

—Nuestra seguridad es primordial.

—¿Y necesitabas acostarte conmigo para hacerlo?

Sé que mi comentario está fuera de lugar. Es inapropiado e infantil. También sé que nuestra relación no tiene nada que ver con Peter. Podría haber borrado los recuerdos de su mente y de la mía en cualquier momento, y a pesar de todo necesito decírselo. Deseo hacerme la intransigente. Enseñarle mis garras. Echarle valor a la adversidad.

—En el armario tienes ropa —se detiene antes de cruzar la puerta—, sigo pensando que deberías quedarte en casa, vuelve a meditarlo, por favor.

Escucho la puerta de la entrada cerrarse de un portazo. Respiro hondo y sigo arreglándome para ir al trabajo. El golpe de la cara no consigo disimularlo en su totalidad, pero gracias a Víctor y al maquillaje no parece tan oscuro. El cuello lo

arreglo con un foulard precioso que he encontrado sobre el sofá. Siempre piensa en todo. Sonrío.

Abro la puerta y recostado en la pared está Daniel. Gira la cabeza y me mira con una amplia sonrisa. Cierro y acelero el paso. Me sigue con las manos en los bolsillos y silbando alegremente.

—No necesito niñera.

—¿Tengo pinta de niñera?

Le miro por encima del hombro. Lleva unos pantalones de cuero negro con cadenas por doquier y una camiseta de tirantes anchos del mismo color, tan estrecha que parece tatuada sobre piel. Un tribal de líneas anchas y negras nace en su hombro derecho y desciende hasta su codo. Es un dibujo agresivo, las ramificaciones adoptan formas a veces parecidas a lanzas, a veces a llamas. Humedezco mis labios.

—Pareces sacado de Final Fantasy —Carcajeo.

—Me alegra divertirte.

—¿Tienes más tarta de manzana? —relamo mis labios—, estaba buenísima.

—Siempre hay tarta de manzana en mi cocina, a cualquier hora. —Guiña un ojo.

El ascensor se cierra y no puede evitar enfurruñarme al pensar en que me han asignado guardaespaldas. ¿Es tan necesaria mi vigilancia? Contemplo la perversa belleza de Daniel por el rabillo del ojo y sonrío. Supongo que lo de David aún me tiene trastornada y mi humor fluctúa peligrosamente.

—¿No puedes evitar lanzar indirectas por una sola vez?

—Nena —susurra demasiado cerca—, disfrutas con ello.

—Es verdad. —Me pongo seria—. Tu jefe dice que me gusta gustarte solo para poder mortificarte. —Me acerco y rozo su hombro desnudo con la punta del dedo.

—¿Te das cuenta de la cercanía que hay entre nosotros? Podría tener mi lengua junto a la tuya en menos de un segundo.

—¿Ah, sí? —Desciendo por su bíceps—. ¿Y qué te detiene?

Inclina ligeramente la cabeza hacia mí y me obligo a mantener mi posición. No se atreverá a hacerlo. Un poco más cerca, un poco más… ¡Mierda, quizá me equivoco y me sale el tiro por la culata! Imposible, Víctor confía en él ciegamente. Noto su aliento rozar mi boca…

—¡Joder! —dice, retrocediendo hasta apoyarse en la pared justo en el momento que la puerta se abre.

Río e inicio la marcha.

—No te rías, me han faltado un par de segundos de intimidad.

—¡Ya, ya!

Llegamos al panel corredizo y antes de que se abra me pongo de puntillas y beso su mejilla.

—Me caes bien, pero tenemos que parar —le digo cariñosamente.

—Solo jugamos.

—Lo sé, pero no está bien.

—Yo te vi primero.

—Y yo decidí.

—No te hubiese besado.
—También lo sé.
Salimos al iluminado recinto y caminamos hacia la salida.
—¿Vas a acompañarme hasta el hospital? —digo, cuando veo que me sigue por la planta inferior.
—¿Qué ha ocurrido?
—Me he pasado.
—Nos va a dar un día de mierda.
Me detengo de golpe. Miro la puerta de la oficina que queda justo a mi izquierda.
—Susan, no es buena idea —grita cuando ya llevo medio recorrido hecho.
—Sé lo que hago.
Abro la puerta sin llamar y lo primero que veo es a la pelirroja subida en unos tacones de vértigo y enfundada en un vestido de licra negro. Lleva el pelo recogido en una espesa trenza y al mover su cuerpo para mirarme, las pulseras de su tobillo tintinean.
¡Zorra!
Víctor está inclinado sobre la mesa. Lleva la camisa blanca remangada, los primeros botones desabrochados y el pelo revuelto. Levanta la vista y ladea unos grados la cabeza, apoya el peso en una mano y levanta el bolígrafo del papel donde escribía.
—Frey, déjame unos segundos a solas con mi hombre.
¡Vaya! ¿De dónde ha salido esa vena posesiva? Ni siquiera me fijo en su reacción, me limito a sostenerle la mirada a Víctor que no es poco. Una puerta se cierra. Camino hacia la mesa de aluminio. Subo las rodillas y gateo hasta poder introducir mis piernas por el espacio que deja el torso de Víctor, quedando con la cara a pocos centímetros de la suya. No se mueve, ni pestañea. Parece una estatua sin vida, pero debajo de ese caparazón hay vitalidad, y mucha. Su erección no ha pasado desapercibida a pesar de su posición. Mis piernas han podido rozarla al deslizarse por el canto de la mesa.
Vamos a despertarle.
—¿Me he extralimitado con Helenna? —Sus ojos se centran en mi boca, pero no dice nada—. Estaba a punto de irme y me he dado cuenta de que no me habías besado.
Meto la mano por el cuello de la camisa y agasajo su nuca. Luego, con una perezosa caricia, desciendo hacia su hombro.
—¿Has terminado ya con Daniel? —inquiere categórico.
Se incorpora dejando sus piernas junto a las mías y señala con la cabeza el circuito de cámaras de vigilancia que hay instalado en la pared derecha. Contemplo durante unos segundos la imagen del ascensor, ahora completamente vacío, y en lugar de amilanarme y buscar una rápida excusa decido continuar con mi plan de reconciliación. Me arrodillo sobre la mesa, quedando a su altura, y le enseño las manos para que conozca mis intenciones. Como no dice nada, le rodeo el cuello con mis brazos.
—Lo he pisoteado como a una cucaracha.
—¿En serio? No parecía eso.

—Quiere intimidarme para picarte, le he dado su merecido.
—No te confundas, le gustas, solo le detiene nuestra unión.
—No —beso la comisura de su boca—, lo detengo yo.
—Tú lo alientas. —Retira su cara.
—Y eso le confunde, es divertido, le dejo la responsabilidad y se agobia, no te traicionará.
—A mí no me divierte.
—Mentiroso.
Me fulmina con la mirada y se aleja varios pasos. Posa el antebrazo sobre una estantería y apoya la cabeza. Sigue enfadado por lo de antes.
—No tengo ganas de discutir, Susan, te ruego que me dejes a solas.
—No he venido a discutir.
—Susana, vete.
¡Guau, Susana!, el cabreo debe ser monumental, no recuerdo que me haya llamado así antes. Me siento y bajo de la mesa con un saltito. Tal vez Daniel tenía razón y no era un buen momento… Un segundo, Daniel sabía lo de la cámara. ¡Será cabrón! Me la ha jugado. Por eso estaba tan nervioso cuando he decidido venir a ver a Víctor. Se va a enterar, la venganza será terrible.
—Perdóname, no debería haberte dicho lo que te he dicho.
—No pasa nada. Necesitabas a alguien a quien arrojar tu ira.
—No es cierto.
—La próxima vez intenta hacerlo sin poner en duda mis sentimientos. —Pasa los dedos por su pelo y niega repetidamente con la cabeza—. Por favor, déjame solo.
—¿Vas a dejar que me vaya así? —Me detengo a su espalda—. ¿Ni un beso, ni un abrazo? ¿Y si me pasa algo y no puedo volver a besarte nunca más?
—Deja de decir tonterías —dice, apretando los dientes.
—¿Daniel tiene que acompañarme hasta el hospital o puedo irme sola?
Lanzo el último anzuelo a la desesperada. Y funciona. Se da la vuelta y esconde la cara entre las manos. Peina su despeinado pelo con los dedos, y los cortos mechones caen aún más revueltos.
—¡No puedo más!
—Ven —ordeno afectuosamente.
—No puedo más…
Y por primera vez presencio cómo Víctor se derrumba. Cae de rodillas y agacha la cabeza escondiendo su desolada mirada. Corro a la puerta y cierro con llave. Hago lo mismo con la que hay en el interior. Me arrodillo a su lado y lo abrazo con todas mis fuerzas.
—¿Qué ocurre? —Beso su cuello—. Vamos cariño, háblame.
—Estoy cansado —murmura.
—¿Qué hago? —Retiro el pelo de su frente—. Dime qué hago.
Espero paciente que hable. No dice nada. Repaso lo que he dicho y hecho en los últimos minutos, lo que ha pasado en el baño, lo que pasó ayer, mis marcas, mi petición, la noche de distanciamiento, la pelea… ¡Oh, madre mía! Ahora lo veo claro.
¿Por qué soy tan despistada? Ha pasado toda la noche cuidándome por culpa de unos golpes causados por otro hombre, se levanta y lo acuso injustamente de

utilizarme, no ha podido saciar su sed de venganza, ni su sed de mí, ni ha podido hacer lo que se supone que haría en un caso como este, lleva dos días sin tocarme de una forma íntima —desde anoche casi ni mi besa— y para colmo si quisiera hacerlo los acontecimientos lo tienen tan alterado que podría descontrolarse…

Acuno su cara entre mis manos e intento que me mire. Al final cede y me deja ver su semblante desencajado por el dolor.

—Vamos a ir paso a paso —digo con seguridad—. ¿Qué te resulta más urgente?

—Eliminar esas marcas de tu cuerpo.

—Hazlo.

—No.

—Te lo pedí ayer, lo he pensado con detenimiento y decido lo mismo, hazlo.

—No, eso sería un catalizador, no voy a exponerte. Cierro los ojos y respiro profundamente.

—¿Qué más?

—Quiero matarle.

—Vaya, pensé que mi cuerpo sería más excitante. —Finjo desengaño.

—He dudado —entra al trapo y me sigue la corriente. Sin embargo, hay algo en su tono que me indica que no bromea—, pero no poder tocarte ha inclinado la balanza a favor del asesinato.

—Sí puedes tocarme.

—Te juro que no, nada me gustaría más en este mundo que tenerte desnuda entre mis brazos y perderme en tu interior, pero no dejaré ni una marca en tu cuerpo, nunca más.

—No te tengo miedo.

—Me da igual. —Aprieta los dientes y vuelve a esconder la cara.

—No me dejas ayudarte y eso me cabrea.

—Susan, vete a trabajar, esta noche estaré mejor.

—¡Víctor Mclise, estás hincado de rodillas en el suelo de tu oficina, no me des órdenes! Eres el guardián de este lugar, así que levántate y recupera las riendas de tu vida.

—Necesito unos minutos.

—¿Quieres que abandone? —Vuelvo a girarle la cabeza para que pueda ver mi expresión decidida—. Dices que necesitas que tenga la capacidad de huir, pues bien, estás haciendo lo único que hará que me aleje de ti. Si mi condición humana o mis decisiones te perjudican, desapareceré.

Gruñe y aprieta los ojos. Echa la cabeza hacia atrás y al erguirse clava sus ojos rojos en mí.

—No.

—Me lo imaginaba. ¿Más?

—Quiero pegarle una paliza a Daniel.

—Estaba jugando con los dos, piénsalo, sabía que le observabas.

—Es un cabrón hijo de puta. —Sonríe mordazmente.

—Solo jugamos, ya le he dicho que teníamos que parar, sé que no está bien.

—Hueles a él.

—Ven, no me acercaré si tú no me lo dices.

Estira los brazos y me atrae hacia su cuerpo. Esconde la cara en mi cuello y acaricia mi espalda con ambas manos.
—Bien, una cosa solucionada. Siguiente.
—No hay siguiente.
—Sí lo hay. ¿Te confunde mi comportamiento?
—No quiero hablar de eso.
—¿Por qué?
—Si insinúas una vez más que has cambiado de opinión y me ofreces tu sangre o pides la mía, no podré detenerme.
—Te he dicho la verdad. Me dejaste tiempo para pensar y lo he hecho. No quiero que nuestra relación se base en tu sufrimiento.
—Ni yo en el tuyo.
—Ser vampiro no me hará sufrir, y tal vez nunca se produzca la conversión.
—Si dices eso es que no estás preparada.
—Vale, volvamos al punto tres. Mi cuerpo. ¿Me deseas?
Lame sus labios y no necesito que responda. Pongo una mano sobre su bragueta y acaricio su erección.
—¿Aquí o en tu apartamento?
—Susan, ya te he explicado que…
Bajo su bragueta y le masajeo por encima de la ropa interior. Cambia su agitada respiración por jadeos casi inapreciables.
—No me harás daño, y te juro que jamás te asociaría con él, así que hazlo como necesites.
—Susan… —Cierra los ojos ante mi insistente contacto.
—Cuantas veces necesites —sugiero en su oído—, pretendo dejar que me muerdas, así que no te preocupes por nada.
Antes de darme cuenta de lo que está pasando me ha tumbado sobre la mesa de aluminio. Desabrocha a toda velocidad los botones de mi blusa roja y estruja mis pechos. Con los dientes separa la fina tela de encaje del sujetador dejando libre el pezón. En cuanto asoma lo muerde. Tira de él con ímpetu y luego lo lame trazando círculos una y otra vez. Muerde de nuevo, ahora con más fuerza, y succiona con vehemencia. Suelta mis pechos y deshace el nudo del pañuelo que oculta las marcas de mi cuello. Arruga la nariz y pronuncia una maldición casi inaudible.
—Chist, estoy bien.
Atrapa mi boca y me besa con rudeza.
—No digas que estás bien. —Introduce la lengua en la cálida y húmeda cavidad y la enlaza con la mía—. No debí dejarte sola.
—No es culpa tuya —digo cuando vuelve a dejarme respirar.
Se ocupa de terminar de desnudarme. Tira de mis pantalones y mi tanga con increíble rapidez. Me sorprende que aún no esté en mi interior. Cada vez es más fuerte. Juguetea con la estrecha línea de vello y fricciona pausadamente entre mis labios más íntimos.
—En cuanto te penetre voy a desatarme.
—Estoy preparada.
—Detenme si es necesario.

—¿No vas a pedírmelo? —Sé que necesita reafirmar mis sentimientos.

—Dímelo. —Inserta un dedo en mi interior y lo hace rotar, lo saca y al instante me penetra con dos—. Oh, Susan, siempre tan receptiva y preparada.

—Me gusta que me toques.

—Dímelo. —Saca los dedos y extiende mis fluidos.

—¡Te amo! —Arqueo la espalda al notar sus dedos humedecer mi ano.

Me besa apasionadamente mientras sus dedos continúan con su misión en mi entrepierna. Una descarga eléctrica cruza mi columna cuando su dedo corazón se centra en mi estrecho orificio.

—Y yo a ti, Susan —masajea insistente a la vez que la mano libre libera mi otro pecho y pellizca el pezón—, sé que confías en mí y te necesito de todas las formas posibles.

—Deja que te toque.

—Ummmm…

—Por favor.

—Todavía no.

Se inclina y muerde mi pecho. Vuelvo a notar sus dedos en mi interior, los mueve con insistencia y rapidez. Roza la pared superior de mi vagina y las piernas me fallan. Coge mis tobillos uno a uno y las coloca sobre sus caderas. Presiona el botón del placer aplicando incesantes círculos. Mi cuerpo se agita. Saca los dedos. Los noto resbaladizos y calientes al pasar por mis pliegues y el perineo… Aumenta la velocidad en el pequeño brote y un largo y fino dedo me penetra por detrás. Mi cuerpo estalla casi con el primer contacto. Convulsiono presa del placer más absoluto. En ningún momento deja de masajear el epicentro, evitando así cualquier tipo de tregua en mi sistema nervioso. Saca el dedo premeditadamente despacio, me arqueo echando la cabeza hacia atrás y grito completamente desinhibida. Su grande y dura erección abre las paredes de mi vagina con dureza e inicia una rápida y continua serie de embestidas. Creo que mi cuerpo está a punto de llegar al colapso, en ningún momento ha dejado que descienda del nirvana. No creía posible tener un orgasmo de tales magnitudes. Aferra mis muslos por la cara interna separando más mis piernas, exponiéndome más. No importa que no estimule mi clítoris, ni que no lama mis pezones, la intensidad ha alcanzado tan altas cotas que hasta sus dolorosas cargas son liberalizadoras. Escucho sus gemidos y su agitada respiración, grita mi nombre cuando se derrama en mi interior y una nueva y devastadora ola de placer me invade.

—¿Sigues preparada?

—Siempre.

Ríe y tras salir de mi interior me coge por la cintura y me da la vuelta. Mis pechos tocan el frío aluminio y en lugar de aliviarme aumenta mi excitación.

Fijo los pies al suelo y escondo las manos bajo mi cara.

—Aún no puedo tocarte.

—Correcto.

Su mano sujeta mi sexo y poco a poco sus dedos inician sus propias rutas. Abre mis nalgas y pasa la mano por el interior. Acaricia la sensible abertura e introduce el pulgar. Repite el proceso unas cuantas veces, inevitablemente inicio una danza en su busca acompañada de sinuosos ruiditos.

—Veo que no es nuevo para ti.
—No… ¡ah! —Cambia de dedo y la estimulación se vuelve más intensa.
—Eso está bien.
—¿Ah, sí?
Dejo de notar el contacto de su dedo y una lengua me recorre de arriba abajo.
—¡Víctor… por dios!
—Será más fácil para ambos.
Y tal como termina de hablar me penetra.
Grito. La invasión ha sido exigente y necesito acostumbrarme a él. Se queda estático y acaricia mi espada.
—¿Estás bien? —susurra en mi oído.
Noto su peso sobre mí, besuqueando mi nuca. Aparta el pelo de mi cara y pasa un dedo por mis labios.
—Susan, has de confiar en mí, relájate.
—Ha sido la impresión.
—Vamos, cielo. —Retrocede un poco y vuelve a empujar—. Eso es, siéntelo.
Pasa la rodilla por debajo de mi pierna y la eleva. Acaricia mis pliegues mientras sus movimientos cobran velocidad.
—Escúchame, Susan. —Empuja con fuerza y cierro los ojos—. No puedo controlar la situación. —Empuja con más fuerza—. ¿Paro?
Me muerdo los labios. Mi cuerpo se contrae al notar su enorme erección invadir con furia un lugar tan reservado.
—¿Paro? —me pregunta.
—No. —Me aferro a los cantos de la mesa. Sus dedos invaden una zona, su pene otra… mi espalda sufre una nueva acometida y decido dejar de pensar.
—Eso es, ya casi…
Víctor emite un gutural sonido y tras varias sacudidas de su cuerpo me libera. Mantiene una mano sobre mi espalda. La otra separa mis nalgas y su lengua inicia un nuevo recorrido. De inmediato, el alivio me hace respirar.
—Esto sí puedo arreglarlo, cielo. —Lame de nuevo mis partes más íntimas y vuelvo a notar los efectos curativos de su saliva. Increíblemente los excitantes también dejan huella, pero mi cuerpo está tan exhausto que decide pasarlos por alto.
Tras un largo periodo de sexual sanación, Víctor decide sentarme sobre la mesa. Se coloca el vaquero y sube la cremallera. Desabrocha su camisa blanca y me la pone. Lo contemplo completamente embelesada. Trazo una línea por encima de su pecho deleitándome con la suavidad de su piel. Me fascina ver la pasión teñida de rojo en sus ojos y la ansiedad latente en sus discretos colmillos y que, a pesar de todo, esté entre mis piernas cuidándome con tantísima calma.
—Eres increíblemente templado —ríe escéptico—, no te rías y mírate, después de todo no me has hecho ni un rasguño y además te tomas un desmesurado tiempo en atenderme.
—Eso es posible porque aún no he soltado las riendas.
—¿Hay más?
—Mucho más.
—¿Cómo puede haber más? —Contoneo mis hombros a la vez que mojo mis

labios.

—Vamos arriba y te lo enseño.

—¿Te encuentras mejor? —Me engancho a su cuello cuando me aúpa.

—Déjame pensar… no. —Abre los ojos exageradamente.

—¿No?

—Me has hecho una propuesta y yo te he advertido de lo que sucedería. Esto que hemos hecho ha sido… digamos que los preliminares, quería descargar algo de energía. Pero amor, siento decirte, que ha sido peor, muchísimo peor.

—¿Qué propuesta?

—¿Ya no lo recuerdas?

Abre la puerta de la oficina y sale disparado hacia la planta superior. No me fijo en cómo se asegura de que no haya nadie en nuestro camino a través del circuito de vigilancia, ni en los objetos pasar a toda velocidad a mi alrededor. Mi cabeza da vueltas en torno a una idea: me ha tomado la palabra y va a hacerlo.

¿Hay vuelta atrás?

Seguramente sí. Solo necesitaría decírselo en voz alta.

Entramos en su apartamento y me deja sobre la cama. Se quita los zapatos, los calcetines y los pantalones.

—¿Dónde está tu ropa interior?

Apoya las manos sobre el colchón y me besa. Acaricia mi cuello con su nariz, la clavícula, el escote… Con dos dedos abre la camisa y sigue su recorrido hacia el ombligo. Lo lame.

—Eres muy sexy —ronronea.

Desciende hasta la ingle. Dejo de respirar. Su lengua traza la línea que hay entre el muslo y el pubis y sus manos se cuelan por debajo de la tela para tomar mis glúteos.

Demora su ascenso premeditadamente. Desesperada, decido enredar mis dedos en su pelo. Poco a poco sube con su lengua hacia mis pechos y tras entretenerse con uno de mis pezones se pone rígido y me mira directamente a la cara.

Evidentemente mis manos han dejado de tocarlo y me siento muy frustrada.

—Voy a explicarte lo que va a pasar —asiento—, si quieres detenerme hazlo ahora, más tarde será imposible.

—Estoy segura.

—De acuerdo —sus ojos recuperan el rojo intenso—, voy a dejarme llevar, no te haré daño, pero si ocurriese algo no debes preocuparte, esta vez vamos a cerrar el intercambio. Yo bebo, tú bebes, tus golpes sanarán y desaparecerá cualquier dolor. Será casi de inmediato así que luego solo habrá placer.

Desarrolla sus colmillos por completo. Coge mi mano, unas pequeñas garras nacen de sus dedos, acerca uno de mis dedos a su afilado canino y lo mueve en una caricia.

—Esto es lo que menos miedo debe darte, Susan —vuelve a acariciarlo lentamente—, esto lo controlo.

Me acerco atraída como un imán a otro imán y paso mi lengua por su labio.

Escucho un sonido salvaje y de pronto me encuentro sentada sobre su erección. Hace resbalar la camisa hasta sacarla por mis brazos e inicia un suave contoneo. Besa mi cuello y lo lame. Noto la presión de su dentadura sobre mi carne… nada. Al

instante, me besa y abraza con más fuerza. Sus ligeros movimientos me invitan a acompasarme con él. Rodeo su cintura con mis piernas con más fuerza y muerdo su hombro. Siento sus ojos traspasándome, sus garras sobre la piel de mi espalda. Acaricio su cara y acerco mi boca a la suya. Los colmillos se retraen permitiendo un profundo beso. Largo, húmedo, intenso. Me muevo con más insistencia. Mis entrañas se agitan. Quiero a este hombre muy dentro de mí, más profundo, más íntimo. Quiero que muerda mi carne y se alimente de mi sangre. De repente, la idea resulta tan vital como respirar. Subo y bajo con intensidad aferrándome a su nuca.

—Hazlo —le exijo.

Me acerca a su pecho oprimiéndome con los dos brazos. Mordisquea mi oreja. Sus movimientos adquieren velocidad. El clímax está cerca, demasiado cerca. Esto no es lo que me había explicado.

¿Dónde están los impulsos descontrolados?

¿Dónde está la fuerza desmesurada?

—¡Víctor, hazlo!

Se mantiene ocupado jugando con mi cuello. Casi no puedo moverme por culpa de su abrazo. Salvo mis caderas, esas se mueven ansiosas por aliviar el calor de mi vientre. Atrapa mi boca invadiéndome con su lengua. Noto su saliva mezclándose con la mía… Estallo en un grito ahogado lleno de pasión. Su lengua sigue en mi interior prolongando el orgasmo. Cuando nuestros cuerpos dejan de moverse afloja su agarre y retira el pelo de mi cara. Sus labios aún rozan los míos cuando la sensación de plenitud es sustituida por la de traición. Me ha privado de la intimidad de su mundo y lo ha hecho con premeditación y alevosía.

¿Quería ponerme a prueba?

Acaricio su espalda, concediéndome unos segundos de meditación y tras concluir que tengo todo el derecho del mundo, me aproximo a su boca buscando un nuevo beso. Separa los labios, introduzco la lengua y aprovecho la situación para presionarla contra su colmillo y provocar un ligero corte. No puede hacer nada al respecto, cuando es consciente de mi acto, mi sangre ya está en sus papilas gustativas. Gruñe y me tumba en la cama cayendo sobre mí. Me besa, o más que besarme, me saborea. El sabor a óxido desaparece y él se incorpora. Me dirige una mirada de desaprobación y baja de la cama.

—¡Muy mal, Susan, muy mal!

—¡No soy una cría, no me regañes!

—¿Sabes lo que podría haber pasado? —grita.

—¡Lo que acordamos! —recrimino.

Se mete en el baño y escucho el agua correr. Sale y va hacia la cocina. Gateo por la cama para ver qué hace, se sirve un vaso de sangre.

—Tápate —insta malhumorado.

—¡No me des órdenes!

—Acordamos que obedecerías frente a situaciones extremas —protesta.

—¡Tú no cumples tus acuerdos!

Se planta frente a mí completamente desnudo. Levanto una ceja por la ironía de la situación. Él lo entiende y disimula una sonrisa. Es más fuerte de lo que reconoce, tan solo evita riesgos. Deja sobre las sábanas un pequeño cuchillo y deposita en el

suelo un vaso lleno de líquido rojo.

*¡Oh no! Otra vez cuchillos, no.*

—¿Por qué lo has hecho?

—Primero tú —contraataco.

—Necesitaba comprobar tu reacción. No daré un paso tan importante sin estar completamente seguro, hace dos días te negabas rotundamente, entiende que intente protegerte.

—Me he sentido ofendida y rechazada. De pronto, sentía la imperiosa necesidad de alimentarte y cuando he comprendido la verdad de tus actos, me he cabreado.

Se sienta a mi lado y acuna mi cara.

—Vale, vamos a hacerlo. Pero no ahora. Necesitas saber unas cuantas cosas sobre este tipo de vida y tenemos que hablar sobre el futuro. Si cuando terminemos sigues dispuesta, accederé.

—Me parece bien.

—Y ahora —coge el cuchillo por la empuñadura— el vínculo que se establece con nuestro enlace está más arraigado en ti de lo que creía. Casi lo percibes a mis niveles, por eso te has sentido rechazada, te he privado de lo que tu cuerpo reconoce como suyo. Así que este experimento funcionará mejor de lo que pensaba. Has provocado un ligero rasguño en tu lengua, pero los niveles de ponzoña deben ser bajísimos o nulos así que no hay riesgo. —Se hace un pequeño corte en la muñeca—. Pruébala.

—¿Qué? —Le miro estupefacta—. ¿Así, sin más?

—Bebe.

Me llevo su brazo a la boca y lamo el surco de sangre. Es cálida y dulzona. Nada que ver a cuando te chupas una herida. Miro la muñeca, el corte está casi cerrado.

Víctor vuelve a rasgar su carne, esta vez más profundo.

—Otra vez.

Con el corazón a mil por hora y extrañamente agradecida me acerco de nuevo y paso mi lengua por su muñeca. Ahora hay más sangre, el corte es más grave. Chupo con timidez y limpio la zona con mis labios. Algo me posee y de repente quiero más, mucho más. Aprieto la muñeca de Víctor contra mi boca y succiono con ansia. El líquido caliente es un festín para mis sentidos. Necesito más. Absorbo con más intensidad y un gemido se escapa de mi garganta.

—Para —la gravedad de su voz me hace obedecer de inmediato, pero eso no significa que esté de acuerdo.

Abro los ojos, sin saber cuándo los había cerrado, y me encuentro a Víctor terminando su vaso de sangre con la vista perdida en algún punto de la habitación. Unas gotas resbalan por su antebrazo y sin poder resistirme vuelvo al acecho.

—¡Para!

Reniego al separarme, la sensación de pérdida es insoportablemente dolorosa.

—Víctor, ¿qué me ocurre?

—Ahora puedes imaginar la tortura por la que me has hecho pasar. —Deja el vaso en el suelo y poniendo una pierna sobre la cama se gira hacia mí—. Nunca más, Susan.

Se levanta. Se viste con la ropa que llevaba, la camisa está completamente

arrugada.

—Perdona.

—Que lo controle no implica que sea fácil. Si te digo que no me toques es por tu seguridad, si te digo que no puedo catar tu sangre sin llegar al final es por mi bienestar.

—Ha sido espontáneo.

—Soy consciente de ello. —Pasa los largos dedos por mi pelo—. Necesito unos minutos.

—Los que quieras.

—Sabes muy bien —susurra en mi oído.

—Tú también.

—¿Estás decidida?

—Sí —jadeo.

—Hasta que ocurra pórtate bien.

Y tras darme un beso en la frente, se marcha.

## Daniel, mi gran amigo

Tres golpecitos en la puerta me obligan a detener mis reflexiones. Miro el reloj que hay en la mesita, han pasado cuarenta minutos desde que Víctor se fue. Tres golpecitos más.

—Servicio de habitaciones, preciosa.

—¡Daniel! —Salto de la cama—. ¿Qué haces aquí?

Deambulo por la habitación en busca de mi ropa. ¡Mierda, mi ropa! Debe estar en la oficina. Las mejillas me arden al pensar en Helenna entrando en su lugar de trabajo.

—¡Dame un segundo!

—Tengo toda la eternidad.

Por un brevísimo momento pienso en la posibilidad de abrirle envuelta con una sábana. Me encantaría verle la cara. Sonrío ante mi atrevida idea. Pero no, sería demasiado para Víctor, incluso sería demasiado para mí. Jugar es una cosa, estar prácticamente desnuda en su presencia otra.

Abro el primer cajón de la cómoda y encuentro un par de conjuntos de ropa interior, un par de pantalones y unas camisetas. ¿Cuándo compra todo esto? Me pongo las braguitas y el sujetador blanco, los pantalones negros y la camiseta roja con escote en pico.

—Víctor no está —advierto, apoyándome en la puerta.

—Lo sé. —Apunta con el pulgar la puerta que hay a su espalda. Está en su apartamento—. Tarta recién hecha para la niña de mis ojos.

Se abre paso sin que le haya invitado a entrar y camina hacia la cocina con un plato en las manos. Voy tras el rastro de la tarta de manzana caliente y saco dos platos y dos cucharas.

—Soy la niñera.

—Creo que la necesita más él que yo —refunfuño—. ¿Algo de beber?

—No deberías ofrecerte con tanta facilidad.

Daniel ha cortado dos cachos y los ha servido con rapidez. Es extraño ver lo poco que oculta sus habilidades.

—Muy gracioso. —Me llevo la cuchara a la boca y me deleito con el exquisito sabor—. ¿Qué te ha contado?

—Más de lo habitual, está frenético. —Lame la cuchara.

—¿La has hecho tú?

—Buen amante y cocinero, todas caen rendidas al instante.

De pie junto a la encimera disfruto de un par de pedazos más.

—¿Qué hago, Daniel?

—¿Qué me preguntas exactamente?

—¿Crees que tomo la decisión correcta?

—No es una mala vida, si es a lo que te refieres, pero solo puedes valorarlo tú.

—¿Si no accediese Víctor sufriría?

—La respuesta a esa pregunta no debería influir en tu decisión, es demasiado seria para no ser egoísta.
—Por favor, Daniel, han sido horas muy largas… dame una pista.
De pronto lo tengo junto a mí. Me quita el platito y la cuchara y roza el golpe de mi mejilla con sus nudillos.
—Es más duro no matar a ese cabrón, y sigue sentado en mi sofá.
—Comprendido.
Hunde su cara en mi cuello e inhala con fuerza.
—A pesar de todo hueles de maravilla.
—¿Eso es un cumplido?
—Víctor está por todas partes.
—¿Te ha contado lo de David?
Retrocedo unos centímetros ante su insistencia. Él percata mi incomodidad y en lugar de forzar la situación, como habríamos hecho en cualquier otro momento, se aparta.
—¿Quién es David? —Levanta una ceja.
—Sé que lo sabes.
—¿David Sandler, arquitecto norteamericano de treinta y dos años, metro ochenta y cuatro, rubio, ojos azules, con residencia en la…?
—¿Ya conoces todo eso de él?
—Hasta la talla de ropa interior, llevo toda la noche investigando.
—No le hagáis nada, no quiero que os manchéis las manos con su sangre.
—La sangre no es un problema, preciosa.
Retrocede y se sienta en la misma silla de antes. Corta dos pedazos de tarta, se sirve uno y el segundo flota hacia mi plato. Miro estupefacta el gran pedazo y luego a Daniel.
—¿Qué coño ha sido eso?
—Telequinesia, ¿no lo sabías? —Niego, mientras veo cómo acerca mentalmente el plato y la cucharilla a mi cuerpo, una pícara sonrisa cruza su rostro—. Víctor es muy reservado contigo.
—¿Él también?
—Todos los guardianes.
—Tú no eres un guardián —constato sin pretender herirle.
—Porque no quiero.
—¿Qué otras cosas no sé?
—Pregúntale a Víctor.
—Daniel —me acerco a él cautivada por su don—, ¿por qué a veces dices que mis ojos resplandecen?
—Es Víctor enviándome una señal.
—¡No!
—Sí, ahora mismo brillan como el oro.
—¿Lo sabías desde el principio?
—¿El qué? ¿Qué estabais enlazados? —Se mete la cucharilla de una manera muy sensual en la boca.
—Sí.

—Desde que tus ojos brillaron como el sol, no sabía a quién pertenecías, pero sabía que no podía tocarte.
—No soy un bolso.
—En cuanto me di cuenta de que no sabías nada sobre nosotros, intenté protegerte. Si alguien daña al exclusivo bolso de uno de los nuestros… —Se pasa la cuchara a modo de cuchillo por el cuello.
—Le dije que no se metiese en mi cabeza. —Corro al baño y contemplo las doradas esferas de mis ojos.
—Bueno, para ser justos, no está en tu cabeza. —Entra en el baño.
—Explícate.
—Una pequeña parte de él utiliza tu propio cuerpo para marcarte. Cualquier ser inmortal sabrá que estás emparejada con uno de los nuestros al ver tus ojos, la esencia de Víctor firma el enlace. Pero para ello no se introduce en tus recuerdos, ni modifica ningún dato. Es como una sutil caricia.
—Yo no he visto estos ojos en nadie más de la sala.
—Víctor es muy fuerte a nivel mental, no todos podemos hacerlo.
—¿Tú puedes?
—Yo no he encontrado a mi pareja. —Se aproxima peligrosamente por detrás. El espejo me devuelve la imagen de su cara muy cerca de la mía—. No te enfades con él, en cuanto dejes que hinque los colmillos en tu tersa piel dejará de hacerlo, es su manera de protegerte.
Me giro y apoyo el culo en el mármol, sujeto con fuerza el duro material con mis manos y clavo mis ojos en los suyos.
—¿Cada cuánto bebes habitualmente?
—¿Estás proponiendo algo, nena?, yo no soy como tu novio. —Su nariz toca mi pelo.
—¡Daniel!
—Cada día, pero solo por placer, podría aguantar una semana más o menos.
—¿En vaso?
—¿En vaso? —Ríe y levanta las cejas—. Has visto la carnaza de la que dispongo cada noche.
—Víctor bebe mucho, más de lo que me dijo. —Ignoro su denigrante comentario.
—¿Te ha explicado por qué?
—Aun así.
—No pasa nada —acaricia mi mandíbula—, lo hace para controlar mejor sus impulsos.
—¿No puedes parar, verdad?
—Es complicado, me gustas.
—A ti te gustan todas.
—Eso es un poco cierto. —Besa mi barbilla dejando salir descuidadamente la lengua.
—Si Víctor entra y te ve, te mata.
—¿Y tú dejarás que lo haga?
—¿Cada noche las metes en tu cama para practicar tu palabrería o a veces solo

bebes?

—Nunca las meto en mi cama. —Peina mi pelo y lo coloca tras la oreja.

—¿Y dónde cometes tus fechorías?

—Abajo. Mi cama está reservada para la definitiva.

Inexplicablemente el corazón me da un vuelco. Eso ha sido muy romántico por su parte. Jamás lo hubiese dicho.

—¿Víctor traía a muchas?

—No soy tu espía. —Su aliento roza la piel de mi cuello.

—Me dijo que de vez en cuando.

—No todos somos iguales, y tu hombre es muy viejo, puede que en algún momento dejase los sentimentalismos a un lado. Además, esta es mi residencia habitual, Víctor va y viene continuamente, supongo que no considera un hogar ninguno de los apartamentos. —Pasa un dedo por mi clavícula—. ¿Tú no metías a hombres en tu cama?

—Deja de impregnarme con tu olor, no está para juegos.

—Cariño, en ningún momento me has dicho que me aparte.

—¿Te frustra?

—Un poco, ya te he dicho que me gustas, solo ese cabezota de ahí fuera consigue que mantenga dos centímetros de distancia.

—Confío en esos dos centímetros.

—¡Arg! —Se aparta de golpe—. A veces yo no.

—¿Yo gano?

—Hoy sí.

—Estupendo. —Paso por su lado y le golpeo la pierna con el culo—. ¿Me devuelves a mi hombre?

—Voy a decirle que estás bien.

Carcajea y sale del apartamento. Me siento y empiezo a comer el trozo de tarta. Se acabaron los misterios y la falta de información. Quiero saberlo todo y de hoy no pasa.

¡Telequinesia, por todos los cielos, ¿cuándo pensaba decírmelo?!

## Toda suya

Víctor entró por la puerta minutos después de terminar mi ducha y vestirme de nuevo. Se metió en el baño cerró la puerta y durante mucho rato no tuve noticias de él. Al salir me miró, forzó una sonrisa y dijo:

—¿Velocidad o tranquilo paseo?

Sin duda contesté velocidad. Un chute de adrenalina despertará todos mis sentidos. Así que ahora estoy subiendo a la R6 y dejando aparcada justo al lado una Harley.

Observo al impasible Víctor y él hace todo lo posible para evitar cruzarse con mi mirada mientras prepara los cascos.

—¿Sabes que he conseguido borrar de la lista otro de los problemas?

—Sorpréndeme —contesta muy serio.

—No he ido a trabajar —me mira de reojo—, ni siquiera he llamado.

Pongo el feo mohín que sé que tanto le divierte y su boca está sobre la mía en un pestañeo.

¡Ay mamá si tú supieras esto!

—Gracias —suspira entre beso y beso.

—No hay de qué.

Acaricio la fina y corta patilla. Me enternece su mirada y su tenue sonrisa. No me gusta verlo malhumorado y contenido. Él es muy fuerte y debería confiar más en sus posibilidades.

—Llama si quieres. —Me tiende el móvil.

—No importa, de todos modos, no sabría qué decir. —Dejo la mano en su cuello—. Llamaré más tarde. ¿Dónde vamos?

—Estoy harto de estar encerrado, vamos a pasarlo bien.

—Yo me lo paso bien encerrada bajo tus sábanas.

—Eres insaciable. —Entorna los ojos.

—Y tú, por eso nos vamos.

Ríe a la vez que sube a la moto de cara a mí. Toca mi cuello con un dedo y desciende hacia el escote de la camiseta azul marino. La roja debía oler a Daniel por todos lados, así que la he descartado de inmediato. Sustituye el debo por un beso y mi piel se eriza.

—Es cierto, pero no confíes en que el público me detenga.

—¿Sexo en público? —Levanto una ceja—. No te veo capaz, eres demasiado posesivo.

—¿Me estás retando?

—¿Yo? —chillo, mientras me apunto con el pulgar—. Cariño, no necesito retarte.

—¡Guau, qué seguridad!

—Si quiero sexo, lo tendré. —Le guiño un ojo.

Negando con la cabeza y con una amplia sonrisa en la boca me pone el casco y

se da la vuelta.

—¿Cómo de cerca ha estado el capullo gótico? —dice, antes de ponerse el casco.

—Lo suficiente como para olerte por todos lados.

Me sujeto fuerte a su cintura y arranca con un tremendo estrépito. El ruido oculta su risa, pero su tembloroso abdomen le delata. Le ha gustado mi respuesta.

Salimos del recién descubierto parking subterráneo y el sol me deslumbra. Hace un día precioso. Y empieza a notarse la proximidad del verano.

La velocidad no tarda en llegar. La moto zigzaguea dejando atrás el denso tráfico de la mañana. En más de una ocasión se me corta la respiración, no estoy muy segura de no terminar en el suelo. Con poco esfuerzo, Víctor consigue sortear varias retenciones y cruzar a Long Island.

¿Dónde iremos?

*¿Te importa?*

No, no me importa. Puede hacer lo que le plazca.

Me aferro a su cintura con más fuerza y cierro los ojos. El aire fresco me sienta bien, la velocidad me da vida.

Ha pasado menos de media hora y hemos llegado. Lo sé porque la velocidad ha disminuido considerablemente y el cuerpo de Víctor está más relajado. Abro los ojos y solo veo extensa carretera y llanura adusta. La brisa del mar termina de confirmar el destino.

—¿Nassau?

—Pensaba ir hasta Jones Beach, pero he cambiado de opinión.

Entramos en un pequeño muelle y aparca. Baja con una gracia propia e inigualable y me quita el casco.

—¿Bien?

—Más que bien —le contesto ilusionada.

El beso en los labios me pilla desprevenida. Es corto, liviano, casi monótono, y es el que más me ha hecho sonreír. Es un beso improvisado nacido de la complicidad y del cariño y eso dice mucho del nivel que ha alcanzado nuestra relación.

—Creo que hemos subido de nivel —le digo amorosamente mientras rozo su mandíbula con los nudillos.

—Susan —levanta las cejas y me muestra su perfecta y peligrosa dentadura—, hemos alcanzado el nivel máximo.

Bajo de la moto apoyada en su mano y sigo sus pasos. Se ha puesto unas Carrera y una gorra de los Knicks. No habla con nadie. No pide permiso, ni paga, ni recoge llaves… tan solo hace un discreto gesto con la cabeza a un hombre que está sentado en un pequeño porche y me lleva hacia una lancha motora blanca con líneas rojas.

—¿Te apetece? —susurra abrazándome por la espalda.

—Es perfecto.

—Susan… lo de Peter no es negociable.

—¿Por qué hablamos de Peter?

—No quiero discutir ahí arriba.

—¿Le haréis daño?

—No. Tony y Lean ya no existen, los documentos han sido destruidos y Peter no recuerda nada del caso.

—¿Ya?

—No podíamos esperar más.

—Lo comprendo. ¿Se acuerda de mí?

—No. Es mejor así, si dejamos algún recuerdo, por pequeño que sea, podría ir recuperando datos paulatinamente.

—¿Y el resto de la comisaría?, alguien puede haberme visto con él y

reconocerme.

—Hemos hecho un barrido completo, mensajes y llamadas incluidas, no hay ni rastro de vuestro contacto.

—¿Cuándo?

—Hace dos noches.

—Me caía bien.

—Siempre puedes volver a conocerlo. —Besa mi sien y coge mi mano para llevarme a la lancha.

Inmersa en los momentos que he pasado con el forense iniciamos nuestra incursión en las aguas. Así que el tiempo que pasó lejos de mí el sábado fue productivo, ni siquiera pretendía planteármelo, simplemente se ha limitado a informarme.

*Nuestra seguridad es primordial.*

Ya veo… Supongo que tiene razón, no puede poner en peligro su mundo porque a mí me caiga bien un tipo.

Apenas soy consciente del paisaje hasta que Víctor se sienta a mi lado y levanta mi barbilla con dos dedos. Es precioso. Los dos.

—¿Todo bien?

—Deja de preocuparte.

—No pidas lo imposible.

Le ofrezco una cálida sonrisa y me recuesto sobre su pecho. Huele a limpio y ahora a mar. De pronto me fijo en el volante de piel blanca.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Cielo, no te preocupes.

Levanto la mirada comprendiendo la situación. Telequinesia.

—Siempre me entero de las cosas por Daniel —recrimino.

—Quería hacerlo poco a poco, ya te lo dije, pero me doy cuenta de que necesitas más.

—Prometiste no meterte en mi cabeza.

—No lo he hecho, lo de los ojos es una tontería.

—Has hablado con Daniel.

—Sí.

—¿Te lo ha contado todo?

—Eso no lo sé —suena preocupado.

—Le pedí consejo.

—Nadie puede aconsejarte sobre tu futuro.

—No sé qué hacer.

—Me habías dicho que sí. —Juega con un mechón de mi pelo.

—Creo que es lo más fácil para ambos, aunque me preocupa las consecuencias que pueda sufrir por la transformación.

—Lo fácil no tiene por qué ser lo mejor.

—¿Qué me ocurrirá exactamente?

—Velocidad, fuerza, inmunidad y sed, sobre todo, sed.

Trago saliva, me incorporo y le quito las gafas para poder verle los ojos. La

gorra hace tiempo que ya no la lleva.

—Ojos rojos, colmillos y garras —continúo.

—Eso era obvio.

—¿Y mi mente?

—Nada, salvo el poder de hipnotismo y quizá algún dote telequinésico o telepático…

—Eso es chulo.

Miro el tenue movimiento del volante y luego me pierdo en la inmensidad del mar y la belleza de los riscos tallados por la dureza salvaje de las olas. Víctor me atrapa por las caderas y me lleva, literalmente de un salto, a la proa. Nos sentamos, él detrás, y enlazamos nuestras piernas.

¿Intenta mostrármelo todo de golpe?

—¡Vaya!

—No debes preocuparte cielo, seguirías siendo tú —dice, como si lo que acabase de hacer fuese lo más normal del mundo.

—Víctor, ¿hasta qué punto te daña el sol?

—No me daña, evito la luz directa para poder ocultarme de los ojos demasiado curiosos.

—Por lo que yo sé, tu piel debe ser extremadamente sensible al contacto, el sol debería ser muy perjudicial para vosotros.

—También es extremadamente resistente.

—¿Mis caricias te dañan?

—Todo lo contrario —huele mi cuello—, me parece increíble que me preguntes eso a estas alturas.

—Solo quería tu confirmación.

—Podrías unirte a nuestro equipo médico, nos iría bien alguien con tus conocimientos.

—¿Tenéis un equipo médico?

—Nunca está de más encontrar respuestas.

—¿Cuántos sois?

—Muchos.

—¿Hay humanos que lo sepan?

—Muy pocos.

—Casos como el mío, supongo.

—Casi todos. —Deposita un tierno beso tras mi oreja—. Estás muy locuaz hoy.

—Quiero zanjar este asunto cuanto antes. —Acaricio la palma de su mano.

—No hay prisa, tan solo debes entender que no puedes llevarme al límite, es doloroso para mí.

—Para mí empieza a serlo que no cruces tus barreras. —Cierra las piernas y los brazos estrujándome con cuidado.

—Pregunta de una vez —masculla.

—¿Tendría que beber cada día?

—Me temo que sí.

—¿De hombres y mujeres?

—Hablaremos de los límites en su momento.

—¿Podremos beber el uno del otro?
—Beberemos el uno del otro constantemente.
—Eso también parece chulo.
—Pero la sangre vampírica no sacia nuestra sed, así que debes asumir que necesitarás hacerlo con más gente.
—Pondría todos los límites posibles a eso.
Víctor se ríe con ganas y se deja caer de espaldas. Giro. Tiene las manos bajo la cabeza y mira pensativamente el cielo azul claro. Me tumbo sobre él y acaricio sus anchos brazos.
—Me crees cuando te digo que puedo vivir así, ¿verdad?
—Sí, pero no quiero que lo hagas.
—Soy feliz Susan, no necesito que me demuestres nada. Ni siquiera necesito que expreses tus sentimientos. —Posa una mano en el centro de mi espalda.
—Mentiroso, adoras que te diga que te quiero. —Beso su nariz—. No quiero morir, sabiendo que tú existes.
Y aunque parezca redundante o mentira, ahora sí estoy completamente segura de querer hacerlo. Acabo de soltar por la boca lo que mi mente no se había parado a estudiar. Es por mí, no por él. Quiero poder disfrutarlo para siempre. Y es irrefutable.
El mensaje también ha debido cambiar algo en el interior de Víctor, porque hemos invertido las posiciones, y se ha colocado entre mis piernas en milésimas de segundo.
—Cielo, vas a ser mía —atrapa mi lengua con la suya y la acaricia incansable—, aquí y ahora —jadea.
Noto cómo mis deportivas y mis calcetines desaparecen.
—¡Joder!
—Concéntrate en mí, Susan. —Atrapa mi cara con las manos obligándome a mirarlo—. Tenemos dos formas de actuar, tú eliges. Primera: sigues con tu vida como hasta ahora, tu trabajo, amigos, familia… hasta que superes el cambio. Puede ser en unas semanas o en años, ya lo sabes, pero cuando pase tendrás que desaparecer.
—¿Qué ocurre contigo mientras tanto?
—Estaré a tu lado siempre que pueda.
Vuelve a besarme y después muerde mi barbilla. Noto el pantalón más flojo en la cintura y al instante empieza a resbalar por mis muslos.
—Segunda opción —Me obligo a seguir la conversación porque mi mente está ahora ocupada en la parte baja de mi cuerpo—: Te vienes conmigo, desde ya, inventa una historia, finge, incluso me ofrezco como coartada. Pero nos vamos.
—Podría decir que me he enamorado de un hombre que viaja mucho y me voy con él.
—Lo que te dé la gana. —Muerde mi pecho por encima de la ropa.
—¡Ay!
Mi camiseta asciende con rapidez por mi torso y levanto la cabeza para facilitar su salida. Víctor vuelve a morder el pecho, esta vez con más cuidado, y yo lo atrapo por la nuca.
—Tercera.
—Habías dicho dos.

—Estoy improvisando, mi mente está en otra parte ahora mismo. —Una incorpórea sensación recorre mi sexo obligándome a separar más los muslos.

—Es magnífico ese don tuyo —jadeo. Al instante, la extraña caricia se repite en mis pezones y mi entrepierna simultáneamente—, es como si tuvieras seis brazos.

—Seguimos como hasta ahora —me ignora por completo—, estoy dispuesto a dejar mi trabajo, me traslado aquí, busco una casa cerca de la tuya o incluso podríamos organizarnos y…

—¿Vivir en mi casa?

—Tú no vives, solo trabajas y duermes. —Me besa anhelante—. Decídete cielo —apremia, mientras se desnuda en un santiamén.

—Dame unos segundos. —Arqueo la espalda cuando Víctor resbala por mi cuerpo y aparta el triángulo de tela con los dientes.

—Quiero hincarte el diente aquí —chupa mi ingle—, y aquí.

Va trasladando chupetones entre mis muslos de manera indiscriminada. Poso una mano sobre su cabeza con la intención de enredar los dedos entre su pelo. Una fuerza invisible eleva mis brazos por encima de mi cabeza.

—¿Te das cuenta bajo la presión que me estás haciendo decidir? —grito cuando un dedo se introduce en mi interior y gira para explorar las sedosas paredes—. No puedo pensar.

Automáticamente, Víctor se arrodilla entre mis piernas apartando las manos de mi cuerpo. Sus ojos son puro fuego. Veo retroceder los colmillos y el esfuerzo que hace para acompasar la respiración.

—Perdona.

—No te disculpes. —Tomo una gran bocanada de aire.

—Me vuelves loco, te ofreces libre y voluntariamente y pierdo los papeles.

—No los pierdes, mírate. —Me apoyo en los codos y le miro—. ¿Así que tengo tres opciones?

—Tienes todas las que quieras, solo debes saber que estar siempre juntos o implica abandonar el mundo mortal o la contención total y absoluta, actuando como vampiros no podemos relacionarnos con humanos, es peligroso.

—¿Puedo pensármelo? —Aprieta los dientes y cierra los ojos.

—Vas a matarme.

El enorme y trabajado cuerpo de guardián se mueve hasta ponerse en pie frente a mí. La gruesa erección no pasa desapercibida para mi libido. Luego, veo su perfecto trasero y de inmediato se lanza al agua.

—¡Víctor! —Corro al borde—. ¡Víctor!

No sé nada de él durante muchos minutos. Me arrodillo en el puente a esperar con paciencia que se tranquilice. La culpa la tengo yo, evidentemente, podría haber cerrado la bocaza y ahora estaríamos haciendo el amor como posesos.

—¿Qué haces aún ahí? —dice apoyando los brazos en el extremo del casco.

—¿Dónde estabas?

—Buscando una sirena a quien hincarle el diente.

—¡No hablarás en serio! —Carcajea.

—Tengo tu permiso, ¿recuerdas?
—Ya no.
—¿Ya no?
—No.
—¡Vaya! ¡Y eso que solo han sido unas gotitas!
—¿Te divierto? —Camino a gatas hasta pegar mi frente a la suya—. Ni se te ocurra morder a otra.
—Ni se te ocurra ofrecerte y luego privarme. —Desarrolla sus colmillos y me gruñe.
Poseída por no sé qué sentimiento me lanzo al agua, y eso que no me gusta mucho nadar en mar abierto, pero necesito pegarle un puñetazo o me volveré loca. Sus manos me atrapan por los muslos y recorren mi cuerpo hasta agarrarme por la espalda. Soy su prisionera. Su boca impide que hable incluso antes de salir a la superficie y sus piernas oprimen las mías. No puedo moverme.
*¿Te importa?*
No, que haga conmigo lo que le plazca.
—Las sirenas no existen —declara, nada más liberarme del beso.
—No vuelvas a bromear con eso.
Le doy un suave manotazo en el brazo y le beso con pasión.
—¿Seguimos pensando?
—Sí, necesito decidir mi futuro.
—Y yo que lo hagas rápido, porque ahora mismo… ¿Te das cuenta de que tus múltiples cambios de opinión son una tortura?
—Prometo compensarte.
Posa los labios en mi cuello. La humedad de su lengua sobre mi piel hace que trague saliva. Noto la presión de sus dientes sobre el músculo…
—¡Grrrrr! —Retira su cara unos centímetros—. ¿Preparada para follar duro?
No me ha mirado, pero intuyo su ansiedad. Es cierto que disfruto empujándole.
Examino el idílico paisaje. Las paredes naturales de la pequeña ensenada nos ofrecen intimidad. Los pocos metros de playa natural están desiertos, no hay más embarcaciones a nuestro alrededor, hace un día precioso con una agradable temperatura y estamos desnudos y en el agua. Sí. Estoy preparada para cualquier tipo de sexo. Aunque en el fondo, en la habitación recientemente abierta de mi mente, mi yo más romántico anhela un poco del sexo lento y tortuoso de Víctor. El sexo de las ocasiones especiales. Un sexo lleno de amor.
—Soy toda tuya —murmuro.
—Todavía no. —Aumenta la presión de sus piernas alrededor de las mías y me abraza con fuerza—. Confía en mí, cielo.
Me besa fugazmente y luego atrapa mi boca con la suya de un modo posesivo. Nos sumergimos por completo en el agua. Descendiendo en círculos. Cada vez más abajo. En lugar de cerrar los ojos. Los abro con curiosidad, quiero saber qué trama. El agua cristalina deja pasar a la perfección los rayos de sol. Veo los peces nadar con tranquilidad a nuestro alrededor y pienso en si serán conscientes de nuestra presencia. La velocidad de caída aumenta, diviso el fondo… no me da tiempo a ver nada más. El impulso que toma Víctor al apoyar los pies sobre la arena nos lanza hacia arriba con

rapidez. Mi cuerpo se inclina unos grados. Cierro los ojos un momento y los abro al notar que el agua ya no me moja. Estamos por encima del nivel del mar y de pronto estoy de pie sobre el puente de la lancha. Víctor suelta mi boca. Me duelen los labios y la mandíbula.

—Eso ha sido casi volar —digo un tanto temblorosa.

—No, eso ha sido saltar con estilo.

Dibuja una amplia sonrisa en su cara exhibiendo sus perturbadores colmillos. Mi corazón se salta varios latidos cuando me empuja y salgo despedida hacia la zona de sofás. Pienso en el doloroso impacto que se avecina cuando sus brazos amortiguan el golpe. Es tan rápido que mis ojos no han captado el movimiento.

—Siempre estaré aquí —afirma, depositándome en el suelo.

El cuero blanco de los asientos toca mi espalda y el ardiente suelo de madera mi culo. Tengo ante mí, franqueada por los fuertes muslos de Víctor, una imponente erección. Las gotas de agua salada resbalan por la traslúcida piel de sus cuádriceps. Su pelo gotea sobre mi pecho. Sus ojos encendidos como llamas me desafían. Relamo mis labios y coloco mis manos sobre los fuertes muslos.

De inmediato, y como casi siempre, coge mis muñecas y las levanta por encima de mi cabeza. Las apoya sobre el asiento obligándome a reclinar el cuerpo hacia atrás. Se acerca peligrosamente. Su glande roza mis labios, saboreo. Pensaba que iba a ser sexo impulsivo, esto está rozando la deliberación. Lo miro fijamente mientras lamo la salada punta.

—Tómala —jadea.

Abro la boca sin dejar de contemplar su bello rostro. Presiono mis labios contra su sedosa piel y la recorro hasta la punta. Repito el proceso en dirección contraria trazando círculos con mi lengua. La tensión de su cuerpo me indica que Víctor está contenido, muy contenido. Aumento la velocidad de mis movimientos.

Gruñe.

Mis muslos se abren solos. Y los pliegues de mi vagina se separan misteriosamente.

¡Madre mía!

Una mística caricia recorre mi clítoris, me detengo. Esto es desconcertante. Víctor sujeta mis muñecas con una mano y traslada la otra bajo mi nuca.

—Vamos, abre la boca —masculla.

Obedezco y se introduce bruscamente hasta el fondo. El agarre de su mano impide que mi cabeza retroceda. Me mantiene firme, pero no sé si seré capaz de soportarlo durante mucho tiempo. Cierro los ojos buscando concentración. Y una nueva embestida me sobrecoge. Entra y sale de mí con rudeza. Una y otra vez sin tregua, sin piedad.

—Voy a matarlo.

Escucho que dice entre dientes.

—¡Voy a golpearlo hasta que pierda el sentido!

Grita enfurecido, a la vez que su punta roma llega al final de mi garganta.

—¿Cómo se atreve el hijo de puta?

Una nueva acometida.

—Ese color en tu…

¡Joder! Está descargando conmigo toda esa cólera que lleva reteniendo desde ayer. No me da miedo, sé que podría ser peor, pero también sé que esta situación no me gusta. Sexo impulsivo sí, pero impulsado por el amor, no por el odio. Medito rápidamente en las diferentes opciones que tengo, no son muchas la verdad, con las manos prisioneras, inmovilizada por la cabeza y con las fuertes sacudidas que me sostienen contra el sofá, hay poco que pueda hacer. Sin embargo, hay algo que sería definitivo. Se va a volver loco, pero eliminará cualquier rastro de agresión de mi cuerpo para siempre. La pequeña dosis de sangre de su apartamento ha eliminado por completo los arañazos de mis muslos y los ligeros restos azulados de mis muñecas, pero imagino que el agua ha debido borrar el maquillaje y la luz diurna no ayuda mucho a disimular los moratones de mi cara y cuello, así que las borraremos por completo.

Clavo mi impertérrita mirada sobre él y de inmediato me la devuelve. Su rostro ha pasado del rencor a la atención. Ya sabe que ocurre algo. Y en cuanto estoy segura de que lo sabe, muerdo. Sin temor, sanará rápido. Muerdo con toda la rabia que me provoca saber que David puede hacer esto con él.

*A él no.*

El cálido jugo impregna mi boca. Es dulce y apetitoso. Succiono apremiada por la rapidez con la que Víctor se zafará de mí. La sangre cae por mi garganta y el placer me sacude con ímpetu. Víctor sujeta mi barbilla con fuerza intentando salir de mi boca, vaya, en eso no había pensado, si no dejo de morder… Absorbo con mayor conciencia del acto. Es primitivo y salvaje. Es sexy.

—¡Susan! —Lamo las gotas que resbalan por la punta sin separar los dientes de la carne— ¡¡Susan, joder, para!!

Su grito desmesurado hace que entienda que he cruzado todos los límites. Abro la boca a la vez que levanto la vista para examinar su expresión. No me da tiempo. Sus manos me dan la vuelta poniéndome de rodillas. Coloca sus manos sobre las mías aplastándolas contra el cojín y con las piernas separa las mías. Me penetra.

—¡Ahhh!

—¡Estás loca, joder! —empuja con fuerza—. ¡No te preocupa tu bienestar, ni el mío!

Su torso empuja mi espalda oprimiéndome contra el sillón. Mis manos han pasado de hormiguear a desaparecer, la presión es tan extrema que no las siento. Su erección irrumpe en mi cuerpo sin reparo y, a pesar de todo, llego al orgasmo instantes después de que Víctor se derrame en mi interior. Sus toxinas del placer son una auténtica aberración. Escondo mi cara para silenciar mis ruidos y me dejo llevar por la situación.

—¿A qué coño juegas, Susan? —habla sobre la piel de mi cuello.

—No pensabas en mí —me justifico.

—¿Qué cojones dices?

—Te habías perdido, solo veías a David en mis golpes.

—Lo tenía más controlado que ahora.

Presiona mi culo con una mano, la otra sigue sujetando las mías.

—Pero ahora es por mí.

—¿Eso crees? —Mete la mano ente mis glúteos.

—No hay golpes en mi rostro, ¿a que no?

—No. —Mete dos dedos en mi interior—. Ahora sobre mí hay sobreexcitación, enfado, miedo, frustración y sed, mucha sed. —Retuerce los dedos y a duras penas logro detener mi gemido, no quiero darle el gusto—. Y que yo sepa seguimos pensando. ¿Me equivoco?

Me muerdo el labio al darme cuenta de que mi trasero va en su busca. Incluso con ese tono serio e irascible puede hacer que las palabras suenen sensuales. Y eso, sumado a sus dos expertos dedos…

—¡¿Me equivoco?! —Introduce otro dedo.

—No me das miedo.

Ríe satírico.

—¿Miedo? —Lame mi columna vertebral y las piernas pierden consistencia—. Yo no quiero que me tengas miedo, quiero que comprendas mi situación. —Profundiza su intrusión—. ¿Me equivoco, Susan?

—¡No!

—Bien —Muerde mi espalda—. ¿Entonces qué propones que hagamos con esta nueva situación?

—¡No lo sé! —exclamo al notar un dedo sobre el fruncido orificio de mi ano.

—¿No lo sabes?

—¡No! —jadeo, ya casi está completamente dentro.

—¿Y en qué coño pensabas cuando has decidido morderme la polla?

—¿Desde cuándo eres tan vulgar?

Voy a intentar mantenerme firme hasta el final. No puedo ceder. Mi actuación tal vez no ha sido prudente, pero sí necesaria.

—Desde que estoy jodido por no poder tomar eso que insistes en dar y quitar —saca el dedo y lo vuelve a meter. Los otros siguen con su tarea—, desde que mantengo mi polla en el exterior por no follarte a lo bestia, y, sobre todo, desde que estoy tan cabreado que podría hacer lo que me saliese de los cojones y anular tus recuerdos de tu puta mente ya que demuestras no saber usarla. ¿Te parezco suficiente vulgar, nena?

—No te pega en absoluto.

Carcajea. Está histérico no tiene ni idea de qué hacer conmigo. Así que hace lo que cree que es lo único que puede hacerme abdicar. Mueve insistentemente los dedos, todos. Lame mi espalda y muerde mi culo, mientras la mano invisible retiene mis manos y magrea mis pechos.

—Lo preguntaré una vez más, ¿qué hacemos Susan? —susurra en mi oído—. ¿Qué hago si no puedo ni morderte ni follarte?

—Hazme el amor.

—¿El amor? —pregunta sarcástico—. ¿En realidad sabes qué significa eso, Susan?

Muerde mi hombro y tira con fuerza. Sus colmillos no perforan mi piel, pero sí me marca. Grita enfurecido.

—Dices que me amas, pero me martirizas una y otra vez, ¿es que acaso no te importo? —Presiona la frente contra mi espalda—. ¿No crees lo que te digo?

Noto una lágrima descender por mi mejilla. Eso ha sido un golpe bajo y además

el cúmulo de sensaciones es tan grande que no puedo más. Necesito liberarme. Víctor detiene el movimiento de sus dedos, deja de sugestionar mis pechos y de inmovilizar las manos.

—¿Estás llorando? —Recoge la lágrima con la nariz.

Saca los dedos de mi interior y me da la vuelta. Acaricia mi cara con ambas manos y me sienta sobre su regazo.

—¿Te he hecho daño?

—No.

—¿Te dejo a solas unos minutos?

—¡No!

—¿Qué hago?—Esconde la cara en mi cuello.

—Hazme el amor.

—Es peligroso, me has mordido.

—No lo es, mírate. ¿Es que nunca te ves? —Beso la comisura de sus labios.

—Pero yo no puedo… necesito acabar lo que has empezado… no quiero hacerte daño.

—Pues acaba haciéndome el amor.

—¿Lento?

—Extremadamente lento.

Me levanta ligeramente por las caderas y se introduce en mí, centímetro a centímetro. Su erección me colma por completo. Apoyo la cabeza en su hombro aferrándome a su espalda. Sus movimientos logran mantenerse pausados. Me devuelve el abrazo y besa mi mandíbula con cariño.

—¿Mejor?

—¡Mmmm!

—¿Eres consciente de lo mucho que te amo? —Aparta mi pelo y besa mi nuca—. No te habría hecho nada.

—Lo sé, pero quería borrar a David de mi cara. —Beso su pecho—. No quiero que te dañe, a ti no.

—Oh… cielo —toma mi boca y me besa desesperadamente—, si te daña a ti me daña a mí. Eres mía.

—No quiero hablar más de él. Quiero que te olvides y lo dejes correr.

—De acuerdo.

Cierra el pacto con un amoroso beso mientras nuestras caderas se mueven al decadente ritmo de las aguas. Alejo la mirada hacia las maravillosas vistas que ofrece la pequeña cala natural y con el sol ofreciéndome su propia energía me transporto hasta el delicioso mundo de las sensaciones.

## ¿Mortal o inmortal?

El restaurante es oscuro y algo inhóspito. Está pintado en un tono marrón claro y de sus paredes cuelgan montones de fotos. Los asientos están tapizados de rojo y los jarroncitos del centro de la mesa son de todo menos “monos”.

—Certifico que no es lo que parece.

—Parece sucio y pegajoso.

—Pues no, pero así se aseguran de que no entren muchos humanos.

—¿Por qué un restaurante?

—Cinzia adora la cocina, le pareció buena idea poder ofrecerla a cambio de algo de dinero.

—Pensé que no os relacionabais con humanos.

—La mujer de Marcus es humana, aún no ha superado el cambio.

—Así que no es difícil verse envuelto en esta situación.

—No.

Víctor deja la carta sobre la mesa y toma mis manos.

—Llevan juntos desde hace diez años. —Levanta una ceja.

Una mujer de pelo oscuro y ojos negros como la noche aparece ante nosotros. Lleva puesto unos vaqueros y una camiseta de florecitas y sonríe con cariño al vernos.

—Vaya, vaya, ¿desde cuándo está mi niño aquí? —Besa sonoramente la mejilla de Víctor y él suelta mis manos para coger la suya y devolvérselo.

—Hace unos días.

—Me contaron lo de Detroit.

—No fue nada. —Me mira de reojo y ella capta el mensaje—. Te queda bien tu nuevo *look*.

—Habla con Marcus —se toca las puntas de su corta melena—, no le ha hecho ninguna gracia.

—Tú sabrás convencerle. —Vuelve a besar su mano y me mira—. Cinzia, te presento a Susan.

—Encantada, Susan. —Ladea la cabeza—. Zac no me dijo que eras tan guapa.

—Bueno —titubeo—, supongo que Zac estaba muy ocupado cuando nos conocimos.

A pesar de no estar muy segura de lo que hago creo que tienen la costumbre de hablar claro entre ellos, y yo quiero encajar. Cinzia ríe mientras saca un bloc de notas y lápiz. Víctor me mira fijamente con las manos bajo su barbilla.

—¿Qué os pongo?

—Tu superlasaña para mí y una botella de vino.

—Lasaña y una cola light —digo, perdida en los ojos de Víctor.

—¿No quieres vino? —Niego con un discreto gesto—. Pues entonces cambia el vino por una cerveza.

—Ok chicos, ahora vuelvo.

—Cinzia.

—¿Sí?
—Dile a Susan cuántos años tienes, si no es una indiscreción.
—¿Indiscreción? —Resopla—. Podéis oler mi excitación cuando Marcus me toca… ¿y crees que reconocer que tengo cincuenta y tres va a causar algún trauma en mí?
—¡Vaya! —La miro más atentamente—. Nadie lo diría.
—Eso es gracias a mi Marcus. —Guiña un ojo y se marcha.
—¿Por eso estamos aquí?
—Marcus la encontró en uno de sus viajes a Italia.
—Y decidió vivir con él en Nueva York.
—Tardó un par de años, antes quiso poder despedirse de su madre, estaba muy enferma.
—No se ha transformado.
—Aún no.
—¿Pero ellos…?
—Sí, lo único que ha provocado en ella hasta ahora la sangre de Marcus es una inmejorable salud y su juventud.
—¿Pretendes que sirva de ejemplo?
—Pretendo que conozcas la verdad.
—Se podrían hacer grandes cosas con ese oro rojo que poseéis.
—¿A qué precio? La humanidad ha perdido el control, nos destruirían sin sopesar las consecuencias.
—Eso es cierto, cuanto más conseguimos, más queremos.
—Imagínate en qué se transformaría el mundo si todos ansiasen el líquido de la eterna juventud.
—Es importante que os mantengáis ocultos.
—Sumamente importante.
—¿Cuántos años tienes, Víctor?
—Treinta y seis cuando me transformé y de eso hace ya trescientos.
—Esos son muchos años.
—No creas, hay quien tiene muchos más.
—Entonces… para que yo pueda tener un resumen exacto…
—Soy un vampiro de trescientos años que se ha vinculado a ti y no te dejará sola ni un solo día más.
—Y que no quiere tener ningún contacto con el mundo humano.
—Solo tú.
—Debo elegir entre mi familia y tú.
—Debes elegir tu futuro, no se trata de mí, sino de lo que quieres arriesgar o no. ¿Quieres transformarte y poner en peligro a tu familia y amigos?
—No.
—Además, tienes la opción de seguir como hasta ahora, tú eres la única que se empeña en cambiar las cosas.
—Me atrae la idea, mucho, demasiado en realidad.
—Debes valorar hasta qué punto te merece la pena probar. Pero no puedes arrastrarme contigo mientras tanto, cada vez resulta más complicado retener la sed, tus

dudas son muy malas para mi fuerza de voluntad.

La mujer de Marcus regresa con nuestra comida y bebida y la sirve con profesionalidad. Su piel es perfecta, no detecto ninguna arruga en su cara, y conserva una figura estupenda.

—¿Así que tú eres la elegida para mi niño? —No puede evitar preguntar antes de irse.

—Eso parece. —Le sonrío.

—Estaba muy preocupada por él… merecía encontrar a su *ragazza*.

—Víctor sigue en la sala —dice con la boca llena.

—Dime una cosa Cinzia, ¿de verdad crees que soy lo que más le conviene?, es decir… ¿y si no permito que se alimente de mí?

—¡Qué demonios! —Víctor parece atragantarse—. Cinzia, déjanos a solas, por favor.

—Susan —la atractiva señora posa una mano en mi cara y acaricia mi mejilla con el pulgar—, lo que de verdad importa es: ¿te conviene él a ti, crees poder ser feliz a su lado? El resto… resumiendo, todo lo que él te diga es verdad.

Se gira, camina con elegancia hacia Víctor y le besa una vez más.

—Ay, Víctor, Víctor… no trabajes tanto y visítame más a menudo.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta cuando nos quedamos solos.

—Me ha parecido una fuente fiable.

—¿Y yo no?

Levanto los hombros y meto un trozo de lasaña en mi boca. La lasaña está de muerte.

—Quiero hacerlo —digo, casi acabando de comer.

—De acuerdo. ¿Cómo?

—Necesito un poco de tiempo para dejar atados algunos cabos, ¿podemos improvisar durante unas semanas?

—¿Vas a venirte conmigo? —asiento mientras bebo—. ¿Quieres que deje mi cargo y nos instalemos en alguna parte?

—No, me gusta viajar.

Su sonrisa es tan grande que parece que el mundo se detiene. Es hermoso.

—Te amo —susurra.

—Y yo a ti. —Gesticulo.

La simpática y excelente cocinera nos trae una degustación de postres italianos con mucha discreción. No los pruebo, estoy muy ocupada mirando a mi vampiro. De pronto parece tan relajado, tan en familia.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Siempre.

—¿Has compartido tu sangre con alguna chica antes?

—Sí.

—¿Has transformado a alguien?

—Sí.

—Vaya, las respuestas no son tan fáciles de encajar como pensaba.

—Susan. —Lleva la silla hasta mi lado y se sienta. Coloca una mano en mi rodilla y con la otra acaricia mi cuello—. ¿Importa? Tengo tres siglos a mis hombros,

ha habido más de una aventura en el trayecto y también alguna que otra relación importante, pero qué más da, lo importante es lo que soy y hago desde que te conozco.

—Supongo que tienes razón.

—Nadie ha logrado lo que tú has logrado provocar en mí.

Muerdo mi uña y froto mi frente.

—No me gusta pensar en tus toxinas provocando placer en otros cuerpos.

—Eso es solo tuyo.

—¿Mío?

—Ya te lo dije, las toxinas se inyectan con la punción, solo tú despiertas la de los fluidos.

—Vaya…

—¿Te gustan mis fluidos, Susan? —Lame la comisura de mi boca y tira del labio inferior.

—Son una aberración para la sensatez.

—¿Te hago perder el control, cielo?

Paso mi mano por debajo de su camisa y acaricio el borde de piel que roza la cinturilla del pantalón.

—En eso es en lo único que me ganas.

Atrapo su boca con un pasional beso y dejo que el mundo desaparezca por unos minutos.

## La última noche

Abro los ojos e intento ubicarme. Me duele una barbaridad la cabeza y estoy famélica. La familiaridad de la habitación no deja que la oscuridad me desoriente. ¿Qué hago en mi cama? Salgo del plácido lecho echando hacia atrás la colcha y al poner el pie en el suelo, algo rígido y frío se clava en mi talón.

—¡Mierda!

Enciendo la lámpara y sin querer tiro los dos libros que hay encima de la mesita de noche. Me agacho para buscar el objeto culpable de mi reciente dolor de pie y encuentro otro libro asomando por debajo de la cama. He debido clavarme la esquina.

¿Desde cuándo no recojo en condiciones? Voy al baño y tras hacer pis y lavarme la cara me doy cuenta de que estoy sola. Yo no estaba sola. He pasado un estupendo día con Víctor. ¿Qué hora es? Enciendo la luz del dormitorio. El despertador marca la una y media. ¿La una y media? No es posible. Busco mi móvil. Al encenderlo encuentro decenas de llamadas perdidas y el triple de mensajes, las ignoro. Compruebo la hora, pone lo mismo. Bajo a toda prisa al salón y la cocina. Nada, sola. ¿Dónde está Víctor? Subo de nuevo y me meto en la ducha.

Cuando cierro la puerta de mi casa estoy vestida con el conjunto de cuero que tanto le gustó la otra vez, llevo unas sandalias doradas de taconazo, y una coleta bien alta. Todo combinado con un buen carmín rojo. Se va a morir cuando me vea bailar con Daniel.

¿Qué se ha creído?

Busco mi coche.

¡Mierda!

¿Dónde dejé mi coche?

Llamo un taxi y la impaciencia calienta mi sangre. Se va sin despedirse y sin dejar ni una sola nota… voy a bailar mucho con Daniel.

Ed sonríe nada más verme. Lleva una camiseta de tirantes negra y unos pantalones multibolsillos color caqui.

—¡Dejen pasar a la señorita! —grita a los congregados en la cola con malicia—. ¡Vamos, muéstrense respetuosos con la realeza, caballeros!

—Ed —le digo con sorna—, deberías ponerte algo más elegante. Este lugar tiene más clase que eso. —Le señalo de arriba abajo.

—¿Desde cuándo te importa este pobre hombre? Pensé que solo me querías por mis pases.

—No te necesito, Ed. ¿Acaso aún no te has dado cuenta?

Le guiño y cruzo la puerta. Ya no está resentido conmigo, en el fondo le caigo bien. El local está abarrotado. El ruido es ensordecedor. El dj está centrado en su hora tecno y los cuerpos se mueven distorsionados por el efecto de los focos.

Camino hacia la barra.

—¡Un cerveza, por favor!

Saco la cartera y el camarero me mira estupefacto. ¿Qué he hecho?

—Eso no será necesario —dice a gritos.

—¿No?

Sonríe y empieza a servir la comanda de los de al lado.

¿Ya me conoce todo el mundo o qué?

Inconscientemente inhalo mi propio olor. Yo creo que huelo como siempre. No detecto el aroma a vampiro por ningún lado. Voy hacia las escaleras dispuesta a encontrar a Daniel. Prefiero no cruzarme con Víctor, podría matarle.

—¡Susan! —Me rodea por la cintura y besa mi cuello—. ¿Qué haces aquí?

—¿Te molesto? —Dejo el peso en una pierna y doy un trago a mi botellín.

—¿Qué dices?

Se planta frente a mí sin soltar su abrazo y acaricia mi mejilla con la nariz. Lleva unos vaqueros negros muy ajustados y una camisa del mismo color remangada hasta los codos. Su pelo castaño está meticulosamente peinado hacia atrás y me dan ganas de despeinarlo.

—Te has marchado sin decir nada.

—Cielo, dormías como un tronco, pensaba llamarte a primera hora.

—¿Sabes escribir?

—Venga, no te enfades conmigo —mordisquea mi barbilla—, ha sido un descuido. De verdad, pensé que no te despertarías y que si lo hacías te gustaría pensar a solas. ¿Te has puesto tan sexy por mí? —Besa mi escote.

—La verdad es que no, pretendía robarle unos bailes a Daniel.

—¿Quieres que me ponga celoso?

—Correcto. —Ladeo la cabeza y levanto las cejas.

—Hoy me gusta tu plan. —Carcajea—. Los licántropos están un poco agitados, prefiero que bailes con él a que deambules sola.

—Voy a dejar que se acerque y deje su olor en mi cuerpo.

—Asumo el castigo, me he portado muy mal.

Muerde mi labio y, sin poder resistirme a sus encantos, me lo como. Adoro esos carnosos labios y esa lengua así que, muerta de deseo, lo atrapo entre mis labios e introduzco la lengua entre sus dientes. Él desciende la mano hasta mi culo y lo aprieta con fuerza. Rodeo su nuca con mis brazos y de un salto me enlazo a su cintura y, como quien no quiere la cosa, hago lo que quiero hacer desde que lo he visto, paso mis dedos por su sedoso pelo castaño y lo despeino.

—Cielo —respira—, Romano se está poniendo a mil.

—¿Quién es Romano?

Víctor señala al licántropo de la derecha. El vigilante de la torre de pelo negro y rizado. Él sí va trajeado. Le saludo con una mano y el tal Romano asiente como respuesta.

—Te los vas a ganar a todos con mucha facilidad —dice sobre mi escote.

—Me gusta hacer amigos.

—Susan —me deja en el suelo—, hoy el tema está algo caldeado, tengo una reunión dentro de una hora, pretenden que deje libre a Logan. Van listos. —Resopla—. Además, hay vampiros de paso en el local…

—Te han llamado, ¿a que sí?
—Estaría en tu cama de no ser así.
Vale. Ahora le perdono un poco. Seguro que detrás de esa llamada había algo urgente y ha tenido que salir a toda prisa.
—¿Y qué hay de eso de pensar a solas?
—¿Has pensado en algo? —Niego rotundamente—. Definitivamente no sirve de nada, necesitas tenerme entre las piernas para plantearte el futuro —murmura perversamente.
—¿Insinúas algo?
—Que quiero estar entre tus piernas, hoy me has dejado muy… tocado.
—Sigues un tanto grosero.
—Es la adrenalina.
Me besa fugazmente y me tiende su tarjeta roja.
—Están tramitando la tuya, sube si te apetece descansar.
—¿Es grave?
—De momento, no, pero quiero que puedas acceder tú sola al área de empleados.
—Entendido, correr lejos de estos. —Señalo hacia Romano.
—Correr lejos de todos. —Besa mis nudillos antes de soltarme la mano—. Pero tranquila, no pasará nada.
Se aleja más allá de las escaleras de mármol blanco. ¿Qué habrá allí? Nunca he explorado esa zona. Doy la vuelta y me obligo a ir hacia la barra, hoy no es un buen día para hacer excursiones y necesito algo más fuerte.

Deambulo de un lado al otro sin parar. Ha pasado una hora y media y no hay ni rastro de Daniel, ni de Víctor, ni de tan siquiera, Helenna. Al de la barra ya lo conozco bien. Se llama James. Es simpático. Y él ya me conoce bien a mí y a mis gustos y me prepara unos estupendos Cosmopolitans, Margaritas y vodkas con naranja…
—Preciosa.
—¡Daniel! —Me lanzo a su cuello.
—¿Nena, estás borracha?
—¡Noooo!
—Ya lo creo que sí.
—¡Qué va! —Le llevo de la mano hacia la pista de baile—. ¡Un pelín achispada, pero nada más! ¡Me aburría yo sola!
—¿Achispada?
—Sip, achispada. —Apoyo un dedo en su pecho apuntándole—. Tú, vas a bailar conmigo, ahora.
—De acuerdo. Pero mientras bailamos —una chica rubia de pelo corto aparece con una bandeja— tú vas a beber mucha agua.
—¡Guau!, ¿cómo haces eso?
—Se llama telepatía —susurra en mi oído.
—¡Guau, eso me lo pido!
—Venga bebe.
Doy un largo trago que me sienta de maravilla. Daniel me insta con un gesto de

cabeza y obedeciéndole me termino la botella.

—Creo que tengo que ir al baño.

Ríe con ganas y me coge de la mano. Salimos de la pista y me ofrece otra botella de agua bien fría que atrapa de la barra. Un estruendo me distrae y dejo de beber. Daniel se detiene con la mirada puesta en la lejanía. Abre mucho los ojos y sus colmillos crecen de golpe.

—¿Qué ocurre?

No responde. Cubre mi cuerpo con el suyo inclinándose ligeramente hacia delante. ¿A la defensiva o al ataque? No sé distinguirlo. Una molesta y chirriante alarma empieza a sonar y decenas de personas inician una carrera hacia la salida.

—¿Daniel?

—Chist, estoy aquí.

Como si eso calmase mis nervios. Yo no quiero estar aquí. Víctor me ha dicho que corra. Que corra sin parar y me oculte en su apartamento.

—Víctor quiere que suba.

—Imposible, preciosa.

Y en cuanto lo dice, lo veo. De las penumbras de la sala, procedentes de más allá de la escalera, emergen a toda velocidad ocho cuerpos tan grandes y monstruosos como los de Logan y Learn. Miro la pista de baile, prácticamente está vacía, y los que quedan son acompañados por lo que deben ser miembros del equipo. El sistema de evacuación funciona a la perfección. Solo quedamos los cinco camareros —tres chicos y dos chicas—, Frey que ha aparecido de la nada, Romano y el otro vigilante de la torre, Daniel y yo.

¡Ah! Y los ochos lobos enfurecidos gritando y corriendo hacia nosotros. Los camareros y Frey saltan por encima de mí y caen al suelo completamente transformados. Daniel emite guturales sonidos y recoloca una y otra vez la posición sin alejarse de mí.

Los licántropos atacan primero, pero los vampiros no se achantan, uno tras otro, caen sobre los fuertes brazos y espaldas de los lobos provocando graves incisiones.

Romano y su compañero siguen impasibles en sus puestos. ¿Será que no quieren involucrarse? Más refuerzos llegan desde arriba, saltan desde el balcón del primer piso y caen de lleno en la pelea. Creo identificar a Zac entre los recién llegados, pero a los demás no los conozco. ¿Qué habrá pasado con la gente de ahí arriba? ¿Estarán a salvo?

Ed, en mitad de la conversión, pasa como un vendaval por nuestro lado. Daniel le gruñe y él le contesta, está de nuestro lado.

—Susan, corre hacia la calle —dice Daniel sin voz de Daniel.

Los alaridos de dolor son cada vez más frecuentes, la sangre empieza a estar por todas partes… Víctor aparece por detrás y se lanza sobre uno de los lobos.

—¡Víctor!

—¡Susan, sal de aquí! —grita Daniel de nuevo—. ¡Yo te cubro!

Un licántropo cae a mi izquierda, me mira desde el suelo y, sin todavía levantarse, se impulsa hacia mis piernas. Daniel cae sobre él e inevitablemente me empuja hacia la barra. Un terrible dolor cruza mi cabeza al golpearme contra el canto de metal, noto la sangre impregnar mi pelo.

—¡Daniel! —Escucho la impotente exclamación de Víctor.

Pero Daniel está muy ocupado intentando mantener alejado de mí a la bestia como para atender mi herida. O tal vez a Víctor le urge mi auxilio precisamente por eso. Sangre fresca en medio de vampiros desatados.

Observo a Víctor luchando como un poseso. Cada vez hay más de los dos bandos. ¿De dónde salen?

Logro ponerme en pie y decido hacer caso a Daniel. Tengo que salir. Será más seguro para todos. Me obligo a dar mis primeros pasos, aunque no logro darlos todo lo rápido que quisiera. Un vampiro se planta delante mostrándome los colmillos, está a menos de un palmo emitiendo ruidos salvajes.

«Corre lejos de todos» me ha dicho Víctor, y eso es precisamente lo que voy a hacer. Corro esquivando el delgado cuerpo, pero de inmediato me atrapa de un brazo. Daniel está entre él y yo antes de que pueda gritar. La nívea mano de Daniel contrasta con la olivácea del cuello de su colega y a la vez adversario.

—¡Corre Susan, corre! —grita Víctor a lo lejos.

Corro y corro sin parar hasta llegar a la puerta de acceso. Sin embargo, antes de salir no puedo evitar echar la vista atrás. La escena está sacada de una película de terror. Brazos y manos por el suelo, trozos de carne, sangre y sangre… Víctor se dirige hacia mí a gran velocidad.

—¡No te detengas!

Y de pronto dos enormes animales caen sobre su espalda. Lo derriban, pisan su cuello y su espalda y tiran de sus brazos hasta desencajarlos. Y ahora sí que lo único que quiero hacer es correr. Empujo las puertas y corro. Salgo del callejón a toda prisa, la brisa difumina mis lágrimas, me quito las sandalias todo lo rápido que puedo y corro con más facilidad.

¡Dios mío… Víctor!

Su imagen desmembrado y abatido en el suelo me persigue. No quiero verla.

¡No!

Corro con toda mi alma.

No sé dónde ir ni a quién acudir.

Durante el confuso trayecto caigo varias veces al suelo. Me raspo las rodillas y las manos y los pies sufren las consecuencias del rugoso y sucio pavimento.

¡Víctor!

Las lágrimas nublan mi visión, el corazón late descocado a la vez que se cierra en un puño.

Mi Víctor…

Caigo de bruces ante el portero del edificio Ardsdey.

¿Ya estoy a este lado del parque?

¿Qué extraña fuerza me ha traído hasta aquí?

Tal vez es porque es el sitio seguro más cercano que conozco.

—¿Señorita Levinson es usted?

—Nicole —jadeo aún en el suelo—. ¿Está en casa?

—Deje que la ayude, señorita.

El buen señor de pelo canoso me recoge como puede y me sienta en un sillón del vestíbulo. Cierro los ojos y lloro a moco tendido al volver a ver a Víctor mutilado por

los dos licántropos.

—¡Susan! —Escucho dos voces y una de ellas no es bien recibida.

—¿Nena, qué te ha pasado?

David y Nicole se arrodillan a mi lado vestidos con pijamas. Niki me abraza mientras David examina las magulladuras que he sufrido cada vez que me he caído, separa el pegajoso pelo y observa el corte de mi cabeza.

¿Qué hace David en casa de su hermana a estas horas?

¿Qué les digo?

No tengo respuestas, así que lloro y lloro sin parar. David me coge en brazos y me lleva hacia el ascensor.

—Señor Smith, llame a una ambulancia por favor, esperaremos arriba —dice la eficiente Nicole.

Ya en la intimidad del ascensor el latir del corazón de David, el aliento cálido de su boca y sus manos sobre mi cuerpo son más evidentes. Y me dañan. No quiero que me toque, no quiero que cargue conmigo, es Víctor el único que debería cuidar de mí.

Reinicio el llanto desalmado al darme cuenta de que Víctor ya no está. Ya no podrá abrazarme, ni consolarme porque Víctor ha…

—Dioses, Susan, ¿qué es lo que te hace llorar así?

David, completamente desconcertado, apoya la cabeza en la mía. Sé que sufre por mi estado, porque a pesar de todo me quiere, pero yo no puedo dirigirle ni una palabra de consuelo, no, cuando el amor de mi vida, el único, me ha abandonado para siempre y la persona que está consolándome es la única a la que él desearía matar.

—David, túmbala en la cama voy a por agua y toallas húmedas.

—Vamos, mi niña, todo va a pasar, estoy aquí.

Acaricia mi mejilla limpiándome las lágrimas. Quiero decirle que deje de hacer eso, que hasta hace unas horas en esa misma mejilla había un golpe provocado por su mano y ni siquiera parece preguntarse por qué no puede verlo. Pero como las palabras no salen y no tengo fuerza para moverme, lo único que hago es seguir llorando y gritar. Grito a todo pulmón con la rabia contenida de años, con la rabia de la pérdida.

Niki se sienta a mi lado y me ofrece un vaso de agua. No la quiero así que me giro y me convierto en un ovillo intentando sofocar el dolor de mi pecho con mis piernas y brazos. Algo húmedo roza la parte de atrás de mi cabeza, Nicole debe estar limpiando el corte. David ajusta su posición a la mía arrodillándose a un lado de la cama, acuna mi cara con su fina, delicada y dañina mano y con su pulgar seca el surco de lágrimas.

—¡Noooooo!

—Chist, vamos, estás a salvo cielo.

—¡¡NOOOOOOO!! —Aparto su mano de un manotazo y cubro mi rostro con mi brazo—. Él no está, ya no está.

# Gracias papá

—Susan, cariño, mamá ha ido a buscar esos muffins con arándanos que tanto te gustan, ¿comerás una? —Mi padre acaricia mi mano con suavidad y cariño—. Debes comer algo, cuanto antes lo hagas, antes podré sacarte de aquí.

Miro la impersonal habitación de hospital. Creo que es la tercera, ¿o la cuarta?, no sé. Primero fue el box de urgencias; luego, una habitación en alguna planta superior; más tarde, la consulta de un médico, allí creo que se descontroló todo, debería haberme mantenido callada como hago ahora; después desperté en otra habitación más aséptica y gris; una ambulancia, creo; y ahora esta. Me parece que aquí llevo varios días, la verdad es que no soy muy consciente del tiempo. Noto los cambios de luz, a veces hay luz solar, a veces artificial, y otras veces está todo oscuro y en silencio salvo por los gritos despiadados de las bestias que mataron a Víctor. Algo húmedo cae por mi cara y mi vista se empaña.

—Hija, ¿en qué piensas? Sea lo que sea ya pasó.

Mi padre seca mi cara con un pañuelo y luego me besa. No le miro. Desde que presencié el brutal asesinato ya no quiero ver nada más. De vez en cuando enfoco la vista en las cortinas azules, o en el sofá azul, o en la bata de la enfermera —también azul—, pero nada más. Supongo que ya no importa nada más.

—Buenos días, señor Levinson, ¿cómo ha amanecido hoy?

—Cómo siempre. —El tono de mi padre ha pasado de amoroso a cortante.

—Hola, nena. —David besa la mano que no sostiene mi padre y a pesar de querer apartarla con todas mis fuerzas no me muevo.

Me concentro en la pantalla apagada de televisión. Víctor…

La humedad empaña de nuevo mis ojos.

—Vamos, peque —mi padre debe haberse sentado a mi lado porque el colchón se ha movido hacia su lado—, cuéntamelo, hablar te hará bien.

—Ya sabes lo que le pasa, Robert. Deja que los medicamentos hagan efecto y se serene.

—Te dije que tú ya no eres parte de mi familia, así que no me tutees.

¿Qué ocurre?

¿Qué significa ese odio en la voz de mi padre?

Es el hombre más tierno, cariñoso, simpático y amable que conozco…

¡Ay Víctor que va a ser de mí!

—Eh… cielo.

David posa una mano sobre mi mejilla y con los pulgares seca mis constantes lágrimas. Miro a mi padre de golpe. Él lee algo en mis ojos que ni yo sé que está ahí. Traslada los suyos a David y vuelve a mirarme. Dibuja una diminuta y discreta sonrisa y se incorpora.

—David, sal un segundo.

Ambos hombres han debido salir porque los escucho a lo lejos.

—No quiero que vengas a verla.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Mi hija te dejó, ¿no es así? —Se hace una breve pausa—. Pues mientras esté aquí ingresada no quiero que vuelvas.
—¿Y si ella quiere verme?
—Esperaremos a que pueda decidirlo.
—¡Maldita sea, Robert! ¿Qué te ocurre? Soy su novio, nos conocemos desde…
—Te dejó —interrumpe mi padre—, para mí ahora mismo tan solo eres el responsable de que esté aquí encerrada y drogada hasta las cejas.
—No está drogada, está sedada. ¡Joder… tú no la viste! No viste el estado en el que se encontraba.
—No, es cierto, desgraciadamente no pude verla y ayudarla a tiempo.
—Ya has oído a los médicos, está desorientada. Vino a mí, herida y en estado de shock…
—No acudió a ti, te encontró por casualidad.
—¡Robert, por dios, soy yo!
—Sí, eres tú, y por alguna razón mi hija no quiere verte.
—Estás completamente equivocado, sé que debe ser difícil y que… mira, lo entiendo. —De pronto David parece muy tolerante—. Cuando Marina venga lo hablamos juntos.
—¿Hablaste conmigo antes de encerrarla?
—No fui yo, fue el psiquiatra de guardia.
—Y no te resultó muy difícil encontrar otro de tu confianza que te hiciese un hueco en este maldito antro de mierda.
—Sabes lo que cree haber visto. Joder, Robert, le han diagnosticado un trastorno delirante. ¿Qué querías que hiciera? ¿Acaso es delito trasladarla al mejor hospital psiquiátrico que he encontrado?
—Podías esperar y escucharla. Mi hija no está loca.
—Yo no he dicho eso.
—¿Seguro?
—Todos los médicos coinciden en que el estrés del trabajo, los problemas conmigo… Llevaba días sin ir a trabajar, mi hermana y yo la visitamos el domingo y estaba… diferente. No nos cogía el teléfono. ¿Cuántas veces la has llamado en estos días, Robert?
—Eso solo quiere decir que estaba ocupada con sus cosas. Mira David, yo solo sé que mi niña podría estar conmigo en casa recuperándose de lo que sea que la perturba y no aquí… ¿no ves que ni siquiera habla?
—Eso no es culpa de los medicamentos y lo sabes.
—Me da igual.
—Hola, cariño, ¿qué estáis haciendo aquí fuera?
Esa es mi madre y lo de cariño va por David porque a mi padre no puede ni verlo.
—Robert me está pidiendo que no regrese.
—No te lo estoy pidiendo, te lo exijo.
Muy bien dicho papá. Sácalo de aquí. Haz lo que Víctor no pudo hacer.
—Robert, deja de comportarte como un crío, David solo quiere ayudar.
—Marina, tu hija no lo quiere aquí.

—¿Te lo ha dicho ella? ¿Ya ha hablado?

—¡Ufff!

Veo entrar a mi padre completamente desencajado. No puede con ella.

Es alto, pero el pesar que carga sobre sus hombros le hace arquear un poco la espalda por lo que hoy parece unos centímetros más bajo. Lleva sus pequeñas gafas de metal sobre su espeso y blanco pelo. Está delgado, pero en buena forma física, aunque la arrugada camisa de cuadros y el viejo pantalón vaquero le hacen parecer mucho más mayor y enclenque. Tampoco ayuda la barba de varios días ni las ojeras de debajo de sus bonitos ojos verdes. Me guiña un ojo y automáticamente sé que no se va a rendir. Le quiero tanto.

Mi madre entra enganchada del brazo de David. Lleva el oscuro pelo recogido en un sencillo moño, va sin pintar y parece cansada. Por un brevísimo instante me fijo en el castaño apagado de sus ojos. Ella siempre transmite tanta jovialidad en sus ojos…

Deja sobre la mesilla una caja de muffins. Huelen bien.

—Buenos días, cariño, ¿qué tal has dormido? —Peina mi pelo con las manos y eleva la cama hasta casi sentarme—. ¿Le habéis dado agua?

—No quiere, lo he intentado de todas las maneras posibles —contesta mi padre.

—Venga, Susana. —Acerca un vaso con una pajita a mis labios. No me muevo, sigo mirando a mi padre—. Al menos ha dejado de tener la vista perdida.

Mi madre agarra mi barbilla intentando hacerme girar la cara hacia ella. Desiste al instante.

—Parece mirarte a ti.

—Debo ser el único que la comprende. —Mi padre es experto en lanzar cuchillos mordaces, sobre todo a mi madre.

—Marina, he traído algo de ropa e higiene personal, ¡ah!, y un par de libros, por si acaso. Por cierto, había libros por todos lados, he tenido que recoger un poco… eran de temática paranormal.

—¿Cómo has entrado en su casa?

—¿De esos de vampiros y lobos que tanto le gustan a ella y a su hermana? —Mi madre aprieta mi mano—. Ahora comprendo mejor todo esto.

—He preguntado que cómo has entrado.

—Mi hermana tiene una llave.

—Dámela. —Tiende una mano abierta.

—Creo que deberíamos…

—Mi hija te sacó de su vida, supongo que eso implica sacarte de su casa, dame la jodida llave y dejad de hablar como si estuviese loca.

—David, guapo, dásela. Deja que lo haga a su modo, él también lo está pasando mal.

—Ufff… Eres increíble.

Mi padre me mira un segundo y tras bajar la cabeza se rasca la frente. Está intentando no montar una escena.

—Bueno —dice mi madre al rato, como si todo fuese de maravilla—, es hora de que nos dejéis a solas, las chicas tienen que ponerse guapas. —Besa mi mejilla—. ¿A

que sí, mi vida?

No papá, no te vayas. Te necesito a mi lado. Mi madre suelta mi mano y una figura alta y delgada ocupa su lugar. Presiento su sombra sobre mí y busco el consuelo en los ojos de mi padre, pero él está perdido en algún lugar de su mente. Unos labios se posan sobre mi frente y mi grito es tan desgarrador que cuando mi padre me mira veo lágrimas en sus ojos.

—No vuelvas a tocarla.

—Robert… yo… no entiendo nada —David habla entrecortadamente, creo que está intentando no llorar—, ella lo es todo para mí.

—Pues si tanto significa para ti, déjala descansar. No acepta tu presencia, ¿te das cuenta?

Durante un largo periodo de tiempo nadie habla. Mi padre no aparta sus ojos de los míos y yo hago lo mismo con los suyos. Quiero que sepa que le apoyo.

—De acuerdo —dice al fin David—, pero por favor, mantenedme informado.

Gracias papá. Te quiero con toda mi alma. A ti y a mi adorado Víctor. Cierro los ojos deseando dejar de sufrir. Me duele tanto saber que lo he perdido.

Mi madre es la primera en romper el silencio que ha vuelto a instalarse en nuestras vidas, y me molesta. Me gustaría descansar. Perderme en felices sueños en los que Víctor y yo nos abrazamos… ¡No! Ahora ya no hay sueños de ese tipo. Solo hay dolor y gritos.

—Robert, deberías dejar de tratar así a David, forma parte de la familia.

—Ya no.

—La quiere muchísimo.

—Está aquí por su culpa.

—No. —Acaricia mi cabeza—. Está aquí porque en algún momento tu hija enfermó. Le han diagnosticado paranoia y una posible esquizofrenia y él intenta darle lo mejor.

—Le pedí veinticuatro horas.

—Hizo lo que creyó más conveniente para ella. Ni tú ni yo estábamos aquí.

—Ella hubiese hablado conmigo.

—Deja de culparte y de proyectar tu frustración en David, tenías trabajo y cumpliste con él. Permite que el chico aporte su granito de arena y haga que todo esto resulte más cómodo para Susan.

—¿Acaso no te das cuenta de que tu hija no lo quiere aquí? —Acaricia mi frente—. ¿No has escuchado su grito?

—Nuestra hija está enferma, no habla desde hace cinco días, tal vez ha visto a uno de esos vampiros que cree ver y se ha asustado.

—Marina —espeta mi padre—, recoge a Laura del hotel y revisad la casa de Susan.

—Quería asearla.

Mi madre es plenamente consciente que ha cruzado la línea. Su tono ha descendido y parece más sumisa y comprensiva.

—Yo me ocuparé de ella.

Abro los ojos y veo el verde musgo de los ojos de mi padre. Está a punto de llorar. Jamás he visto a mi padre llorar.

—Buscad cualquier cosa que nos sirva para entender toda esta mierda.

—Has pasado toda la noche aquí.

—Pasaré toda mi vida si es necesario, déjame a solas con mi hija, por favor.

En dos o tres minutos mi madre sale por la puerta con su bolso marrón atrapado bajo el brazo y su falda de cuadros ondeando al viento.

—Gracias, papá —susurro.

Se tumba a mi lado poniendo mucha atención en no tocar ninguna sonda y me abraza.

—Gracias a ti por hablar conmigo.

Cierro los ojos y dejo que el abrazo y los besos de mi padre rellenen el enorme hueco que hay en mi corazón.

—Tal vez haga mal en decir esto ahora mismo —dice bajito a modo de secreto—, pero si me entero de que te ha tocado lo mato.

Inevitablemente sonrío. A mi padre le encantaría Víctor. Aprieto los ojos intentando contener las lágrimas y mi padre besa mi frente.

—Suéltalo cariño, yo te cubro hasta que estés dispuesta a abandonar este sitio.

# TERCERA PARTE

*FELICIDAD*

Las horas de la locura las mide el reloj,
pero ningún reloj puede medir
las horas de la sabiduría.

William Blake

## De vuelta a la realidad

Llevo dos días durmiendo sola en esta austera habitación. Todo blanco, gris y azul —sobre todo azul—, excepto las flores que mis padres o mis amigos traen. O el color de la ropa que ellos mismos pasean. Yo no sé ni qué ropa llevo, supongo que el típico camisón de hospital. No me preocupa. Creo que no voy a salir de aquí nunca. Me alimentan, me asean, me hablan… yo no tengo que esforzarme en nada. Ni siquiera voy al baño. Y está bien, no tengo fuerzas casi ni para parpadear así que los demás trabajen por mí me facilita las cosas. Sin embargo, cuando abro los ojos, con los primeros rayos de sol me siento sola. Hasta hace dos noches mi padre dormía a mi lado, cogiéndome la mano. No impedía las pesadillas, pero era reconfortante encontrarlo junto a mí tras visionar las espeluznantes imágenes del *Temple*. David lleva dos días sin aparecer. Jamás podré agradecerle lo suficiente a mi padre lo que ha hecho. Sin embargo, supongo que con la desaparición de David también han desaparecido los privilegios.

—Esto es una residencia psiquiátrica, señor, no se permiten visitas fuera de la hora establecida —le decía una enfermera a mi padre ayer mismo.

—Mi hija no está interna, está en periodo de evaluación.

—Si tiene algún problema hable con el doctor Fischer, señor Levinson.

—¡Ya lo creo que lo haré, ya lo creo!

El señor Fischer, qué ser más extraño. Me mira como si estuviese loca. Sin duda le interesa que sea así, David debe pagar una buena cantidad de dinero por esta habitación. Tengo que hablar con mi padre, debemos devolverle hasta el último penique. Cuando tenga fuerzas claro. El “gracias” que le ofrecí el otro día me dejó exhausta.

La televisión brilla frente a mí y la imagen de los presentadores de las noticias me habla. Debe haber alguien conmigo.

—Hola, peque.

*Hola papá.*

—Tengo que contarte una cosa —besa mi frente—, es un secreto. —El volumen de la televisión aumenta—. Ellos no estarán de acuerdo, pero yo sé que esto es precisamente lo que necesitas. Así que vamos allá, antes de que llegue tu madre y tu hermana.

Me obligo a girar la cabeza y contemplar el amoroso rostro de mi padre. Las pequeñas arruguitas le dan más calidez a esos ojos verde bosque y las gafas sobre su espesa mata de pelo blanco le vuelven más entrañable si cabe. Saca una carpeta y de ella un montón de hojas.

—He estada contrastando los informes de la policía con lo que le contaste a aquel psicólogo de urgencias. —Me sonríe—. Ya sabes que los periodistas tenemos nuestras propias fuentes, no importa que me mires de ese modo censurador.

¿Qué? Si yo casi ni pestañeo. ¿Está bromeando conmigo?

—¿Y sabes qué?, he ido. Sí, sí, quería verlo con mis propios ojos, ¿acaso no me

conoces?

Besa mi mejilla y vuelve a estudiar los folios. Mis labios se tensan.

¿He sonreído?

—Sabía que te gustaría —dice mirándome por encima del papel—. Voy a ir al grano. El tal Ed existe. Eso ya lo sabe la poli. Pero… y ahí viene lo bueno… he hablado con él y he descubierto algo que la poli no sabe.

Mi interés aumenta y con ello noto cómo mi cuerpo se mueve unos centímetros.

¿Mi padre habrá atado cabos?

—¿Quieres agua? —Niego y mi padre parece muy feliz por mis pequeños gestos—. De acuerdo, sigamos. Ed me ha confesado que te conoce, le enseñé un par de fotos tuyas y le prometí secreto absoluto. Me ha contado que hace unas semanas te colaste en la discoteca, en la zona reservada para socios, y te fuiste por las buenas, pero también me ha dicho que lo intentaste un par de veces más. Al final te dejaron entrar, has estado allí dos o tres veces, no sabe mucho más excepto que al saltar las alarmas contra incendio te vio salir corriendo. Dice que no le había dicho nada a la policía porque la empresa tiene una política de privacidad muy estricta y no quería comprometerte, ni a ti ni a ninguno de los clientes. Por lo visto, el lugar es algo más que una discoteca. Un local de intercambio de parejas o cosas de esas, la verdad no me interesa la vida sexual de nadie… la tuya menos que ninguna.

Mi padre levanta las cejas y agrupa los papeles en un solo montón. Me espera, espera que diga algo. Medito un momento sobre lo que ha dicho.

¿Será verdad?

¿Será todo tan sencillo como eso?

¿Tendrá razón el doctor Fischer cuando dice que el estrés del trabajo y la presión que me causó el abandono de David me han hecho crear una vida paralela? Una vida en la que proyecto los sentimientos que no me atrevo a expresar y en la que me olvido de mis responsabilidades y obligaciones. Una vida creada desde la sugestión de mis libros.

—Susan —mi padre me sobresalta—, te cuento esto porque quiero que a partir de estos datos tú y yo trabajemos. Sea en la dirección que sea. Pero necesito que salgas de esta cama. ¿Tú dices que hay algo más? Pues levántate y enséñamelo. Quiero verlo. Que resulta que la situación ha podido contigo, pues levántate y asumámoslo juntos. No te dejaré sola, cariño, no me dejes tú a mí solo contra el mundo.

Mi padre tiene razón. ¿Vampiros y hombres lobos? Debe haber una explicación para todo esto. Seguramente la más sencilla: mi mente no ha aguantado, se ha rendido. Pues bien, vamos a estudiarlo y a solucionarlo. No arreglo nada aquí tirada y sedada. Soy una científica brillante y él un periodista tenaz, ambos recopilaremos todos los datos y encontraremos las respuestas.

—Papá —susurro casi sin voz—, tengo sed.

Mi padre me acerca la pajita que hay dentro de un vaso de agua con una amplia sonrisa en la cara. Bebo. Está fresquísima y enseguida tengo ganas de más. Y hambre, de pronto tengo hambre. ¿Dónde están los muffins de arándanos?

—Eso es, mi niña, demuéstrale al mundo lo valiente y fuerte que eres. —Aparta el vaso repentinamente—. Poco a poco cariño, voy a avisar a la enfermera para que te quiten todos esos tubos.

Al quedarme a solas no puedo evitar que la oscuridad caiga de nuevo sobre mí.

¿Estaré traicionado a Víctor? ¿Su memoria? ¡No! Víctor no existe. Ni existió.

—¡Cariño! —Mi madre corre hacia mí, seguida por mi hermana—. Ya está de vuelta mi niña. —Besa mi mejilla una y otra vez—. Tu padre me ha dicho que has pedido agua. Soy tan feliz ahora mismo…

—Hola, Susan. —Mi delgadísima hermana me abraza.

—Estás muy delgada —carraspeo.

—Eso mismo le digo yo —mi madre sonríe—, y encima desde que estamos aquí prácticamente no come.

—¡Cállate, mamá!

Laura pone los ojos en blanco y se sienta a mi lado. A pesar de su delgadez está muy guapa. Siempre ha sido una niña muy dulce. Buena, tranquila, introvertida, pero muy, pero que muy, cariñosa, la niña bonita de mi madre. Ahora con sus veintisiete años es exactamente igual, salvo que su aspecto físico es el de una preciosa mujer. El pelo moreno y ondulado de mi madre, la cara redondeada, carnosos labios y el bonito color de ojos de mi padre. Preciosa, absolutamente preciosa.

—Haya paz —exige mi padre nada más entrar por la puerta—, Susan necesita reposo.

—Papá.

—Dime, cielo.

Una punzada de dolor cruza mi corazón, la ignoro. Por raro que parezca, una parte de mí quiere creer que todo ha sido mentira, una ilusión, pero otra, un poco más grande, sabe que no es así y a pesar de eso he decidido ignorarla. Porque sea como sea esa parte no me beneficia, no me sacará de aquí. Ellos deben creer que estoy bien.

—Papá, dame la mano.

—Por supuesto. —Aferra mi mano con seguridad.

Y así paso el día, entre risas, charlas y visitas. Ha venido Nacho, por lo visto, Rosa hoy no ha podido acompañarle, pero mi hermana me ha dicho que ha pasado todos los días. También ha estado aquí Nicole. Ella se ha quedado más tiempo.

Para mi sorpresa no ha mencionado ni una sola vez a su hermano. Mejor.

Mis padres han ido y venido todo el día. También ha pasado a verme el doctor. Hemos hablado un largo rato. Dice que está contento con mi evolución. ¿Significa eso que me va a dejar libre? Mi hermana es la única que no se ha movido de aquí en todo el día. Excepto cuando yo hablaba con el doctor Fischer, que se ha quedado en el pasillo. Ahora los tres miembros de mi familia están saliendo por la puerta, se acabaron las visitas por hoy. Cierro los ojos e intento resumir lo que ha ocurrido todos estos días. Todavía está todo confuso, supongo que los tranquilizantes tienen mucho que ver.

Abro los ojos y mi madre está sentada en el sofá azul. ¿Ya es de día?

La intensa luz se cuela por la ventana y la televisión está encendida con un volumen muy bajito. Mi madre está concentrada, supongo que intentando escuchar lo que dicen.

—Mama, ¿qué hora es?

—Las doce. ¿Has dormido bien? —dice, mientras acaricia mi cara.
—Sí, la verdad es que sí.
—Me alegro, tienes mejor aspecto.
—Gracias, mamá.
—¡No digas tonterías, soy tu madre!
—Aun así, gracias.
Me besa y coloca la colcha hasta dejarla sin una arruga.
—¿Quieres preguntarme algo?
Ay mamá, te veo venir…
—No.
—Comprendo.
—Sé que papá lo echó.
—¿Y qué opinas?
—Respeto su decisión.
—Entonces no hay más que hablar. —Besa mi frente—. ¿Te apetece un baño?
—Eso sería genial.

El día pasa y es casi idéntico al anterior. Y de nuevo me quedo sola. Esta vez, sin embargo, sí tengo tiempo para pensar antes de caer rendida en las profundidades del sueño. Mi mente está algo más clara, tal vez han bajado un poco la dosis de los medicamentos. Aunque durante el día evito pensar en los abstractos acontecimientos, por la noche es casi imposible no invocarlos. Reproduzco a la perfección el rostro de Víctor, el de Daniel, el de Helenna, el de Ed. Ed existe, ¿por qué los demás no? Tal vez no son lo que creo, pero sí han formado parte de mi vida. Si es así, ¿qué les ha pasado? La policía dice que hubo un incendio. No hubo víctimas, tan solo algunos daños materiales. Suspiro. La imagen de Víctor tirado en el suelo es tan real…

Un dato, hasta ahora obviado, viene a mi cabeza. Si todo es real, ellos se preocupan mucho por su anonimato, jamás se dejarán ver. Nunca encontrarán nada que apoye mi loca teoría. Es más, si se han visto amenazados y así lo deciden, ni yo podré encontrarlos de nuevo.

*Nuestra seguridad es primordial.*

Eso quedó muy claro en todo momento.

Y lo más importante, si mi loca teoría es cierta, los vampiros y los licántropos se regeneran. ¿Matarían definitivamente a Víctor o solo le amputarían los brazos?

*¡Basta, Susan! Deja de pensar estupideces.*

Voy al baño para echarme agua en la cara y más tranquila vuelvo a la cama. Me como un bollo de los que ha dejado mi madre y me tapo hasta el cuello intentando coger el sueño. Los medicamentos son buenos porque a pesar de que mi cabeza echa humo me duermo casi de inmediato.

## Desde el mismo infierno

Un ligero roce en la mejilla me desvela. Abro poco a poco mis ojos, pues los sedantes ralentizan mis movimientos y, cuando soy consciente de la oscuridad y del rotundo silencio, me obligo a volver a cerrarlos para retomar el descanso. Habrá sido un sueño. Algo vuelve a recorrer mi cara desde el pómulo hasta la barbilla. Me incorporo asustada. Una mano se posa sobre mi boca con sumo cuidado.

—Chist, no hagas ruido.

La mano insonoriza por los pelos mi grito. Dos puntos dorados me apuntan a través de la penumbra, la cálida y fuerte mano me hace saber que son reales.

—Cielo —suspira con alivio—, he pasado un infierno sin saber dónde estabas.

Intento hablar, pero su mano me lo impide. No es posible que Víctor esté aquí con la voz rota por la angustia.

—No grites.

Niego con rotundidad y la aparta.

—¿Qué haces aquí? —digo entre dientes—. No deberías estar aquí. No eres real.

—¿No soy real? —Se aproxima unos centímetros dejándome ver mejor su rostro—. ¿Quieres que me marche?

En cuanto noto el amago de levantarse lo atrapo por la muñeca.

—No.

Automáticamente sus brazos me rodean abrazándome con fuerza. Apoyo la cabeza en su pecho y me deleito con su aroma.

—Dicen que no existes, que eres producto de mi imaginación, que estoy enferma. —Noto cómo su abrazo se vuelve más intenso—. ¡Estás muerto! Yo te vi, tú estás muerto. —Que sea un fantasma es lo único que explica esta situación y es lo único que se me ocurre decir. Bueno, la única no, tal vez sea un sueño.

—Chist, no grites, si viene alguien…

Escondo la cabeza otra vez en su pecho y rompo a llorar.

Víctor espera paciente sin decir nada. Tan solo acaricia mi espalda y me arropa entre sus brazos. ¡Brazos!

—¿Qué pasó? —Me despego de su cuerpo de mala gana, necesito mirarle a la cara.

—¿Estás segura de que quieres esto, Susan? Sabes que solo tienes que decírmelo y me iré —dice, sujetándome por la barbilla.

—Mentiroso. Tú necesitas estar aquí con toda tu alma.

Me arrodillo para poder abrazarlo por el cuello y de repente todo gira a mi alrededor haciéndome perder la orientación. Víctor me sujeta por la cintura antes de que pueda caer y me tumba sobre la cama.

—Cielo, ¿qué te han hecho? —Lamenta con la cara escondida en mi cuello.

—Estoy bien—acaricio su nuca—, ya estoy bien.

—Tienes que salir de aquí.

—Estoy haciéndolo lo mejor que puedo. —De nuevo estallo en llantos—. Tú

estabas muerto y yo pensé que era mejor quedarse aquí… aquí no tenía que esforzarme…

—Lo siento, siento que presenciases aquello.

De pronto me enfado. Toda la pena, el dolor y el miedo de estos días se trasforman en profunda cólera.

—¿Por qué has tardado tanto? —Empujo sus hombros alejándole de mí—. ¿Por qué no habéis hecho algo para evitarme toda esta mierda? ¿Dónde estabas? ¿Y Daniel? ¿Sabes que Ed ha hablado con mi padre como si no fuese más que una niñata?

Víctor se levanta de golpe y dejo de verlo. Sé que sigue ahí, aunque no hace ni el más mínimo de los ruidos, siento cómo deambula nervioso por la habitación.

—¿Víctor? —reclamo exigente.

—Hasta esta mañana estaba intentando ponerme en pie —habla muy cerca de mi cara, sobresaltándome—. ¿Sabes lo duro que es saber que la persona que más quieres en el mundo ha huido de una auténtica batalla campal después de ver cómo te mutilan y no poder salir corriendo tras ella? ¿Sabes lo duro que es beber como un poseso para que tus brazos vuelvan a crecer sabiendo que tu novia, la portadora de la sangre más apetitosa del universo, está perdida y asustada? ¿Sabes lo duro que es ver a tu mejor amigo malherido por ayudarte a ti y a tu pareja y no poder ir a socorrerle?

—Enciende la luz —le interrumpo.

—Susan, entiendo tu frustración, pero no la pagues conmigo, yo no te traje aquí.

No creo recordar a un Víctor tan enfadado, ni siquiera cuando le mordí. O quizá me equivoco y no es solo enfado lo que percibo, sino que hay mucho más detrás de ese tono insidioso.

—Víctor, déjame verte.

Como no me hace ni caso y además no le veo, decido incorporarme y encender la luz de la lamparita que tengo al lado de mi cama. Lo hago con cuidado, pues no quiero volver a marearme. Ya sentada y con los ojos acostumbrados a la tenue luz, lo veo sentado en el sofá. Me mira fijamente. Tiene las piernas separadas y el cuerpo ligeramente echado hacia delante. Apoya sus codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Desde aquí, puedo ver el destello rojizo de sus ojos.

—Ven aquí o iré yo —amenazo sacando los pies de la cama.

—Podría recogerte antes de que tocases el suelo, no me asustas.

—Quiero comprobar que estás bien.

—No deberías acercarte ahora mismo.

—Tú tampoco me asustas —me levanto y apoyo las manos en la cama asegurándome la estabilidad—, necesito verte y tocarte… hace… ¿cuántos días hace?

—Diez, diez interminables días. Y no puedes tocarme.

—Siempre tan tajante…

Antes de que dé el segundo paso, Víctor ya me tiene entre sus brazos y me ha sentado sobre su regazo. Paso los brazos por su cuello y acurruco las piernas haciéndome un ovillo. Él se reclina en el respaldo del sofá y cierra los ojos.

Con paciencia, dejo que se acostumbre a mi contacto. Quiero poder examinarle y sé que debe estar sediento, además de ansioso y preocupado. Una mala combinación que activaría sus impulsos con rapidez y que nos dañaría a ambos por igual. Paso los dedos por su antebrazo con suavidad, todavía fascinada por su recuperación. Levanto

disimuladamente la vista y observo la rigidez de su cuello y la tensión de sus venas.

—En cuanto te tranquilices y me saques de aquí, haremos algo con esa sed.

—Deja de decir tonterías y duérmete.

—¿Tonterías? —resoplo—. Tonterías dice.

Me arrodillo a su lado y sujeto su cara entre mis manos. Sus ojos son fuego y su cara está marcada por finas venas azuladas. Con mis pulgares estiro sus labios dejando a la vista sus largos colmillos.

—Dios mío, Víctor…

—Sí, cielo, es un horror.

—¿Cómo consigues estar a mi lado?

—Era peor cuando no sabía dónde estabas. —Clava los ensangrentados ojos en los míos—. Te dije que la sed no era un problema.

—Tenemos que acabar con esto.

—Ya has olvidado todo lo que hablamos antes de que ocurriese toda esta mierda.

—No, y no ha cambiado nada.

—Claro que sí —ríe con sorna—, claro que sí, Susan. ¿No lo ves? Te he perdido.

—¡Eh! —Apoyo su cabeza contra mi pecho—. ¿Qué te hace decir eso? ¿Qué he hecho?

—No puedo dejar que te hagan esto, tengo que dejarte libre.

—Tú no tienes nada que ver. —Paso mis dedos entre su pelo—. Soy yo quien abrió la bocaza y habló más de la cuenta. Soy yo quien eligió rendirse. —Beso su cabeza—. Ahora que sé que estás vivo todo será diferente. Además, solo tienes que sacarme de aquí.

—No, Susan, no es tan fácil. No haré que vivas un infierno.

—¿Y quién ha dicho que vaya a vivirlo?

—¿Qué crees que pasará si te saco de aquí? —Besa el hueco que hay entre mis pechos, estoy convencida de que no es consciente de que lo hace—. Tu familia y amigos creen que estás enferma, si desapareces de la noche a la mañana no dejarán de buscarte.

—Les dejaré una nota o les llamaré en unos días, cuando estemos lejos de aquí.

—¿Y qué les dirás? —Inclina la cabeza mostrándome su bello rostro—. Digas lo que digas lo achacarán a tu estado.

—No me importa.

—Sufrirás sabiendo que ellos sufren por ti.

Me mantengo callada porque en eso no se equivoca. No sé si sería capaz de dejar a mi familia con la angustia de haber perdido a una hija el resto de sus vidas. Una cosa es irse voluntariamente en plenitud de facultades y con una excusa. Llamarles y escribirles de vez en cuando dándoles buenas noticias, haciéndoles saber que eres feliz. Y otra muy diferente es irse en circunstancias extrañas y con una paranoia diagnosticada.

—De acuerdo, te doy la razón. Pero eso solo implica que debes tener paciencia y darme tiempo. Saldré de aquí. Llevo dos días muy buenos, ahora que sé que estás vivo incluso será más fácil, tan solo tengo que hacerles creer que me he recuperado. Nada más.

—No sé, Susan… no sé hasta qué punto te beneficia mi presencia.

—¿Qué coño quiere decir eso? —Atrapo su mandíbula forzándole a que levante la cabeza y me mire—. ¿Eres consciente de que todo esto es porque creía que te había perdido?

—Precisamente por eso, Susana.

Víctor se incorpora con un preciso y rápido movimiento y me traslada a la cama en volandas. Cubre mi cuerpo con las sábanas de algodón blancas y la colcha azul. Posa un casto beso sobre mi frente, pero no logra evitar detenerse un instante a oler mi pelo.

—Así está mejor… empezabas a estar helada.

—¿Qué implica ese Susana? —Le taladro con la mirada—. Ni se te ocurra pensar que puedes desaparecer sin más.

—No sé qué debo hacer, sinceramente. De lo único que estoy seguro es que no quiero volver a verte en esta situación.

—Lo siento, ¿vale?, estaba asustada, jamás volveré a cometer este error.

Sus nudillos frotan mi mejilla y me sonríe con timidez.

—Te buscaré el resto de mi vida.

—No desde esta cama.

—Ya te he dicho que saldré en unos días.

El dolor se tatúa en su rostro. De pronto la luz de la lamparilla me deja ver unas manchas rojizas en la manga de su camiseta gris. Lo miro con detenimiento. Lleva unos pantalones vaqueros azules y creo detectar algunos puntos rojizos a la altura del muslo. Le atrapo por la muñeca con una mano y con la otra toco la tela de la manga. Está seca.

—¿De quién es esta sangre?

—De nadie.

—¿Víctor?

—No es mía ni de nadie que deba preocuparte.

—¿De quién entonces?

Pienso rápidamente en las posibilidades. ¿Habrá bebido de camino? Y, por otro lado, ¿cómo me ha encontrado? ¿Le habrá hecho daño a alguna de las enfermeras? No, no lo creo.

—Susan, debo irme.

—¡No!

—Chist —pone un dedo sobre mis labios—, no hagas ruido.

—No quiero que te marches —susurro.

—No pueden verme aquí y lo sabes.

—No te vas por eso —arranco a llorar de nuevo—, sé que si sales por esa puerta…

—No tengo nada decidido.

—Pero te lo planteas —sollozo—. Te planteas dejarme.

—Jamás te dejaré Susan, jamás. —Besa mis labios antes de secar mis lágrimas—. Pero creo que tal vez es mejor que pienses en mí como una ilusión, como algo que no debería haber pasado por tu vida.

—Quiero que bebas de mí ahora y que me saques de aquí —hipo—, quiero que me lleves contigo y si me transformo, mejor, no me importa nada más, te lo juro.

Cierro mi mano en un puño estrujando su manga. Muerta de dolor y de pena observo cómo se tumba lentamente a mi lado y se funde conmigo en un abrazo. Al cabo de varios minutos, le escucho susurrar muy pero que muy bajito. Casi no logro oírlo con claridad.

—¿Eso quieres?

—Sí, quiero que me lleves a donde sea que vayas, que formemos un hogar si te apetece, que viajemos, que no salgamos de la cama… lo que quieras, pero hazlo ahora.

—Concédeme una noche para pensar.

—No —mi voz suena bajita, aunque contundente—. Si te dejo salir por esa puerta no volverás, te conozco bien.

Una sensación tediosa cae sobre mi cabeza. Es como si un manto nubiloso empañase mi visión. Me duele todo el cuerpo. Bueno, no, más bien es como si no lo notase y a la vez lo percibiera muy pesado, es una sensación muy extraña. A duras penas logro mantener los ojos abiertos y la habitación parece dar vueltas a mi alrededor.

—Maldita sea…

—Estoy muy cansada.

—Lo sé cielo, lo sé. —Pone una mano en mi frente—. Duerme tranquila.

—No… no —tengo grandes dificultades para hablar, parece que los tranquilizantes me han sacudido de golpe—, no te vayas…

—Confía en mí, cielo, confía en mí.

## Mío

La humedad oprime mis pulmones, baña mi piel en sudor y hace que me sienta algo cansada. Sin duda, ha vuelto a sorprenderme. No puedo creer lo que estoy viendo. Víctor sostiene mi mano con fuerza, me da un beso en la mejilla y sonríe mostrándome su bonita y blanca dentadura. Indiscutiblemente está más nervioso que yo.

—¿Vas a contarme qué hacemos aquí?

—Es lo más parecido que tengo a un hogar, quería que lo conocieses.

—¿De verdad vives aquí?

—Sí, no vengo mucho, pero cuando decido hacer un paréntesis en el trabajo es mi lugar preferido.

—Es precioso, jamás te hubiese imaginado en un sitio como este.

—Me gusta estar solo y ya sabes que en mi día a día eso es casi imposible.

—¿En serio? —pregunto irónica—. ¿Y dónde quedo yo en toda esa soledad?

—Tú formas parte de mí, Susan.

Me lanzo a su cuello, rodeo su cintura con mis piernas y acaricio sus labios con los míos antes de fundirnos en un apasionado beso.

—¿Eres consciente de lo bonito que ha sonado eso?

Levanta los hombros y empieza a caminar. Su fuerte brazo envuelve mi cintura y con la mano que le queda libre coloca los mechones sueltos de mi pelo tras la oreja.

Contemplo el frondoso y verde paisaje que nos rodea. Interminables árboles se alzan sobre nosotros, numerosos y espesos arbustos cubren el suelo, y las lianas y las plantas que nacen unas de otras forman un hermoso entramado entre ambos niveles. Nunca imaginé viajar hasta aquí, pero ahora que conozco la selva quedará grabada en mi memoria a cincel.

—¿Y dónde dices que vives?

—Justo allí.

Víctor alza el brazo y señala con su dedo índice un grueso árbol de unos veinte metros de altura. Levanto una ceja y ladeo la cabeza.

—No me mires así y fíjate bien.

Segura de que está tomándome el pelo vuelvo a dirigir la mirada hacia el longevo árbol. Me deposita con cuidado en el suelo y se desplaza hasta él con muchísima rapidez. Ante mis simples ojos de humana es un borrón moviéndose entre la espesura verde. En pocos minutos, la densa vegetación que hay justo detrás del tronco desaparece y creo distinguir lo que parece ser una construcción humana. Pequeña y rústica, pero sin duda, humana.

—¡Venga, acércate!

Mientras camino hacia él no puedo dejar de mirar la cabaña. Troncos de madera unidos horizontalmente forman la estructura principal y la cubierta está construida con broza, hojarasca y diferentes tipos de vegetación seca cayendo en cascada hasta formar un pequeño porche alrededor de la vivienda.

—Madre mía, Víctor. Es preciosa.
—Sé que está bastante sucia y tendrá más de un desperfecto, pero nada que no se pueda arreglar con dedicación.
—¿Por qué me has traído aquí? —susurro al recostarme en su cadera. Víctor me acoge en un abrazo y apoyo la cabeza en su hombro.
—Querías que te sacara de allí.
—Sí, pero esto es…
—No quiero que la pelea del *Temple* sea el recuerdo más intenso de lo nuestro.
Besa mi cabeza y camina hacia la puerta. Justo cuando pisa las tablas que hacen de suelo en el porche, los ruidos de la fauna amazónica se hacen más intensos. Varios guacamayos vuelan por encima de nuestras cabezas e incluso distingo, escondidos entre las ramas, a varios monos.
—Es como si quisieran darte la bienvenida.
—Eso es precisamente lo que hacen, nos llevamos bien.
Un mono de pelo marrón claro y ojos muy grandes cae sobre el tejado haciendo divertidos ruiditos. Debe ser el más atrevido porque el resto del grupo se ha quedado escondido entre los árboles. Se acerca al borde y extiende el brazo. Víctor levanta el suyo y chocan los cinco.
—¡No! —Con mi grito el mono sale corriendo y se esconde entre las ramas más cercanas, aunque aún distingo sus brillantes ojos entre las hojas.
—No grites, aún no te conocen.
—¿Cómo es posible?
—Bueno… en realidad me parezco más a ellos que a los humanos.
—Pero jamás se acercaría a un puma de ese modo.
—Te dije que yo no comía bichos.
—Víctor, esto es impresionante —digo, dando un giro completo sobre mi eje.
—Sabía que te gustaría.
Tiende la mano hacia mí con una bonita sonrisa en su cara. Sin embargo, la alegría no llega a sus ojos, está preocupado. ¿Por mí?
—Vamos, entra, empezará a llover en unos minutos.
Una vez dentro, Víctor abre las seis ventanas de la cabaña. Una a cada lado de la puerta, otras dos alineadas enfrente, y una, de tamaño un poco más grande, a ambos extremos. Una tenue luz ilumina la estancia permitiéndome ver el simple, pero hogareño mobiliario. Junto a una pequeña y redonda mesa hay una silla con ancho respaldo y apoyabrazos; una hamaca cuelga de tronco a tronco en una esquina; una alacena con una vajilla blanca llena de polvo sobre sus estanterías está situada tras una barra en la que hay un taburete. Todo fabricado de forma artesanal con la madera de la propia selva.
—Siento no poder ofrecerte más comodidades.
—Es perfecto, no te preocupes.
—Si quisieras pasar aquí una temporada podría construir una chimenea…
—Víctor —interrumpo.
—Dime.
—Quiero que te desnudes.
—Eso quieres, ¿eh?

Asiento ligeramente y me muerdo la uña del dedo gordo cuando veo que Víctor se quita la ropa con premura y agilidad sin poner ni una sola pega. Camina hacia mí con elegancia, ataviado solo con un bóxer negro. Se detiene a tan solo dos o tres centímetros de mi cuerpo. Me mira desafiante y aunque tengo muchas ganas de bajar la cabeza y convertirme en una chica tímida e insegura, mi personalidad me lo impide. Inclino la cabeza hacia un lado devolviéndole la mirada. La energía y el calor de su grande y fuerte cuerpo me golpean.

—¿No crees que estoy en desventaja?

Me desnuda antes de que pueda contestar. No llevo sujetador, así que quedo ante él con unas simples bragas blancas de algodón.

—No creo haberte visto jamás con este tipo de ropa interior —dice metiendo el dedo por dentro de la gomilla y acariciando la piel de mi cadera.

—Son las "bragas médicas". Mi madre me trajo un montón alegando que no tengo ropa íntima decente.

—Te hacen más terrenal, son sexis.

—Me alegra oír eso, son más baratas.

Víctor da un pequeño paso pegando su cuerpo al mío. Piel con piel. Cierro los ojos absorbiendo la reparadora sensación. Hace tanto que no estamos así.

—Cielo —coloca el pelo tras los hombros y acaricia mi cuello con los pulgares—, sé que no estoy haciendo las cosas bien, que te costará perdonarme, pero no puedo dejar que sigas vinculada a mí con el horror sobre nosotros. Quiero que te olvides de todo, que sigas con tu vida, que seas feliz.

—Jamás he sido ni seré tan feliz como soy ahora.

—Hoy vas a tener todo lo que has pedido, te lo debo.

Tira de la tela de mis bragas y caen desgarradas al suelo. Luego hace lo mismo con sus calzoncillos. Me sujeta por la cintura y me levanta para que pueda enredarme en su cuerpo. Le doy un mordisquito en uno de sus hombros mientras acaricio los músculos de su espalda. Sabe tan bien… Víctor magrea mi culo y pasa la nariz por la línea de detrás de la oreja a la vez que lame mi cuello. Me sienta sobre la barra de madera y se coloca entre mis piernas. Automáticamente, y por costumbre, retiro las manos de su cuerpo. Llevamos tanto tiempo sin tocarnos de este modo que debe estar como loco.

—Susan, abrázame.

Su petición tiene un matiz tan apesadumbrado y a la vez tan necesitado que me parte el corazón. Lo atrapo entre mis brazos todo lo fuerte que puedo.

—Querías que te sacara de esa fría habitación de hospital —me besa con devoción—, que hiciéramos el amor, sentir mis colmillos bajo tu piel —muerde la piel de mi garganta y tira de ella—, y eso es precisamente lo que vas a tener.

Vuelve a besarme. A pesar de que deja que le toque, noto la tensión de su cuerpo, la rigidez de sus músculos y el dolor en sus caricias. Sin duda, Víctor también ha pasado un calvario. Pero ya no importa, nada importa, de nuevo estamos juntos y sin ningún tipo de restricción. Separo más las piernas y me preparo para lo que será la sesión de sexo más salvaje que he tenido nunca, con mordiscos y succiones incluidas.

Algo caliente se aferra a mis entrañas poniendo de inmediato mis pezones en punta.

—Deja de hablar de una vez —digo sobre su pectoral.

Una de sus manos resbala por mi cuerpo hasta encontrar mi clítoris. Dibuja algunos círculos alrededor y luego lo acaricia. Jadeo. Mantiene la presión sobre el pequeño montículo con su dedo gordo y dirige otros dos a mi interior. Los mueve dentro y fuera con lentitud, mientras frota el pulgar con insistencia. Escucho las gotas de lluvia golpear sobre la espesa vegetación. Huele a tierra mojada y la sensación de humedad es sustituida por una agradable frescura. Víctor chupa uno de mis pezones con entrega. Presa del placer apoyo las manos sobre la tabla intentando mantener la estabilidad. Levanta la mirada y asciende, lamiendo la piel que encuentra a su paso, hasta encontrarse con mi boca. Introduce la lengua en busca de la mía. Los movimientos de sus dedos en mi interior se acompasan a los de nuestras lenguas. Ambos rotando, ambos ofreciéndome una dulce tortura.

—Abrázame, no me sueltes cielo, necesito tu contacto. Te necesito.

—Víctor, cariño…

Acojo su cara entre mis manos. Algo va mal. ¿Qué le preocupa tanto? Ya ha pasado todo. Iniciamos una nueva vida.

—Tú y yo, amor —susurro—. Solo tú y yo.

Durante un largo tiempo disfrutamos de las caricias y besos que nos ofrecemos.

Si soy sincera, esperaba una reacción muy diferente en él. Me sorprende un contacto tan controlado y sosegado. Aunque sin duda lo disfruto con ganas.

Su boca se aleja de mis labios y une nuestras frentes. Sus caderas se acomodan entre mis muslos cuando saca los dedos de mi interior. Me abraza y yo aumento la presión de mi abrazo. Su erección se abre paso progresivamente hasta que la noto completamente dentro, llena y satisfecha por primera vez en mucho tiempo.

El color caramelo de sus ojos me deslumbra. Le amo tanto.

—Jamás dejes de ser feliz, Susan.

Algo afilado y cortante traspasa mi alma. Víctor no está bien.

—Voy a darte lo que deseas, no me odies.

Sus movimientos se vuelven un poco más intensos. Lame mi cuello, marcando la yugular.

—Siempre estaré a tu lado. —Posa una mano en mi nuca—. Siempre, pase lo que pase, no lo olvides.

—¿Víctor qué ocurre?

—Tan solo quiero que tengas muy claro que te amo y que todas mis decisiones están basadas en tu bienestar. Debes recuperarte y seguir con tu vida.

¡No, no y no! Se está despidiendo de mí. Ese no era el plan. Se supone que me ha traído hasta aquí para iniciar una nueva vida juntos, ¿para qué si no?

¿Para qué este absurdo viaje?

¿Para qué morderme si piensa dejarme?

¿Y si me transformo y él no está a mi lado?

Quiero gritarle, golpearle y hacerle reaccionar. No puede haber nada mejor para mí que él, no voy a permitirle que se aleje de mí.

Sus embestidas se vuelven más intensas, pero sin llegar a perder el control. Tiene la situación estudiada y domina tanto sus reacciones como las mías con absoluta precisión. Sabe cuál será mi respuesta y también sabe que no puede darme tiempo.

Así que antes de que la primera palabra recriminatoria salga de mi garganta sus colmillos atrapan mi carne. Víctor se asegura de sujetarme con firmeza. Recoloca su posición y reajusta sus manos sobre mi espalda y nuca. Un calor intenso se cuela bajo la piel de mi cuello. Siento los finos colmillos traspasar la musculación. No hay dolor, solo quemazón. De pronto, una extraña electricidad, como una chispa energética, nace en mi garganta y se expande por todo mi cuerpo colocando cada sensación y sentimiento en su sitio. Todo está bien. Todo es correcto. Noto cómo la sangre abandona mi cuerpo lentamente ofreciéndome una inmensa paz. Mantengo los ojos cerrados, consciente de que ya no soy capaz de hacer otra cosa salvo dejarme llevar y disfrutar de la magnífica sensación de saber que este vampiro me pertenece.

Pase lo que pase, siempre será mío.

# Tocada y hundida

Todo termina más rápido de lo que me hubiese gustado. Ser poseída al cien por cien por un vampiro es la mejor experiencia que pueda tener un ser humano. Jamás me lo habría imaginado de este modo. O tal vez, simplemente se deba a que yo he sido tomada por mi vampiro, el correcto, Víctor. Llena de amor y tranquilidad abro los ojos para reconfortar al ser más importante de mi vida. Sé que no está bien y aun así se ha preocupado de mí y mis necesidades. Ahora es su turno, tengo un plan exquisito para él. Voy a ofrecerle todo el placer que se merece.

Con la barbilla apoyada sobre su hombro y mis uñas arañando su espalda contemplo anonadada el maravilloso ejemplar de jaguar que hay tumbado junto a la puerta. Me mira fijamente con sus grandes ojos verdosos. Está a la expectativa, en cualquier momento atacará.

—Esa es Sasha —murmura Víctor con absoluta confianza al notar el miedo en mis huesos.

—Víctor… es un jaguar y está dentro de tu cabaña —replico sin soltarme de él. Si hay que salir a toda prisa me irá bien estar sujeta a su cuerpo.

—Es una vieja amiga.

—¿Amiga?

—Sí, corremos y cazamos juntos cuando vengo. Quería que la conocieras.

—Víctor, es un jaguar.

Sasha gruñe dejándome ver su enorme dentadura. La verdad es que es preciosa.

Tiene el pelaje de un deslumbrante amarillo claro con grandes rosetas oscuras. Su cabeza es robusta y redondeada adornada con pequeñas orejitas. Dan ganas de acariciarla.

—Cielo, ¿cómo estás? —pregunta mimando mi cuello con su nariz.

—¿Aparte de Sasha?

Víctor ríe con ganas y Sasha le sigue profiriendo un estruendoso rugido.

Es inevitable que me aferre a su torso desnudo y cierre los ojos intimidada.

—Te quiero, Susan. Siempre seré tuyo.

Mi padre está sentado en el sofá azul cuando vuelvo a abrir los ojos.

¿Qué hago aquí?

Me incorporo de un salto tirando la colcha y las sábanas a un lado. El suelo está frío bajo mis pies. Bueno, el frío está en todo mi cuerpo.

—¿Qué haces? —dice mi padre acercándome un batín.

Lo aparto de un manotazo y corro hacia el baño. Enciendo la luz y me dirijo directamente al espejo. Busco las marcas en mi cuello. No hay nada. Con la mano en mi garganta vuelvo a la habitación.

—¿Dónde está? —grito.

—¿Quién?

—¿Desde cuándo estás aquí? —Esquivo a mi padre y voy hacia el armario—. ¿Qué días es, qué hora es?
—Susan ¿qué ocurre?
Busco una bolsa de viaje y empiezo a llenarla con la ropa que me han traído.
—¿Le has visto?
—¿A quién? —Mi padre empieza a sonar muy preocupado.
—Anoche estuvo aquí.
—¿Quién? —clama desesperado.
—¡Víctor!
—¿Víctor? —dice mi madre al cruzar el umbral.
—¿Quién coño es Víctor?
—¿Acaso no has escuchado al médico de tu hija? —reprende mi madre atravesándole con la mirada.
Dejo mi tarea y me concentro en mi madre. Su tono de voz ha hecho que sea consciente de mi gran error. No quiero seguir aquí dentro. Tengo que enmendar la situación. Justo tras ella distingo una figura invisible para mí hasta este momento. Nicole. Se ha peinado haciéndose una simple coleta y va sin maquillar. La repaso de arriba abajo.
Sudadera, vaqueros, deportivas…
—¿Qué sucede, Niki?
Mi amiga no me mira. Se limita a mover la cabeza en busca de las miradas de mis padres.
—¿Nicole?
Doy varios pasos hasta tenerla a mi alcance. Cojo sus manos. Está helada. Como yo.
—Sigo pensando que deberíamos decírselo —le dice a mis padres.
—¿Decirme qué?
—No cambies de tema señorita, ¿qué estaba pasando aquí hace un minuto?
—Mamá…
—Víctor —susurra mi padre con la mirada perdida—. Era una pesadilla.
—Sí, eso. —Me aferro al lazo que me lanza mi padre—. Ha sido horrible y he despertado algo desorientada.
—Deberíamos comentárselo al doctor.
—Mamá, ha sido un mal sueño, nada más.
—Aun así…
—¿Nicole qué te pasa? —Intento desviar de nuevo la atención hacia mi amiga.
—No soy yo, Susan.
—¡Nicole! —regaña mi madre.
—Merece saberlo es su… era su novio.
—¿David?
Mi padre coloca la bata sobre mis hombros, me rodea con un brazo transmitiéndome su fuerza y, tras darme un beso en la sien, se mira los zapatos.
—Ha sufrido un accidente —habla mi amiga con un hilillo de voz.
—¿De coche?
—Sigo pensando que esto no está bien, deberíamos esperar al doctor.

—David es un magnífico conductor, muy prudente… Nicole, cuéntamelo por favor.

—Todo ha ocurrido en condiciones muy extrañas, la policía está investigando. No hay ningún otro vehículo implicado ni testigos. Solo sabemos que su coche se salió de la carretera y se estrelló contra un poste. Al parecer, conducía borracho y muy alterado. Tuvo una pelea con dos tipos en un bar. Le partieron el labio, la nariz, le patearon…

—¿Qué tipos?

—No sé, los testigos dicen que fue un visto y no visto. Se marcharon cuando David quedó tendido en el suelo casi sin aliento, a los pocos minutos lo hizo David. Intentaron retenerlo, pero ya sabes lo cabezota que es. El accidente ocurrió a pocos metros del local.

El mundo se tambalea a mis pies. Si tenía alguna duda, la más mínima, el relato de Nicole lo confirma. La visita de anoche, la sangre seca en su ropa, su tensión. Víctor me localizó localizando a David.

—¿Es grave?

—Creo que es suficiente.

—Mamá quiero saberlo.

—Él… no está bien. —Nicole empieza a llorar—. Esta mañana los médicos nos han dicho que creen que su vida no corre peligro, pero sigue en coma —moquea y se limpia la nariz con la manga—, no volverá a caminar, Susan. Mi hermano no podrá ponerse en pie nunca más.

La abrazo con muchísimo cariño y dejo que se desahogue. Lógicamente lloro con ella. Es mi amiga y sufro, por ella y también por David, porque a pesar de todo, lo aprecio. Durante mucho tiempo él fue parte de mi vida y una parte muy importante.

A las once y media el doctor Fischer sale de mi habitación. Al parecer está contento con mi evolución y aunque no le gusta mucho que Nicole me haya contado la triste noticia, sí le gusta mi reacción. Unos días más de vigilancia y podré ir a casa. Quiere asegurarse de que recupero el apetito y de que no sufro una recaída a causa de las pesadillas. Estoy feliz. Solo tengo que fingir durante las horas de luz y luego en la oscuridad, bajo el cobijo de las sombras, disfrutar de mi hombre. La puerta de mi habitación del placer se abre de par en par para mostrarme la impresionante visión del cuerpo desnudo de Víctor sobre una cama vestida con sábanas negras. Estoy un poco enfadada con él por haberse metido en mi cabeza sin permiso, a pesar de haber prometido más de una vez que no lo haría. Pero solo un poco. Entiendo sus motivos y con el corazón en la mano he de admitir que me ha hecho pasar una noche maravillosa. La única pega es que no era real, aunque lo será.

—¿A qué se debe esa enorme sonrisa?

—Papá, ¿me guardarías un gran secreto?

—Siempre.

—No todos los sueños son pesadillas. —Le guiño un ojo.

Mi padre sonríe tímidamente. No le ha hecho mucha gracia mi comentario, pero no dirá nada. Él es mi gran apoyo y quiere que salga de aquí cuanto antes. Confía

plenamente en mis capacidades y, por qué no decirlo, en las suyas. Se concentra en el libro que estaba leyendo antes de la interrupción y las gafas le resbalan por el puente de la nariz. Me arrodillo a su lado en el sofá y tras colocárselas con un dedo, le beso en la mejilla.

—Esta camisa te queda muy bien.

—¿De veras? —Tira de los puños azul añil y sigue leyendo como si nada.

Apoyo mi cabeza en su brazo y cierro los ojos completamente relajada. No pasan muchos minutos hasta que el espíritu periodístico de mi padre le obliga a hablar.

—Cariño, mi obligación es sacarte de aquí, pero cuando eso ocurra vamos a tener una larga charla.

—Creo que ya está todo más que dicho.

—No hija, de eso nada, no puedes soltarme lo de hace un instante y pretender que lo pase por alto. Quiero escuchar la historia con tus propias palabras.

—¿Qué historia, papá? —Me dejo resbalar y apoyo la cabeza en su pierna acurrucándome junto a él—. ¿La de verdad o la que debería ser verdad?

—Para empezar, no estaría mal hablar de David. —Pasa sus dedos por mi pelo—. ¿Quieres ir a verle?

—No lo sé, tengo un par de días para pensarlo.

—Sería capaz de matarlo —dice entre dientes.

—No digas esas cosas, papá, tú no eres así. Además, ¿te has olvidado de dónde está?

—Precisamente, si después de lo que ha ocurrido tú no nos has obligado a llevarte a verle es que algo muy grave tuvo que ocurrir entre vosotros.

—Olvídalo, papá, todo eso ya pasó.

—¿Es por eso por lo que estamos en esta situación?

—No.

—¿Y por qué estamos aquí?

—Creía que lo hablaríamos en casa.

—¿Por qué, Susan?

—Pensaba que había perdido lo más importante de mi vida.

—¿David?

—No.

Mi padre no dice nada durante unos segundos. De pronto, aprieta mi brazo con cariño y sé que en contra de todas las recomendaciones y en contra de su propio instinto paternal va hacer la pregunta clave.

—¿Víctor?

—Eso ya no importa.

—Sí importa, él es el motivo por el cual estás aquí. Sea quien sea, o sea lo que sea, de algún modo te perjudicó.

—También él será quien me saque de este sitio.

Mi padre presiona con más fuerza mi brazo.

Inclino la cabeza para poder verle. Tiene los labios apretados y con un dedo limpia unas posibles lágrimas.

—Sé que es difícil de entender.

—No pasa nada, cielo, será nuestro secreto.

—Estoy bien, lo juro.
—Confío en ti.
—¿Me crees?
—Hablaremos de Víctor en casa, ¿de acuerdo?
—¿Pero me crees?
—Bueno… sé que Ed existe. Trabajaremos a partir de ahí para llegar a las conclusiones correctas, pero en casa. Necesito sacarte de aquí cuanto antes. ¡Por cierto! —Me elevaba con cuidado para poder incorporarse—. Casi me olvido.
Mi padre deja el libro y las gafas sobre el sofá y se dirige hacia la silla donde tiene su vieja bolsa de mano de cuero marrón. Abre uno de los múltiples bolsillos exteriores. De él saca mi reproductor de música. Le obsequio con un gritito infantil a la vez que salto. Se ríe.
—Sabía que te gustaría.
—Gracias, papi, te quiero.
Lo enciendo y busco mi lista de favoritos. En cuanto los auriculares tocan mis oídos me siento como nueva. Dejo que mi cuerpo caiga sobre la cama y cierro los ojos sumergiéndome en las conocidas y reparadoras letras.
—Nunca he entendido cómo puedes relajarte con todo ese ruido —dice mi padre cuando me da un beso en la mejilla antes de volver a su sitio en el sofá.
—¿Has estado en mi casa? —pregunto en un ataque de clarividencia.
—Sí.
—Allí, papá, es allí donde puedes buscar. Encontrarás mails y en mi móvil… ¿dónde está mi móvil?
—Requisado, y no hay nada de nada. —Me mira por encima del libro—. Ya he mirado.
Vuelvo a tumbarme maldiciendo mi mala suerte. Subo el volumen para intentar concentrarme. Aún recuerdo cómo mis padres me regañaban cada vez que me veían estudiar con la música de Héroes del Silencio a todo trapo.
*No sé cómo puedes concentrarte con esa musical infernal,* decía mi madre.
*¿Examen mañana?,* preguntaba mi padre antes de soltar montones de parrafadas que nunca llegaba a escuchar del todo.
¿Cuándo habrá borrado Víctor los mensajes? Porque sin duda ha sido él.
Seguro que lo hizo el último día que estuvimos en casa o el día que me lo contó todo. Sí, estoy convencida de que el rato que me obligó a pasar a solas fue muy fructífero.
*Salvaguardar nuestro anonimato es prioritario.*
Bien hecho, de no ser así alguien los habría leído ya. Y aunque por un lado quiero que mi padre sepa la verdad, en parte para liberarle de la preocupación, en parte para liberarme de la carga, sé que lo más sensato es que no lo sepa.
Voy a urdir un plan para que toda esta historia de Víctor tenga una explicación sencilla y creíble.
Ha caído la noche. Mi padre no ha salido de mi habitación en todo el día. Levanto la vista de la menestra de verduras para poder observarlo mejor. Se ha puesto un pantalón de chándal y una sudadera. También lleva zapatillas de cuadros azules y grises. Está devorando una hamburguesa que no sé muy bien de dónde ha sacado.

—¿Qué hay que hacer para conseguir una de esas?
—Comer adecuadamente durante unos días.
—¿Te la ha traído mamá?
—Sí.
—Te va a costar caro.
—Lo sé. No le hace ninguna gracia que acapare todo tu tiempo.
—Deberías irte a descansar. —Retiro la bandeja con los restos de la cena.
—Hoy me quedo.

Lo miro fijamente, pero no hago ningún comentario. ¿Qué habrá pasado para que el doctor Fischer le deje quedarse aquí de nuevo? ¿Será la teórica pesadilla sobre Víctor o el lamentable accidente de David? De pronto caigo en la cuenta del enorme problema que resulta que mi padre se quede a dormir conmigo: Víctor no podrá venir a verme.

Entro en el baño maldiciendo en silencio y me lavo los dientes a toda prisa.

Cuando me tumbo en la cama y me tapo hasta el cuello ya no puedo disimular mi mal humor.

—Te prometo no roncar —dice mi padre en tono mordaz.
—Haz lo que quieras —refunfuño—, todos hacéis lo que queréis menos yo.

Toda conversación acaba ahí. Pasan los minutos y luego las horas y me mantengo despierta. Ni siquiera tengo que esforzarme. Bueno, hay un momento, de madrugada —sobre las dos o las tres—, que tengo que librar una dura batalla contra los somníferos.

Al final venzo y me quedo tumbada con los ojos abiertos en la oscuridad, esperando una sombra, unos ojos dorados mirándome tras la penumbra, un ruido, una sutil y furtiva caricia… Nada llega. Ni esa noche ni la siguiente.

Como es normal paso el día dormida por lo que provoca que las vigilancias nocturnas se alarguen. Mis padres se turnan. Los dos días para mi liberación se convierten en tres y las visitas del maldito doctor y las estúpidas enfermeras se vuelven más frecuentes.

La tercera noche cae sobre mí un pesado sopor. Es obvio que han aumentado las dosis de los sedantes. Lucho con todas mis fuerzas esperando una visita que nunca llega. Finalmente, el sueño puede conmigo y caigo derrotada. El cuarto día permanezco en la cama. Me refugio de nuevo en el silencio. Todos me miran con pesar. Escucho lo que parecen ser lejanas conversaciones sobre qué ha causado mi recaída. Casi todos coinciden en que es por culpa de la noticia que me dio Nicole, pero mi padre se siente culpable. Piensa que nuestra conversación alentó mis paranoias y no deja de pedirme perdón a cada instante. La quinta noche, o la sexta —no estoy muy segura—, cambio el chip. Tengo que dejar de dormir. ¿Y si Víctor vuelve y no soy capaz de despertarme para verle? Paso sin dormir, contra todo pronóstico, tres días y tres noches. Nadie consigue explicarse cómo logro vencer los efectos de los somníferos. Sin embargo, Víctor nunca viene.

¿De verdad era una despedida?

Esta mañana, con los primeros rayos de sol, me doy cuenta de que en algún momento de la noche me dormí. Aturdida y confusa por los medicamentos, hambrienta, sedienta, enfadada conmigo misma y con Víctor, exaspera con mis padres

por no dejarme sola, claustrofóbica, desanimada, herida y con el corazón roto, me incorporo y me arranco de cualquier manera la vía con sueros que no sé cuándo me colocaron. Tiro el soporte y la bandeja que hay sobre la mesilla. Se rompe el vaso. Me levanto sin importarme pisar los cristales por lo que se clavan en mis pies sin clemencia. Nada duele más que la herida de mi pecho. Tambaleándome me dirijo al baño. Mi madre intenta sujetarme, la empujo todo lo fuerte que puedo y cae de culo. Un grito desgarrador suena en mi cabeza. Soy yo. Antes de llegar al baño caigo de rodillas. La sangre gotea por mi brazo y mis pies han dejado unas huellas rojizas en el suelo. Levanto la cabeza y veo a una enfermera y dos enfermeros o matones —que para el caso es lo mismo—, entrar en mi habitación. Corro todo lo deprisa que puedo y me encierro en el baño.

*¡Mierda, no hay pestillo!*

Con mi cuerpo intento bloquear la puerta. No tengo nada que hacer. Desesperada y cansada decido que es hora de salir de este maldito hospital psiquiátrico y como por las buenas no me dejan lo haré por las malas. Saldré con los pies por delante si es necesario. Me lanzo hacia el lavabo y dejo que el espejo que hay colgado sobre él frene mi carrera. Golpeo la cabeza contra él una y otra vez antes de que los dos grandes sicarios de bata blanca me sujeten. Me retuerzo. Líquido espeso y caliente resbala por mi cara. Consigo atrapar un trozo de cristal alargado que ha caído sobre la encimera y lo clavo en el brazo del hombre negro.

—¡Te odio! —Pataleo y, sin querer y sinceramente sin importarme, le doy a mi padre—. ¡Os odio a todos! —Mi madre sigue arrodillada en el suelo con las manos cubriendo su rostro—. ¡Dejadme vivir mi vida, dejadme ser feliz!

## Un sueño inolvidable

—Vas a ponerte bien y a salir de aquí. —Una mano acaricia mi pelo—. Haré todo lo que tenga que hacer, aunque no te guste, algún día sé que lo entenderás y tal vez me perdones. —La mano se posa un segundo en la mejilla y vuelve a mi cabeza. Coloca mi pelo, mechón por mechón, y lo alisa con tiernas caricias—. Debes entender que no puedo permitir esto, cielo. No puedo seguir viéndote así. Llevo días esperando y mira lo que me encuentro, ¿cómo crees que me siento?

*Culpable.*

Lo digo en mi mente porque no soy capaz de transmitir la orden a mi garganta.

—Y no hay otra manera, de verdad que no, te sacaría de aquí ahora mismo, pero luego, ¿qué haríamos?, tú familia cree que estás enferma, muy enferma…

*¿Estás llorando?*

Tengo que abrir los ojos, tengo que hacerlo ahora mismo.

—¿Lo estás, Susan, estás así por mi culpa?

*¡NO!*

Oigo cómo sorbe por la nariz, su mano desaparece de mi cabeza y sus labios se posan en mi frente. Un beso.

—No puedo evitar pensar que si no hubiese llamado a tu puerta aquel domingo esto no te estaría pasando, seguirías con tu vida con total normalidad. Sabía que era mucho, sabía que tras esa naturalidad se ocultaba algo anómalo. Lo siento, siento haber permitido que llegara tan lejos.

Un beso cálido y dulce como la miel en mis labios hace que olvide todo lo que acabo de escuchar. Así es como debería ser, esto es lo correcto en mi vida.

—Te amo y te amaré siempre.

Otro beso demoledor.

—Recuérdame como un mal sueño y todo irá bien, te lo prometo.

Un beso que desgarra el alma.

—Gracias.

El último beso es sobre mis manos, unidas y entrelazadas por las suyas, y sorprendentemente es reparador. Es un beso casto e inocente ejecutado con tanto amor y sosiego que recoloca todas las piezas en mi interior. Ha sido una despedida y aunque me cueste reconocerlo sé que es justo lo que necesito, y a pesar de que mi corazón se haya partido en mil pedazos, mi sistema límbico sabe que una despedida es lo que requería para seguir adelante.

Mis párpados se mueven con pesadez, es como si las pestañas estuviesen pegadas entre sí impidiéndome abrirlos. Lo intento de nuevo y consigo mantenerlos abiertos un escaso segundo. No me rindo. La oscuridad me envuelve por completo cuando consigo abrirlos y conciliar mi cuerpo con el espacio que me rodea. Esta no es mi habitación de antes. Huele mucho a desinfectante, a alcohol, incluso diría que a naftalina. La pequeña luz de emergencia que hay sobre la puerta me molesta, pero gracias a ella percibo que este lugar es más pequeño. Intento levantarme. Imposible, algo me sujeta a la cama. Muevo mis extremidades intentando averiguar qué ocurre,

aunque intuyo que me tienen sujeta por correas. Estoy empezado a recordar mi último numerito.

*¡Madre mía, he apuñalado a un hombre!*

El corazón me late a mil por hora al recordar mi terrible acto. Me he autolesionado, he empujado a mi madre, golpeado a mi padre y herido a un enfermero, y ni siquiera puedo decir que era consciente de lo que hacía. Es como ver una película a cámara lenta donde la protagonista se parece a mí, pero no soy yo, y sin embargo estoy atada, y probablemente aislada, en la cama de un hospital psiquiátrico. No tengo justificación posible, no sé ni cómo empezar a disculparme porque esa no era yo.

¿En qué me he convertido?

¿Qué me está pasando?

Empiezo a llorar. Quiero saber cómo se encuentran mis padres. Necesito ver al enfermero y pedirle mil disculpas. Mis amigos, mis compañeros de trabajo… ¿Qué pensarán de mí, que estoy loca?

*¿Lo estás Susan, estás así por mi culpa?*

Las palabras de Víctor no pasan desapercibidas en mi cabeza. Son como el recuerdo de un sueño lejano de una conversación en la que nunca llegué a participar.

¿Será verdad que estoy enferma?

¿Tendrá Víctor razón y la situación me ha superado?

Y lo que es más importante: ¿Cuándo ha estado aquí Víctor?

Un nudo se oprime en mi garganta al cuestionarme lo incuestionable hasta ahora.

¿Será todo producto de mi imaginación?

El nudo se convierte en una pesada bola en mi estómago, casi no puedo ni respirar. Algo pita insistentemente y una enfermera muy joven con una trenza negra azabache y unos pequeños ojos grises enciende la luz y se acerca hasta mí.

—Todo irá bien, Susan. Duerme y mañana lo verás todo de otro color.

La enfermera me dedica una amable sonrisa e inyecta un líquido transparente en la vía otra vez colocada en mi brazo.

—Esto te ayudará, ya verás. —Me arropa y se marcha—. Estoy aquí cerca, no te preocupes por nada —dice antes de apagar la luz y salir.

Caigo en un profundo sueño.

## Abrazos y despedidas

*Dos meses después*

Mi padre detiene el coche justo delante de la entrada principal del Bellevue. Miro por la ventanilla un tanto inquieta por la situación.

—¿De verdad no quieres que suba contigo?

—No, papá, quiero hacerlo sola.

—Muy bien, aparcaré y te esperaré aquí.

—Gracias, pero prefiero que me esperes en el coche. —Necesitaré tiempo para calmarme.

—¿Segura? —Mi padre frunce la boca, hincha el pecho y pone voz de dibujo animado—. Un gran abrazo de oso no te vendrá nada mal al salir.

—¡Papá! —Carcajeo—. No soy un bebé.

—Vale, vale… —Levanta las manos a la defensiva.

—Puedo esperar hasta llegar al coche.

Le sonrío y le doy un beso bien grande en la mejilla. Lo quiero tanto, no sé qué sería de mí sin él.

—Estaré preparado, princesa. —Besa mi frente.

El camino se hace largo y corto a la vez. Los hospitales nunca han sido un problema para mí, son mi lugar de estudio y de trabajo, sin embargo, desde hace un tiempo —desde que un hospital fue mi cárcel particular—, no me gustan. Me siento observada, juzgada y a la defensiva. Como si en cualquier momento alguien fuese a atraparme por la espalda para atarme a la cama porque algún movimiento, gesto o palabra, le ha parecido fuera de lugar.

Cruzo el vestíbulo con la vista puesta en el suelo y subo al ascensor pensando en mis primeras palabras cuando le vea. David despertó del coma hace un mes y medio y no ha parado de pedir que vaya a verle. Al principio dudaba, incluso me daba miedo, pero hoy por hoy estoy convencida de que es lo mejor para los dos. Ambos debemos comprobar que estamos bien y después seguir adelante. El pasillo es largo y la habitación parece ser la última. Un hormigueo recorre mi espalda cuando doy con ella. Aferro el pomo con fuerza y tomo aire.

*Vamos, Susan, tú puedes.*

Entro despacio tras dar unos golpecitos. La luz es intensa en el interior. Las ventanas están abiertas de par en par dejando entrar el brillo y el calor de agosto. La habitación es como cualquier otra habitación de hospital, he estado tanto tiempo viviendo en una que no quiero ni fijarme en sus sosas cortinas, sus incómodos y feos sillones, ni en su ortopédica cama. Cierro la puerta con cuidado y recorro el pequeño pasillo dejando atrás la puerta del baño y la del armario. La imagen de David sentado en la cama con un fino pantalón de pijama gris y una camiseta blanca de manga corta me sobrecoge.

—Hola —susurro.

—¡Eres tú! —Cierra una carpeta azul y con movimientos agitados y un tanto torpes la deja en la mesita—. Acércate, déjame verte… estás preciosa —dice cuando doy un par de pasos—. Tenía tantas ganas de verte. Ven, siéntate aquí.

Palmea el lado derecho de la cama con una amplia sonrisa dibujada en la cara. A pesar de todo lo que ha pasado está guapísimo. Bastante más delgado, eso sí, pero con porte elegante y sofisticado como siempre. Camino hacia la cama y, moviendo un sillón hacia él, me siento. La sonrisa desaparece y es sustituida por decepción, pero, también como siempre, sabe disimular a la perfección por lo que la recupera de inmediato.

—¿Cómo te encuentras?

—Enérgico, estoy deseando que me dejen salir de aquí y retomar mi vida, tengo un montón de trabajo pendiente, proyectos nuevos, ilusiones nuevas… ¿Y tú?

—Me alegra saber que te lo has tomado tan bien, era mi mayor preocupación.

—Estoy paralitico, no muerto, tengo otra oportunidad y no pienso desaprovecharla.

—Siempre has sido muy fuerte.

—Eh, y tú también, mírate. ¿Cuánto hace que saliste?

—Dos semanas.

—Ven, dame la mano. —Lo miro fijamente—. Susan, solo te estoy pidiendo la mano…

De pronto estalla en risas e inevitablemente le sigo. Siempre ha tenido un sentido del humor estupendo y peculiar.

—Ha sido sin querer, juro que no pretendía un doble sentido.

Arrastro el sillón más cerca y le tiendo la mano, la envuelve con mucho cariño y besa el dorso.

—Gracias por acceder a venir.

—Necesitaba saber que estabas bien.

—Susan, yo…

Levanta una de las manos y la acerca a mi barbilla. Con mucho cuidado y calma dibuja la línea de mi cara hasta posar los nudillos en mi mejilla. Me alejo en cuanto noto su contacto en ella. Cierra los ojos y deja caer la mano sobre la cama. Incapaz de mirarle sin tener malos recuerdos, me fijo en la flor bordada de mi falda blanca. No he venido a reprochar nada, solo a saludarle y transmitirle mi alegría por saber que está bien, pero es inevitable evocar los recuerdos.

—Solo te pido tiempo.

Niego rotundamente. Los dientes se clavan con fuerza en mi labio inferior.

—Hice lo que tenía que hacer, tú lo sabes, no puedes odiarme por velar por tu bienestar.

—Sabes que no te odio por eso, es más, no te odio, es solo que no nos queda tiempo, se acabó, lo quemamos por completo.

—Cielo —puñalada en el corazón—, lo lamento, lamento haber perdido el control. Estaba asustado y confundido, juré que nunca volvería a hacerte daño, y…

—No quiero hablar de eso.

—Pues vamos a hacerlo.

Me levanto de golpe y camino hacia la ventana. Hace un día tan bonito.

—Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no regresar a tu casa, quise dejarte sola, sabía que me había equivocado y que necesitabas espacio, pero estaba roto por dentro, destrozado… ven, por favor.

—Estoy bien aquí.

—¿Me tienes miedo?

—¿Tú qué crees? —Cruzo los brazos bajo mi pecho y cargo el peso en una pierna.

—Me extralimité, sé que prometí no volver a hacerte daño...

—Pues me hiciste daño.

—Susan, vamos a hablar claro. Me aborrezco por lo que pasó, ese día en tu casa rompí mi promesa y comprendo tu enfado, pero también sabes que pudo ser peor.

Le fulmino con la mirada.

¿Ha dicho lo que creo que acaba de decir?

Doy unos pasos sin quitarle la vista de encima. Me aferro a la barra que hay a los pies de la cama y hago un gran esfuerzo por mantener la calma.

*Piensa Susan, piensa.*

Según mis sesiones terapéuticas todo está en mi cabeza. Así que a pesar de tener grabado a fuego en mis recuerdos un enorme moratón en la misma mejilla que acaba de intentar acariciar y unos largos y finos dedos tatuados en tono azulado por mi cuello, voy a hacer caso a mi psiquiatra y voy a alejarlos de mí. Porque, según él y los informes médicos, mi cuerpo no sufría ese tipo de contusiones cuando ingresé de urgencias, así que en realidad David no me atacó. O al menos, no como yo lo recuerdo.

—Explícame cómo podría haber sido peor —susurro—. ¿Qué puede ser peor que agredir a alguien a quien quieres?

—¡Joder, no quería decir eso!

—¿Y qué es lo que querías decir?

—Tú sabes mejor que nadie de lo que era capaz de hacer y tú me cambiaste.

—Eso no es cierto, tú hiciste todo el trabajo yo solo me limité a confiar en ti.

—Necesito abrazarte, ¿puedes sentarte a mi lado?

—No, esto no es un juego, no puedes tratarme como te dé la gana y pretender que actuemos como si no pasase nada. Explícame cómo puedes ver algo positivo en lo que pasó.

Suelta todo el aire que retenía en su interior. Limpia el sudor de su frente con el dorso de la mano y se reclina hacia atrás. Cierra los ojos y su pecho sube y baja exageradamente.

—¿Te encuentras bien, quieres que llame a una enfermera?

De pronto parece muy cansado. Toma aire un par de veces más y se mueve incómodo. Cuando abre los ojos, unas gotas brillan en sus lagrimales.

—Dormía en casa de mi hermana porque estaba a punto de hacer una estupidez, no podía vivir con la idea de haberte hecho daño de nuevo. —Sorbe por la nariz—. Cuando te vi en el vestíbulo magullada, con un corte en la cabeza, asustada… No quiero que recuerdes eso, discúlpame. —Enjuga las lágrimas de su cara—. Bueno, quizá está mal que lo diga, pero necesito ser sincero contigo.

—Yo también necesito que lo seas —interrumpo.

—Egoístamente me alivió ver que no había rastro de mis manos en tu cuerpo, y pensé que a pesar de toda mi rabia había logrado mi objetivo: no dañarte. Sé que me extralimité, que te amenacé, que perdí por completo todos los papeles y que eso en sí mismo ya es una agresión, pero también sé que tú conoces el problema y que sabes lo mucho que me costó no dejar una marca en tu cuerpo.

Mi cuerpo se mueve solo hacia él. Sé que tiene razón, todo lo que ha dicho es duro y desgarrador, pero la vida no es fácil, y él ha trabajado mucho para curarse. No lo ha hecho solo por mí, también por su familia y su carrera, pero sé que yo he sido la luz que lo ha guiado, y por mucho que mi mente se empeñe en hacerme creer en un mundo paralelo la realidad es bien diferente. David se excedió y llevó la pelea demasiado lejos, pero logró controlar su fuerza y no dañarme y eso es muy significativo. Nuestros inicios fueron duros, pero luego mantuvimos una relación estupenda, perfecta, o casi, porque se empeñó en tener algo que yo no soy capaz de ofrecer. Al menos, no de momento. Al menos, no a él. Tal vez soy injusta, quizá debería darle una oportunidad en reconocimiento a su gran voluntad y su amor por mí, pero siento que lo nuestro ha llegado a su fin, que ya no nos queda nada que ofrecer al otro, y en estos momentos de mi vida lo que más me preocupa es mi salud y necesito centrarme en mis necesidades e intentar estar emocionalmente estable.

Me siento a su lado y le abrazo con cariño. Hunde su cara en mi cuello y respira profundamente. Lo estrujo contra mí con más fuerza y acaricio su espalda.

—Eres lo más importante en mi vida —dice sobre la piel de mi cuello.

—David, no te confundas, no quiero hacerte sufrir, debes asumir que no es el momento.

—Solo te pido otra oportunidad, como amigos, nada más.

—Me marcho a Barcelona una temporada con mi madre y mi hermana.

—Tenemos mucho tiempo por delante, toma todo el que necesites, pero no me saques de tu vida.

—David, he pasado una época maravillosa a tu lado y puede que algún día podamos volver a mantener una cómoda relación, pero no quiero que tengas falsas esperanzas, no habrá nada entre nosotros.

Se incorpora mucho más tranquilo y me sonríe perezosamente. Toma mi barbilla entre dos dedos y besa la punta de mi nariz.

—Lo entiendo.

—Me alegra oírte decir eso. Bueno, tengo que irme, mi padre me espera en el coche.

—Robert me lo puso difícil.

—No se lo reprocho.

—Yo tampoco, es tu padre y te adora.

Le doy un beso en la mejilla mientras me incorporo. Saco la pequeña cajita de terciopelo rojo y la dejo sobre la carpeta. David la mira y cierra los ojos un instante. Arreglo mi falda y me dirijo a la salida. Una pregunta lleva un rato atormentándome. Sé que hacerla en voz alta puede ser un gran error, pero ¿quién más va a enterarse? Tal vez la respuesta aclare muchas cosas o tan solo confirme la teoría del doctor Fischer, pero es mi último cartucho para conocer la verdad.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo por encima del hombro.

—Por supuesto.
—¿Recuerdas el accidente? —Me apoyo de nuevo en la barra de la cama—. ¿Qué pasó?
Esta no es la pregunta, pero me sirve de coartada.
—Un animal se cruzó en mi camino, creo que un perro, y a partir de ahí, todo está borroso.
—Niki me contó que los testigos afirman que tuviste una pelea antes de coger el coche.
—Sí, encontré dos tipos que tenían tantas ganas de pelea como yo. —Suelta una risita desdeñosa—. Estaba muy enfadado con el mundo como para ceñirme al autocontrol.
—¿Cómo empezó exactamente, te dijeron algo?
—No lo recuerdo. ¿A qué viene tanto interés?
Peligro. No debo olvidar que David conoce mis paranoias, no puede sospechar que indago sobre ellas o volverá a hacer lo posible para encerrarme.
—Curiosidad, nada más. —Me aferro al redondeado metal—. No me gusta que vayas por ahí buscando bronca.
—Fue un pequeño desliz.
—¿Crees que ellos podrían haber tenido algo que ver con el accidente?
—¡No! —Hace un gesto al aire con la mano—. Se fueron en cuanto quedé prácticamente inconsciente, tardé unos minutos y un par de copas en poder restablecer mis funciones.
—Podrías denunciarles, ¿tenían alguna característica especial?, ya sabes, tatuajes, cicatrices, peinados llamativos… ¿Cómo eran?
—No lo sé, normales. Además, no quiero denunciarles, yo también golpeé.
Vale, Susan, se acabó, has cruzado todos los límites, debes dejar tus fantasías a un lado y seguir adelante. Si el tal Víctor y el misterioso Daniel hubiesen atacado a David, recordaría la larga trenza y el pelo rojizo del sexy vampiro, eso seguro. Sin hablar del intenso color caramelo de los ojos de Víctor, aunque quizá la intensidad solo estaba en el amor que sentías por ellos cuando te miraban… O podrían haberle borrado la mente…
¡No! Todo es una mentira, una ilusión. Tal vez debería escribir un libro cuando mi familia esté más tranquila y plasmar ese maravilloso mundo interior que me ha poseído.
—Solo era una idea, nada más. Debo irme, cuando regrese tomaremos un té, ¿vale?
—Un capuchino. —Guiña un ojo.
—Sí —río—, muy caliente y con mucha nata.
—Que tengas buen viaje.
—Gracias.
—Dale un beso a mamá y a Laura.
Dejo pasar el pequeño desliz de David y me despido sin mucha más ceremonia. Mamá y él siempre se han adorado y supongo que eso no cambiará. Cierro la puerta y me apoyo en ella. Al cerrar los ojos invoco la imagen de Víctor una vez más, será la última, así que me deleito con ella. Se acabó, aquí empieza de nuevo mi vida y va a

hacerlo con un “relajante” viaje a Barcelona. Cuando regrese intentaré retomar mi trabajo y resarcir a mis amigos del abandono que han sufrido por mi parte.

Mi padre habla por teléfono cuando entro al coche. Me sonríe y, despidiéndose educadamente, cuelga casi al instante.

—¿Cómo ha ido? —Abre los brazos y me cobijo en ellos.

—Bastante bien.

—Me alegra. —Besa mi cabeza—. ¿Habéis arreglado las cosas?

—Creo que sí.

—¿Entonces estáis juntos otra vez?

—¡No! —Me incorporo y me pongo el cinturón—. Digamos que hemos dejado atrás el pasado para poder seguir adelante.

—Eso está más que bien.

Mi padre pone en marcha el coche y se incorpora al tráfico de la primera avenida. Durante un rato se mantiene en silencio, pero su ceño fruncido me indica que trama algo.

—¿Qué pasa, papá?

—Le estoy dando vueltas a un tema.

—Suéltalo de una vez.

—Creo que puede ser un error.

—Pues no lo digas y déjalo correr.

—Pero… ¿y si no lo es, y si tendríamos que haberlo hecho el primer día?

—¿Papá?

—No sé hija, sé que sigues un tratamiento y las sesiones con el doctor Fischer te ayudan, pero si te conozco como creo que te conozco, una prueba física, real, te vendría de perlas.

—¿Qué propones?

—Hablar con Ed.

—¡No!

—Será un momento, aún tenemos unas horas hasta que salga tu vuelo, vamos, le preguntamos un par de cosas…

—No, además es temprano, estará cerrado.

—Estará allí, hace un par de días me pasé y me dijo que tenía turno por la mañana porque estaban haciendo algunas obras en los reservados.

—No quiero ir.

—Vale, entendido.

—No papá, lo digo en serio, no me apetece ver ese sitio. ¿Y si me encuentro con alguien que me vio cometer alguna locura? ¿Y si Ed me cuenta algo espantoso? O… ¿y si al ver ese lugar recuerdo cosas que prefiero olvidar? No, necesito borrar esa etapa de mi vida.

—Pero podríamos encontrar algo, no sé… Ed podría soltar más prenda contigo al lado. Quizá nos habla de alguna droga, o de…

—¡Papá, asúmelo de una vez, me rompí!

—Solo digo que si estuviste allí un par de veces, quizá alguien, aparte de Ed, te reconoce y nos puede ayudar.

—¿Ayudarme a qué, a avergonzarme más si cabe?

—No debes avergonzarte por nada. —Aprieta mi rodilla. Miro por la ventanilla.

*¡Joder con mi padre!*

—Susan, solo era una idea, no le des más vueltas.

—Suéltalo de una vez, sé que hay más, tu ceño arrugado y tu tono frustrado te delatan.

—No quiero hacerte daño.

—Acabemos de una vez, papá.

—He pensado que quizá —titubea—, en el mejor de los casos… podríamos encontrar a Víctor.

—¡Para el coche, papá!

Mi padre aparca en cuanto es posible. Me giro flexionando las rodillas sobre el sillón y le clavo la mirada empañada en lágrimas.

—¿Para qué?

—Para hablar con él.

—¿Tú crees en mis historias, papá?

—¡No! No es eso. —Acuna mis manos—. Pero tus amigas del hospital me dijeron que estabas con un hombre la noche que te vieron. Podría ser él.

—Y si lo es, ¿qué propones que hagamos? Vamos y le decimos: hola Víctor, o como te llames, mi hija está locamente enamorada de ti, pero tenemos un problemilla, cree que eres un vampiro.

—Hija, yo no pretendía. —Baja la cabeza y niega con pesadez.

—Ya lo sé papá, ya sé que no pretendías burlarte de mí, ni hacerme parecer estúpida, pero debes asumir que tu hija está enferma y que desgraciadamente le va a costar trabajo recuperarse.

—Eso ya lo sé, aunque a veces pienso que si lo encontramos y es el hombre que recuerdas tendrás un lazo al que agarrarte, te servirá como ancla a la realidad. Al menos eso sería real.

—No puede ser real si él vivía una relación diferente a la mía, no serviría de nada, como mucho me rompería —otra vez— el corazón.

—No lo había visto de ese modo.

—Te puede el periodista que llevas dentro.

—Es posible.

—Además, cabe la posibilidad de que no exista, de que ese hombre con el que estuve la noche que Sharon y Kate me vieron sea un hombre cualquiera con el que pasé un rato, al fin y al cabo, ese antro es lo que es. Un lugar de encuentro para mantener relaciones sexuales.

—Ese lugar es cualquier cosa menos un antro.

Levanto la ceja y sonrío con picardía.

—¡Papá, no me digas que frecuentas el *Temple*!

—No, todavía no, pero no lo descarto.

Besa mis manos y nos ponemos de nuevo en marcha.

—Me escandaliza, señor Levinson.

—No tienes motivos, soy un hombre soltero y de buen ver. —Me guiña un ojo—. ¿De quién crees que has heredado tu pasión sexual?

—¡Papá!
—No te pongas remilgada.
Carcajeo. Es cierto que mi padre es un hombre atractivo. ¿Por qué no habrá vuelto a enamorarse? De pronto es como si pudiera verme reflejada en un espejo. En unos años seré como él, y me siento muy reconfortada. Mi padre es la persona más feliz del planeta, además de bueno, inteligente y un excelente profesional con centenares de amigos —unos mejores que otros, pero siempre cuenta con alguien—, no me importaría ser la mitad de lo que es él.
—Lo dejamos pasar de una vez. —Acaricio su mejilla esperando obtener una tregua en la discusión de antes. No se rendirá con facilidad.
—Sí.
—Prométemelo.
—Hecho.
Y le creo. Su mirada es tan sincera, tan clara, que sé que lo va a dejar pasar. Ha entendido que indagar en una época destructiva de mi vida me dañará profundamente y va a cesar en su empeño de encontrar respuestas y dejará que su hija lo solucione con ayuda de la medicina. Poco a poco el tratamiento hace su trabajo. Rara vez sufro pesadillas, he dejado de buscar y pensar, la mayor parte del tiempo, en esos seres que viven en mi cabeza y sé que es cuestión de tiempo que vuelva a ser yo misma. La de siempre.

## Barcelona

—¡Cariño!

—Hola, mamá. —Le devuelvo el abrazo.

—Bienvenida a casa, pequeña.

—Ya no soy una niña. —Estrujo su cintura con más fuerza para que sepa que no es un ataque.

—Para mí siempre serás mi bebé.

Lleva un vestido de tirantes estampado de múltiples colores y unas sencillas sandalias color ocre. El pelo, bastante más corto, cae escalado sobre sus hombros. A diferencia de la última vez que la vi, lleva un sutil maquillaje —rosa pálido en los labios, máscara en las pestañas—, está muy guapa, parece que para ella no pasan los años.

Escondo la cara en su cuello y dejo que el olor de mi madre me invada. Es tan especial, tan reparador, tan hogareño.

—Te quiero, mamá. —Le doy un beso—. Estás muy guapa, ¿cómo te encuentras?

—Estupendamente y ahora mucho más. Voy a cuidar de ti como si fueras de porcelana y vas a tener que dejar que lo haga sin rechistar —repeina el pelo que cae en mi cara y lo coloca tras las orejas—, ya bastante he aguantado dejándote en manos de ese loco que tienes como padre.

Mi madre se lleva las manos a la boca y empieza a llorar. Acuno su cara entre mis manos y le sonrío afectuosamente.

—Estoy bien, no te preocupes. La palabra loco se utiliza para un montón de cosas y peculiarmente creo que más para cosas positivas que negativas.

—Lo siento, cariño, lo siento de verdad, siempre me pierde esta bocaza.

—No pasa nada, pero que mi loco padre no te escuche decirlo en voz alta o te apuñalará con esos bonitos ojos que tiene.

—Eso hay que reconocérselo, tiene unos ojos preciosos —ríe más tranquila—, tú los has heredado de él.

—Excepto el color.

—Te quedaste con el brillante y sedoso pelo dorado, no te quejes.

—Se me pondrá blanco como la nieve.

—Siempre puedes teñirte. —Me besa con sus finos y cálidos labios.

—¿Entonces tienes preparadas unas estupendas y reparadoras vacaciones para mí?

Cojo el carrito con las maletas y empiezo a caminar. Mi madre se ofrece un par de veces a llevarlo, pero desiste ante mi mirada desafiante. No soy una inútil y no me gusta que insistan cuando doy una negativa.

—Para empezar, tengo preparada una bolsa para ir a la playa en cuanto lleguemos.

—Estoy cansada, ha sido un viaje largo.

—¿Y quién dice que no puedas dormir sobre la arena?
—¿Y Laura?
—Tenía que hacer unos recados, estará en casa cuando lleguemos.
—¿Sigue en pie lo de la boda?
—Sí, tienen fecha para la próxima primavera. Ellos te contarán los detalles.
—No puedo creer que vaya a hacerlo, es tan joven.
—Solo tiene dos años menos que tú.
—Podría pasar un tiempo conmigo en Nueva York…
—No todo el mundo tiene esa necesidad de libertad que profesáis tú y tu padre, ella es feliz con Leo y quiere pasar todo su tiempo con él.
—Tienes razón, lo importante es que sea feliz.
—Os lo merecéis, sois unas chicas estupendas, tarde o temprano tú también conseguirás serlo.
—Yo ya era feliz, mamá.
—Lo sé, así que vamos a trabajar para que recuerdes cómo recuperarla. ¿Has hablado con David?
—Ayer antes de volar, no volveré con él.
—Es mi yerno preferido.
—Ya no lo es.
—Para mí sí, te quiere tantísimo.
—¡Mamá!
—Es lo último que digo de él, lo prometo.
—Algún día —me aferro a su brazo—, tal vez, te cuente algo sobre David.
—Sé que te falló, pero eso no significa que no sea un buen chico y que no te quiera.
Le cedo a mi madre el carrito. De ese modo la tendré ocupada. Dejo caer mi peso sobre ella y de inmediato me rodea con un brazo.

El hogar de mi infancia no ha cambiado nada. Todo está tal y como lo recuerdo de mi última visita el verano pasado. La luz del mediterráneo se cuela por el gran ventanal. Salgo a la terraza y contemplo el mar en calma. Mi madre me deja a solas unos minutos intuyendo que el aroma a mar y la luz solar reconfortarán mi alma. No se equivoca.
Cuando estoy preparada entro en el amplio salón. El sofá rinconero blanco sigue abarrotado de cojines azules. La mesa de cristal redonda del centro, adornada con un gran jarrón de flores silvestres, resplandece a la luz del sol. Paso un dedo por la librería. Siempre se me olvida lo grande que es.
—¿Lista para bajar a la playa?
—¡Laura!
Mi hermana salta los dos últimos escalones que nos separan y nos fundimos en un largo abrazo.
—Te veo bien.
—No me quejo.
—¿Qué tal el viaje?

—Agotador.

Beso su mejilla con ímpetu y aparto el flequillo de sus ojos. Tiene el mismo pelo que mi madre. Oscuro y ligeramente rizado. Sin embargo, ella sí ha heredado el color verde intenso de los ojos de mi padre. Misterios de la genética.

—¿Así que te casas en primavera?

—¿Vendrás?

—Por supuesto que sí.

—Podrías quedarte hasta después de la boda.

—Sabes que me gusta pasar las navidades con papá.

—Mamá estaría dispuesta a invitarle.

—No es solo por él, es que me encanta la City en esas fechas.

Me tiro en el sofá acostumbrándome a mi nuevo hogar, al menos los próximos meses.

—Podrías venir tú y Leo, lo pasaríamos bien.

—¿Y mamá?

—¿Crees que rechazaría la invitación?

—Por supuesto que no lo haría —dice mamá divertida—, me encantaría ver la cara de tu padre.

Mi hermana ríe y se sienta a mi lado.

—Acabo de llegar y mi padre es el centro de todas las conversaciones.

—Me saca de mis casillas incluso a miles de kilómetros. —Chasquea los dedos y coge dos bolsas de mimbre que hay justo al lado del mueble bar—. ¡Vamos, la playa no va a venir hasta aquí!

—No llevo bikini.

—¡¿Y a qué esperas?! Sube a tu cuarto y ponte uno de los nuevos. —Me da un suave cachete cuando paso a su lado.

—¡Mamá!

—El rojo es precioso, están donde siempre.

Y así paso mis días en Barcelona. Rodeada de buen humor, risas, los gritos de mi madre, las miradas cómplices de mi hermana y la distendida conversación con mi recién conocido y adorado cuñado. Sin duda, mi hermana ha hecho una buena elección. Es alto. De complexión media. Moreno y con un perfecto corte de pelo, muy corto por los lados y la nuca, algo más largo por arriba. Tiene unos grandes ojos negros con largas y espesas pestañas. Es médico. Gracias a él pude contactar con la doctora Coll. Es estupenda, me ha ayudado mucho con sus sesiones. Ha cambiado mi medicación, no sé si el doctor Fischer estará de acuerdo cuando lo visite, pero la verdad es que me encuentro de maravilla. El verano terminó en un abrir y cerrar de ojos y la playa fue sustituida por el cine, compras y largas tardes de lectura. Vetada y censurada lectura. Me centro en libros de investigación y algún que otro libro histórico, sin duda, literatura larga y enriquecedora. Además, he padecido alguna que otra cena en la cual mi hermana ha intentado liarme con algún amigo de Leo. Empresa ridícula e imposible, pues mi nivel de compromiso o interés sexual es cero en estos momentos.

A veces, en la soledad de mi dormitorio, me tomaba unos minutos para pensar en lo que ocurrió en Nueva York. Fui tan tonta. Por fortuna, mi padre y mi madre no me tuvieron en cuenta las agresiones, y el enfermero, Nelson Smith, solo sufrió una herida superficial en el brazo derecho. Aun así, y si a eso le sumamos mis paranoias, mis obsesiones y mis negligencias, el resultado es vergonzoso.

En esas ocasiones lloraba desconsolada en la soledad de mi cama.

¿Cómo pude descentrarme de ese modo? He arruinado mi vida y mi trabajo y lo que es aún peor, he echado por la borda todas mis ilusiones y mi alegría. Por supuesto disimulo, de vez en cuando incluso sonrío de corazón y supongo que con el tiempo mejoraré, pero hoy por hoy vivo por y para los demás. Quiero que mi familia y amigos me vean bien. Lo he comentado con la doctora Coll y ella afirma que es natural, que la crisis maníaca y las paranoias están controladas, pero que ahora he de superar la depresión y la ansiedad que me ha causado el episodio. No le quito razón. De hecho, cada vez estoy mejor.

Las ruedas del tren de aterrizaje tocan la pista del John F. Kennedy y un nudo se forma en mi garganta. Estoy en casa. Miro por la ventanilla y las luces del aeropuerto me sacan una sincera sonrisa. Tengo ganas de ver a mi padre. El avión tarda unos minutos en detenerse, tiempo que aprovecho para recomponer mi estado de ánimo porque pensar en todo esto me abate bastante y no quiero que él lo note. Es nochebuena y vamos a pasar una velada estupenda. Seguro que ha preparado una cena abundante y deliciosa y ha comprado vino —que no podré probar— y champán —que solo oleré—, y luego nos acurrucaremos frente a la chimenea y dormitaré sobre su hombro mientras me cuenta sus últimos viajes de investigación. Tengo ganas de abrazar a mi padre. Seco una espontánea lágrima y enrollo la bufanda de lana rosa en mi cuello.

Mi padre me espera junto a la puerta de desembarque. Corro hacia él y nos fundimos en un abrazo. Se ha dejado el pelo un poco más largo y ha cambiado de gafas, son de un tono rojizo y de pasta —muy modernas para él—.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti, papá.

Beso su mejilla y sujetándole por los brazos lo miro de arriba abajo. Lleva unos pantalones negros de corte elegante, pero juvenil, un jersey de cuello alto de canalé en un tono grisáceo y un abrigo de paño sobre el antebrazo con muy buena pinta.

—Vaya, estás genial.

—He cambiado un poco el estilo.

—¿Y los pantalones de pana y la cartera de cuero de hace veinte años?

—En la basura.

—Cuéntame qué ha pasado en tu vida para que tires esa antigualla.

Entrelazamos nuestros brazos y empezamos a caminar cada uno con una maleta.

—He creído que ya era hora de modernizarse.

—¿No tendrá que ver con una mujer?

—Bueno… digamos…

—¡Papá! —Me detengo en seco y le miro con ojos curiosos—. ¿Una novia? —grito—. ¿Te has echado novia y no me lo has dicho?

—Es solo una amiga.

—¿Cena con nosotros?

—Si a ti no te molesta…

—¡Una novia! —Me aferro de nuevo a él y retomamos la marcha—. Espero que sea guapa, has tardado una eternidad en liarte con una.

—Me he liado con más de una, pero esta es especial.

—Lo que yo decía.

## Por fin algo de normalidad

He tardado una semana en convencerle de que puedo vivir sola en mi casa y ahora que estoy sentada en el borde de la cama me siento tremendamente triste. Miro las maletas que mi padre ha dejado junto a la puerta intentando encontrar la fuerza para deshacerlas.

Nada.

Pienso en Margot, la amiga especial de mi padre. Es pequeñita, pelirroja y risueña, una mujer maravillosa. Sin duda, mi padre ha visto esa chispa vivaz que desprenden sus ojos, serán muy felices, estoy convencida. Cada vez que venía de visita a casa de mi padre, y era muy a menudo, me traía galletas o magdalenas recién horneadas y me contaba chistes picantes de curas y monjas. Me parto de risa con ella y mi padre la mira con ojos de crío embelesado.

El intento de distracción fracasa.

Me tumbo de lado y me hago un ovillo. Lloro con desconsuelo. Hecho tanto en falta esa sensación. No es que recuerde a Víctor, eso dejé de hacerlo hace tiempo, tampoco visualizo los momentos que pasé con él en mis "sueños", eso desapareció casi de inmediato. Lo que añoro es la sensación de amar y ser amada. De ser feliz.

El teléfono suena y enjugo mis lágrimas. Tomo aire y carraspeo antes de descolgar.

—Ya he llegado a casa, ¿cómo lo llevas?

—Estoy bien, deja de preocuparte.

—¿Has estado llorando?

—No.

—Llámame, a cualquier hora.

—Sí, papá.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—¿Cuándo vas a ver a Malcom?

—Pasado mañana.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario, he quedado con Nicole para almorzar después de la entrevista.

—Eso está más que bien. ¿Comemos juntos mañana?

—Quiero pasar el día limpiando y reorganizando la casa.

—Estar ocupado siempre es bueno…

—Un beso, papá.

Cuelgo tras varios intentos de despedida y vuelvo a tumbarme en la cama.

Esta vez no lloro, duermo.

Despierto a primera hora de la mañana vestida con la ropa del día anterior y con los zapatos puestos y, sin embargo, tapada con el edredón hasta el cuello. He debido

desvelarme por el frío y taparme semiinconsciente en algún momento de las veinte horas que he dormido. El agua caliente es bien recibida sobre mi cabeza. Paso un buen rato bajo la ducha. Me visto con un chándal azul marino, me calzo las deportivas y me recojo el pelo en una estirada coleta. El pelo me ha crecido bastante, debería pasar por peluquería. Lo siguiente de mi lista es tomar un café con leche en mi cocina. Todo está limpio y ordenado y tengo la despensa y la nevera repleta de comida, mi padre ha hecho un buen trabajo en mi ausencia. Ya con la taza ardiente entre mis manos me siento en el alféizar. Las cortinas están echadas, así que dejando con cuidado el café con leche sobre el cojín las abro y las sujeto a los extremos. No hay prácticamente nadie en la calle, son poco más de las siete, de todas formas, disfruto contemplando el movimiento de los árboles al otro lado de la calle, en el parque. Miro a mi alrededor, creo que no hace falta que limpie mucho, solo debo dedicarme a colocar la ropa y organizar armarios. Cuando me fui era verano, ahora es invierno. Dejo la taza dentro del fregadero y busco mi IPod en mi equipaje. Saco los guantes de un cajón y me cubro con la capucha del impermeable.

A correr.

Llego a casa al mediodía. Tengo dos llamadas de mi padre y una de mi madre.

—Hola, mamá.

—Robert dice que ya te has mudado a casa.

—Sí, necesitaba volver a la normalidad. ¿Tú no duermes?

—Me puse el despertador para poder darte los buenos días.

—Mamá, estoy bien.

—¿Has visitado al doctor Fischer?

—Hace un par de días, me ha felicitado.

—Soy muy feliz por ti.

—Sin vosotros no lo habría logrado.

—Deja de decir tonterías. ¿Estabas corriendo?

—¿Cómo lo sabes?

—Te has ido temprano y te encanta ese parque.

—Ahora me siento yo misma de nuevo.

—La intimidad es fundamental para ti, cariño, pero no dudes en pedir ayuda si la necesitas.

—Lo sé, mamá. Puedes estar tranquila.

Nos despedimos felicitándonos una vez más el año nuevo y llamo a mi padre.

—¿Has hablado ya con la pesada de tu madre?

—Estaba bastante tranquila.

—Eso es porque le he dicho cuatro cosas bien ciertas.

—¿Te ha echado la bronca?

—Me ha llamado irresponsable y despreocupado.

—Lo dice sin pensar, en realidad no lo piensa, de lo contrario habría viajado conmigo.

—Por muchos años que pasan no desaparecen las ganas de estrangularla.

Río con ganas y mi padre me imita. Me siento en el sillón del despacho y dejo caer los zapatos al suelo antes de sentarme sobre mis tobillos.

—¿Has amanecido contenta?

—Estaba corriendo, deja de preocuparte.
—¿Qué vas a hacer ahora? Debes estar cansada.
—Leer, porque la casa está impoluta.
—¿Quieres el teléfono de la asistenta?
—De momento, no.
—¿Has comido?
—No tengo hambre.
—Susan…
—Papá, todavía rebosa comida por mis orejas.
—Supongo que tienes razón.
—Adiós, papá…
—¿Qué vas a leer?
—Lo que me hayáis dejado.
—Tienes una caja con tus libros en el desván —suena picarón.
—Creo que todavía no es conveniente.
—Mejor que tú no lo sabe nadie.
—Tu confianza en mí es excesiva, papá.
—No opino igual. Bueno, princesa, te dejo que si sigo acaparándote de este modo esa confianza no sirve de nada. Suerte para mañana.
—Gracias, un beso a Margot.
Tras dejar el teléfono móvil sobre el escritorio busco un antiguo libro de enfermedades infecciosas en la estantería e inicio la lectura. La verdad es que no me dura mucho, coloco el ejemplar en su sito y camino hasta estar justo debajo de la trampilla del desván.
*No Susan, todavía no.*

Día tres de enero. Llueve ligeramente y la nieve empieza a fundirse. Hay que ponerse calzado apropiado si uno no quiere llevarse un buen porrazo en el trasero.
Son las diez y cuarenta y tres de la mañana y mi viejo Mustang se niega a ponerse en marcha. Después de varios intentos decido ir en metro. Llego al hospital justo a tiempo para la reunión. Por los pasillos no tropiezo con nadie conocido, cosa que me alivia.
Llamo a la puerta del despacho de Stump.
—Un segundo, por favor.
Vale. Me apoyo sobre la pared de enfrente. Aliso la falda larga marrón, estiro de las mangas del jersey crudo y reviso que las botas de piel estén limpias. Perfecta.
La puerta se abre levemente.
—De acuerdo, Malcom, quedamos así, espero tus noticias.
—Ve tranquilo, te echaré una mano en todo lo que pueda.
—Gracias de nuevo.
—No tiene importancia.
Escucho las bisagras crujir al abrir más la puerta y los pasos del hombre que habla con mi exjefe.
—¡Susan, pasa! —grita apremiado desde su silla.

—¿Susan? —dice el hombre que acaba de salir. De repente, su voz me resulta familiar. Levanto la cabeza y contemplo el angelical rostro de Peter.

¿Peter?

¿Por qué me reconoce Peter?

O, mejor dicho: ¿cuándo nos hemos conocido?

—¿Nos conocemos? —digo, intentando disimular el temblor de mi voz.

—Bueno, en realidad no mucho, no me sorprende que no te acuerdes de mí.

Peter se acerca un poco más y se ahueca los oscuros rizos.

—¿Intentando volver al trabajo?

Abro los ojos de par en par.

—Malcom me ha mantenido informado.

—¿Tú y Malcom habláis de mí? —Ladeo la cabeza intrigada. ¿Qué coño está pasando aquí?—. ¿Por qué?

—Después de conocernos, dejé que dieses tú el siguiente paso… Joder, me da vergüenza admitirlo delante de ti, pero pensé que había *feeling*.

—Lo siento, pero no sé de qué me hablas.

—Antes del verano, cuando Malcom estaba de vacaciones, me diste una segunda opinión sobre un caso… cuando no tuve noticias tuyas en unas semanas decidí ponerme en contacto contigo, entonces Malcom me contó lo que había ocurrido.

Froto mi frente con la mano. Cierro los ojos y muevo la cabeza de un lado a otro repetidamente. No entiendo nada.

—No te molesto más, me alegra volver a verte, estás guapísima.

Peter se aleja a grandes zancadas, tal y como lo imaginé o como lo recordaba, ya no tengo ni idea.

—¡Susan, es para hoy!

Tomo aire y alzo lo hombros. Cruzo el umbral de la puerta decidida a recuperar mi trabajo, por lo que debo olvidar lo que acaba de suceder en el pasillo. Sin embargo, no puedo evitar preguntarle a Malcom antes de empezar a hablar de trabajo.

—¿Tú vas contando por ahí mi vida?

—¡No! —Levanta la vista de los papeles y me mira con sus ojos grises—. El chico estaba muy preocupado y tuve que decirle que te tomabas una baja por motivos personales.

Contemplo el redondeado rostro de mi jefe, sus grandes entradas, sus finos labios y la blanca e imperfecta piel y por primera vez veo amabilidad en él.

—Dame un minuto.

Cuelgo del respaldo de la silla el abrigo y dejo el bolso. Corro por el pasillo en busca de la mejor noticia que he tenido en meses. Peter existe y me conoce. Al fin algo de luz en mi vida.

—¡Peter! —grito cuando lo veo entrar en el ascensor—. ¡Peter, espera!

Lo primero que veo es la mata de pelo, luego le sigue todo el cuerpo.

—¡Susan! —Corre hacia mí para ahorrarme camino—. ¿Qué ocurre?

—¿Te gustaría tomar un café conmigo esta tarde?

—Por supuesto. ¿Te has acordado de mi nombre?

—Digamos que sí. —Muerdo la uña de mi pulgar—. Necesito llenar algunas lagunas en mi mente, ¿te gustaría ayudarme?

—Me encantaría.
—Pues mejor comes conmigo y una amiga, ¿te apetece? En una hora en el restaurante de la esquina.
—¿Y si te espero en el vestíbulo y vamos juntos?
—Gracias, Peter. —Beso su mejilla como loca de contenta—. Nos vemos en un rato.

Tomo asiento frente a Malcom. Saco mis informes médicos y se los paso.
—Aquí tienes los informes de mi evolución.
—No necesito verlos, Susan. —Vuelve a pasármelos—. ¿Te llegaron mis mensajes?
—Sí, y las flores y los bombones. —Le sonrío agradecida.
—Tus padres me dijeron que preferirías que no te viera en aquellas condiciones, por eso no fui a visitarte.
—Me lo han contado y te lo agradezco.
—¿Así que quieres reincorporarte?
—Sí.
Malcom se levanta y pasea por encima de su alfombra color verde musgo. Rodea la mesa y se coloca tras de mí. De pronto, noto sus manos sobre mis hombros y un cariñoso achuchón. Creo que es lo más amable y afectuoso que le he visto hacer en todos estos años.
—¿En febrero?
—Si crees que es lo mejor.
—Te hemos echado de menos.
Retira sus manos de mis hombros y retoma su asiento.
—Recuperas despacho y plaza de parking.
—Gracias.
—Eres una excelente profesional, gracias a ti por querer regresar a mi equipo.
Cuando las puertas del ascensor se abren, Peter está de brazos cruzados esperándome. Su sonrisa es tan grande que todo aquel que le mira no puede evitar sonreír. Recuerdo ese positivismo en él. Esa cálida mirada que te hace saber cuánta bondad hay en su interior.
—¿Tienes empleo?
—Sí.
—Malcom te adora.
—Lo ha sabido disimular bastante bien todo este tiempo.
—Es un tipo reservado, pero es un gran tipo.
—¿Desde cuándo sois tan amigos?
Peter me ofrece el brazo y me agarro a él. Lleva una chapeta de pana fina granate muy suave. Noto su sorpresa al aceptar su invitación, pero estoy tan feliz de haberle encontrado que de repente es mi mejor amigo, así que tomarle del brazo es vivificante.
—No diría tanto, me ha ayudado en un par de casos, me gusta cómo trabaja y su experiencia me viene de maravilla.
A medio camino del restaurante, Nicole llama y se disculpa por no poder venir a

comer. Siento una pequeña decepción por no poder comprobar que alguien de confianza también lo ve, pero la gente de alrededor y los camareros del restaurante parecen hablarle y tomar nota de su almuerzo.

—¿Y qué pasó con el caso?

—Hice lo que tú y Malcom me recomendasteis, caso resuelto. No hay dudas de que el fármaco con el que estaban ensayando en humanos de manera ilegal es un potenciador letal de los vasos sanguíneos y los tejidos musculares. Una decena de detenidos y un montón de felicitaciones.

—¿Teorías?

—Creo que intentaban buscar la manera de potenciar el crecimiento y la fuerza.

—¿Algo parecido a unas vitaminas?

—Más bien esteroides con recetas.

—Peter, ¿puedo hacerte una pregunta un tanto extraña?

—Adelante.

El camarero sirve el risotto de setas y rellena nuestras copas de vino blanco.

—¿Llegué a verlos? —Peter frunce las cejas.

—Sí —se lleva el tenedor a la boca—, mmm… cuidado, quema.

—¿Cómo eran?

—Fuertes y resistentes, y con sustancias dopantes hasta las cejas, pero eso lo descubrimos más tarde, estaban bien absorbidas por sus sistemas, hasta el punto de que formaba parte de él. —Me mira impertérrito—. ¿Problemas de memoria?

Como, sin dejar de mirarle. No sé hasta qué punto debo contarle la verdad.

—Pensé que tú formabas parte de una fantasía.

—Eso con una sonrisa en tu cara y omitiendo el "pensé" puede ser muy halagador.

Río y termino mi plato. Bebo el vaso de agua y le pido al camarero una cola light.

—¿No te gusta el vino?

—A mí sí, a mi médico y a su tratamiento, no.

—Tráigame otra light por favor —le indica al camarero cuando deja el vaso con cubitos de hielo a mi lado.

—No es necesario.

—No se ve, no se desea. —Le da la botella y su copa al camarero.

No sé hasta qué punto eso es cierto. Sacudo la cabeza quitándome los malos pensamientos.

—Estoy tomando un tratamiento…

—No tienes que darme explicaciones, Susan.

—Es cierto, pero me gusta hablar contigo.

Pasamos el resto de la tarde juntos. Paseamos por Central Park, merendamos en una cafetería francesa, recogemos unos libros que Peter tenía encargados…

Le cuento mi problema y él me habla del caso. Entrelazamos historias y averiguamos lo que sucedió de verdad y lo que no. Es estupendo poder coger esa parte de mi vida que me ha causado tanto daño y engranarla como si fuese la pieza de un puzle.

—Susan, ha sido un placer pasar el día contigo.

—Lo mismo digo.
—¿Me llamarás? —Guiña su almendrado ojo.
—Lo prometo, aunque después te tocará a ti.
Le doy un pequeño empujoncito y cruzo el paso de peatones. Al otro lado está la entrada del metro y se ha empeñado en acompañarme hasta allí. Coge mi mano cuando me alcanza y me suelto de inmediato.
—Lo siento, no pretendía molestarte…
—No pasa nada, es solo que quiero dejar las cosas claras.
—Era un gesto de apoyo y complicidad, nada más.
—No estoy preparada.
—Me conformo con ser tu amigo.
—Pues has de saber que ciertos límites no se cruzan.
—Joder, ¿cómo algo tan bueno puede acabar tan mal por un gesto tan inofensivo?
—Siento ser tan dura, pero quiero que lo tengas claro.
—Entendido. —Levanta los brazos dándose por enterado, un gesto travieso se dibuja en su cara. Corre hacia mí y me alza sobre su hombro.
No puedo hacer otra cosa que reír mientras cruzamos la calle, esperaba cualquier cosa menos esta reacción.
—El contacto no implica quitarse la ropa, no seas exagerada —me deja sobre la acera—, y yo toco a mis amigos.
No puedo dejar de reír por lo que no le contesto. Tiene razón, mi reacción ha sido desmesurada, hace unas horas me aferraba a su brazo como un koala. La gente ha dejado de mirarnos y sigue su camino. Muchos salen del metro y cruzan hacia el otro lado. Una cabeza sobresale entre las demás. El color rojizo de sus mechas llama mi atención. Me pongo de puntillas y me apoyo en los hombros de Peter para poder verla mejor. La cabeza se gira y unos ojos verdes me apuntan.
—¿Le has visto? —pregunto a Peter.
—¿El qué? —Se gira para seguir mi mirada.
—A ese —señalo a uno en la multitud porque en realidad ya no le veo—, al del pelo rojo.
—Hay un montón de gente.
Estiro el cuello intentando localizarle otra vez. No lo consigo.
Demasiadas emociones. Necesito volver a casa y descansar.
—Me habré confundido, pensaba que era alguien conocido.
—¿Te encuentras bien?
—Estoy algo cansada, creo que debo volver a casa.
—Llámame cuando llegues, por favor.
—Ok.
Ya sentada en el vagón pienso en Daniel.
¿Sería él o ha sido una mala pasada de mi mente?
Tendré que hablar con el doctor Fischer.
Aunque, por otro lado, si Peter existe, ¿por qué no va a existir Daniel? Sin duda lo que estaba mal en mi cabeza era mi adoración a los seres paranormales. De hecho, lo de hoy no deja ningún lugar a dudas de mi paranoia, se supone que Peter no tenía

que recordar nada de nada y mira lo poco que ha tardado en intentar enlazar los dedos…

Seguramente Daniel tuvo algo que ver conmigo en algún momento de mi vida, lo más probable es que fuese en el *Temple*. ¿El qué? Ni idea. ¿Quiero averiguarlo? No. Creo que no quiero saber lo que Daniel y yo hemos podido hacer juntos. Me ruborizo solo de pensar en las posibilidades. Si Daniel es como lo recuerdo era un tipo muy sexy. Por otro lado, si fuese con mi padre a la discoteca e hiciese algunas comprobaciones…

Saco mi móvil y llamo a mi madre, necesito poner los pies en tierra firme de nuevo y ella es la más indicada.

—Hola, ¿estás comiendo?

—Estoy terminando de poner la mesa.

—¿Te importa hablar conmigo un ratito?

—Nada me haría más feliz.

## Necesito tu ayuda

Mis reuniones con Peter son lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Llevamos una semana viéndonos casi todos los días. Él viene a mi casa o yo voy a la suya. Se lleva muy bien con mis amigos. Puedo decir desde ya que en la pandilla hay un miembro más. Hoy mismo, dentro de unas horas, hemos quedado todos en casa de Nacho para merendar.

Rodeo el campo de béisbol, el itinerario habitual, y subo la pequeña pendiente que me lleva al otro lado del parque. Voy a alargar unos metros la ruta, hace una mañana preciosa. Bajo la vista hacia la pantalla de mi IPod y cambio la lista de reproducción. Un golpe en las costillas y otro en el brazo me hacen caer. Ruedo por el suelo y los guijarros se clavan en las palmas de mis manos y las rodillas.

—¿Estáis bien?

—Joder, tío, no la he visto, lo siento mucho.

Una mano se posa en mi espalda.

—¿Te ayudo?

Estoy a cuatro patas con un dolor tremendo en el culo y las costillas, claro que necesito ayuda, pero lo que menos me apetece es admitirlo.

—Ya puedo yo, gracias. —Muevo la cabeza y veo una bicicleta tirada por el suelo—. ¿Se ha roto?

Le pregunto al chico que hay justo al lado.

—Déjame a mí. —Dos manos firmes me sujetan y me levantan sin ningún esfuerzo—. Ya está, en horizontal de nuevo.

Miro al chico de mi izquierda. Se quita el barro de las mallas y se coloca el casco.

—Lo lamento de verdad.

—No importa, cosas que pasan —digo, reprimiendo un quejido cuando me toco las costillas

—Gracias, tío —dice acercándose a mí.

—¿Llegarás a tu destino sin problemas?

Las manos que me han ayudado a levantarme siguen en mi cintura. Tengo al oportuno espectador justo detrás, pero la vergüenza impide que le mire.

—Sí, creo que sí. Puedes irte si quieres, yo me ocupo de ella, al fin y al cabo, ha sido culpa mía.

—¡Eh, que estoy aquí! —Sacudo el polvo de mis rodillas y coloco mi ropa a toda prisa.

—Parece que está bien, yo me encargo.

—Gracias, pero no necesito ayuda.

Me zafo de su agarre y rehago mi trenza a toda prisa. Necesito salir de allí, pero las rodillas aún me duelen.

—Todo el mundo se cae, lo importante es levantarse a tiempo, preciosa.

Susurra en mi oído. El vello se me pone de punta.

Me giro para mirarle y agradecerle su interés en condiciones, pero él ya ha

emprendido la marcha en la misma dirección que ha tomado el ciclista.

¡No me lo puedo creer!

Lo sabía, algo en mí lo intuía desde que sus manos han tocado mi cintura. La fina trenza desaparece por encima de su hombro. Los pantalones de cuero negro caen por debajo de sus caderas y la cazadora de piel llena de tachuelas no me permite vislumbrar su elegante torso.

—¡Espera! —exclamo y camino hacia él—. ¡Espera!

Daniel sigue su camino como si no me oyera. Mentira.

—¡Daniel, joder, lo siento, no pretendía ser grosera!

Se gira de inmediato y clava su intensa mirada en mi rostro. Luego me recorre de arriba abajo y cruza los brazos bajo su pecho.

—¿Nos conocemos?

—¿Tú a mí no?

Otra vez me repasa de arriba abajo, examina mi cuerpo con bastante desaire.

—No, que yo recuerde.

—Es normal, debes tener un infinito número de amigas.

Sé que me está tomando el pelo, por alguna razón sé que se está haciendo el interesante. Y su arrogancia hace que yo quiera tenerlo todo de él. Si en algún momento él y yo hemos tenido una historia en común quiero conocerla y retomarla, porque este hombre es pura energía y porque tal y como lo recordaba su aura me envuelve por completo.

—Eso es un dato fácil de adivinar solo con mirarme, no indica nada nuevo sobre ti.

—Daniel… ¿de verdad no te acuerdas de mí?

Doy dos pasos más. Estamos tan cerca que su calor corporal traspasa mi ropa. Si el doctor Fischer me viese me ataría a la cama de inmediato.

Daniel se inclina un poco y pasa su nariz por mi oreja. Su brazo me rodea por la cintura y me acerca a él hasta estar completamente pegados.

—¿Dónde te habías metido, preciosa?

Rompo a llorar. Daniel me sostiene contra su cuerpo infundiéndome fuerza. Noto su cazadora húmeda bajo mi cara. Cualquier otro ya habría salido huyendo ante semejante escena. Sin embargo, él se mantiene firme y paciente, supongo que a la espera de respuestas. Lo que no sabe es que él es el que debe darme respuestas a mí.

¿Quién es?

¿A qué se dedica?

¿De qué nos conocemos?

¿Hemos tenido una relación?

Y más y más y más, hay infinidad de preguntas. Lo importante es: ¿querrá quedarse a responderlas?

—¿Me recuerdas?, ¿sabes quién soy? —hablo sobre su pecho entre sollozo y sollozo.

—Esa pregunta debería hacerla yo, he estado esperando una visita tuya durante meses.

—¿A dónde?, ¿dónde debía ir? —Inclino la cabeza y sujeto su cara entre mis manos—. Te veía, conocía tu nombre, pero no sabía cómo llegar a ti.

—Susan, ¿qué coño te pasa?

Se quita la cazadora y me la pone por encima de los hombros. Yo no suelto su cara en ningún momento —quiero sentir que está aquí conmigo—, pero su fibroso pecho no pasa desapercibido. La camiseta de licra negra deja trabajar muy poco a la imaginación. De pronto siento la urgente necesidad de pasar un dedo por la uve que resalta su clavícula.

—El único que no sabía dónde encontrarte era yo. El otro día te vi con ese pijo y pensé que simplemente pasabas de mí, que por eso no te habías vuelto a poner en contacto conmigo. Y hoy te veo aquí y evitas mirarme y luego…

—Daniel, pasó algo, estuve hospitalizada un tiempo… te necesito, necesito recomponer el mes de mayo y junio en mi cabeza. ¿Tú puedes ayudarme?, ¿quieres ayudarme?

—Yo lo que quiero es tumbarte tras ese árbol y meterme entre tus piernas.

—¡Daniel! —Le doy un puñetazo en el pecho, pero sonrío. Es él, tal como lo recordaba.

—Siempre funciona. —Seca mis lágrimas con los nudillos y me abraza con fuerza—. Estoy aquí para lo que necesites.

—¿Estás seguro de que ese árbol es lo más indicado, no te gustaría más venir a mi casa?

—¡Guau, nena!, eso es un invitación en toda regla, no esperes que vaya con el freno de mano puesto.

Sus labios rozan mi cuello con suavidad. ¡Madre mía!

—No tengo ese recuerdo, más bien evoco a un tipo de esos que no se atreven a dar el último paso.

Daniel entorna sus ardientes ojos de un verde casi imposible y ladea unos grados la cabeza. Sus labios se curvan en una malvada sonrisa y con un rápido movimiento su mano está sobre mi culo. Pero no sobre mi culo y ya está, no, ha metido la mano por dentro de mis pantalones y me magrea por encima de las bragas.

—¡Daniel!

Abre las piernas en busca de apoyo. Pasa el otro brazo por mi espalda. Su boca está tan cerca de la mía…

—Daniel, no.

—Ahora es diferente, ¿sabes?

Una diminuta luz, una chispa, se ilumina en mi cabeza.

¿Por qué es diferente, Daniel?

Dímelo, dime justo lo que ansío escuchar.

—Me gustaba jugar contigo y me dejaste tan duro que llevo meses completamente perdido, ahora no me detendré, Susan. Eres mayorcita y conoces lo que soy y aun así estás aquí calentándome… No me detendré, nena y tú disfrutarás como nunca.

—El problema es que no recuerdo quién eres, Daniel.

Vuelvo a tener ganas de llorar. Dímelo Daniel, dime quién es, ¿quién no te retiene?

—Vamos al *Temple* y te lo enseñaré. —Muerde mi oreja y luego la lame.

—¿Y qué haremos exactamente allí?

—Follar —cierro los ojos y respiro profundamente—, follar salvajemente.

—Daniel, ¿tú y yo nos hemos acostado?

—Nena —mete la otra mano por mis pantalones y aprieta mi nalga—, si eso hubiese pasado no habrías salido de mi cama nunca más.

Sus manos no son mal recibidas en mi cuerpo, pero algo en mí dice que está mal, que no es lo correcto. Tenemos tanto de que hablar. Tiene tanto que contarme.

—Daniel, dame algo de espacio, por favor.

Arruga la boca y retira las manos a regañadientes.

—Perdona —pasa los dedos por mi pelo colocándome algunos mechones sueltos de la trenza—, he estado esperando este momento durante mucho tiempo.

—Sé que puede sonar raro, pero es cierto que no recuerdo…

—Me recuerdas a mí.

—Sí, el problema es que no sé dónde empieza y acaba la realidad.

—Yo soy real, ¿te basta con eso de momento?

—¿Me ayudarás?

—Me recompensarás.

—Te invito a comer.

—No soy de esos, nena. —Mueve la mano señalando su figura—. No me ganas con buenos y ricos alimentos. —Pasa su lengua por su labio inferior—. A mí me gusta la carne viva y jadeante.

—No solo de sexo vive el hombre.

Me separo de él acariciándole los brazos. Le devuelvo la cazadora e inicio la marcha hacia mi casa.

—Acompáñame, me cambio y nos vamos.

—¿Dónde me llevas, ama?

—A mi casa, ¿no lo sabes?

—Si hubiese sabido dónde vives no habría esperado tanto tiempo para meter las manos en tu culo.

—No sé por qué intuyo que eso ya lo habías hecho antes.

—Te sorprenderás de lo bien que me porté contigo. —Ríe y se coloca a mi lado—. Te he echado de menos.

Me mira fijamente y le sonrío. En ese instante su expresión cambia y veo muchísimo cariño en sus ojos. Sus dedos rozan mi mano con sutileza y al instante los míos se enredan en ellos.

—Es lo más cursi que he hecho en mi vida. —Besa el dorso de mi mano y contempla las manos entrelazadas.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Porque no solo de sexo vive el hombre.

## Cuéntamelo

Son las doce y cincuenta y cinco de la madrugada. Daniel está sentado en mi sofá. Sus largas piernas estiradas sobre la alfombra. Los brazos apoyados en el respaldo y la cabeza reclinada sobre ellos. Tiene la vista puesta en algún punto del techo. Lo miro desde arriba mientras sostengo una cerveza con dos dedos.

Es inquietantemente atractivo.

—Aun a riesgo de romper la magia preguntaré, ¿en qué piensas?

—En ti y en mí.

—Vaya, me encanta tu sinceridad.

Me dejo caer junto a él y le ofrezco el botellín. Lo coge sin mirarme. Apoyo la cabeza en su brazo y, en un acto involuntario de imitación, levanto la cabeza.

—Es una pena que no se vean las estrellas —digo antes de dar un sorbo a mi light.

—Solo tendríamos que cruzar la calle.

—Estoy agotada.

—Creo que va siendo hora de una despedida.

—No lo decía por eso.

Ambos bebemos y seguimos mirando el cielo imaginario en silencio. Ha sido un día sorprendente. He encontrado a Daniel en el parque por pura casualidad. Hemos comido juntos. Milagrosamente ha aceptado acompañarme a casa de Nacho. Aún debo disimular la risa cuando recuerdo la cara de mis amigos al presentárselo, y no quiero ni comentar los ojos que ha puesto Peter al ver cómo nos cogíamos de la mano al irnos.

Lo lamento por él, pero siempre le he dejado claro que éramos amigos. Todos lo han recibido un tanto incómodos, Daniel intimida, pero en pocos minutos se los había ganado. Tiene un don, sabe cuándo y cómo decir lo que el otro necesita escuchar.

Nicole ha pasado de mirarle con ojos de pánico a ponerle ojitos y Rosa… Rosa no ha parado de reírse, sobre todo con los intentos de Daniel de hablar en castellano. Nacho nos miraba de reojo una y otra vez y me lanzaba miradas furtivas completamente alucinado. Peter, bueno Peter se ha limitado a estrecharle la mano y a forzar sonrisas.

Yo he conseguido relajarme del todo con la presencia de mis amigos, ellos han confirmado que Daniel no vuelve a estar solo en mi cabeza.

Luego hemos paseado, hacía frío, por lo que me ha llevado a un local donde tocaban jazz. Allí mismo hemos cenado. El tiempo se ha esfumado a una velocidad pasmosa y ahora estamos aquí, en mi casa, esperando. ¿A qué? Pues supongo que a tener el valor suficiente para preguntar lo que quiero preguntar. Me da miedo parecer una loca, ya sabe más de lo que me gustaría a pesar de haber omitido todo el rollo del inframundo.

—Sí. —Hace el amago de incorporarse por lo que me aparto. De inmediato coloca la botella sobre la mesa y me mira sonriente—. Hora de irse.

—¿Tienes sueño?

—Soy ave nocturna, deberías haber preguntado hace horas, cuando tomaba el té en un salón cursi en lugar de dormir en mi gigantesca cama.

Pongo una mano sobre la suya. Él baja la vista para contemplar la unión sobre su rodilla.

—¿Qué necesitas, Susan? —suspira.

—¿Trabajas esta noche? —niega—. ¿Puedes quedarte un poco más?

—No creo que necesites otro amigo y tampoco creo que estés preparada para lo que yo necesito de ti, así que me iré justo ahora.

—Necesito respuestas.

—Has tenido todo el día —acaricia mi barbilla con la yema de su dedo corazón y luego recorre el inicio del cuello—, puedes hacerlas mañana.

—No vendrás, estoy segura —suelto a regañadientes su mano y me levanto—, he sido una estúpida y he hecho…

Daniel aparece a mi lado y me acorrala contra la pared. Mete el muslo entre mis piernas obligándome a separarlas y sujeta mis manos por encima de mi cabeza. Su húmeda y cálida lengua recorre mi cuello y su pecho empuja el mío.

—Sí, has sido una estúpida y nos has hecho perder un tiempo maravilloso —susurra mientras sus labios acarician mi piel—, de hecho, me has obligado a parecer un estúpido fingiendo ser un niño bueno —lame debajo de mi barbilla—, cuando lo único que llevo queriendo hacer desde que te he visto es quitarte las bragas y atarte a la cama. —Cierro los ojos y gimo cuando noto su muslo rozando mi entrepierna—. Tú sabes en la liga en la que juego, nena, no me subestimes.

Una de mis manos queda libre cuando sus largos y finos dedos empiezan a desabrochar los botones de mi camisa. Mi corazón se agita, llevo tanto tiempo sin hacer esto…

—Te he dado tiempo para hacer preguntas, incluso me he ofrecido a darte más mañana. —Algo duro roza mi muslo—. ¿Ves, notas por qué tengo que irme? Si digo que vengo, vengo, no me dejes por mentiroso, jamás. —Su erección vuelve a presionar mi pierna—. ¿La quieres hoy preciosa, quieres sentirla dentro de ti esta misma noche?

Abro y cierro la boca. No sé qué quiero, sinceramente. Daniel me gusta, me gusta mucho, pero no sé si estoy preparada para mantener relaciones sexuales con alguien como él. Con alguien simplemente. Además, los somníferos me dejarán cao en cuestión de minutos, menos mal que he empezado a reducir las dosis.

—Sé que lo has pasado mal y que necesitas resolver tus asuntos, pero desapareciste y yo me obsesioné, no menosprecies mi indulgencia. —Mete una mano por el escote recién creado y roza el surco que hay entre mis pechos—. Te advertí de lo que le pasaba a las chicas que entraban en el *Temple* y se mostraban dispuestas a todo, y a pesar de eso no te he catado, así que deja de joderme. ¿Entendido?

—No —titubeo—… no estoy segura.

—¿Bromeas? —Vuelve a sujetar la mano que había dejado libre y que yo no he movido y pega su frente a la mía. Sus ojos verdes son hipnóticos—. Si estás jugando conmigo… ¡Joder —se mueve colándose entre mis piernas, su duro pene se aplasta contra mi vientre—, me encantaría… ¡Mierda!

—¿Qué te encantaría, Daniel? —le desafío, habla de una vez—. Dímelo, ¿qué te gustaría hacer ahora mismo?

—Castigarte.

Me suelta y se aleja en busca de su cazadora. Contemplo, completamente húmeda y excitada, cómo pasa un brazo por una manga y luego la otra.

—¿Cómo nos conocimos?

—¿Ahora quieres hablar?

—¡¿Cómo nos conocimos?! —Rompo a llorar totalmente dilapidada por mis emociones. Sé que es el *Temple,* mi padre me ha informado bien, pero quiero que Daniel me lo confirme.

—¿Estás llorando? —dice, oculto en las sombras del pasillo.

—Por favor, Daniel, dímelo.

Sus suaves y elegantes manos acunan mi cara. Une su cabeza a la mía y toma aire.

—No quería hacerte llorar, lo siento. —Besa lánguidamente mi sien—. Una noche te colaste en la discoteca donde trabajo, bueno, en realidad Ed te dejó entrar porque a mí me gustó tu culo. —Noto una perezosa sonrisa sobre la piel de mi pómulo—. Intenté llevarte a la cama, pero me precipité y te asustaste. Comprendí que realmente no sabías qué hacíamos en el *Temple*, sin embargo, parecías más interesada cuanto menos te contaba. Esa noche te fuiste a toda prisa —se apoya en mis hombros y me mira—, pero regresaste y yo te estaba esperando. ¿Más? —susurra en mi oído.

—Sí, por favor. —Sorbo por la nariz y él limpia los restos de lágrimas.

—Ninguna de las veces que nos encontramos me dejaste traspasar la última línea y eso me volvía loco, a la vez que me excitaba, estoy acostumbrado a mandar, ya lo has visto. —Guiña un ojo—. Sabía que contigo debía tener cuidado, pero cuando me relajaba y me olvidaba del sexo ¡zas!, me sorprendías con alguna insinuación atrevida o con tu disposición a probar lo que yo podía ofrecerte.

—¿Hasta dónde llegamos?

—Tan lejos que te colaste en mi alma y no me dejaste seguir con mi vida —susurra y cuando se da cuenta de lo que ha dicho sigue hablando sin dejarme responder—. Un día te encontré en Central Park, fue el día que…

—Lo recuerdo, bueno, no sé si del todo.

—Estabas asustada y llorabas sin parar… te desmayaste entre mis brazos. No quiero hablar de eso ahora, creo que fue la peor noche de mi vida, excepto por tu sonrisa al probar mi tarta de manzana. Me gustaría volver a ver esa expresión el resto de mis días —vuelve a susurrar.

—¿Qué pasó?

Camina de nuevo hacia el interior del salón y se sienta en el respaldo del sofá.

Permanezco inmóvil frente a él esperando pacientemente.

—Eso deberías contármelo tú a mí. —Cruza las piernas a la altura de los tobillos—. La última vez que quedamos fue la noche que el *Temple* sufrió un pequeño incendio. No te vi y agradecí que no vinieras, pero cuando Ed me dijo que te vio entrar y salir… esperé noticias tuyas durante días.

—¿No nos vimos esa noche?

—No.

—¿Me vio alguien de tu equipo?

—Aparte de Ed… el camarero, te sirvió una cerveza.
—¿Sabes si conocía a alguien más allí?
—Creo que, a un par de chicas, una de ella es una de las “concubinas” de Zac, me parece que ellas te hablaron del lugar.
—Sharon.
—Sí, gracias a ella supe que habías dejado el trabajo por motivos personales.
—Podrías haber tirado de ese hilo y buscarme.
—No soy un acosador, tú sabías dónde encontrarme, te tocaba a ti mover ficha.
—¿Zac tiene el pelo muy corto y la piel oscura?
—Negra como la noche.
—Creo que me acuerdo de él.
—¿Te acuerdas de lo que hacemos en el *Temple*?
—Mi padre me ha informado con exactitud. Proporcionáis un lugar donde liberarse sexualmente.
—Elegante forma de describirlo. Ed dice que es un tío estupendo. —Hace un gesto con la mano para que me acerque—. ¿Vas a volver por el local?
—No creo estar preparada todavía. —Me mantengo clavada al suelo mirando mis pies descalzos.
—Susan, mírame —le hago caso de inmediato. Mueve los dedos indicándome que me acerque—, yo no soy el *Temple,* solo soy un hombre al que le gusta una mujer.
Camino despacio hasta que me envuelve en un abrazo.
—¿Te gusto?
—Mucho.
—¿Aunque no pueda darte lo que quieres? —resopla y su pecho sube y baja.
—Puedo tener muchas sumisas, pero solo una Susan.
—¿Qué quieres decir? —Muevo la cabeza hasta poder verle.
—Que hay muchas formas de practicar sexo y desde hace un tiempo ansío con poder practicarlo solo contigo, así que tú tienes el mando.
—No sé si podré mantener relaciones sexuales a corto plazo.
—Déjame intentarlo.
—Ni siquiera me has besado en condiciones.
—¿Quieres que te bese?
Escondo la cara en su pecho y rompo a reír. Soy un manojo de nervios.
—Mejor mañana. —Besa mi cabeza—. ¿En serio no recordabas nada de lo que te he contado? —niego, no es que no me acordara, es que no sabía qué recuerdos eran reales y cuáles no, y él todavía no tiene por qué saber eso—. ¿Y de mí sí?
—A la perfección.
—Asombroso, tu obsesión casi supera la mía.
Bostezo y Daniel percibe mi cansancio. Vuelve a besarme en la cabeza y se incorpora.
—Ahora sí es hora de marcharse.
—Es la medicación, me deja grogui.
—¿Quieres que te acompañe hasta arriba? —Levanta una mano y la coloca sobre el corazón—. Prometo irme en cuanto estés en la cama.
—Estoy bien, no te preocupes.

Empieza su elegante desfile hacia la puerta.

—Buenas noches, preciosa.

—Daniel. —Deja la mano sobre el marco de la puerta y me mira por encima del hombro—. ¿Cómo planeabas castigarme?

Sonríe de oreja a oreja y lame sus labios.

—Sigue así y lo sabrás muy pronto.

—Los cachetes en el culo siempre me han puesto a tono.

Echa la cabeza hacia atrás y emite un sonido que está entre gemido y quejido.

—Entonces prepararé algo más intenso y original.

—Buenas noches am —sus ojos me indican que no cruce esa línea—… Daniel.

—Buenas noches, Susan.

# Te extraño

Daniel lleva una indecente apretada camisa gris remangada hasta los codos. Puedo ver las líneas finales del tatuaje que oculta bajo tanta tela. Tiro del fino corbatín negro. Lo lleva suelto y el cuello de la camisa abierto lo que le hace parecer aún más sexy.

—¿A qué se debe esta elegancia? —hablo muy cerca de su boca.

—La ocasión lo merece.

Coge mi mano y giro sobre mi eje. Las luces de colores iluminan el suelo. La música cobra protagonismo y por primera vez soy consciente de que no estamos solos. Cuerpos enfundados en elegantes ropas se mueven con gracia alrededor. Risas y gritos resuenan junto a la voz de Ellie Goulding. La alargada barra negra al fondo, las columnas de luz…

«I take a deep breath every time I pass your door. I know you´re there but I can´t see you anymore. And that´s the reason you´re in the dark.

I´ve been a stranger ever since we fell apart».

Un escalofrío recorre mi cuerpo.

*Estoy aquí, de nuevo.*

Miro a Daniel cuando caigo sobre su pecho tras dar vueltas por la pista. Sí, estoy aquí y estoy bien, él cuidará de mí.

«And I feel so helpless here. Watch my eyes are filled with fear. Tell me, do you feel the same. Hold me in your arms again. I need your love. I need you time».

Acaricio su antebrazo. Repaso una a una las oscuras líneas dibujadas en su piel. Son gruesas y algo redondeadas. Él rodea mi cintura, moviéndose de forma pecaminosa.

—Susan —musita de esa manera tan erótica que solo él sabe hacer.

—¿Desde cuándo muestras tanta piel en público?

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —Me mira con el ceño fruncido y yo me encojo de hombros.

—¿Dejarás que examine detenidamente el tatuaje esta noche?

—¿Solo el tatuaje? —Entorna los ojos y su expresión se torna claramente obscena.

Una chirriante y molesta alarma retumba por todo el local. La gente corre directamente a las salidas de emergencia.

*¡Oh no, otra vez no!*

Daniel me detiene por el brazo cuando pretendo huir.

—Espera.

—¡No!

—¡Susan, espera! —grita cuando forcejeo.

—¡Tengo que salir, tengo que salir!

Un cuerpo gigantesco cae frente a mí. De inmediato, Daniel se interpone. Ambos

emiten terroríficos sonidos. La gran masa es un borrón para mis húmedos ojos. Incluso Daniel es un cuerpo difuso e irreconocible.

—¡No! —grito desesperada—. ¡No! ¡Sácame de aquí, por favor, sácame de aquí! Una fuerte mano coge la mía por detrás. Es cálida, reconfortante, de confianza.

Nuestros dedos se enlazan antes de verle la cara. Lo miro por encima del hombro, aunque no me hace falta para saber quién es. Un muro alto y musculoso protege mi espalda. Lleva el pelo revuelto y sus ojos brillan con ese color ambarino que me derrite.

—Víctor…

—Salgamos de aquí, cielo.

No lo dudo. Giro dejando que Daniel se ocupe del escalofriante ser y camino tras el maravilloso hombre que ha reaparecido en mi vida.

—Víctor, yo…

—Chist —increíblemente solo escucho el débil sonido de su voz—, luego Susan, luego.

Asiento conforme.

*Sí, llévame a un lugar seguro.*

Las luces se apagan de golpe. Quedamos completamente a oscuras, pero ni Víctor ni yo nos detenemos. Sabemos dónde queremos ir, dónde queremos estar. Él y yo, solos. Cuando la iluminación regresa, Víctor ya no está. Ha desaparecido de repente.

Lo busco desesperadamente.

—¡Víctor! —Giro una y otra vez—. ¡Víctor!

Estoy sola en la gran sala. La música vuelve a sonar como si no ocurriese nada. Es realmente espeluznante. Sudo y tiemblo y lloro y grito, sé que grito, aunque no sé qué digo. Sigo dando vueltas en círculo.

—¡Víctor!

—¡Susan!

Está de rodillas junto a la escalera de mármol, dos hombres lo sujetan por los brazos, mirándome con desesperación.

—¡Corre, Susan, corre!

—¡No!

—¡Vete de aquí, sal de una vez!

—¡No!

—¡Hazle caso, Susan, huye! —grita Daniel desde la otra esquina en la misma situación que Víctor.

—¡No, no voy a dejaros, no pienso abandonaros!

—¡Sigue adelante, Susan! —exige Víctor—. ¡Olvida y vive!

Todo se tiñe de sangre.

—¡NOOOO!

Los golpes en la puerta me sobresaltan. Estoy sudando y me escuecen los ojos. Más golpes. Me pongo la bata a toda prisa. Corro escaleras abajo. Abro la puerta.

—¡Susan!

Los largos brazos de Daniel me abrazan. Doy un traspié por la sorpresa. La luz rosácea del amanecer me sorprende. ¿He dormido tanto?

—¿Estás bien? —Recoge mi cara entre sus elegantes manos—. Dime que estás bien.

Asiento, completamente muda. Apoyo la barbilla sobre su hombro, la fría sensación del cuero tocando mi piel me devuelven a la realidad. Cierro los ojos y respiro.

—Joder, qué miedo he pasado.

—¿Qué… qué haces aquí?

—Te prometí volver y no quería esperar más —acaricia mi pelo—, podía oír tus gritos desde aquí. ¿Qué ha pasado, preciosa?

—Una pesadilla. —Una sombra se mueve al otro lado de la calle.

—Vamos entra, hace frío.

Me pongo de puntillas antes de retroceder. Esa sombra… puede haber sido cualquier cosa, pero ha llamado mi atención. ¿Por qué?

Daniel cierra la puerta y me abraza de nuevo.

—¿Quieres hablar de ella?

—¿Qué?

—La pesadilla, ¿quieres hablar de ella?

—No.

—¿Quieres desayunar?

—No. ¿Has venido solo? —asiente, la pesadilla debe tenerme en alerta y creo ver cosas donde no las hay.

—¿Qué hago, Susan, dime qué quieres que haga?

Miro al exótico hombre que se ha presentado en mi casa. Se le ve tan perdido. Se nota que no está acostumbrado a preguntar antes de actuar. Si por él fuese ya estaría ejecutando su plan. Sea cual sea.

Cojo con dos dedos la cremallera de su cazadora y la deslizo poco a poco hasta que puedo ver la sencilla camiseta blanca que se esconde debajo.

—Vas ligerito de ropa. —Trago saliva.

—He venido en coche.

Ladeo la cabeza. ¿Se supone que eso es una explicación? Sonrío al ver cómo levanta una ceja y se humedece los labios.

—Hacía mucho que no tenía un mal sueño.

—¿De qué iba?

—De ti —meto la mano por debajo de la camiseta y toco su duro abdomen—, y de…

Asciendo poco a poco, dibujando cada surco de su torso, disfrutando de la extraordinaria sensación que produce el contacto físico.

—¿De?

Insta a que siga narrando mi pesadilla. Huele mi pelo. Sus dedos resbalan por mi espalda trazando ondas por encima de mi bata.

—Vamp… hombres lo… —separo la otra mano de su hombro y rozo su mandíbula con la punta de mis dedos—… quimeras.

Sin pensármelo ni una sola vez más me lanzo sobre su boca. Atrapo entre mis

labios los suyos y dejo que mi lengua haga el resto por sí sola.

No se deja dominar.

En cuanto nota mi boca sobre la suya me oprime contra su cuerpo y pasa a tomar el control. Su enérgica respuesta hace que demos dos pasos hacia atrás. Muerde mi labio inferior hasta hacerme gritar.

—¡Chist! —Su lengua toma posesión de mi interior. Arriba, abajo, en círculos. Enreda mi pelo en una de sus manos y tira de él. Contundente, aunque sin dañarme—. Arriba —gruñe.

Me carga en un hombro y me regala un buen cachete.

—¡Daniel!

—Calla.

Cuando me deja en el centro de la habitación estoy casi segura de que su objetivo es la cama. Pero no, se detiene frente a mí y me mira de arriba abajo.

—¿Qué quieres hacer?

—No entiendo —miento, sí entiendo y mi entrepierna palpita.

—¿Era solo un beso o estás preparada para más?

—Más —jadeo.

—¿Cuánto más?

Deshago el nudo de la cinta que mantiene cerrada mi bata. Daniel clava su penetrante mirada verde en mi desnudez.

—Te toca.

Se quita la camiseta demasiado despacio.

¿Intenta darme tiempo?

El tatuaje que he recordado en mi sueño aparece ante mí. Desde el hombro hasta un poco más allá del codo. Y hay más. Las líneas siguen hacia su pecho, volviéndose cada vez más curvas hasta transformarse en círculos enlazados unos con otros, y en el centro de uno de ellos, con forma diminuta y dando un único punto de color, un ojo verde esmeralda.

—Sigo esperando, nena.

—¿Cuánto crees que podré soportar?

Muerdo la uña de mi pulgar y miro interesada el bulto que se marca en sus pantalones.

—Joder, Susan, siempre rozando el puto límite.

Da un gran paso hasta mí. Recoge mi melena en su mano y tira de ella obligándome a levantar la cabeza. El beso es devastador.

—Te ha crecido mucho el pelo. —Muerde mi oreja—. ¿A mi manera o a la tuya? —pregunta sobre mi cuello.

—¿Cómo sabes cuál es la mía?

Estruja uno de mis pechos y muerde el pezón, tan fuerte, que es inevitable que chille. Me suelta y su nariz roza la enrojecida y dañada protuberancia. La humedad entre mis piernas es incuestionable. Con muy poco conseguirá que me corra.

—Vale, nena, se acabó, ya no quiero jugar más. —Con un tirón de pelo hace que me dé la vuelta—. Camina hacia la cama —me sigue con su erección pegada al culo—, eso es, inclínate.

Tengo ante mí la cama, revuelta por la agitación de la pesadilla, estoy desnuda

por voluntad propia ante un dominante sexual en toda regla. Es atractivo, sexy y arrollador y desea tener sexo conmigo ahora mismo. Y yo quería… hasta ahora.

Miro por encima del hombro.

—Estoy esperando pacientemente, Susan.

Sé que me he desnudado yo sola y jamás he sentido pudor… pero hay algo en esta situación, algo íntimo e incomprensible, que me indica que esto no está bien. Que Daniel no debería verme desnuda, que no debería dejarme tocar por él.

Una mano se posa en mi espalda y la acaricia de arriba abajo.

—Vamos, inclínate para mí.

—Daniel…

Su mano sobre mi espalda es lo único que me roza y aun así, noto su energía presionándome.

—Esto es lo que querías, ¿no? Es lo que llevas pidiendo desde que he entrado.

No digo nada. ¿Qué puedo decir? He actuado como una auténtica calientapollas y ahora no sé cómo retroceder sin cabrearlo.

Su mano desaparece de mi cuerpo. Su aliento sopla en mi oído amenazadoramente.

—¿Más, Susan, quieres más?

—No —digo muy bajito.

—¿No?

—¡No!

La energía desaparece de mi alrededor y algo sedoso cae por mis hombros.

—Tápate, por favor.

—Daniel lo siento —me pongo la bata a toda prisa—, no sé qué ha pasado… yo quería, pero…

—No digas nada más, ha pasado lo que tenía que pasar.

—Debe ser la medicación o que después de tanto tiempo…

—Silencio —pone un dedo sobre mis labios—, no necesito explicaciones. Se pone la camiseta tan despacio como se la quitó.

Su trenza queda enganchada debajo de la tela. No puedo evitar sacarla y colocarla por encima de su pecho.

—Has llegado más lejos de lo que creía, Susan.

—Podemos intentarlo otro día, más despacio.

—No. —Besa mi frente—. Me gustas preciosa, mucho, pero no podemos volver a vernos.

—¡¿Por qué?! —Le cojo por las muñecas—. ¿Por esto?

—Porque no soy lo que estás buscando y te juro que no seré capaz de controlarme otra vez. No quiero interponerme, no quiero que hagas algo que en realidad no deseas. —Pasa sus pulgares por mis mejillas secando mis lágrimas—. Busca, preciosa, al final encontrarás al correcto.

Tomo asiento en la escalera cuando Daniel cierra la puerta de la entrada.

¿Qué acaba de pasar?

¿He perdido a Daniel?

¿Para siempre?

Recuerdo la pesadilla que me despertó. Daniel, Víctor, vampiros, hombres lobos, sangre, un miedo espantoso y también amor, mucho amor.

*Víctor.*

¿Por qué pienso en Víctor de nuevo?

¿Por qué sueño con él?

¿Necesitaré aumentar de nuevo las dosis de los medicamentos?

¿Será la presencia de Daniel y su relación con el *Temple* lo que vuelve a hacerme vulnerable a otra crisis mental?

Tengo que ser fuerte y mantenerme concentrada.

## ¿Quién es Víctor Mclise?

**Ocho treinta de la mañana**

Corro por el parque. Una sombra entre los árboles llama mi atención.

**Nueve y cinco**

Creo ver a alguien apoyado en mi coche.

**Nueve y media**

La sombra sigue allí.

**Nueve y treinta y seis**

El doctor Fischer no está disponible.

**Nueve y cuarenta y nueve**

El doctor Fischer dice que vaya a verle esta tarde, mientras tanto, que no esté sola.

**Diez y media**

¡No lo soporto más!

**Doce en punto**

Tengo ante mí a Ed, ha salido tras el segundo golpe que he propinado a la puerta de aluminio.

—Hola Ed, ¿te acuerdas de mí?

—Me resultas familiar —Frota su barbilla—. Está cerrado.

—Quiero hablar con tu jefe.

Voy a lanzar dardos a ver qué sacamos en claro.

—¿Sabe él que estás aquí?

—No creo que se sorprenda.

Medita durante un buen rato, me contempla impávido de arriba abajo mientras reflexiona.

—Dame un segundo —habla al fin.

La pesada puerta se cierra de golpe. Camino hasta el otro extremo. Me sudan las manos. ¿Qué estoy haciendo aquí? Debería haber preguntado por Daniel. Apoyo la espalda contra el muro y me dejo caer hasta quedar de cuclillas. Cierro los ojos intentando no pensar en quién saldrá por esa puerta.

¿Qué pasa si sale el tal Víctor?

¿Qué le digo, o lo que es aún peor, qué me dirá?

—¿Susan?

—¡Daniel! —Camina con paso decidido hacia mí. Lleva un brazo inmovilizado y un feo moratón en el ojo—. ¿Qué te ha pasado?

Atrapo su mandíbula con ambas manos y contemplo el coágulo de sangre en el interior de su ojo.

—¿Has ido a Urgencias?

—Estoy bien, una pelea entre borrachos.

Escapa amablemente de mi contacto. Pasa la lengua por los dientes y suspira.

—¿Qué haces aquí?

—Quería preguntarle unas cosillas al encargado de este lugar.

—Pregunta.
—¿Eres tú? —frunzo el ceño.
—Tengo trabajo y pensé que había quedado clara mi postura.
—Daniel… —Acaricio su pómulo azulado con mucho cuidado—. ¿Te duele?
—¿Esa es tu primera pregunta?
—La más importante en este momento.
—Es soportable.
—Bien. —Escondo los dedos en un puño y aparto la mano con timidez. No estoy acostumbrada a la aspereza de su voz, él siempre es tan amable y seductor—. ¿Podemos hablar en algún lugar más cómodo?
—No.
—Comprendo que estés enfadado conmigo, lo siento mucho…
Da media vuelta y empieza a caminar hacia la puerta.
—Daniel, espera. —Lo sujeto por el antebrazo.
—¿Qué quieres saber?
—¿Desde cuándo eres el jefe de seguridad?
—Hace meses.
—¿Cuántos?
—Medio año más o menos.
—¿Cómo se llamaba el anterior?
—No me acuerdo.
—¿Lo conocías?
—No venía a menudo.
—¿Sabes si está en la ciudad?
—¿Intentas buscar a otro a través de mí? —Se gira y me mira con los ojos entreabiertos—. ¿Es todo?
—Déjame ver tus brazos.
—Eso ya los has hecho hace unas horas. ¿Puedo irme?
—Es difícil para mí decir esto en voz alta, pero desde que he tenido esa pesadilla y has aparecido no puedo dejar de pensar en…
Agacho la cabeza completamente avergonzada.
*Tienen que encerrarme, tienen que encerrarme, tienen que encerrarme.*
—¿Crees en lo paranormal, Daniel?
—¿Qué importancia tiene eso?
—Para mí la tiene.
Levanta mi cabeza empujando con su nudillo mi barbilla. Sus ojos brillan y me mira interesado, incluso creo detectar algo parecido a una sonrisa.
—Una vez creí ver un extraterrestre en mi cuarto de baño, fue una experiencia horrible.
—No te rías de mí.
—No lo hago. —Aparta un mechón de pelo que ha caído delante de mis ojos—. Solo intento decirte que todos podemos creer en cosas en algún momento de nuestras vidas, solo el tiempo nos dice si son reales o no. —Sus palabras son un regalo para mis oídos—. ¿Cuánto tiempo crees necesitar tú?
—No tengo ni idea.

—Pues limítate a pensar en ello. —Se aparta—. Debo irme. —Guiña un ojo—. Cuídate, Susan.
—Daniel, no quiero perderte.
—No me pierdes, me aparto.
—¿Y eso qué quiere decir?
—Te atraigo Susan, pero no lo suficiente. Así que voy a dejarte espacio.
—Me gusta ser tu amiga.
—Nena —besa mi mejilla—… somos amigos, pero hoy tu amigo está un tanto incómodo a tu lado.
—Lo siento.
Vuelve a besarme, ahora la mano, y se aleja.
—Una última cosa. —Tomo aire—. ¿Conoces a alguien llamado Víctor Mclise?
Se detiene de inmediato y me mira por encima del hombro. Su sonrisa es tan exagerada que dudo sobre su veracidad.
—Algún día alguien será muy afortunado. Cuídate, preciosa.

Obviamente cuando estoy en la consulta del buen doctor Fischer omito mi encuentro con Daniel. Puede que esté como una puñetera cabra, pero no lo suficiente como para que vuelvan a encerrarme.
Salgo bastante animada. Dice que es normal tener miedos y dudas a lo largo del proceso. Al parecer, he sido lo bastante racional como para llamarlo. Así que su recomendación es que no me asuste, que cuando crea ver una sombra o una figura sospechosa me tome unos segundos, respire profundamente y analice la situación. Siempre hay una buena explicación. Y si no la hay que lo llame, juntos lo arreglaremos.
No he comido nada en todo el día así que paro en el Starbucks más cercano y meriendo. Mi padre me llama mientras voy camino del coche. Le cuento lo sucedido, incluso mi visita al “*Temple*”. Parece preocupado y satisfecho al mismo tiempo.
—¿Podré conocer a ese tal Daniel?
—No lo creo, está harto de mí.
—Nadie puede estar harto de mi preciosa y dulce princesita.
—¡Papá!, no tengo seis años, ¿sabes?
—Pero eres preciosa y dulce y el que te ame de verdad te tratará como una princesa.
—Eres muy anticuado y Margot te está convirtiendo en un viejo empalagoso. —Río—. ¿Acaso has olvidado qué tipo de locales frecuenta tu princesita?
—Los temas de cama son completamente ajenos a todo lo demás.
—Te quiero, papá. —Carcajeo aliviada por este tipo de charla diáfana e incluso algo pueril, mi padre siempre da en el clavo.
Aparco unos metros lejos de mi casa. Tengo ganas de meterme en la bañera con agua hirviendo. Mataría por tomar una copa de champán o de vino… o una cerveza bien fresquita, a pesar de este frío glacial, pero aunque mi medicación es escasa por propia prescripción, sé que sigue siendo inapropiado mezclarla con alcohol.
Para no cambiar la costumbre, voy cargada como una mula: bolso, grande para

que quepa de todo, ropa de la tintorería, carpeta con documentos médicos, bolsa con algo de compra…

El móvil suena antes de llegar y como es imposible dejarlo sonar sin que el que llama se ponga histérico, me empeño en buscarlo. Todo resbala de mis brazos y se desperdiga por el suelo.

—¿Diga? —hablo con hosquedad mientras meto las manzanas otra vez en la bolsa de papel.

—Hola, ¿qué tal todo?

—¿David? ¿Cómo estás?, ¿qué tal las reformas del apartamento?

Alguien —o algo— hinca una rodilla en el suelo y empieza a recoger varios artículos que deben ser míos. Sí, es algo, porque no puede ser quien quiero que sea.

Dejo todo tirado por el suelo y salgo corriendo hasta mi casa. Cierro la puerta y me dejo caer en ella.

—¡Susan, Susan, ¿me oyes?!

Pongo el teléfono cerca de mi oreja.

—David, te llamo en un rato.

Cuelgo y lo guardo en el bolsillo del chaquetón.

*Vale Susan, cerrar los ojos, respirar, tomarse unos segundos y analizar la situación. Hay una buena explicación para esto.*

Sí, sí la hay: volver a entablar una amistad con Daniel no le ha ido nada bien a mi maltrecha mente.

De acuerdo, todo irá bien. Voy a salir, recogeré mis cosas y volveré a entrar con calma. Me daré un baño como tenía previsto y quizá opte por tomar un trago, no me irá mal coger un buen colocón.

Salgo despacio, analizando cada uno de mis movimientos.

*¡Oh no, dios mío, no!*

Está frente a mi puerta, justo debajo de los escalones, y en sus manos sostiene todas mis cosas.

—Hola —susurra sin apartar la mirada. Cierro la puerta de nuevo.

—¡Aaaahhhhh! —Saco el teléfono y busco el contacto del doctor Fischer—. ¡Mierda, mierda, mierda, cógelo, cógelo de una puta vez!

Salta el contestador. Mi primer impulso es llamar de nuevo, pero me lo pienso mejor.

*¿Quieres que te encierren, Susan?*

No.

*Pues eso es lo que va a pasar si le dices al loquero que Víctor está en tu puerta. Sigue con tu vida, sigue con tu plan.*

Salgo de nuevo. Todo está pulcramente colocado en el descansillo y las perchas de la tintorería sobre la barandilla. Recojo lo más deprisa que puedo obviando la espalda de Víctor que permanece sentado e inmóvil en uno de mis escalones.

Coloco todo en su sitio y lleno la bañera.

*Es mi imaginación, es mi imaginación.*

Me pongo el chándal de correr, aunque no tengo intención de salir. Empiezo a preparar la cena. Es imposible resistirse, tengo que mirar por la ventana. Sigue aquí.

*¡Joder!*

Me siento en la silla de la cocina viendo humear la olla donde estoy cocinando algo de pasta.

Llegados a este punto tengo que tomar una decisión. No puedo vivir con Víctor en mi puerta toda la vida. Espero a que los espaguetis terminen de cocerse y los vuelco en un escurridor. Voy a correr. Me irá bien el frío viento de enero golpeando mi cara.

—Susan —murmura Víctor, ahora en pie y echado a un lado para dejarme pasar.

*Es tan guapo.*

La carrera empieza desde ahí y no paro en una hora. Una vez me lo he encontrado de frente, justo a mitad de camino, y su mirada de dolor me ha partido el corazón.

Y aquí lo tengo de nuevo, recostado en el tronco del árbol que hay frente a mi puerta. No dice nada, pero su puño se estampa contra la madera cuando ve que vuelvo a ignorarlo.

¿Qué otra cosa puedo hacer?

Entro y, jadeando, me acerco al teléfono que tengo en el recibidor. Repico las uñas sobre la base.

¿A quién llamo?

Y lo que es más importante: ¿quiero llamar?

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte. —Se aleja del árbol y pone un pie sobre el primer escalón.

—No te acerque más. —Miro a un lado y a otro de la calle, no hay nadie observándome—. Yo no necesito verte, no quiero que perturbes mi vida.

—Daniel me dijo que…

—¿Daniel? —alzo la voz sin darme cuenta—. Daniel no sabe que existes.

—De acuerdo —alza los brazos a modo de disculpa—, lo siento me he equivocado. No volverás a verme.

Doy un portazo.

¿El doctor se referirá a esto cuando dice que hay que enfrentarse a la situación?

Lloro.

Lo he amado tanto…

—Pasa —le digo antes de que pueda cruzar la calle—, quiero hablar contigo.

—No en estas condiciones, no, si me tienes miedo.

—¡Pasa, joder, ahora mando yo y digo que pases!

Lo tengo frente a mí. Muerde su labio superior y se pasa la mano por el pelo. Lleva un abrigo corto color negro y unos vaqueros algo arrugados en los tobillos. No quiero examinarlo más, quiero acabar con esta pesadilla que tengo por vida.

—Recuerdo que solía gustarte que hiciese las preguntas de manera correcta. —Abre la boca para decir algo y lo interrumpo de inmediato—. No tienes permiso para hablar, te he dicho que mando yo, no permitiré que estropees mi vida otra vez. Estás aquí por un motivo y es que me interesa poner los puntos sobre las íes. ¿Está claro?

—Cristalino. —Su mirada caramelo hace que me sienta un monstruo.

—¿Quién eres?

—Víctor Mclise.

—¿Qué eres?

—¿Quieres saberlo?

—Sí.

—Entonces ya conoces la respuesta.

—¿Por qué desapareciste de golpe?

—Necesitabas olvidarme.

—Para eso ya tengo las pastillas.

—Eso no sirve entre tú y yo, necesitabas creer que no existía.

—No ha funcionado muy bien, mira dónde estamos.

—No soy tan fuerte y el plan parece no funcionar.

—Estuviste en el hospital —asiente levemente—, si es verdad que existes y eres quien dices ser, ¿por qué me abandonaste?

Cambia el peso de pierna y vuelve a morderse el labio.

—No encontré la manera de solucionar las cosas de un modo sencillo y decidí que sería mejor para ti que me fuese sin hacer ruido.

—¿Me viste atada a esa cama?

—Sí. —Baja la mirada.

Grito desesperada, no sé cómo podría perdonarle algo así.

—¿Y se supone que eres el supervampiro que cuidará de mí durante toda la eternidad?

—Es lo que he intentado hacer.

—¡Estaba atada a la puta cama de un hospital psiquiátrico, drogada hasta las cejas y me abandonaste! —Me acerco a él y le apunto con un dedo—. ¿En serio quieres que crea que alguien de verdad, alguien que me ama de verdad, me dejaría allí? Desapareciste porque es lo que tenía que pasar, igual que has vuelto por mis imperdonables errores.

—¿Como el de acostarte con Daniel? —Levanta una ceja y se acerca—. ¡Me equivoqué, lo asumo, asumo todo lo que depares para mí, pero no menosprecies lo que siento por ti porque es lo único bueno en mi vida!

—Yo no me he acostado con Daniel.

—¿Por qué?

—No es asunto tuyo.

—Dime por qué.

—Aquí las preguntas las hago yo. Explícame por qué dices que te equivocaste.

—Susan… yo no puedo seguir aquí manteniendo esta conversación si con ello te daño tanto —cubre su cara con sus manos—, no puedo, ¿lo entiendes? Creía que necesitabas verme, que me echabas de menos, si no es así, entonces el error lo acabo de cometer hoy. Olvídame, borra esta metedura de pata de tu memoria y sigue como hasta ahora, todo se arreglará, lo prometo, no volveré a molestarte.

Pasa una de sus manos por su frente y la hace resbalar hacia atrás. Cierra los ojos e intenta ocultar su rostro ladeando la cabeza. Hago que me mire poniendo una mano a un lado de su cara. Todo se enciende en mi interior con ese ligero contacto.

—¿Por qué has vuelto?
—Qué más da —cierra los ojos y niega con pesadez—, es evidente que no me quieres de vuelta.
—Eres un tramposo, sabes jugar muy bien tus cartas. —Le sonrío cariñosamente—. Solo dime por qué has vuelto.
—Daniel me dijo que estabas preparada.
—El Daniel que yo conozco no te recuerda.
—El Daniel que tú conoces está en mi bando, ha hecho lo que debía hacer. —Aprieta los dientes—. Hasta hoy.
—¿Entre los dos habéis tramado todo esto? —Abro los ojos incrédula.
—Te he estado observando en las sombras día y noche, en cuanto Peter entró en tu vida empezaste a dejar la medicación, sabía que algo no iba bien, pero no sabía el qué. Daniel era el único que podía observarte desde cerca sin levantar viejas heridas.
—¡¿Es que no tenéis escrúpulos?!
Le abofeteo y abro la puerta de la calle.
—No quiero saber más de ti. Si tanto te preocupa mi salud mental te diré que hoy mismo empiezo a tomar de nuevo los antipsicóticos, así seguro desaparecerás de mi vida.
Víctor toca su mejilla. Chasquea la lengua y empieza a caminar.
—Supongo que me lo merezco —se detiene a mi lado—, pero ni yo ni Daniel te hemos quitado la ropa. Él solo estaba aquí para averiguar cómo te encontrabas, siempre habéis jugado y lo he tenido que soportar así que no te pongas digna y asume tu parte de culpa. Casi nos da un infarto al oírte gritar esta mañana. ¡Es un puto vampiro, ¿qué querías que hiciera cuando te has ofrecido a él libremente?!
—¡¿Y tu buen amigo te ha contado que me ha magreado cuanto ha querido?!
—¡Es lo que tú le has permitido!
Está celoso, Víctor el guardián se corroe por culpa de los celos, y me gusta. Agarro el bajo del abrigo y tiro de él para que se acerque. Ni se inmuta.
—Reconoce que eso es lo que te ha traído hasta aquí.
—Perdónanos por esta fea encerrona primero.
—Estás en mi casa y mando yo, reconócelo.
—Estoy aquí porque Daniel me ha contado tu interrogatorio.
—He ido a hablar contigo —admito por fin—, o con quien fuese que se supone que eres en el mundo real.
—Ya no trabajo allí.
—¿Por qué?
—Estaba ocupado cuidando lo que es mío.
Tiro otra vez de la lana del abrigo. No mueve ni una pestaña.
Está a unos pasos de mí. Observándome. Su gesto es duro, pero sereno. Me mira sin mirarme. Estoy convencida que intenta tomar una decisión. Su porte, su difusa sonrisa, sus ojos… todo es prueba de ello. Está centrado en mí, en mi figurada derrotada. Sé que desde que he acariciado su cara todo mi cuerpo delata mi intención de abrazarlo, pero sin duda no quiere ver más allá de mis temores. Necesita evadirse de mis sentimientos por él, de los suyos. Pero yo no quiero que lo haga. No quiero que tome esa decisión en estos momentos. Si lo hace, si decide nuestro futuro sin

tenerme en cuenta, sé que no me gustará, otra vez. Volverá a optar por la opción que menos me perjudique, y yo, al igual que él, sé cuál es. Y no quiero que lo haga. No tiene tanto derecho sobre mí como para, una vez más, arruinarme la vida para que pueda, sarcásticamente, vivirla. ¿De qué me servirá? Tengo que ganar tiempo. Tengo que ser capaz de encontrar el modo de convencerle. De explicarle que no sirve de nada vivir una vida vacía. Que a pesar de lo que pueda creer, alejarse de mí no me ayudará a recuperar lo que tenía. Mi mundo ya no es lo que era. Mi mundo ha desaparecido y, a cambio, he encontrado otro. No es ni mejor ni peor. No soy la más indicada para juzgar. Pero sí es el que a mí me hace feliz y él debe entenderlo. Sea como sea, cueste lo que cueste, debe escucharme.

—Acércate, Víctor.

—No debería estar aquí…

—Nunca te he tenido miedo, así que no lo uses como excusa.

Vuelvo a tirar del extremo del abrigo. Se acerca. Cierra la puerta con un manotazo sin dejar de mirarme. De pronto, estoy atrapada entre su cuerpo y la pared del recibidor.

—Reconócelo.

—Mis celos se esfumaron al quinto o sexto puñetazo.

—Pobre Daniel, con razón tenía un ojo a la virulé.

—El problema es que se cura pronto y debo golpearle cada vez que le veo. —Su nariz acaricia mi sien.

—Os perdono, si tú le perdonas a él, pobrecillo, la verdad es que me he lanzado como una loba.

—Tú no te pareces en nada a una loba.

—¿Por qué estás aquí, Víctor? La verdad, por favor.

—Has preguntado por mí. Estabas allí con el hombre más sexy del planeta, muerta de miedo, haciendo preguntas que hasta hace días no te atrevías ni a pensar… y has preguntado por mí. Has dicho mi nombre en voz alta después de lo que te ha pasado y de lo que has sufrido, y esa era la señal que me advertía de que no verme te estaba dañando. Además de la tremenda tabarra que me ha dado Daniel para que me diese cuenta de que le rechazabas porque pensabas en mí.

—No encaja bien las calabazas —retuerzo la tela que sigo sosteniendo en mi mano—, y él no es el más sexy.

Su nariz vuelve a acariciar mi sien, aunque esta vez, con la osadía que da ver que no te apartan, se atreve a descender hasta mi cuello.

—¿Qué hago, me voy o me quedo? —Sus labios presionan mi garganta—. Es evidente que yo no tomo buenas decisiones.

—Chist, déjame abrazarte.

Cierro los ojos y me deleito con su aroma. Enlazo mis brazos a su nuca y acaricio mi mejilla con su barbilla. Me da igual. Todo me da igual. Lo único que me dice la gente es que debo volver a ser feliz. Que tengo que encontrarme a mí misma, recuperar la confianza y dejar los miedos atrás, y todo eso me lo proporciona el cuerpo, real o no, que tengo entre mis brazos.

*Ser feliz.*

Abro los ojos y los fijo a los suyos. Me pongo de puntillas y, algo temerosa, le beso. Un ligero contacto. No es suficiente, así que me atrevo a pasar la lengua sobre su labio inferior. Víctor no se mueve. Me deja actuar a mis anchas. Acaricio su boca con mis labios. Su aliento es cálido y dulzón. Apetecible. Uno nuestros labios y dejo que mi lengua encuentre su lugar en su boca.

Poco a poco, Víctor toma confianza y lentamente el beso se vuelve más ardiente.

—¿Esto significa que crees en mí, que confías en mí?

—Esto significa que tú eres lo único que me hace feliz y que me da igual lo que seas, te quiero en mi vida y buscaré la manera de que encajes en ella.

## Rotundamente sí

Víctor acaricia con la punta de sus dedos mi cara. Huele mi cuello. Suelta mi pelo. Mira mis ojos fijamente. Pasa el pulgar por mis labios. Desliza las manos por mis brazos hasta encontrar mis manos. Las levanta. Las mira cuando enreda sus dedos con los míos y finalmente, reteniendo las lágrimas en sus lagrimales, me besa. Toma mi boca con cuidado, pero con la determinación de alguien que ha anhelado durante mucho tiempo. Su lengua danza junto a la mía con absoluta confianza y destreza. Como si nunca nos hubiésemos separado. Noto sus manos en mi nuca, acariciándome, y el vello se me pone de punta.

—Víctor…

—Si no es para pararme no digas nada.

Su boca sella la mía. Toca mis muslos y asciende hasta mis nalgas. Coloca una de mis piernas por encima de sus caderas y luego la otra. Posa las manos en mi cintura y lentamente las introduce por debajo de la ropa. Sus manos son brasas sobre mi piel.

—¿No vas a pararme?

—No.

—Pues tenemos un problema.

—No te estoy tocando.

Ríe y junta mis manos para poder besarlas. Deja caer su mejilla sobre una de ellas y cierra los ojos. Por un instante parece quedarse dormido, pero cuando abre los ojos no puede ocultar la excitación en ellos.

—Ese no es el problema.

—¿Que aún llevas el abrigo?

—¿Quién soy Susan? Dime cómo debo tocarte antes de volverme loco.

—Eres Víctor.

—¿El Víctor de impulsos exagerados o el Víctor con colmillos?

—Ambos.

—Sí, es cierto. —Carcajea—. Te he echado de menos —una lágrima resbala solitaria por mi pómulo—, ni imaginas lo mucho que te he echado de menos.

Vuelve a besarme amorosamente, pero esta vez sus manos trabajan rápido. Me desnuda de cintura para arriba y acaricia mis pechos.

—¿Por qué sigo con el abrigo?

—¿Quieres que te lo quite?

—Quiero que hagas conmigo lo que te dé la gana.

Sube de dos en dos las escaleras y me deja en el suelo de la habitación. Las manos me tiemblan, soy incapaz de desabrochar el primer botón.

—Tranquila. —Besa mis nudillos—. Todo va a ir bien.

—No es eso es que… es que… te necesito ya.

No puedo procesar los movimientos hasta que estoy tumbada sobre la cama sin nada de ropa y con Víctor desnudo entre mis piernas.

—¿Asustada?

—No recordaba cuánto impresiona tu velocidad.

Introduce los dedos por mi pelo y lo huele con devoción. Traza las líneas de mis facciones con detenimiento. Con cada caricia, con cada beso, narra lo mal que lo ha pasado. El solo hecho de que estemos desnudos y se esté tomando todo este tiempo para agasajarme habla por sí solo.

—Faltó muy poco para que te llevara conmigo —dice bajito sobre la piel de mi cuello.

—Me partiste el corazón.

—Lo siento.

—No es suficiente. —Muerdo su mandíbula.

—Creí que yo era el responsable.

—Sí, lo fuiste, sabía que te había perdido.

—Regresé, te dije que regresaría.

—Yo no te vi.

—Lo siento —besa mi cuello—, lo siento. —Besa el valle entre mis pechos.

—Quería dejarme morir de pena. —Las lágrimas se deslizan por mi mejilla con libertad.

—Y yo moría contigo, cielo. Cada día, cada noche que pasaste en esa cama deseé haber muerto en Detroit.

—¿Por qué no lo remediaste?

—Era lo mejor. —Seca mi cara y la envuelve con sus manos—. En ese momento era lo mejor. Estabas tan desesperada por creer en mí que hubieses cometido más de un error. Decidí que era más fácil reparar un corazón roto que resurgir del infierno en el que te estaban metiendo.

—Me metí. —Trago saliva.

Me besa con absoluta adoración. Acaricia con estudiada calma cada centímetro de mi cuerpo logrando que mi cuerpo reviva.

Chupa un pezón mientras toquetea mi barriga.

—Dime una cosa. ¿Daniel besa bien?

—¿Por qué metes a Daniel en nuestra cama?

—Porque puedo, además, a él ya le he dado su merecido, pero a ti…

—Estás celoso —digo orgullosa.

—Sí.

Muerde mi pezón con fuerza y luego lo lame para aliviarlo. Me agarro a la sábana reprimiendo un gemido.

—Besa muy, pero que muy, bien.

—¿En serio? —Mete la mano entre mis mulsos y juega con la humedad de mi entrepierna.

—Sí. —Gimo cuando noto un dedo en mi interior—. Sobresaliente.

—Cállate ya. —Introduce otro.

—Te lo mereces. —Doblo las rodillas y separo más las piernas. Los dedos de mis pies se cierran sobre sí mismos—. Tú has iniciado este juego, no empieces lo que no puedes acabar.

Saca los dedos de golpe y apoya las manos a cada lado de mi cabeza. Paso los dedos por su pelo y le sonrío cuando con un gesto enternecedor roza mi nariz con la suya. Su erección se abre paso poco a poco, obligándome a tomar su tamaño y grosor

por completo.
—Voy a tener que gozar de cada centímetro de tu tersa piel más tarde.
—¿Impulsivo?
—Abstinente e impaciente por subsanar la situación.
—¿Casto al cien por cien?
—Mi polla y mis colmillos son solo para ti.
Empuja hasta hundirse completamente en mi interior.
—¡Arg! —Arqueo la espalda—. ¡Qué grosero!
—Sé un poco indulgente.
Muerde mi labio y me besa lujuriosamente. Su cuerpo se mueve incesante sobre el mío y yo le sigo encantada. Es grande y caliente y me colma por completo. Está hecho justo a mi medida y está aquí, entre mis piernas, hablándome y riendo como si nada hubiese pasado. Bueno no, a pesar de que los sentimientos y la pasión nos hayan llevado a la cama con rapidez se nota que aún tenemos mucho de qué hablar…
—¡Ay! —Un pellizco en el pezón.
—Deja de pensar y abrázate a mí.
—No puedo tocarte, es muy pronto.
—Abrázame de una vez.
Una fuerza invisible mueve mis brazos hasta cubrir su espalda con ellos.
—Eso es —besa mi cuello—, ¿lo sientes? —besa mi barbilla—, estoy aquí —acaricio su musculosa espalda mientras Víctor se encarga de seguir con nuestro balanceo—, ¿lo ves? Piel con piel.
Mi mente queda en blanco y solo percibo el tacto de su piel y la fricción de su pene en las húmedas y sedosas paredes de mi interior. Perfecto, es perfecto.
—Te quiero… te quiero.
—Y yo a ti, Susan.
Acuna mi cara entre sus manos y me besa hasta que juntos alcanzamos un increíble orgasmo.
—Matrícula de honor.
Susurro en su oído cuando se deja caer a mi lado. Él ríe satisfecho. Apoyo la cabeza en su hombro y paso una pierna por encima de su abdomen.
No vas a irte a ningún sitio, Víctor Mclise.
—¿Tienes sueño? —dice besando mi cabeza al cabo de una media hora.
—No.
—¿Quieres que comamos algo?
—No.
—¿Un baño?
—No.
—¿Un masaje?
—Ummmm… No.
—Pues entonces pregunta, porque en breve volveré a lacrar tu boca con besos.
—Cuéntame mejor lo de Daniel, necesito entender por qué habéis jugado conmigo de ese modo.
—¿Sigues enfadada?
—Víctor Mclise —me siento a su lado—, estoy enfadada contigo por muchos y

variados motivos, pero como no voy a dejarte salir de esta cama en días tendré tiempo de perdonarte, ahora lo que quiero es entender.

—Muchos días.

—Todos los necesarios hasta que no quede ni una pizca de rencor en mi corazón.

—Lamento haberte dañado, no era mi intención.

—Tú no me has dañado, ha sido tu ausencia y el delito no lo has cometido en soledad, yo he colaborado bastante, así que no te disculpes, odio el tono de tu voz cuando lo haces.

—Eso es porque lo hago de corazón.

—Daniel. —Paro su inminente ataque apoyando las manos sobre su pecho. Pone los ojos en blanco.

—Todo iba bien hasta que regresaste de Barcelona —dibuja círculos sobre mi rodilla—, bueno más o menos bien. En un principio pensé que estabas fingiendo, que seguías con lo planeado, que actuabas para que tu familia te creyese. Pero enseguida me di cuenta de que no era así. Me alegré por ti. Prefería ser un espejismo que causarte problemas, así que me convencí de que mi decisión había sido correcta. Era una tortura estar tan cerca y a la vez tan lejos de mi pareja, pero tenía un plan y sabía que, aunque te costase asumir lo de la enfermedad, al final lo superarías.

—¿Viajaste a Barcelona?

—Te dije que jamás volverías a estar sola.

—En principio fue así, pero cuando vi que no volvías… fue más fácil estar enferma, de hecho, sigue resultando más fácil.

—No puedo hacer nada al respecto salvo quedarme a tu lado. —Se incorpora y me da un pequeño beso—. ¿Por eso seguiste tomando la medicación?

—Funcionaba. —Levanto y bajo los hombros indiferente—. Daniel.

—Fue la aparición de Peter lo que me alertó, con él en tu vida empezaste a reír de verdad, salías, comías… pero también dejaste la medicación.

—Me reconoció, y eso me inquietó. Era feliz porque cuando hablé con él descubrí que todo tenía sentido. Que era cierto, que había sufrido un terrible episodio en mi vida y que debía superarlo. Sin embargo, algo en mi interior lloraba en silencio, Peter significaba tu desaparición.

—Y viste a Daniel.

—Sí, el primer día.

—Fue casualidad. Observé la escena y sabía que traería consecuencias, pero en parte, me alegré. Si Daniel removía tus recuerdos tal vez tú quisieses tenerme en tu vida otra vez. Podríamos tener otra oportunidad, hacer mejor las cosas. Sé que suena egoísta, pero no podía más, necesitaba abrazarte con toda mi alma y, sin embargo, debía conformarme con verte a distancia porque yo mismo lo había decidido así.

—Y lo enviaste.

—Sí. Debía actuar como un humano para no remover mucho las cosas. Sabía que vuestra atracción sería un problema y a la vez una ayuda. Confiarías en él, estaba totalmente convencido, así que me arriesgué. Necesitaba comprobar tu estado de cerca, conocer tus verdaderos sentimientos y Daniel era el más indicado, de hecho, era el único.

—¿La seducción estaba en el plan?

—Siempre ha estado en vuestro plan —resopla resignado.
—¿Y si hubiese salido mal? Podría haber empezado a salir en serio con él sin preguntarme por los acontecimientos paranormales de mi vida anterior.
—Era un riesgo que debía correr —coloca mi pelo tras la oreja—, si eso pasaba significaba que mi decisión no había sido tan desastrosa, al menos para ti.
—Pobre Daniel, habría sufrido tus puños durante siglos.
—No tanto, os hubiese dejado tranquilos, si no soy yo, él es la mejor opción. Hubiese muerto por ti y eso me basta para retirarme, con el tiempo claro, antes le hubiese propinado unas cuantas palizas.
—Mentiroso, estás aquí porque me ha besado. —Me inclino y le regalo un beso.
—Ya te he dicho que tenía un ojo morado y un brazo roto porque te ha besado, estoy aquí porque has ido en busca de respuestas.
—"Susan, haz bien las preguntas" —dibujo comillas en el aire a la vez que hago una mala imitación suya.
—Algo parecido. —Ríe con ganas—. ¡Dioses, cuánto necesitaba tu mordaz sarcasmo!
Le doy una patadita en el pecho y él aprovecha para atrapar mi tobillo y darle un mordisco a mi dedo gordo.
—Vale —agito las manos—, hablando hipotéticamente, si tú existes y además eres lo que dices ser y todo lo que viví fue real, ¿por qué Peter me reconoció?
—Tuve que trabajar con él.
—¿Qué?
—Me llevó un montón de horas, a mí y a un par más. Recordó exactamente lo que yo quise que recordase, pero a la vez debía orquestar una especie de coartada a su alrededor. Todo el mundo que te hubiese visto con él debía apoyar la historia, por lo que tuvimos que fabricar una trama que les condujese a alguna parte, trabajar con toda la comisaría y con tu exjefe, por cierto, tiene muy buenos pensamientos sobre ti.
Besuquea todos los dedos de mi pie.
—Cuesta creérselo, aunque parece mirarme de otra manera.
—Dale una oportunidad, no es tan horrible como parece.
—Pensé que solo usabais ese don en emergencias —gimoteo cuando sus manos masajean mi pantorrilla.
—Era una emergencia, necesitaba crear el escenario perfecto para que tú olvidases nuestro mundo y para ello lo mejor era que Peter te explicase lo que pasó con aquel caso —se arrodilla frente a mí—, pero no funcionó, tu subconsciente quería acostarse conmigo, aunque fuese una alucinación.
Levanta las cejas y se lanza sobre mi boca. Me besa apasionadamente. Me cuesta respirar. Se aparta y me sonríe con picardía.
—Voy a comerte.
—¿Dónde y a qué hora?
El teléfono móvil suena.
—¡Mierda! —Salgo corriendo en busca de mi ropa, está abajo tirada en el suelo del recibidor—. Hola.
—¿Estás bien?
—¡David!

—He decidido llamarte.
—Me he despistado perdona, ¿puedo ayudarte en algo?
—En dos semanas es el cumpleaños de Niki, quiero darle una sorpresa, ¿vendrás?
—Por supuesto.
—¿Me echarás una mano con algunos teléfonos y algunas compras?
—Cuenta con ello. David debo dejarte me pillas en mal momento.
—Ok, te mantengo informada.
—Un beso, cuídate.
Dejo la ropa sobre la butaca de mi habitación. Víctor está tumbado boca arriba con las manos bajo su cabeza. No lleva nada puesto y tampoco le cubre la ropa de cama por lo que puedo contemplar su cincelado cuerpo a placer.
—Debería haberlo matado.
—Deja de decir tonterías.
—No quiero que te llame, es mi única norma.
—Es un amigo y necesita apoyo.
—Te pegó —dice con su frente apoyada en la mía. ¿Cómo puede moverse tan rápido?
—No sé si eso es cierto del todo. —Me aparto y antes de que pueda darme la vuelta me sujeta por el brazo.
—Yo sí lo sé, tuve que admirar su bella obra —dice entre dientes.
—Los informes médicos no describen ninguna contusión que se parezca a las que teóricamente él me hizo.
—Eso es porque bebiste sangre de mi polla, ¿recuerdas?
—¿Te das cuenta que los celos te vuelven vulgar e insufrible? —Pongo un dedo sobre su pecho y lo empujo infructuosamente—. Escúchame bien porque es la última vez que lo digo, por lo que a mí respecta tú eres un producto de mi imaginación así que no me jodas con normas y deja que reorganice mi vida alrededor tuya. Si cuando lo haga, David debe salir de ella lo hará, pero por ahora no tienes privilegios.
—¿Pero sí los tengo de piel? —Levanta una ceja, sus ojos han cambiado ligeramente de color.
—Sí, necesito mucho sexo salvaje hasta perdonarte del todo. —Muerdo su duro pecho y me abrazo a su cintura.
—¿Fuiste tú? Dime si tú y Daniel tuvisteis algo que ver con el accidente.
—Tenía que encontrarte y sabía que él podía ayudarme.
—Te pedí que lo dejases correr.
—Y yo te dije que no matarlo era más difícil que no probar tu sangre.
—¡Basta! —Pongo un dedo sobre sus labios—. No quiero oír más, no quiero vincularte a su silla de ruedas.
—¿Quieres vincularme a un buen beso, a uno de matrícula de honor?
Asiento y el beso del siglo no se hace esperar.
¡Madre mía cómo pretendía renunciar a esto!
Sentados en el suelo del salón con la chimenea eléctrica encendida nos estamos comiendo los espaguetis a la boloñesa que empecé a preparar antes de aceptar a Víctor nuevamente en mi vida. Estamos desnudos y tapados con una manta, pues aquí

también hemos recuperado parte del tiempo perdido. No hemos vuelto a hablar de muchas cosas, pero ha conseguido convencerme, entre beso y beso, de lo mucho que le costó dejarme atada en aquella cama, de hecho, por lo que dice no salió del hospital hasta que dos días después me dejaron regresar a mi habitación. No volvió a entrar a verme, pero se aseguró de que las enfermeras me tratasen con mucho cuidado y cariño con alguna artimaña mental.

—No —dice de pronto.

—¿No?

—Le pegamos una buena paliza, pero iba lo suficientemente borracho como para salirse de la carretera él solo.

—¿Lo visteis?

—Sí, pretendíamos seguirlo y encontrarnos a solas con él de nuevo, un perro se asustó al vernos y salió corriendo.

—¿No le ayudasteis?

—¿Me hablas en serio? —Levanta las cejas y sigue comiendo.

Puedo entenderlo. No creo que les apeteciese mucho donarle su sangre.

—¿Regresaste?

—¿Dónde?

—Después de la primera visita, ¿regresaste de verdad?

—Regresé todas las noches, pero tu padre estaba allí. —Limpia la comisura de mi boca, debo tener tomate.

—Eso es una excusa, podrías haberte metido en su cabeza y campar a tus anchas por mi cama.

—Estaba asustado, ¿vale? —Deja el tenedor sobre el plato y el plato sobre la alfombra con gestos un tanto agresivos—. No sabía qué hacer, qué era correcto y qué incorrecto, no sabía hasta qué punto te convenía mi presencia ni si debía arriesgarme a involucrar a más gente. Solo quería sacarte de allí y esconderte en un lugar seguro solo para mí. —Se lleva las manos a la cabeza—. Estaba sediento y tú, si estabas enferma, necesitabas mi sangre y eso me excitaba por lo que no estaba seguro de poder controlarme y pensar con claridad. ¡Tu familia te hubiese buscado hasta su muerte, habrían movido cielo y tierra hasta encontrarte! Y ten claro que si te sacaba de allí no te habrían encontrado, habrían pasado un infierno. ¿De verdad crees que podía hacerte eso? ¡No podía! Joder, estaba muy asustado —frota sus ojos con el dorso de la mano—, no quería ser el culpable de todos tus problemas…

Me siento a horcajadas sobre sus piernas, acaricio su cara con muchísimo cariño y beso sus labios con ternura.

—Déjame verlo.

—¿El qué?

—Lo que escondes tras esa apariencia serena.

—No sé de qué hablas.

—Llevas controlando tu sed desde que me conociste, te han herido de gravedad, has vivido alejado de mí durante meses sin catar ni carne ni sangre, y hemos hecho el amor tres veces sin que me hayas causado ni una sola rozadura. No me hagas parecer estúpida y enséñamelo.

—Si lo dejo salir no podré retenerlo.

—Pues no lo hagas. Me manipulaste y me mostrarte cómo sería, hazlo.
—¿Lo recuerdas?
—Perfectamente.
—¿Estás enfadada?
—Eso es lo único que te perdoné al instante.
—Es pronto, necesitas más tiempo.
—Ya me has dado mucho tiempo, hazlo.
Niega con la cabeza, pero sus ojos empiezan a ser de un color rosado.
—¿Quieres que lo empiece yo, que acabe descontrolado y luego te sientas culpable?
—No.
—Eso es lo que pasará si no lo haces, sabes que soy capaz, y la verdad, sería una pena que la ficción superase la realidad.
—¿Quieres que beba de ti?
—Sí, pero antes enséñamelo.
Víctor da libertad a su sed y deja que sus colmillos se desarrollen al máximo. Sus ojos son candentes llamas, su piel, de cara y cuello, se ha llenado de pequeñas venitas azuladas y sus manos se ha provisto de finas y largas garras. Jamás lo había visto tan… depredador.
—Muy bien, vampiro, ahora toma lo que te pertenece y deshazte de todo ese sufrimiento.

## Completamente feliz

Sus colmillos retroceden hasta convertirse en pequeñas dagas, sus venas se difuminan quedando solo claramente visibles sobre los pómulos. Me eleva unos centímetros para retirar la manta y me deja caer sobre su erección. Muevo las caderas por instinto, sin embargo, Víctor pone sus manos sobre ellas y me detiene.

—Dame unos segundos, déjame disfrutar de esta imagen.

—¿No decías que no podrías detenerte?

—Saber que voy a poder saborearte me tranquiliza.

—¿No vas a discutir sobre ello?

—Esta vez no. —Lame sensualmente mi garganta—. Mi mayor error fue no hacerlo cuando tuve la oportunidad, nos hubiésemos ahorrado todo este calvario.

—¿Me llevarás a tu cabaña algún día? —Huelo el aroma a limpio de su cuello.

—Cuando todo esté en calma, te llevaré donde me digas.

—No vuelvas a meterte en mi cabeza.

—No, sin tu permiso.

Muerde mi barbilla y pasa ligeramente sus garras por mi espalda.

—Ahora déjame disfrutar del momento.

Ladea la cabeza y se pasa la lengua por el colmillo antes de humedecerse los labios.

—Recógete el pelo, por favor.

Obedezco y recogiéndome el pelo en un improvisado moño lo mantengo sobre mi cabeza.

—Increíblemente sexy.

Lame un pezón y luego tira de él. Pasa un recién trasformado dedo por el borde y recorre el lateral de mi cuerpo. Lo sube por la axila y acaricia mi brazo hasta el codo para luego retroceder. Asciende por el hombro y traza la línea que separa mi cuello de mi cara.

—¿Sabes qué estoy contemplando?

Niego tímidamente con un nudo en la garganta. Ese dedo puede hacer estragos en una mujer, sobre todo si esa mujer soy yo y tiene una erección enorme en su interior colmándola por completo.

—Tengo ante mí la imagen más erótica y elegante que se pueda imaginar. —Trago saliva—. Tú, la elegida para completarme, desnuda sobre mi entrepierna; con los labios hinchados y húmedos; con mechones de tu largo y claro pelo cayendo con naturalidad sobre tus hombros; con las chispa de la incertidumbre y la lujuria en tus castaños y grandes ojos; bañada por la luz de la chimenea que hay a tu espalda. —Se acerca a mi cuello y susurra en mi oído—: Y con tus músculos vaginales palpitando al escuchar mis palabras, estás aquí esperando que yo hunda mis colmillos en tu bonita piel —succiona mi cuello y luego lo besa—, y lo único que me detiene es estropear esta bonita imagen y no saber por dónde empezar: tu cuerpo o tu sangre.

Gimo muerta de deseo y al hacerlo inclino ligeramente la cabeza hacia atrás

arqueando la espalda.

Por mí las dos cosas a la vez están bien.

Sus labios presionan mi cuello. Dibuja un pequeñísimo círculo con su lengua y al instante, en ese punto exacto, noto una sutil punzada seguida de una quemazón.

Siento cómo mi sangre se congrega en ese punto ansiando ser probada por semejante hombre. Todo mi cuerpo le invita a continuar. Cada uno de mis gestos y de mis ruidos le hace saber que me gusta, que no quiero que se detenga. Nada, ni siquiera la experiencia forjada en mi memoria, se parece a lo que experimento mientras Víctor succiona mi sangre. La calidez se traslada a mis entrañas y de ahí a mi útero. Creo que va siendo hora de que desconecte y simplemente disfrute. Es momento de dejarse llevar por el clímax de un orgasmo incontrolable.

—Abre los ojos y mírame. Eso es. ¿Estás bien?

—En el cielo.

—No amor, eso no era el cielo, eso solo era el viaje hacia él.

Con una de sus garras se abre un corte sobre el pecho, la sangre emerge roja y llamativa en la oscuridad.

—Mientras bebas no cicatrizará.

—¿Quieres que beba?

—¡Oh, sí! —muerde mi hombro—. Mientras follamos y yo vuelvo a abrir esas bonitas cicatrices. ¿Tú quieres no?

Me mira algo sorprendido y preocupado al mismo tiempo.

Ni le contesto. Lamo la herida. Su sangre es dulce y caliente. Tal y como la recordaba. Succiono. Mi boca se llena del preciado líquido rojo. Esta sangre podría cambiar el mundo. Al menos, mi mundo.

—Eso es, cielo, lo estás haciendo muy bien. —Empieza a moverse—. Lo que tú quieras, cariño, solo lo que te apetezca.

Con cada movimiento, con cada palabra, con cada dedo sobre mi piel me precipita rápidamente al abismo. No quiero que esto acabe, es mi paraíso particular.

Sus colmillos penetran de nuevo mi carne. Sus manos me sujetan por la cintura y me ayudan a subir y a bajar con voracidad.

*Joder… no sé qué parte de mi cuerpo está más ardiente.*

Escucho cómo jadea sobre mi cuello, disfruta tanto como yo.

Tiro de su pelo y de inmediato sabe lo que quiero. Levanta la cabeza y me besa fervientemente. Cato el sabor de mi sangre y él el de la suya.

*Joder.*

—¡Arg! —exclama dejándome tomar aire—. Quiero más.

—Antes vuelve a besarme.

—Puedo hacer las dos cosas a la vez.

Me abraza con fuerza aumentando la potencia de sus embestidas y me besa. Su lengua juguetea con la mía y de repente sus colmillos la atraviesan. Mi gemido se pierde en el interior de su boca, pero mi contoneo le advierte de que el final está cerca. Se clava en mí contundentemente y su orgasmo invoca al mío. Todo se vuelve de múltiples colores, hay una fiesta en mi organismo justo antes de que todo se apague.

Despierto sobre el sofá arropada por una manta. Estoy desnuda y con el pelo hecho un desastre. La tenue luz de la mañana entra por la ventana iluminando la estancia paulatinamente. Me siento de golpe al recordar a Víctor.

¿Y Víctor?

—Estoy aquí.

Miro sobre mi hombro y lo encuentro apoyado en el marco de la puerta. Lleva puestos los vaqueros, nada más, excepto una taza de café entre las manos que le queda muy sexy.

—Relájate, me has prohibido abandonar tu cama. —Guiña un ojo.

—Eso no es mi cama.

—Cielo —tuerce la boca perversamente—, en esta casa cualquier lugar nos sirve de cama.

—Cierto.

He llegado hasta él envuelta con la manta, por lo que me pongo de puntillas y le beso.

Llaman a la puerta.

—Es Daniel —afirma al ver mi cara estupefacta—, vístete e invítale a entrar. —Con la barbilla señala la ropa que hay sobre la butaca—. Iré preparándote algo para desayunar.

Le hago caso y me visto lo más deprisa que puedo.

¿No se supone que daba yo las órdenes?

—Hola.

—Buenos días, preciosa.

Lleva puesta su ropa de Final Fantasy y el moratón de su ojo es de un azul intenso.

Miro intrigada a Víctor que apoya un hombro en el quicio de la puerta de la cocina, ese morado no debería estar donde está.

—Tiene facilidad para meterse en líos —responde a mi silenciosa pregunta.

—¿Te encuentras bien? —dice Daniel a la vez que coloca un mechón de mi pelo tras la oreja.

—Ese ojo sigue teniendo mala pinta. —Vuelvo a contemplarlo.

—Riesgos laborales, estoy acostumbrado.

Miro por encima del hombro a Víctor y el dorado de sus ojos me atrapa por completo.

—¿Susan? —Daniel acaricia la línea de mi mandíbula.

Vuelvo a la realidad y le miro un tanto sorprendida, por un instante se me había olvidado de que estaba aquí. Daniel está rígido y su rostro muestra tensión. Aprieta sus labios con fuerza y cuando decide dejar de mirar a Víctor para centrarse en mí cierra brevemente los ojos.

—¿Puedo pasar?

—Espera. —Sujetándole por la muñeca salgo a la calle y busco testigos. Está desierta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta una vez en el interior.

—Buscaba un humano respetable que me dijera que también te veía.

—¿Y por qué no lo haces con él? —Levanta la barbilla señalando a Víctor.
—Daniel —saluda Víctor en tono serio.
—¿Y bien? —Me mira inquisidor ignorando por completo a su amigo. Deben seguir enfadados.
—Bueno… tengo pruebas de que tú existes… solo quería comprobar que eras el de verdad… además tú ya estabas fuera…
—Deja de comportarte como si estuvieses loca o tendré que darte unos contundentes azotes.
Miro a Víctor de reojo. Sigue en el umbral de la puerta cuestionando abiertamente el comentario. Capto la mirada de Daniel y le indico, con un movimiento de ojos, que tenga cuidado, que Víctor está delante y no muy relajado.
—¡Prefiero no saber de qué va esto!
Víctor desaparece en el interior de la cocina y empieza a trabajar en el desayuno.
—Tú y yo, arriba —le indico con el dedo la dirección.
—¿Por qué arriba?
—Arriba —ordeno.
Levanta las manos mostrando una rendición exagerada y sube sin decir nada.
Una vez en mi habitación se sienta en la butaca y saca una a una las prendas de ropa de debajo de su culo.
—Vaya, vaya, parece que me he perdido la fiesta —dice contemplando mi sujetador.
—Lo siento. —Muerdo mi uña.
Los ojos de Daniel desprenden fuego cuando se cruzan con los míos.
—¿Qué haces?
—Lamento haber jugado con tus sentimientos, no era plenamente consciente.
—Ven aquí. —Subo sobre su regazo y apoyo la cabeza en su pecho. Acaricia mi pelo entreteniéndose en desenredar algún que otro nudo—. Tienes derecho a elegir, mi necesidad de ti te empujó más de la cuenta, soy yo quien debería disculparse.
—¡Las manos quietas! —grita Víctor desde abajo cuando Daniel toca el bajo de mi espalda. Doy un respingo involuntario y Daniel mira hacia el exterior de mi cuarto.
—¿No va a dejarnos tranquilos? —Hay mucho cariño en el tono de su voz, en su mirada.
—Puedo quererte, ¿sabes? —Le sonrío.
—Qué pena que a él le ames. —Besa mi frente.
Cierro los ojos intentando que no vea la humedad de mis ojos.
—Perdona, no debería haber dicho eso, aún debo acostumbrarme.
—Mentiría si ignoro lo mucho que pienso en ti.
Un gruñido agudo llega desde la cocina y luego el sonido de varios cacharros.
—Podríamos seguir intentándolo —dice al pasar el pulgar por mi garganta.
—¡Os estoy escuchando y os aseguro que hoy no es un buen día para vuestros jueguecitos!
Daniel sujeta mi barbilla con sus elegantes manos y hace que le mire.
—Ahora estás aquí conmigo —susurra.
—Está algo nervioso.
—Sabe que soy la competencia.

—Creí que ayer te despediste de mí.
—Lo hice, pero cambié de opinión.
—¿Por qué?
—Tú eres muy importante para mí, Susan. He intentado obviar lo que inexplicablemente siento por ti, pero es angustioso y doloroso, prefiero permanecer cerca, asegurarme de que estás a salvo.
—Pero Víctor ha vuelto.
—Ya lo sé —mira de nuevo hacia el pasillo y me abraza con fuerza—, tendremos que aprender a convivir juntos porque no pienso rendirme.
—Siempre serás mi amigo, Daniel, te quiero de verdad, eso no va a cambiarlo nadie.
—No solo soy tu amigo —trago saliva—, debes reconocerlo antes de que cometa errores gigantescos, Susan. —Acuna mi cara entre sus manos—. Tengo un plan y voy a cumplirlo, pero antes debo saber si lo que creo que sientes por mí es cierto.
—Me gustas mucho, pero Víctor…
—¿Has tomado el tratamiento?
—He vuelto a tomar los antipsicóticos, nada más.
—Y seguimos aquí los dos.
—La otra vez tardó en hacer efecto, supongo que tendré que esperar un poco más.
—¿Lo sabe él?
—¿Hay algo que no sepa? —Pongo los ojos en blanco.
—¿Quieres que desaparezca? —Inevitablemente me levanto al escuchar las quejas de Víctor. Daniel se incorpora y bloquea la visión más allá de su cuerpo.
—¡Esta bien, sé que estás ahí y que no desaparecerás fácilmente, pero concédenos algo de intimidad! —grita por encima de su hombro.
Hay muchísima pena en sus hermosos ojos verdes, no brillan como siempre, no parecen hierba mojada, más bien son de un tono musgo.
Con un enorme nudo en mi garganta intento contener la calma y contestarle con sinceridad.
—La verdad es que no lo sé, si lo hace, tal vez dejaré el tratamiento para volver a verle, pero necesito comprobarlo.
—Siempre podrías mostrarle en público como un trofeo.
—¿Y que me digan a la cara que no existe, que no existís? No estoy preparada.
—Yo existo.
—¿Tú eres el Daniel vampiro?
Necesito oírlo de su boca. Daniel es de carne y hueso. Pero no descarto que un Daniel, el Daniel inmortal para ser exactos, sea una fantasía.
—Soy capaz de ser los dos.
—Eso es precisamente lo que me gustaría oír, así que no responde a mis dudas.
Daniel da un paso hacia mí y me rodea con los brazos.
—¿Por qué es tan necesario en tu vida?
—Con él puedo amar.
—Yo sé que tú y yo no hemos llegado muy lejos, pero veo amor en tus gestos, en tus miradas…

Acaricia mi mejilla con sus pulgares y sonríe forzadamente.
—Dame la oportunidad, concédeme algo de tiempo.
Asiento mordiendo el interior de mi labio.
—¡O bajáis a desayunar o subo yo!
Desvío la cabeza de nuevo en busca del dueño de esa voz.
—Se le acabó la paciencia, es mejor que bajemos.
—Solo necesito unos segundos más. —Acerca su cara a la mía peligrosamente—. Escúchame, Susan, porque solo voy a tener esta conversación contigo una vez. Voy a dejarte hacer esto a tu modo porque hoy resplandeces, por mal que me parezca, aunque cruce una peligrosa línea para estar a tu lado, voy a tolerar esta situación. —Inhala sobre mi cuello—. Sin embargo, cuando crea que se vuelve peligrosa, cuando piense que definitivamente te pierdo, tomaré cartas en el asunto. —Un lánguido beso sobre la piel de mi garganta—. ¿Me das tu permiso?
—No sé si te entiendo. —Las piernas me flaquean, menos mal que me abraza con fuerza.
—¿Me dejas seguir a tu lado? —Su aliento acaricia mis labios.
—¿Te ves capaz de soportarlo pase lo que pase?
—Estaré aquí para sujetarte, siempre. —Sus labios rozan los míos.
—Daniel…
—Al menos debes concederme esto, Susan. —La carne de sus húmedos labios aprieta mi labio inferior.
—Víctor…
—Víctor tendrá que acostumbrarse a mi presencia, no olvides que ya se marchó una vez y el que regresó fui yo.
—Eres peligrosamente…
—¿Guapo? —Besa la comisura de mi boca—. ¿Sexy? —Su lengua encuentra la mía y nos fundimos en un cálido beso.
—Convincente —suspiro.
—No ha dicho ni mu. —Su barbilla apunta hacia el exterior.
—Es cierto.
—Sabe que tengo razón y tú también. —Guiña un ojo antes de darme un fugaz beso.
—¿En qué?
—Eres mía y conseguiré que solo yo ocupe tu mente —posa un dedo sobre mi frente y luego sobre mi pecho— y tu corazón.
—Daniel…
—No quiero que digas nada más, tenemos un plan. —De pronto parece nervioso—. Sí, tenemos un plan y va a funcionar de maravilla. —Aprieta cuidadosamente mis hombros—. ¿Estás segura de que te encuentras bien?
—Más que bien.
—Vale —besa mi frente—, confío en ti.
Se coloca la trenza varias veces y con los dedos estira sus cortos mechones rojizos hacia arriba.
—De repente pareces inquieto.
—Mi plan es un pelín precipitado. Me faltan datos y temo equivocarme —me

abraza de nuevo— no quiero que esto te perjudique. Bésame otra vez.

Un carraspeo interrumpe nuestro contacto, pero solo porque yo aparto a Daniel de un empujón. Ambos miramos hacia la puerta. Víctor nos mira con el ceño fruncido.

—Podrías enseñarme uno de esos juegos de dominatrix, me irá bien para atar a este encolerizado vampiro a la cama.

—Eso no funcionará si él no se deja, ¿lo sabes verdad? —Ni se molesta en disimular su forzada sonrisa.

—Se dejará, no te preocupes por eso.

—Tengo algo urgente que hacer, ¿estarás bien?

—¿Qué cojones te pasa? —Víctor entra en el cuarto—. ¿Acaso has olvidado quién soy?

Daniel no aparta sus ojos de los míos ni un solo segundo. Espera pacientemente mis respuestas, controla mis gestos y mis movimientos…

—Por supuesto que sí —digo algo ofendida—. Es Víctor.

—Toleraré su presencia, pero no seré su amigo —dice solemne—, que os quede claro a los dos, sobre todo a ti, Susan —levanta el índice—, has aceptado mi presencia, procura mantenerlo alejado cuando estés conmigo.

Me abraza de nuevo y coloca mi pelo tras los hombros.

—Vuelvo en dos o tres horas, ten cuidado.

Al salir, sus hombros chocan con los de Víctor, sin embargo, Daniel parece no inmutarse.

Víctor me acorrala entre la pared y su cuerpo y hunde la nariz en mi pelo.

—¿Qué demonios le ocurre?

—Le gusto. —Levanto los hombros.

—Es un caso perdido —dice en la comisura de mi boca.

—Estaremos con él hasta que se encuentre.

—Él quiere más que estar a nuestro lado, ya lo has visto. De pronto es como si no existiese.

—¿Y le culpas?

—La verdad es que no.

—Necesito tenerlo cerca, Víctor.

—¿Y quieres que desaparezca cuando estás con él para besarlo a tus anchas?

—Ni siquiera estoy segura de que seáis reales. Él era Daniel, sí, ¿pero cuál? Necesito tiempo y él ha estado a mi lado en todo momento.

—Estoy de acuerdo contigo en eso.

Muerde mi labio y me besa. Pasa la lengua por mi cuello y pellizca la piel con sus dientes.

—¿Me dejas desayunar?

—¿Y Daniel?

—Soy tu prisionero, acepto tus castigos. —Clava sus finos colmillos en mi yugular y se alimenta de mí durante unos breves segundos—. Exquisito. —Lame la herida y luego saborea sus labios.

—¿Y ahora qué hago yo con este calentón? —Levanta una ceja y me sonríe.

Atrapo los gruesos labios de Víctor antes de que mi cabeza vuelva a darle vueltas

al estrafalario asunto. Desabrocho su pantalón y meto la mano.

—Mmm… grande y suave —bajo sus pantalones y su ropa interior—… apetecible. —Humedezco mis labios antes de llevármelo a la boca.

—¿Vas a hacerme lo de la última vez?

—Pensaba que no te había gustado.

—Si puedo devolvértelo, sí.

Empuja con cuidado hasta introducirse en mi cavidad. Su mano sostiene mi cabeza por lo que no me preocupan sus embestidas. Lamo la punta con devoción. Lo acaricio con mis labios y al final muerdo con todas mis ganas. La sangre resbala por mi garganta regalándome vida. Mis rodillas, clavadas en el suelo, pierden consistencia, mi cuerpo se convierte en gelatina.

—Aguanta —dice tumbándome en el suelo—, espérame —se introduce hasta la empuñadura—, deja que nos corramos juntos. —Perfora mi pecho y se atiborra a placer. Su pene entra y sale de mi cuerpo con rotundidad.

—¡No puedo más!

Mi mundo estalla en mil pedazos. Todo lo físico desaparece. Levito en mi propio regocijo y, aun así, noto cómo Víctor me traslada a la cama y vuelve a hincar sus colmillos en mi entrepierna.

El paraíso Víctor en mi propia casa. No quiero regresar jamás.

—¿Qué vamos a hacer, Víctor?

—Sexo salvaje hasta que me perdones.

—Ya te perdoné hace horas. —Trazo círculos sobre su pecho.

—Pues fingiremos que no lo has hecho.

—Hablo en serio. —Beso su brazo—. ¿Qué vamos a hacer a partir de ahora?

—Deja que las cosas fluyan con libertad.

—Podrías mudarte aquí.

—Ya me he mudado, hasta que levantes mi castigo.

—¿Puedo presentarte a mi familia?

—¿Eso significa que soy real?

—Es una manera de comprobarlo.

—Susan, sabes cuáles son las normas.

—Daniel se relaciona sin problemas con humanos.

—Daniel hizo una excepción, además, él lo tiene más fácil.

—¿Por qué?

—Si se viese en la necesidad de mostrarse, su tatuaje camufla casi por completo su piel.

—Solo lo tiene en un brazo.

—En cuanto la gente lo ve es como si solo tuviese uno. —Acaricia mi espalda—. Además, ¿qué harías, me llevarías a una comida familiar y ya está, qué pasaría en vacaciones, bodas, el cuatro de julio, navidades? No puedo exponerme tanto y la gente se haría preguntas.

—Yo creo que lo harías muy bien. —Hago un puchero.

—Si pusieses ese gesto en casa de tu padre podría morderte sobre la mesa.

—Tú no eres tan impulsivo.
—Es mejor que sigas pensando así, ya te he catado y tú consientes sin necesidad de manipularte por lo que hay pocas cosas que me obliguen a detenerme.
—Ahora mismo pareces una estatua.
—Porque necesito que te repongas, he bebido en exceso, y muerta no me sirves.
—Qué romántico.
Ríe y besa mi coronilla.
—¿Le sirvo el desayuno, señora?
—No esperaría otra cosa de mi prisionero. ¿Crees que me transformaré pronto? —Le abrazo por detrás cuando se sienta en el borde de la cama para ponerse los pantalones.
—Lo dudo, pero cualquier cosa es posible a partir de ahora, así que pórtate bien y ve preparando el terreno para cuando tengas que huir.
—¿Por qué tendremos que salir corriendo?
—Supongo que no querrás poner en peligro a los tuyos.
—¿Podría morderles?
—No sería difícil, estarías más cerca de ellos que de cualquier otro. Para cuando manejes completamente la sed habrán fallecido.
—¿Y si te tatúas los dos brazos?
—¿Dime cómo?
—Sigo pensando que lo harías muy bien —refunfuño—, mi padre te adoraría.
—Ya veremos, no forcemos las cosas, si llega el momento me lo plantearé de nuevo —se levanta y me da un beso en la frente—, ahora vuelvo.
Me dejo caer en la cama. Feliz. Completamente feliz. Así es como me siento.
Dejo que mi imaginación muestre mi posible futuro y, a pesar de que perder a mis padres me dolería, sé que Víctor es lo que quiero.

—Despierta cielo, tienes que comer.
—¿Me he dormido?
—Unos minutos nada más, come y luego nos metemos bajo estas mantas.
—Eres un regalo. —Atrapo su cara entre mis manos y lo beso con todo el amor que soy capaz de transmitir, y debe ser mucho porque mi pecho está a punto de estallar cuando veo cómo sus ojos color caramelo se empañan de emoción.
—Dímelo, Susan. No me tortures más.
—TE AMO.

***Fin***

# EPÍLOGO

## CARTA PARA ROBERT LEVINSON

Sé que durante todo este tiempo, oculto tras esa dulce sonrisa, has vivido un auténtico suplicio. Lo has hecho muy bien, créeme. Has cuidado de mí con muchísimo cariño y respeto, sin mostrarme lo duro que era para ti. Has volcado todas tus esperanzas y energías en colmarme de confianza y seguridad sin importar lo abatido o contrariado que estuvieses ese día.

Ya todo ha pasado. Al fin estoy bien.

Durante todos estos meses has podido comprobar mi evolución, también algún que otro tropiezo. He llorado y reído. He sentido miedo y he sido valiente superándolo. A veces he escuchado, otras no. E incluso, como solo tú sabes, he dudado seriamente de lo que era verdad o mentira en mi vida.

Se acabó, puedes estar tranquilo.

He decido escribirte esta carta porque creo que mereces conocer la verdad.

Soy feliz, papá. He conseguido superar un horrible episodio de mi vida y vuelvo a ser feliz. Más aún, soy más feliz de lo que lo he sido nunca.

Sin embargo, para seguir siéndolo tengo que tomar una dura decisión. Quizá es absurdo hacerte partícipe, pues tal vez nunca la lleve a cabo, pero es muy importante para mí hacerte saber, aunque sea de este modo ambiguo, mis planes de futuro.

Hay dos personas muy especiales en mi vida. Un ser que es real. El otro tengo serias dudas. Todos queréis que vuelva a mi vida tal como era antes, desgraciadamente no es posible. No puedo elegir sin perder la cabeza. No puedo elegir sin hacerme daño.

Tal vez algún día, si él resulta ser real, tendré que marcharme. Es posible que me dé tiempo a despedirme en condiciones, o lo más probable que lo haga con una simple llamada, pero sea como sea, necesito, te ruego, que no te preocupes.

Ahora mismo no puedo decirte mucho sobre él (necesito tener las cosas más claras), pero si haces memoria y echas la vista atrás recordarás que te dije que él me ayudaría a salir de mi propio infierno, y eso está haciendo. Para bien o para mal, él ha sido el cabo al que agarrarme y con el que he podido reconstruir los pedazos rotos de mi vida. Comprendo que al leer esto tengas miedo. Por favor, te suplico que confíese en mí. Soy consciente de los riesgos que corro, pero también soy consecuente con mis necesidades. Lo necesito a mi lado (sea lo que sea), necesito su mano tirando de mí y voy a tomarla, pues no hacerlo durante estos meses ha sido peor.

Pero si te quedas más tranquilo… Te voy a contar un secreto:

No estaré sola. Pase lo que pase, Daniel estará a mi lado.

Si llega el momento, habla con Ed, te confirmará que Daniel sabe mi paradero. ¿Te basta Daniel? Las chicas y Nacho lo han visto. Quizá tú lo conozcas pronto. Quizá tengas la posibilidad de vernos a todos juntos, eso sería el mejor de los regalos.

Daniel es lo más real que tengo ahora mismo y no dejaré que se aleje. Tanto si

“él” existe como si no, Daniel cuidará de mí.

Ahora mismo aún no tengo muy claro cómo meterlo en mi vida sin hacerle partícipe de lo que quizá sea una locura absoluta, pero lo haré. Lograré que se quede a mi lado. Porque en el peor de los casos, si “él” no existe, sé que Daniel es mi mejor opción. No es egoísmo ni conformismo, es la realidad de mis sentimientos. Daniel es la prueba física de que puedo amar. Desde el momento que lo vi supe que estaría en mi vida. Lástima que tenga que pasar por este trago, aunque voy a recompensarle y quiero que tú me ayudes a hacerlo. Debe ser tu mejor amigo, tu aliado, tu cómplice y, si al final debo irme, debes quererlo y consolarlo como si fuese tu propio hijo, como si fuese yo, porque él siempre tendrá un pedazo de mi corazón.

Mientras tanto, disfruta de mi felicidad y aprovecha nuestro tiempo sin preguntarte por mi bienestar. Porque te parezca descabellado o no, aferrarme a lo que quizá es una locura, me beneficia.

Estoy muy orgullosa de tener un padre como tú. Jamás me has juzgado ni anulado, has dejado que evolucione de mis errores y me has enseñado a resurgir de mis propias cenizas convirtiéndome en una mujer fuerte y segura de sí misma. Permíteme que siga haciéndolo a mi modo. De hecho, sé que lo harás, al igual que sé que esconderás esta carta y que nunca mencionarás ni una de estas líneas.

Te lo agradezco. De todo corazón, papá, te agradezco tu amor incondicional, tus enseñanzas, tu paciencia, tu tiempo… mi vida, porque ha sido una vida maravillosa.

No sé qué más podría decirte salvo que si llega el momento cuides mucho de Laura y mamá, ellas sufrirán al no verme porque no tendrán las respuestas correctas. Tú debes hacerles saber que estoy bien. Hazles creer que me has visto, que has hablado conmigo (ahora que lo escribo me parece pedir demasiado, pero no sé quién más podría hacerlo tan bien como tú). A cambio te prometo que tendrás noticias mías siempre que pueda, ¡no!, más de lo que pueda. Haré lo imposible para que sepas dónde y cómo estoy.

Cada día, cada hora piensa que tu hija ha encontrado lo que necesitaba y que, aunque ha tardado un poco en adaptarse, va a ser muy, pero que muy feliz.

Mientras, nos mantenemos a la espera de lo que pueda pasar. Solo hay una cosa que quiero que tengas presente en tu memoria:

Te quiero, papá. Mañana nos vemos.

# Agradecimiento

Cuando terminé de escribir Tócame, vuélveme loca sabía que iba a ser un historia impactante. Me imaginaba a las lectoras cogiéndola entre sus manos y suspirando por leer otro capítulo. Lo que las primeras personas que la leyeron me trasmitieron fue mucho mejor. Toda la pasión, el cariño y la necesidad de saber más sobre la historia de amor de Susan fue más de lo que hubiese imaginado. Así que decidí apostar por ella con todo mi ser. Durante un tiempo he pensado que mi obstinación por sacarla a la luz de la mano de una editorial que confiase en ella me había llevado a cometer errores. Hoy suspiro y agradezco aquellas voces que me hicieron saber la fuerza de las palabras que había escrito. Mis queridas amigas, ellas saben quiénes son, mi hermana, Victoria y Paqui una de mis primeras fans. Vosotras ya sabéis lo mucho que me habéis hecho sonreír. Pero mi mayor agradecimiento es para el equipo de Romantic Ediciones por darme una oportunidad y querer apostar por mi novela. Habéis hecho un sueño realidad.